

UCRANIA 22

La guerra programada

Alianza editorial



© Evgeniy Maloletka / AP Photo / Gtres

Toda la sobrecogedora sordidez de la guerra queda recogida en esta fotografía del ucraniano Evgeniy Maloletka (Berdiansk, 1987), al que ya se le han concedido varios premios internacionales —entre ellos el preciado Visa pour l'image— en base a su labor testimonial durante el sitio de Mariúpol, entre el 23 de febrero y mediados de marzo de 2022. Suyas son las fotos más dolorosas del impacto de la violencia sobre los civiles en la ciudad asediada, algunas de ellas ya icónicas. Pero en esta no vemos personas, sino el efecto mismo de la brutalidad y la desolación al vacío. Casi podemos sentir cómo cruje todo ese bloque de pisos de la era brezneviana, una arquitectura prefabricada y desmañada de hace unos sesenta años, ante el impacto del cañonazo ruso que desgarra un frío amanecer de marzo de 2022. No sabemos si el bloque está total o parcialmente habitado —algunas ventanas parecen abiertas desde antes del impacto—, pero la escena también nos habla de

todos esos años de mal gobierno y gestión catastrófica: una torre de alta tensión en plena zona residencial, una breznevka soviética, esa deprimente colmena con su fachada todavía sin reformar, porque, presumiblemente, los fondos para hacerlo se perdieron en algún bolsillo. Todo ese urbanismo golpeado por la explosión se alza sobre los pequeños edificios tradicionales de la más vieja Mariúpol. Miseria y sufrimiento en otra ciudad europea golpeada por la guerra en los últimos años, tras Vukovar, Sarajevo, Belgrado o Jarkov, en la misma Ucrania.

FRANCISCO VEIGA

UCRANIA 22

La guerra programada

Alianza editorial

Índice

INTRODUCCIÓN

El título de esta obra hace referencia, lógicamente, al año 2022 en que se desencadenó la segunda parte de un conflicto que había comenzado ocho años antes. Pero también a la célebre novela de Joseph Heller, *Trampa 22 (Catch-22),* una sátira antibelicista y de ficción política publicada en 1961, que se considera una de las obras más importantes de la novelística del siglo XX. A su vez, ese juego de alusiones encierra otras. Como en la obra de Heller, el enemigo está tanto al otro lado como en las propias filas, y más especialmente entre aquellos que nos mandan y gobiernan. Esa situación se ha puesto plenamente de relieve en la presente guerra de Ucrania, en la cual una parte de los responsables políticos y militares, analistas y profesionales de los medios de comunicación quedaron atrapados en el doble rasero, en su propio triunfalismo y en la ineficacia y descontrol que se adivina detrás, convirtiendo el conflicto ucraniano, desde su mismo arranque, ya en 1991, en una enorme *Trampa 22* en la cual nadie parece que vaya a obtener ningún beneficio claro. Por supuesto, ese mismo mecanismo autodestructivo estuvo presente y lo sigue estando, también, en el bando ruso.

A su vez, *Ucrania 22* posee una voluntad de obra historiográfica con un trasfondo experimental en lo narrativo. Por supuesto, nada ni remotamente parecido a la obra de Heller; pero sí que incorpora al autor en funciones de historiador y de fuente de primera mano. Desde 1976 hasta 2021 viajé por Europa del Este y otros escenarios de crisis, ya en el siglo XXI. Conocí la Europa al otro lado del Telón de Acero mucho antes de que nadie pensara que iba a caer algún día. Cuando ello sucedió, fui testigo, desde Rumanía, de las convulsiones que ello generó. Viví de cerca y a veces en directo, así como desde escenarios colaterales, algunas de las guerras de la

antigua Yugoslavia entre 1991 y 2001. Analicé los vaivenes políticos en la Turquía de Erdoğan, a partir de 2003 y hasta el violento golpe de 2016. Viví los comienzos de la guerra en Ucrania: estaba en Kiev cuando fue derribado el vuelo MH17 de Malaysia Airlines en julio de 2014. Mucha de la información obtenida y de las conclusiones extraídas las vertí en mis clases, en la universidad. Otra porción sirvió para escribir artículos de prensa y libros, buena parte de ellos publicados en esta misma editorial. Ahora, esas vivencias engrosarán también esta obra. Y para incorporarlas a ella recurro al relato en primera persona, incluido en unas largas conclusiones que el lector encontrará al final de la obra.

Hacer eso me violenta. Durante años insistí machaconamente a mis alumnos en la idea de que en los trabajos académicos no se debe de recurrir a la redacción en primera persona. Y seguiré haciéndolo. Pero en *Ucrania 22* voy a saltarme mi propia recomendación por tres razones. Primero porque en el libro hay elementos de algo que podríamos denominar «reportaje historiográfico». Mis años como profesor de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UAB me llevaron a trabajar ocasionalmente como *freelancer* en algunos de los escenarios descritos más arriba, lo cual me enseñó mucho sobre cómo buscar y obtener información y gestionarla, sin saber qué va a suceder en un futuro próximo. Eso forma parte del trabajo de aquellos profesionales que se ocupan de la Historia actual, eso es, los últimos treinta años, la última generación.

En segundo lugar, porque testimoniar en primera persona puede añadir un plus de empatía al asombro e incertidumbre de la época que debería acompañar al historiador en su tarea; siempre debería hacerlo. En retrospectiva, resulta habitual que el historiador se cargue de razón en la interpretación del pasado. Pero se pierde el factor emocional del momento, que resulta imprescindible para entender esos miedos, ilusiones y decisiones que explican por sí mismos tantas cosas en momentos clave del pasado. Como escribió el siempre tan polémico Nassim N. Taleb en su célebre obra *El cisne*

negro (2007), «evaluamos las cosas solo después de los hechos, como si se reflejaran en un retrovisor, de modo que la historia parece más clara y organizada de lo que es». De ahí que a veces resulte imprescindible captar el momento y congelarlo en la memoria para recuperarlo, lo más vivo y fresco posible, cuando se convierta en historia.

Por último, la lectura de la obra de Enzo Traverso, *Pasados singulares. El «yo» en la escritura de la historia,* publicado recientemente en esta misma editorial (2022), me animó a experimentar con la idea de que el historiador puede llegar a ser, él mismo, fuente, documento y relato. Lo cual da pie a un ejercicio de introspección sobre el origen profundo de nuestras conclusiones y formas de ver el mundo.

En este libro se va a tratar la guerra de Ucrania, la del presente año y la que comenzó en 2014. Pero también de los causantes, de los que la hicieron tristemente posible. Qué buscaban unos y otros, y cómo se alinearon los intereses y circunstancias, en el nuevo paradigma internacional que surgió de la pandemia del COVID, para que estallara un muy peligroso conflicto el 24 de febrero de 2022. Las otras guerras: la de las sanciones y la energía en la cual quedó atrapada la Unión Europea, que se convirtió rápidamente en un conflicto aparte y que escapa con holgura los límites naturales de este libro. Los otros actores cercanos, con sus propios designios: Turquía, Israel, Polonia, Hungría y las ambiciones del proyecto *Intermarium* de la Nueva Europa, que poca gente conoce a este lado del Viejo Continente. Los vetustos mecanismos: desde la Cuestión Oriental a los síntomas anticipatorios en el Cáucaso, esto es, las *Hot Wars,* las guerras calientes de 2008, 2014 y 2020. Los nuevos mecanismos: la política de cinta americana, que incluye la *Trampa 22,* y un sinfín de falacias lógicas.

En conjunto, se trata de un libro nervioso, desasosegado e intranquilizador, escrito en muy poco tiempo, a caballo del conflicto. En él no hay propaganda de guerra al uso. Al contrario, pretende hacer pensar. Falta todavía mucha información, y pasarán años

hasta que la vayamos obteniendo, mientras que otros acontecimientos, quizá distantes, nos aportarán contrastes para entender lo que sucedió en Ucrania. Pero de momento, los historiadores podemos explicar la trayectoria recorrida hasta llegar al aquí y ahora. Lo cual, muchas veces, nos da una comprensión, incluso intuitiva, de dónde estamos y qué es lo que se debería hacer a continuación o qué nuevos problemas acechan. Es como el trabajo de cualquier médico: después de años de estudio y prácticas, cuando se presenta la enfermedad, la diagnostica con precisión. Es posible que no sepa qué va a pasar con el paciente en el futuro, pero sus conocimientos le sirven para curar o paliar la dolencia.

Este libro es también un ensayo de estructura inusual. Arranca del relato del general sir John Hackett, a mediados de los años ochenta del siglo XX, que cobrará vida nuevamente cuando estalle la guerra de Ucrania, en 2022, treinta y tantos años más tarde. Pero el camino hacia la tragedia de la guerra comienza con otro desastre, el de Chernóbil, el gran fallo tecnológico del que parte la descomposición de la Unión Soviética y que define un periodo enmarcado por otro gran desastre: la pandemia de COVID, en 2020. A lo largo de todos esos años, iremos viendo cómo la tragedia ucraniana se va gestando, tiempo antes de que llegue Putin al poder. Y percibiremos que una serie de acontecimientos que creímos decisivos en los años noventa del siglo pasado se supeditaban en realidad al pulso que se estaba generando en Ucrania y en torno a Rusia, ya por entonces.

Iremos conociendo a los protagonistas de la Ucrania independiente, algunos olvidados como juguetes rotos: Viktor Yushchenko, líder de la *Revolución Naranja,* en quien tantas esperanzas se pusieron. Y que, como el resto de los estadistas aupados por las revoluciones de colores, quedó en nada. Personajes ambiciosos, pero también torturados, como Leonid Kuchma o Viktor Yanukovich, que fueron a parar a la papelera de la historia. Nos asomaremos al problema histórico esencial de Ucrania,

que quizá nosotros, por desgracia, podamos entender mejor que otros pueblos. Saldrán a la luz los oligarcas ucranianos, la «tercera fuerza», tan poderosos y astutos como los rusos, en algunos casos. Y viviremos con la gente de la calle las revueltas y revoluciones en el Maidan de Kiev, hasta llegar al Euromaidan, que dio paso a la guerra civil. A partir de la guerra del Donbas, entenderemos lo que sucedió en 2022, no sin pasar antes por otro conflicto decisivo: la guerra del Alto Karabaj, en 2020. Poroshenko, el «rey del chocolate», y el joven humorista Zelenski cierran la galería de líderes ucranianos que quizá habrían podido evitar la tragedia o tal vez sucumbieron a la *Trampa 22.*

El lector notará que el volumen de notas a pie de página varía según los capítulos. Ello tiene que ver con el intento de evitar las sobrecargas de citas en relación con acontecimientos ya muy asentados en la historia. Por el contrario, he querido documentar con más abundancia extremos más polémicos, por recientes, por aquello de preservar esos detalles de la inmediatez de los acontecimientos que dan frescura a la historia; y que luego, con el tiempo, tienden a disolverse en un relato más estereotipado. Esas citas incluyen noticias y análisis de prensa y testimonios extraídos de redes sociales, desde tuits hasta entrevistas publicadas en YouTube.

Para terminar, quiero dar las gracias a Manuel Florentín en primer lugar, que creyó en este proyecto, quizás por esa doble naturaleza suya de editor y periodista. Espero que no le decepcione. A Arturo Esteban, que siguió al detalle la guerra de Ucrania y me ayudó mucho compartiendo detalles relevantes sobre su evolución militar. A mi amigo y maestro, el profesor Enrique Ucelay Da Cal, cuyo punto de vista es indispensable en todo lo relativo a la política estadounidense y las relaciones internacionales. A la profesora y compañera Sinem Eryilmaz, eminente otomanista, que siempre evita que me pierda en el laberinto turco. A Arnau Roura, quien desde Polonia completó mi colección de análisis sobre *Intermarium*. Y a la doctora Pilar Pérez, que me aclaró algunos interrogantes médicos,

como el supuesto envenenamiento de Yushchenko o las autopsias a los falsos cadáveres de torturados en Timişoara, en 1989, entre otros detalles por el estilo.

Pero, sobre todo, quiero expresar mi agradecimiento a los protagonistas de las historias relatadas en el epílogo. Algunos, como el doctor Gheorghe Brătescu o el señor Selahattin Beyazıt, ya no están entre nosotros. Otros aparecen en los relatos con nombres supuestos. A todos ellos, muchas gracias por su amabilidad y por confiar en mí en esos momentos de nuestras vidas en los que solo podemos hacer eso: cruzar los dedos y confiar.

Barcelona, 4 de julio de 2022

CAPÍTULO 1

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

EL GUION HACKETT
PARA UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL, 1985

Dies iræ, dies illa,
Solvet sæclum in favilla,
Teste David cum Sibylla!
Quantus tremor est futurus,
quando iudex est venturus,
cuncta stricte discussurus!

Dies Irae, siglo XIII

La Tercera Guerra Mundial estalló el 4 de agosto de 1985. Como todas las grandes guerras clásicas, comenzó en verano, por aquello de aprovechar el buen tiempo y porque el común de los mortales, en el país atacado, suele estar de vacaciones o buscando ausentarse de sus preocupaciones cotidianas durante el resto del año. La movilización previa, en el Pacto de Varsovia, se había extendido durante cuatro semanas, y al final, el ataque había caído como una losa indefectible.

> La magnitud del asalto cuando se sintió por primera vez en toda su furia y furor fue, no obstante, menos asombrosa, particularmente para aquellos, en el mundo occidental (y estos eran la mayoría), que habían prestado poca atención en el pasado a los presagios para el futuro. Las bombas traían muerte y devastación en tierra, los aviones explotaban en fragmentos de fuego en el cielo. Los barcos estaban siendo hundidos en el mar y los hombres en ellos convertidos en pulpa, electrocutados, quemados hasta morir o ahogados. Otros hombres morían espantosamente en el clamor llameante y la confusión de la batalla terrestre. Otra guerra mundial había estallado sobre la humanidad. Si bien el curso de la vida en las cortas tres semanas de la Tercera Guerra Mundial no tuvo tiempo de verse tan radicalmente afectado como en los cinco o seis años de cada una de las dos primeras, es probable que las

consecuencias de esta guerra sean de mayor alcance que cualquiera antes de eso[1].

Las huestes del Este, masas de acero transportadas sobre cadenas chirriantes, asaltaban Occidente como lo habían hecho las hordas de Yinyis Yan en el siglo XIII, cuando un monje franciscano, o quizás un papa, compuso *Dies Irae:* «¡Será un día de ira, aquel día en que el mundo se reduzca a cenizas, como predijeron David y la Sibila! ¡Cuánto terror habrá en el futuro cuando el juez haya de venir para hacer estrictas cuentas!». El retumbar de las orugas mecánicas y los graves disparos de gran calibre, trasfondo de las frenéticas transmisiones como graznidos en lenguas bárbaras, el tamborileo de las aspas de los helicópteros de ataque y los desgarros de los cohetes saliendo a matar el blanco, se extendieron y desperdigaron por las ordenadas campiñas de Europa Central.

Pero, de hecho, la guerra había comenzado el día 27 de julio, cuando tropas del Pacto de Varsovia entraron en la debilitada Yugoslavia para ayudar a las autoridades federales. La situación allí se había ido de las manos tras la muerte del mariscal Tito, cinco años antes, y las tropas soviéticas y yugoslavas unieron fuerzas para castigar a la díscola Eslovenia. Los estadounidenses enviaron ayuda desde Italia y, fatalmente, se produjo el primer choque. Washington había intentado mostrarse discreto con lo ocurrido, pero un documentalista italiano filtró desde Eslovenia la filmación de los combates y de los primeros carros soviéticos ardiendo. Y las imágenes dieron la vuelta al mundo, reventando cualquier intento de salida diplomática a la situación.

La Tercera Guerra Mundial nunca acaeció. Este relato fue fruto de la veterana fantasía del general británico sir John Hackett, GCB, CBE, DSO & Bar, MC. El libro se tituló: *La Tercera Guerra Mundial* y se publicó en dos versiones: la primera en 1979, y la segunda, que tuvo mucho más éxito comercial, en 1982. Llevaba como subtítulo el añadido: *La Historia no relatada*. Para entonces, hacía poco de la muerte de Tito y de las protestas obreras organizadas en Polonia por el sindicato católico Solidaridad, que por poco no tumbaron al

régimen comunista y habían terminado con un golpe de Estado militar. Ambos sucesos le habían dado al autor del libro un trasfondo político de desestabilización en el Este mucho más fidedigno para su ficción bélica.

El título lo decía todo: era seco, austero, como la apariencia del mismo general sir John Hackett, bigote recortado de estilo militar, nervudo, recto y perpendicular al *swagger stick* que a veces lucía bajo el brazo en los pases de revista. No era para menos. *La Tercera Guerra Mundial,* de estilo árido y sin concesiones a la literatura, era, más bien, un prolijo y largo informe convertido en una obra de historia ficción, aunque se incluían en él algunos personajes imaginados para relatar el ataque, también desde las filas de los combatientes.

El autor de la obra, el general Hackett, era un coriáceo veterano de la Segunda Guerra Mundial, un héroe aguerrido e imaginativo, impulsor de las míticas unidades especiales británicas: el Special Air Service, el Long Range Desert Group y el Popski's Private Army. Organizó y comandó la 4.ª Brigada Paracaidista que saltó sobre Arnhem, en Holanda, en 1944. Aquel legendario desastre glorificado por la historia militar británica, donde él mismo fue herido de gravedad, y tras reponerse logró escapar con ayuda de la resistencia local. Su biógrafo, Roy Fullick, definió su vida con un descriptivo subtítulo: «En persecución de la exactitud».

Una vez terminado el conflicto, Sir John *Shas* Hackett mandó durante un tiempo la Trans-Jordan Frontier Force, en Palestina, y luego medró en el Ejército británico, y más allá. Dirigió el Royal Military College of Science devino comandante en jefe del Northern Ireland Command en 1961. Y hasta fue nombrado ministro de Defensa, dos años más tarde. Pero eso no fue todo. La culminación real de su carrera llegó en 1965, cuando fue nombrado general en jefe del Ejército británico en el Rin, y del Northern Army Group de la OTAN.

Por lo tanto, el autor de *La Tercera Guerra Mundial* sabía muy bien de lo que escribía; y desde luego no tuvo problemas con la

censura a pesar de estar revelando el resultado de decenas de informes, análisis y planes de contingencia de la OTAN con respecto al Pacto de Varsovia. El general Hackett buscaba, con toda la intención, poner de relieve que el Bloque del Este estaba maduro para que se pudieran explotar con eficacia letal sus talones de Aquiles nacionalistas: comenzando por Yugoslavia y terminando por algunas repúblicas soviéticas.

Según el relato ficticio de Hackett, a la altura del 14 de agosto, las fuerzas del Pacto de Varsovia ocupaban ya el norte de la República Federal de Alemania, así como Holanda. Por el sur, habían invadido casi toda Baviera y avanzaban hacia la frontera francesa. Las grandes ciudades habían sido sobrepasadas sin intentar asaltos frontales (Berlín, Hamburgo), pero los soviéticos no habían logrado crear una brecha lo suficientemente amplia y profunda como para lanzar por ella a la enorme masa de blindados, explotar con éxito la ruptura, embolsar grandes unidades enemigas y conseguir la victoria definitiva. Las fuerzas de la OTAN, por su parte, habían sido vapuleadas —en especial las tropas alemanas—, pero en conjunto resistían bien. No se había producido ningún colapso en el frente. Y entonces, sucedió.

Los soviéticos empezaron a perder resuello sobre el terreno. Las defensas anticarro de los aliados le causaban al invasor más estragos de los esperados, los blindados del Ejército Rojo no eran de la mejor calidad y la coordinación era todo un problema, tanto entre reservistas mal entrenados y tropas de primera línea, así como entre las unidades de los diferentes países del Pacto de Varsovia. Pero, sobre todo, la doctrina militar soviética resultaba muy rígida: solo contemplaba el avance sin descanso, en oleadas sucesivas que iban siendo sustituidas por las siguientes, conforme las primeras eran aniquiladas o quedaban fuera de combate. Hackett puntualizaba que las fuerzas de choque incluían «batallones barrera» del KGB. comprometidos a evitar pánicos y retiradas y liquidar elementos potencialmente hostiles entre la población.

El día decisivo, siempre en el relato ficticio del general Hackett, fue el 15 de agosto, cuando se solaparon la primera contraofensiva de la OTAN en dirección a Bremen con un nuevo empuje del Pacto de Varsovia en sentido contrario. El choque fue titánico pero, sobre todo, hizo que las fuerzas occidentales anticiparan algunos golpes decisivos. Un ataque aéreo de F-111 estadounidenses contra líneas de suministro en Polonia, que además contaron con el apoyo de saboteadores polacos, aleccionados por radio desde Occidente. O un bombardeo de alfombra de los B-52 estadounidenses llegados desde sus bases en las Azores.

Pero lo más interesante, a casi cuarenta años vista, es que la ficción cuenta de pleno con las defecciones. Unidades y soldados, soviéticos y sus aliados, incapaces de soportar el ritmo brutal de la ofensiva, empiezan a fallar, a desertar. El caso más espectacular es el del Tercer Ejército de Choque, soviético, cuyo comandante, el general Ryzanov, decide cambiar de bando. Convierte su unidad en Ejército Ruso de Liberación, envía enlaces a tratar con el enemigo y da orden de disparar contra sus antiguos camaradas.

Los soviéticos pierden su ritmo de avance, no van a llegar al Rin en el tiempo previsto. Las reservas tampoco arriban desde Polonia, porque los bombardeos de la OTAN y los saboteadores polacos han complicado la logística. Falta infantería para acompañar a los tanques en su avance y estos son destruidos por las escuadras cazacarros del enemigo. Todo el dispositivo de ataque del Pacto de Varsovia se tambalea.

En Polonia, la Polonia de nuevo católica del sindicato Solidaridad, apenas acallada por la fuerza, se está cociendo una nueva revuelta. Se producen rendiciones masivas de unidades de ese país en la línea de frente. El descontento se extiende a los Países Bálticos, a Ucrania.

En esa tesitura, el 19 de agosto, el Politburó de la Unión Soviética y el Consejo de Defensa deciden lanzar un ataque nuclear selectivo contra un miembro europeo de la Alianza Atlántica. El objetivo seleccionado será una ciudad importante, pero en ningún

caso la capital. Se evitaba atacar a los Estados Unidos para evitar una escalada que llevara a un intercambio generalizado de misiles y a la MAD, la Destrucción Mutua Asegurada. Se planifica un ataque nuclear limitado, el envío de una advertencia como paso previo a discutir con Washington un inmediato alto el fuego. La reunión al más alto nivel concluye con un pequeño golpe interno cuando se impide entrar en la sala a los elementos más radicales, partidarios de un ataque nuclear a gran escala.

La víctima será la ciudad de Birmingham, con su millón de habitantes. *A priori,* la ciudad cuna de la revolución industrial, no parece un objetivo muy acorde con la ética de una potencia comunista, pero seguramente Hackett la escoge para su ficción porque «Brum» es la segunda ciudad más poblada del Reino Unido, después de la capital. Posiblemente el autor también intentó subrayar, de alguna forma, que, por entonces, el Kremlin actuaba como una superpotencia con unos objetivos estratégicos que excluían ya las consideraciones políticas.

De esa forma, el 20 de agosto de 1985, a las 10:30 GMT, los soviéticos frieron la ciudad de Birmingham en una gigantesca sartén nuclear, sin temblarles el pulso. Cinco minutos después, el primer ministro británico y el presidente de los Estados Unidos tomaron la decisión de hacer lo mismo con una ciudad soviética. La escogida fue Minsk, capital de la por entonces República Socialista Soviética de Bielorrusia.

A las 13:50 GMT, cuatro misiles nucleares de entre 200 y 300 kilotones, dos estadounidenses y otros dos británicos, lanzados desde submarinos, pulverizaron Minsk. Aquí sí que el general Hackett entra en detalles. Lo hace para dar a entender al lector que la OTAN *sí que tenía bien pensados* sus objetivos de represalia estratégica.

Las descomunales explosiones atómicas fueron faros de fuego abrasadores que se elevaron conjuntamente hasta veinticinco kilómetros de altura, vistos desde Riga, capital de Letonia, o Vilna, la de Lituania; también desde Kiev y Varsovia, según datos ofrecidos

por el mismo autor, por supuesto. Tirando por lo bajo, la cifra de 50.000 muertos en un primer momento fue seguida por una imponente fuga improvisada, con lo puesto, del resto de la población de la ciudad en situación de hacerlo, y de localidades aledañas. Como resultado, un enorme caos, un pánico imposible de controlar o mitigar.

Nada de eso había sido casualidad, sino un efecto buscado, una carambola explicada por el autor de la ficción realista, el general sir John Hackett, experto en algo así como «nacionalismos de interés estratégico»:

> Ucrania, situada inmediatamente al sur de Bielorrusia, es mucho más grande e importante. Ocupa un área mayor que la de Francia y tiene una población de aproximadamente el mismo tamaño. Antes de la guerra producía más acero que la República Federal de Alemania, con importantes factorías de armamento en Kiev y Járkov. Kiev fue la capital de la Primera Rusia, antes de la invasión tártara y antes del surgimiento de Moscú. Pero Ucrania nunca había sido un Estado independiente. Fue un campo de batalla entre polacos y rusos, turcos e incluso suecos, antes de que Rusia lo absorbiera finalmente en 1654. Sin embargo, los recuerdos de la grandeza anterior y la idea de la independencia de Ucrania nunca habían muerto por completo. De hecho, habían sido revividos por la persecución estalinista y por la represión de un movimiento independentista fragmentario en 1966. Después de Minsk, los ucranianos podían temer que Kiev o Járkov fueran los siguientes en la lista de objetivos aliados. Había otra ansiedad de mayor alcance aún: la insurrección ahora estaba extendida en Polonia y recibía un apoyo activo y creciente de los aliados occidentales. Como hemos visto, esto ya estaba debilitando el esfuerzo militar soviético en Alemania. La destrucción de Minsk haría aún más difícil para la Unión Soviética controlar la situación en Polonia. Si Polonia escapaba de la hegemonía soviética, probablemente una de sus primeras ambiciones sería recuperar el territorio polaco perdido ante Bielorrusia y Ucrania. Ucrania haría bien en no perder mucho tiempo en reclamar su propia independencia y velar por sus propios intereses, en lugar de aquellos de sus amos soviéticos.
>
> Al norte de Bielorrusia, la breve independencia de los tres Estados Bálticos, Letonia, Lituania, Estonia, también había sido aplastada por la URSS en la Segunda Guerra Mundial, pero nunca habían sido asimilados por completo y ahora probablemente serían los primeros candidatos para la libertad. Por lo tanto, Minsk demostró ser políticamente más importante en la muerte que en la vida. Su destrucción desencadenó la disolución de toda la zona fronteriza occidental de la Unión Soviética, no solo mostrando la vulnerabilidad del poder

> soviético sino liberando, a través de las ondas de choque psicológicas de cuatro misiles nucleares, las pasiones nacionalistas que habían estado dormidas durante tanto tiempo[2].

El efecto dominó provocado por la destrucción de Minsk suponía detonar el miedo de los ucranianos a que, con la desafección polaca y la revolución nacional, llegaran tarde en la defensa de sus fronteras como nuevo Estado independiente. Y el resultado fue la revuelta ucraniana, favorecida por la infiltración en el KGB de un agente ucraniano de alto nivel, un carácter ficticio llamado Vasyl Duglenko:

> Este desenlace particular no había estado en mente cuando el joven Vasyl Duglenko, un prometedor graduado de la academia de policía de Kiev, fue infiltrado por nacionalistas ucranianos en el KGB, gracias a una recomendación favorable de nada menos que el mismo Jruschov. Sin embargo, fue esta acción, y el posterior nombramiento de Duglenko para la sección de seguridad del Kremlin, lo que aseguró que el sistema soviético pudiera ser derrocado desde dentro, y que sería seguido por el establecimiento de naciones separadas sobre las ruinas del imperio soviético. La mecánica de la conspiración es difícil de desentrañar. Para citar mal el viejo epigrama, si la traición prospera no es traición sino un cambio constitucional de régimen: y la trama secreta se barre bajo la alfombra con la esperanza de que no sirva de modelo para el próximo intento de cambio. Pero se requerían tres elementos principales para el éxito del trascendental golpe que derrocó al PCUS: la red ucraniana en el KGB que tenía acceso al santuario interior del Puesto de Mando que se estaba utilizando en ese momento, al que el Politburó y el Consejo de Defensa habían transferido sus funciones del Kremlin; la desafección de algunos de los miembros del Politburó que habían luchado bajo el liderazgo del ideólogo jefe del Partido, Malinsky, contra la decisión nuclear y ahora veían reivindicada su actitud en la espantosa devastación de la capital de Bielorrusia, con un tremendo sufrimiento humano y la gigantesca oleada de sentimientos que podría conducir a la desintegración en las regiones occidentales, e influyentes oficiales del Alto Mando Soviético ansiosos por preservar un núcleo de fuerza militar como base y garantía de un Estado soviético sucesor. Porque estos eran conscientes de que cualquier otro ataque nuclear contra la Unión Soviética destruiría las posibilidades de supervivencia de la autoridad organizada y sabían que ahora solo las fuerzas armadas podrían proporcionar esto[3].

Los entresijos del derrumbe de la Unión Soviética no interesan demasiado. Pero sí la constatación de que, a comienzos de los años ochenta del siglo pasado, un general británico de la OTAN explicó los argumentos centrales de la historia que se iba a relatar en 2022, cuando dio comienzo la guerra en Ucrania. La Tercera Guerra Mundial del general John Hackett fue toda una profecía autocumplida. Pero no hay que creer en mecanismos enrevesados. *Las sandalias del pescador,* la novela de Morris West que en 1963 anunciaba la llegada de un papa del Este al Vaticano, seguramente tuvo más mérito como vaticinio. Lo que escribió el general Hackett no era sino pura doctrina argumental de la OTAN, destilación de planes de contingencia, que cuarenta años más tarde, aunque rancia, seguía vigente.

En esencia, el esquema Hackett era el siguiente: se produce el ataque soviético/ruso por sorpresa. El agresor avanza a toda velocidad desplegando masas de tropas y medios blindados en una oleada imparable que avanza como una gigantesca *Blitzkrieg* y que hará que la guerra no se prolongue más allá de unas tres semanas, o menos; lo cual desembocará en la ocupación militar de toda Europa Occidental. Esa es la única opción posible. No hay otra. La arremetida y la ocupación. Pero el envite es tan desmesurado que el atacante sucumbe por el esfuerzo, colapsa. Y el resultado final de toda la historia es el hundimiento del régimen enemigo.

Resulta un final literario muy parecido el de *La Guerra de los Mundos* de H. G. Wells, la mítica novela de ciencia ficción publicada en 1898 y ambientada por su autor en 1904. Los marcianos invaden la Tierra, nada parece oponérseles. Los trípodes blindados arrasan todo a su paso con los rayos calóricos. Los invasores, por cierto, son seres parecidos a los osos que se alimentan de humanos a los cuales chupan la sangre. Londres es evacuado, miles de personas escapan como pueden sin orden ni concierto y sin destino alguno. Y en el último momento, cuando todo parece perdido y el narrador se ha resignado a su suerte, los extraterrestres mueren masivamente al no poseer defensas contra las bacterias terrestres. «Las tremendas

máquinas, tan maravillosas en su poder y complejidad, tan extraterrestres en su forma, mostrábanse fantásticas, vagas y extrañas entre las sombras. El peligro había pasado como en un milagro, la destrucción de Senaquerib se había repetido, Dios se había apiadado de los hombres y el ángel de la Muerte había exterminado a los invasores».

La visión milagrera de la derrota del Mal, como Reagan llamaba por entonces a la Unión Soviética, vino reforzada por la sorprendente elección de un papa polaco, Karol Wojtyla, en 1978. Lo cual, a su vez, había tenido un enorme peso moral en el respaldo de las protestas de los trabajadores polacos y el auge de Solidaridad, el sindicato nacional-católico.

Paradójicamente, en una entrevista que el general Hackett dio al *US News & World Report* en octubre de 1980, negó que existiera riesgo de Tercera Guerra Mundial[4].

> **Periodista: General Hackett, sobre la base de su experiencia como editor y principal contribuyente al libro *La Tercera Guerra Mundial,* ¿podría usted decir que está creciendo el peligro de una guerra mundial?**
>
> General Hackett: No, no lo creo. Desde mi punto de vista, una guerra mundial, si es que llega, ocurrirá por inadvertencia o accidentalmente y no por un gran propósito. Probablemente ocurrirá, y una vez más tengo que decir si es que llega, debido a que se haya disparado una situación altamente inestable, a causa de algunos relativamente pequeños incidentes no en el centro de las cosas sino en la periferia.
>
> [...]
>
> **Periodista: Retrocediendo a los acontecimientos particulares, Sir John, ¿considera usted la guerra entre Occidente y la Unión Soviética como inevitable o evitable?**
>
> General Hackett: Pienso que es evitable. El momento de peligro llegará cuando las contradicciones internas en la Unión Soviética y en el Pacto de Varsovia comiencen a destruir la coherencia de todo el sistema. Esto no conducirá necesariamente a los rusos a un aventurismo deliberado en el exterior para distraer la atención del descontento interno. Lo que sí es probable que ocurra es que se eleve el grado de inestabilidad en el mundo, donde una

convergencia de crisis podría desencadenar la guerra mundial que nadie desea. Esto es lo que me asusta, aunque no veo la guerra como inevitable.

Y resulta paradójico porque desde diciembre de 1979 en adelante, y hasta poco después de 1985, se vivió un agravamiento de la Guerra Fría (fue, literalmente, una segunda Guerra Fría) por causa de la invasión soviética de Afganistán. Fueron años realmente agitados, que retrospectivamente hacen dudar del amable optimismo del general Hackett. Y, sobre todo, aquel año y medio con Andropov al frente de la Unión Soviética, durante el cual el mundo pudo haber ido a la guerra nuclear en al menos tres ocasiones, todas acaecidas en el maldito 1983: el derribo, por un caza soviético, del avión coreano de pasajeros KAL 007, el 31 de agosto, cuando sobrevolaba por error territorio restringido. No mucho más tarde, el teniente coronel Stanislav Petrov, «el hombre que salvó al mundo», interpretaba correctamente como una falsa alarma la detección de lanzamientos de misiles nucleares desde los Estados Unidos; fue el 26 de septiembre. Finalmente, las maniobras militares de la OTAN Able Archer 83, entre el 2 y el 11 de noviembre, en que los soviéticos llegaron a creer que el ejercicio era en realidad una forma de enmascarar un ataque nuclear real contra el Pacto de Varsovia. A mediados de los ochenta, el ambiente era de incertidumbre en Europa, atizada por la violencia verbal del presidente estadounidense Ronald Reagan contra el «Imperio del Mal» y la aparente inestabilidad del régimen soviético, en el cual, tras la muerte de Leonid Breznev, los líderes solo parecían sobrevivir poco más de un año: Yuri Andropov, quince meses; Konstantín Chernenko, apenas trece meses.

Por fin, la llegada al Kremlin de Mijaíl Gorbachov, en marzo de 1985, pareció dar un viraje milagroso a la apuesta del general Hackett. En su ficción, era posible terminar con la Guerra Fría, y de paso con la Unión Soviética, pero solo pagando el peaje traumático de una guerra. Aunque no llevaría a la Destrucción Mutua Asegurada (MAD), sí costaría vidas y ruina. Gorbachov y su *perestroika* hicieron realidad lo increíble: terminar la pesadilla entre

sonrisas, sin disparar un solo tiro. Y eso empezaba el mismo año en que sir John Hackett había previsto el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

Los estadounidenses, en realidad, en el fondo, nunca creyeron en el milagro.

---

[1] Hackett (1982): pos. 169.

[2] Hackett (1982): pos. 5963.

[3] Hackett (1982): pos. 5946 a 5979.

[4] CESEDEN, Boletín de información n.º 142-X, febrero de 1981 [consultable en red, PDF].

CAPÍTULO 2

EL AMIGO AMERICANO

ESTADOS UNIDOS, UCRANIA Y EL FINAL DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, 1986-1991

> This is the Way the World Ends: Not with a Bang but a Whimper.
>
> T. S. Eliot

Y sin embargo, el relato de Hackett, en cierta manera, se cumplió. Solo que las piezas del puzle que él proponía no encajaron de esa forma, sino de otra. Como si fueran proteicas, con sus propios seudópodos, los fragmentos o fenómenos de la historia no ficticia pueden cambiar y adaptarse a contactos que la ficción imaginada por los humanos no puede prever. Pero a veces parecen tener lejanos vínculos familiares. Por lo tanto, si: el conflicto esloveno y la descomposición de Yugoslavia acompañaron al desmoronamiento del Bloque del Este, aunque no lo generaron en base a la teoría del dominó. Tampoco hubo ofensiva soviética ni guerra en Europa, pero sí desastre nuclear. No fue debido a ataques con misiles sobre Birmingham y Minsk, sino por causa del accidente de la central de Chernóbil, Ucrania, el 26 de abril de 1986. A la 1:23 de la madrugada estalló el reactor nuclear número 4 de la planta de energía atómica cercana a Pripiat, a unos ciento treinta kilómetros de Kiev. Desde allí, la nube radiactiva, que se regeneraba cada día con el incendio que siguió, se extendió por Bielorrusia, los Países Bálticos, Ucrania, la zona más occidental de la Unión Soviética. Desde allí pasó a Escandinavia, Polonia y más allá. Todo ese veneno fue más potente que el de la bomba que destruyó Hiroshima en 1945. Varias veces superior.

El libro de Andrew Leatherbarrow[5], a partir del cual se rodó la impresionante serie *Chernóbil* (Craig Mazin y Johan Renck, 2019), deja claros algunos extremos relativos a la tragedia. Uno de ellos, que «fue la primera gran crisis en el flamante liderazgo del más reciente Secretario General de la URSS, Mijaíl Gorbachov». Otro, que «los efectos del accidente ayudaron a que muchos políticos soviéticos de la línea dura aceptasen por fin que una guerra nuclear era impensable, imposible de vencer, y que destruiría el planeta»[6]. Lo que había sucedido en Chernóbil no equivalía a los efectos de una sola bomba en un ataque nuclear, y aun así, la radiación resultante del accidente había llevado al límite los recursos de la Unión Soviética. Como puntualizaba el mismo Gorbachov, un misil SS-18 podría tener el efecto de cien explosiones en Chernóbil[7]. Y en su momento, un médico británico que había investigado sobre los efectos de lo sucedido concluyó: «la gente que cree que puede prestarse asistencia médica relevante a las víctimas de la guerra nuclear se equivoca»[8]. En consecuencia, ya en octubre, solo siete meses más tarde, Gorbachov se reunió con el presidente Reagan para discutir cómo se podría organizar y desarrollar el desarme nuclear. Poco más de un año después, el 8 de diciembre de 1987, se firmaba el Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Medio, destinado a eliminar los misiles tierra-tierra de ambas potencias con alcance entre 500 y 5.000 kilómetros, arsenal que había desatado intensas polémicas en Europa, porque estaba destinado a librar la guerra nuclear, caso de que se desatara, en el territorio del Viejo Continente, no en el de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por lo tanto, el accidente nuclear en Chernóbil mejoraba mucho el relato del general Hackett. Aunque había sido una lamentable tragedia, y pese a que nunca se llegó a saber el impacto sanitario real de las radiaciones, en toda su extensión y a lo largo del tiempo, no cabe duda de que los bombardeos de Birmingham y Minsk habrían dado lugar a una catástrofe humanitaria imposible de evaluar.

Muchos años más tarde, en 2017, alguien en Birmingham dio con la historia de la Tercera Guerra Mundial según Hackett y redactó una escueta, aunque un tanto dolida, crónica sobre ese bombardeo nuclear que nunca existió. «Si hubiera sucedido, millones de nosotros estaríamos muertos desde hace treinta años», escribió consternado Andy Richards para *Birmingham Live*. Todo lo que habría quedado de Birmingham y de Minsk habrían sido ruinas cubiertas por inmensas calzadas, convertidas en monumentos a la paz con los nombres de Peace City West y Peace City East.

Como las desgracias nunca vienen solas, la crisis de Chernóbil dejó otro tipo de poso del que se habló mucho menos: el deterioro de las relaciones entre Gorbachov y el liderazgo del KPU, el Partido Comunista de Ucrania.

Una de las papeletas a las que tuvo que enfrentarse el joven líder soviético en su política de renovación ya desde 1985 fue cómo deshacerse del denominado «clan de Dnipropetrovsk». Se conocía por ese nombre a una pirámide de influencias del Partido, compuesta por cargos y personajes influyentes del KPU en Moscú. Quien le había terminado de dar forma era el jefe del Partido en Ucrania, Vladimir Cherbitsky, aliado incondicional de Leonid Breznev, por vínculos de lealtad personal. De hecho, ambos eran originarios del pujante óblast de Dnipropetrovsk. Y esa relación duró hasta el momento de la muerte de Breznev, en 1982. Pero el «clan de los ucranianos» siguió teniendo mucha mano en Moscú bajo Andropov y Chernenko. Cuando Gorbachov llegó al Kremlin, no vio momento de deshacerse de una red de personalidades muy conservadoras que guardaba las características esencias breznevianas, inmovilistas y clánicas. Ni que decir tiene que Cherbitsky y los suyos no demostraban tampoco simpatías por el campechano y rupturista Gorbachov. Pero la mutua animadversión no contenía trasfondo nacionalista alguno: al fin y al cabo, el mismo Gorbachov era medio ucraniano por parte de madre, y la presencia de representantes de esa república en Moscú era habitual desde la muerte de Stalin. Jruschov, aunque había nacido casi en la frontera,

había hecho su carrera política en el Partido ucraniano y como representante de este en la capital soviética.

La catástrofe de Chernóbil tuvo lugar tan solo un año después de que Gorbachov se hiciera cargo del poder y aceleró el desencuentro con Cherbitsky y su «clan de Dnipropetrovsk». El intercambio de reproches fue amargo. El ucraniano apenas había atendido en la primera fila la gigantesca operación de contención de daños y evacuación de afectados. ¿En tres ocasiones, quizá, se había acercado hasta el lugar de los hechos? En cambio, desde Moscú se había insistido, hasta la amenaza, en seguir adelante con los festejos del 1.º de Mayo en la capital ucraniana, con miles de personas en las calles de la capital que resultaron contaminadas en mayor o menor medida por las nubes radiactivas de la cercana central incendiada. ¿O había sido culpa de la inercia administrativa o la irresponsabilidad en Kiev? De cualquier forma, las autoridades comunistas ucranianas hubieron de hacerse cargo de los refugiados.

Gorbachov logró purgar a Cherbitsky y desmontar su red de influencias en Moscú en septiembre de 1989. No fue sencillo. Y a cambio, sin quererlo, ayudó a impulsar la independencia de Ucrania. Como resume con acierto el historiador ucraniano Serhii Plokhy, «la élite política ucraniana se sentía traicionada, abandonada y despechada. El gobierno central solo les traía problemas»[9]. Y es que el peso de los ucranianos en Moscú iba más allá de lo que representaba el clan de Dnipropetrovsk. Arrancaba de los años cincuenta, cuando se había llegado a un acuerdo tácito con Rusia para que los ucranianos compartieran el poder en la Unión Soviética. En parte, la clave radicaba en que los rusos gobernaban la Unión Soviética a partir del PCUS, dado que no existía ningún Partido Comunista Ruso, por lo que necesitaban los votos de los delegados ucranianos.

En conclusión, la reforma aperturista y meritocrática de Gorbachov, combinada con el desastre de Chernóbil, había desencadenado, aunque de forma progresiva, a lo largo de seis

años, el efecto descrito por el general Hackett en su *Tercera Guerra Mundial*. La explosión del reactor número 4 había tenido un efecto similar al del imaginario ataque nuclear contra Minsk: desmantelar la Unión Soviética en su frente occidental a partir de la defección de las Repúblicas Bálticas y Ucrania.

Por supuesto, se trata de un enunciado general, porque las cosas tampoco resultaron tan sencillas. Las repúblicas que lideraban los afanes y entusiasmos independentistas durante el periodo de la perestroika gorbachoviana fueron las de los Países Bálticos y las del Cáucaso. Y lo cierto es que ese entusiasmo no era capaz por sí mismo de arrastrar al resto de las repúblicas soviéticas. Las del Cáucaso, porque estaban inmersas en sangrientos conflictos civiles entre ellas. Las bálticas, porque eran vistas en la misma Unión Soviética como un caso aparte, desde un punto de vista social, político e incluso histórico y no poseían tirón en el resto del territorio soviético. Además, representaban un porcentaje muy pequeño del inmenso territorio de la Unión Soviética. Lo mismo sucedía con el total de su población. Dicho de otra forma, la Unión Soviética habría podido seguir subsistiendo sin esas dos regiones. En cambio, la independencia de Ucrania era decisiva. Y sin embargo, en esa república, el sentimiento independentista —un paso más allá del nacionalista— fue relativamente tardío.

La clave del vuelco que dio la situación tuvo mucho que ver con un personaje tan ambicioso como oportunista, uno de los primeros grandes políticos populistas del siglo XXI, capaz de sacar de la botella al nacionalismo ruso: Boris Yeltsin.

Se ha hablado ya mucho de ese enorme personaje, alto y robusto, coronado por su característica mata de pelo blanco. De sus comienzos como uno de los asesores de Gorbachov, para pasar luego a ser crítico y fustigador de su jefe. Más tarde, se postula como rebelde contra el sistema, concluye dando la espalda al propio Partido y tiene el valor de forjarse su propio liderazgo al frente del nuevo nacionalismo ruso. Lo cual le lleva a auparse hasta la

presidencia de la mayor de las repúblicas de la Unión Soviética: Rusia.

El paralelismo entre Yeltsin y el líder serbio Slobodan Milošević es perfectamente posible. Ambos eran *apparatchiks* comunistas que a lo largo de la década de los ochenta habían entendido la importancia que estaba adquiriendo el nacionalismo en Europa del Este y Rusia. Los dos eran conscientes de la posibilidad de desintegración de sus respectivos Estados (Unión Soviética y Yugoslavia) y la ambición de ambos les impulsaba a sacar el mayor provecho posible de esa situación en su propio beneficio.

La estrategia de Yeltsin, cuyo objetivo principal, recordemos, era sacar de en medio a su rival, Mijaíl Gorbachov, consistió en hurtarle el control de Rusia al Estado que presidía, la Unión Soviética. Así, el 12 de junio de 1990, Yeltsin hizo aprobar por el Sóviet Supremo de la República Socialista Federativa Rusa una proclamación de soberanía de las leyes rusas sobre las soviéticas, lo que iba a ser una verdadera bala de plata en la recámara del revólver político con el cual iba a liquidar a la Unión Soviética, solo un año y medio más tarde. El paso de proclamar «leyes rusas y no soviéticas» propició el control de los recursos económicos, bancarios, fiscales y energéticos de la república, sustrayéndolos del poder soviético e incluso empezó a hablarse de la necesidad de crear unas fuerzas armadas cien por cien rusas.

Como es comprensible, en medio de ese caos creciente, los intentos por estabilizar económicamente a la Unión Soviética fracasaban o nacían muertos. Y no porque el sistema soviético no fuera reformable, como se demostró en la República Popular China, sino porque la pugna entre Yeltsin y Gorbachov generaba un caos en las altas instancias del poder que restaba toda credibilidad a la pervivencia de la Unión Soviética.

Solo quedaba refundarla bajo unas nuevas bases. Los nacionalismos imperantes en cada una de las repúblicas, con sus correspondientes élites al frente, se encargarían de ello. El 17 de marzo de 1991 se llevó a cabo un referéndum para aprobar el

proyecto de una Unión renovada, elaborado por Gorbachov. Este acontecimiento suele ser olvidado en los manuales de historia, pero tuvo su importancia. Era una propuesta, que él creyó eficaz —ingenuamente— como respuesta a las presiones de los nuevos nacionalismos más acuciantes: los bálticos y los caucásicos, pero también el ruso y el aprendiz de brujo Yeltsin. El resultado de todo ello fue el denominado Pacto de 9 + 1 (o Acuerdo de Novo-Ogariovo), por el cual los presidentes de nueve repúblicas (entre ellos Yeltsin) y Gorbachov se comprometían a firmar un nuevo Tratado de la Unión para reformar las relaciones entre Moscú y las repúblicas. Se trataba de establecer un sistema más descentralizado, basado en la idea confederal, aunque intentando salvar lo esencial de la Unión Soviética. El camino hacia el Tratado de la Unión fue tormentoso, teniendo en cuenta que seis repúblicas, las más abocadas a la independencia, lo boicotearon desde el principio (las tres bálticas, Georgia y Armenia, en el Cáucaso, y Moldavia). Pero se logró articular un acuerdo preliminar que fue firmado en Novo-Ogariovo —residencia de Gorbachov— el 23 de abril. El 20 de agosto fue la fecha fijada para firmar el acuerdo definitivo. Pero antes tuvieron lugar acontecimientos decisivos; entre ellos, el cambio de opinión de Ucrania.

El 1.º de agosto de 1991, poco más de dos años después del accidente de Chernóbil y ya hundido el Bloque del Este, el presidente estadounidense George Bush aterrizaba en Kiev a bordo del avión presidencial Air Force One, procedente de Moscú. Allí había dejado a un Gorbachov suspicaz, que no veía claro a qué venía tanto interés por Ucrania.

Serhii Plokhy, un reconocido historiador ucraniano, autor de libros muy ilustrativos sobre Rusia, la Unión Soviética y el mundo eslavo en general, relata con cierto detenimiento la visita de Bush padre a Ucrania en 1991 en su conocido libro *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética* (2014).

La corta visita del presidente Bush a Kiev fue la continuación del viaje a Moscú para firmar el tratado START de limitación de armas

nucleares de alcance intermedio, y para preparar una gran conferencia internacional que debería llevar la paz a Oriente Medio. Por entonces, y de cara a la galería internacional, Gorbachov seguía presentándose como el jefe de Estado de una superpotencia que aspiraba a reorganizar el mundo en pie de igualdad con los Estados Unidos. Por ello, la noticia de que el presidente Bush planeaba viajar a Ucrania, tratando a esa República Socialista Soviética como a un Estado independiente, levantó gran inquietud en Moscú. Gorbachov intentó disuadir a Bush de que la hiciera y hasta se orquestaron algunas maniobras diplomáticas inusuales en ese sentido. Pero los estadounidenses se mantuvieron en su decisión, pretextando la imposibilidad protocolaria de cancelar el evento.

Era comprensible la desazón de los líderes soviéticos. Por entonces, el destino de Ucrania estaba en el alero, puesto que sus dirigentes se habían echado atrás en la decisión de firmar el Tratado de la Unión. Y sin esa firma, no saldría adelante, y las consecuencias podrían ser imprevisibles, para lo que quedaba de la Unión Soviética, pero también para la neutralización definitiva de la Guerra Fría y el destino del mundo.

Los estadounidenses argumentaban que no era para tanto. Le intentaron quitar hierro el asunto. Advirtieron a Moscú de que desmontar el viaje a Kiev podría tensar las relaciones entre Gorbachov y los ucranianos. Pero no dejaba de ser un dilema de hierro, puesto que la presencia de Bush en Kiev podría alentar el separatismo ucraniano. Al final, Gorbachov accedió en un gesto de buena voluntad que no tenía más remedio que hacer. Lo que quedaba de su prestigio político estaba en su política exterior, en la buena fama que se había ganado en Occidente. En la Unión Soviética era un traidor, un flojo, un pusilánime dispuesto a cualquier cosa por mantenerse en el poder. De cara al exterior era el hombre del milagro, el que con su buena voluntad y su clarividencia había liquidado la Guerra Fría y evitado una guerra mundial con consecuencias mucho más desastrosas para todos que la ficción descrita por Hackett.

Y Bush aterrizó en el aeropuerto internacional de Boryspil en su flamante Air Force One, un Boeing 747 decorado en estilo *country* sureño. En la prensa de la época el acontecimiento fue vestido con tonos de baja intensidad.

> Bush, recibido sin júbilo, pero con esperanza, por las gentes de Kiev, advirtió a los parlamentarios, e indirectamente a los legisladores de las otras repúblicas soviéticas, sobre el peligro de aislamiento que pueden correr quienes no sepan utilizar el camino de la independencia. Alcanzó sus dos objetivos primordiales: no debilitar la figura política de Gorbachov y ofrecer su apoyo a los sueños reformistas e independentistas de los ucranios y, por extensión, a todas las repúblicas de la URSS —escribió un cronista de la época presente en la capital ucraniana[10].

Años después, el historiador Serhii Plokhy recordaba cómo en los Estados Unidos, William Safire, un redactor de *The New York Times,* republicano de la línea dura, calificó despectivamente a Bush como «el Pollo Kiev» por la tibieza de un discurso en el que «intentaba disuadir a los ucranianos de que reclamaran la autodeterminación»[11]. El calificativo tuvo tanto éxito que incluso posee una entrada propia en Wikipedia: «Chicken Kiev speech». El discurso que «indignó a los nacionalistas ucranianos y a los conservadores estadounidenses» por ser un «colosal error de juicio».

¿Lo fue? La anécdota es interesante porque constituye un primer indicio del sentimiento de agresivo escepticismo ante la increíble desescalada pacífica de la Guerra Fría. Gorbachov era una anormalidad, no podía durar, era ingenuo pensar en una reconciliación ñoña entre los Estados Unidos y una Unión Soviética «buena» para que juntas pacificaran al mundo. La Guerra Fría era un juego de suma cero, solo podría tener un ganador y un perdedor, y lo mejor que se podía hacer era anular a la Unión Soviética de una vez por todas, despiezarla. Los halcones como Safire desdeñaban los peligros que impondría forzar la mano, adoptar políticas agresivas que podían llevar a la desestabilización y la violencia, a

una guerra civil o a conflictos armados entre repúblicas soviéticas que poseían armas nucleares.

Ahora bien, a más de treinta años vista, vale la pena evaluar qué había de verdad en esa versión que podemos encontrar en las hemerotecas. Plokhy nos da una primera respuesta en las peticiones que los dirigentes ucranianos, encabezados por su presidente Kravchuk, aprovecharon para hacer a Bush: un consulado ucraniano en los Estados Unidos y cinco mil millones de dólares de inversión en el país. También, ayudas de todo tipo para hacer frente al desastre nuclear de Chernóbil. De paso, la concesión a Ucrania del estatus comercial de país más favorecido. ¿Qué podían ofrecer los ucranianos a cambio? Prácticamente nada. A pesar de lo cual y de la aparente tibieza de Bush ante la causa separatista ucraniana, ya existía un consulado estadounidense en Kiev desde 1990.

Se suele olvidar que el presidente George Bush padre fue director de la CIA en los años setenta, en unos momentos en que la Agencia estaba enfrascada en Latinoamérica en la Operación Cóndor, un gigantesco operativo destinado a derrocar o prevenir gobiernos de izquierdas o a reprimir oposiciones políticas de esas tendencias. Lo cual quiere decir que en 1991 conocía bien cómo funcionaban las operaciones secretas de desestabilización contra Estados y gobiernos extranjeros. También era evidente que poseía buenos contactos en los aparatos de inteligencia estadounidenses que le permitían interactuar con ellos de una forma quizá no tan habitual como el resto de los presidentes de la gran potencia americana, como veremos a continuación.

De entrada, cabe considerar que sus alegaciones de que el viaje a Kiev no pretendía apoyar las tendencias secesionistas de Ucrania o que no deseaba perjudicar a Gorbachov podemos tomarlas como una mera cobertura de sus verdaderas intenciones. Es cierto que tenía simpatías hacia el presidente ruso, pero a esas alturas de 1991, Bush sabía perfectamente que a Gorby apenas le quedaba recorrido, que su tiempo se había terminado y que era una pieza

sacrificable. Ciertamente, debía guardar las apariencias, por diplomacia y por precaución, caso de que la deriva de la Unión Soviética tomara rumbos peligrosos.

Pero sabía la que se le venía encima a Gorbachov. Tan solo veinte días después del encuentro con Bush en Moscú y la firma del tratado START, acaeció el Golpe de Agosto contra el Tratado de la Unión, organizado por elementos duros del PCUS y el KGB. Como se recordará, Gorbachov fue puesto en arresto domiciliario en su propia dacha de Crimea por los golpistas. Mientras tanto, nadie prestó atención al presidente ruso, Boris Yeltsin, el cual, cuando los carros de combate de los golpistas quedaron estacionados en largas filas, en la vía pública, sin recibir órdenes de sus mandos superiores, se dirigió a la Casa Blanca —la sede del Parlamento y gobierno rusos—, se encaramó al tanque número 300 de la División de Tamán y leyó un comunicado dirigido a los moscovitas y ciudadanos de Rusia en el que pedía el retorno del país a la vía constitucional.

Pues bien, ese gesto decisivo del presidente ruso, que en pocos días llevaría a la desintegración definitiva de la Unión Soviética había sido propiciado por el presidente Bush, quien desde Washington convenció a la NSA de que resultaba imprescindible suministrar información de inteligencia electrónica a Yeltsin que demostraba, en el momento apropiado, que la junta golpista había perdido la iniciativa. Se llegó al extremo de asignarle a Yeltsin un experto en comunicaciones de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú[12].

La inusitada iniciativa demostraba dos cosas. Por un lado, que Bush poseía la capacidad de persuadir al director de la NSA sobre la necesidad de dar un paso tan arriesgado que comprometía la futura capacidad estadounidense de monitorizar las comunicaciones militares rusas. En segundo lugar, que Bush estaba muy bien informado sobre lo que sucedía en la Unión Soviética en los momentos finales de su existencia. Porque la información clasificada, al más alto nivel, que se le pasó a Yeltsin procedía del

rastreo de las comunicaciones entre los responsables del golpe, en especial del jefe del KGB, Vladimir Kriuchkov, y del ministro de Defensa, Dmitri Yázov, con las unidades del Ejército y de los servicios de inteligencia y seguridad a lo largo y ancho del territorio de la Unión Soviética. Por lo tanto, el nivel y calidad de la información SIGINT de que disponía el presidente Bush eran, sencillamente, descomunales. Y esa es una consideración decisiva sobre sus intenciones y designios para con Ucrania cuando visitó Kiev poco antes del Golpe de Agosto en Moscú.

En el verano de 1991, George Bush padre buscaba propiciar la desintegración de la Unión Soviética de la forma más segura posible, colocar en el Kremlin a algún estadista ruso todavía más dócil que Gorbachov y convertir a Ucrania en un país aliado de los Estados Unidos. Todo ello de la manera más disimulada posible —de otra forma, el orgullo nacional herido de los rusos haría todo ello inviable— y actuando al margen de simpatías personales que en la *Realpolitik* no poseen mucho sentido. Porque lo cierto era que Boris Yeltsin no había sido del agrado de Bush desde un primer momento. Lo consideraba —en lo cual coincidía parte del entorno presidencial— un advenedizo excéntrico y un pelmazo.

Se habían conocido en septiembre de 1989, cuando Yeltsin visitó por primera vez los Estados Unidos y forzó una entrevista de difícil definición protocolaria con el presidente Bush. Este no quería disgustar a Gorbachov y organizó un encuentro «casual»: la recepción oficial fue con el Consejero de Seguridad Nacional, Brent Scowcroft; pero mientras esta se desarrollaba, el presidente compareció en el despacho. Ese primer encuentro y el posterior seguimiento de las comparecencias públicas de Yeltsin —conferencias, entrevistas, reuniones con políticos y empresarios— dejaron tras de sí adjetivos como: «estrafalario», «voluble», «taimado», «excéntrico», «energúmeno» o «tosco». Pero los estadounidenses no tuvieron más remedio que aceptarlo a partir de junio de 1990, cuando escaló hasta convertirse en presidente del nuevo Parlamento ruso. Estaba demostrando más habilidad que

Gorbachev para manejarse en los nuevos términos de la política populista, y con todas sus peculiaridades, parecía gustar a los rusos. Era lógico que el presidente de los Estados Unidos y sus consejeros se encogieran de hombros.

Esa tendencia se consolidó en el verano de 1991. El 12 de junio, Yeltsin fue elegido presidente de la RSFS de Rusia en las primeras elecciones multipartido y poco después regresó a los Estados Unidos. Una vez más, se esforzó por eclipsar a Gorbachov ante Bush. Le informó personalmente de un plan de golpe de Estado en marcha —supuestamente el Golpe de Agosto— y ambos telefonearon a Gorbachov desde la Casa Blanca para advertirle.

Pocos días más tarde, durante el viaje oficial de Bush a Moscú, Yeltsin repitió los numeritos histriónicos para desbordar el protocolo y significarse como un presidente de Rusia que no tenía por qué quedar por detrás del presidente de una federación soviética en vías de extinción.

Y al cabo de veinte días, el momento de gloria: el Golpe de Agosto y Bush convenciendo a la ultrasecretista NSA para que le desvelase su arcano mejor guardado, solo descorrer un poco la cortina para que el nuevo hijo pródigo se atreviera a salir a la calle, se encaramó a un vehículo militar golpista y, con ayuda de la transmisión televisiva vía satélite, hiciera que el nacionalismo ruso aplastara a los tanques del comunismo y convirtiera a Gorbachov en un cadáver político. Esos centímetros de diferencia, esos segundos de margen que a veces consiguen obtener los servicios de inteligencia con su información exclusiva y que separan la catástrofe de la victoria.

Lo demás ya vino solo, puede decirse. El día 23 de agosto, fracasado el golpe en Moscú, se dispararon las pasiones. Intentando machacar a su inveterado enemigo Gorbachov y convertirlo en un cadáver político, Yeltsin lo humilló ante las cámaras, en un encuentro con los diputados del Parlamento transmitido por televisión. Se le echó literalmente encima y le exigió que suspendiera las actividades del Partido Comunista, a lo que el

todavía presidente de la Unión Soviética accedió, desbordado ante las sospechas de que desde allí había llegado apoyo decisivo al fracasado golpe.

La noticia de lo sucedido en Moscú atizó y desencadenó una reacción parecida en Kiev, aunque quizá respaldada por más apoyo popular. Miles de manifestantes nacionalistas y anticomunistas pidieron en las calles la prohibición del Partido en Ucrania. En el Parlamento, los diputados se percataron de que todo estaba perdido. No es que resultara impensable la recuperación de algo parecido al «clan de Dnipropetrovsk», sino que ya no cabía esperar de Moscú ni siquiera instrucciones o apoyo de algún tipo, dado que el mismo PCUS había sucumbido. Ante esa tesitura, la mayor parte de los parlamentarios y dirigentes del KPU, presionados además por las multitudes exaltadas, optaron por unir fuerzas con los nacionalistas y la oposición democrática y proclamar la independencia de Ucrania, que se efectuó tras la lectura en sede parlamentaria de un exaltado manifiesto, el día 24. Al frente de ellos, el gran símbolo de la ambivalencia, reconvertido en nacionalista: el presidente del Parlamento o Rada Suprema, Leonid Kravchuk, devenido líder de la nomenklatura comunista ucraniana despechada con Moscú.

El inesperado viraje de los acontecimientos en Ucrania tuvo un efecto bumerang en Moscú. Hasta el momento, la presión independentista había provenido de repúblicas no eslavas que, hasta cierto punto, eran periféricas al gran núcleo eslavo de la Unión Sociética. Era bien sabido que los bálticos deseaban abandonar la Unión, que, recuperada su soberanía tras la Primera Guerra Mundial, se habían constituido en repúblicas independientes reintegradas después por la fuerza, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial y no sin que antes —especialmente los estonios y lituanos— hubieran resistido hasta el final haciendo causa común con las tropas alemanas. En cuanto a las repúblicas del Cáucaso, estaban más pendientes de ajustar viejas cuentas históricas entre ellas que por la labor de seguir en la Unión Soviética.

Pero Ucrania era diferente. Era la «segunda gran república» de la federación soviética, la gran hermana eslava, verdadera matriz de la Rusia histórica a partir del siglo XIII.

Y lo cierto era que los ucranianos se mantuvieron firmes en su decisión. En Moscú, Yeltsin y Gorbachov cesaron temporalmente en su mutuo hostigamiento para intentar resolver el brete. Se envió urgentemente una delegación negociadora encabezada por Aleksandr Rutskoi, Serguéy Stankevich —un estrecho colaborador de Yeltsin—, Anatoli Sobchak, el todopoderoso alcalde de Leningrado —y patrón de Vladimir Putin, por entonces—, y un par de diputados ucranianos. Pero una vez aterrizado el avión en Kiev, los ucranianos los sometieron a un marcaje tan severo que no les permitieron desembarcar. Al cabo de unas horas se emprendió una negociación muy dura en la que los rusos hubieron de rebajar sus pretensiones y, sobre todo, su tono belicoso. Por primera vez se había hablado de reclamación de territorios y poblaciones rusas. De Crimea, cedida a Ucrania por Jruschov en 1954, en el tricentenario del protectorado ruso sobre el Estado cosaco ucraniano; y también del Donetsk, en el Donbas. Se había hecho en el marco de un comunicado emitido por el jefe de prensa de Yeltsin —a instancias de este— según el cual, si una república rompía lazos con Rusia en el seno de la Unión, aquella tendría derecho a reclamar «territorios que le corresponden»[13].

Al final se consiguió que los ucranianos aceptaran negociar un nuevo Tratado de la Unión, propuesto inicialmente por el presidente kazajo, Nursultán Nazarabayev. Para ello, Gorbachov volvió a ganar iniciativa como presidente de una Unión cogida con alfileres y con un Yeltsin temporalmente fuera de combate por agotamiento nervioso.

Con todo, este vaivén frenético y confuso tenía los días contados. El presidente Bush podía aparentar que se mantenía a la espera, respetuoso con las dinámicas internas de aquella Unión Soviética en franca descomposición. Pero no dejaba de ser una pose. Estaban en juego varias consideraciones que hacían de aquella dinámica

una cuenta atrás sin vuelta de hoja. El agotamiento de la figura de Gorbachov era evidente, al margen de que él mismo abrigara ilusiones de revertir la situación. Lo veían todos los consejeros del presidente estadounidense y él mismo, y quedó meridianamente claro cuando se reunió con el estadista soviético, por última vez, en Madrid en el marco de la Conferencia de Paz para Oriente Medio, de octubre a noviembre de 1991.

Otra cosa era que no terminaran de fiarse de Yeltsin, cuya figura había subido como la espuma en pocos meses, era aclamado por el pueblo ruso y demostraba una actitud a veces servil hacia Bush, al que informaba personalmente de cualquier acontecimiento o maniobra que pudiera enaltecer su estatura ante la de Gorbachov. Pero seguía siendo un personaje poco ortodoxo, capaz de sabotear sus propias promesas y de imponer los hechos consumados.

Sobre todo, lo que hacía que la situación evolucionara en un sentido irreversible hacia la destrucción final de la Unión Soviética era el nuevo proyecto socioeconómico neoliberal que los asesores de Yeltsin estaban poniendo en marcha a toda máquina, sin dilación y sin dudas. Tanto los economistas Guennadi Búrbulis como Yegor Gaidar andaban diseñando el modelo de terapia de choque que debía cambiar la economía de la república en un tiempo récord, salvándola de la ruina que suponía mantener los restos del sistema soviético, que, además, debería invertir sumas ingentes si quería conservar unidas al resto de las repúblicas. Búrbulis había pasado horas explicándole a Yeltsin cómo debía funcionar el cambio, que, forzosamente, debía excluir cualquier intento de conservar la Unión. Algo a lo que, inicialmente, Yeltsin se había negado; pero Búrbulis no tardó en vencer sus reticencias, ya a finales de septiembre. Menudo era el presidente ruso a la hora de pillarlas al vuelo.

El programa que pronto defendería y aplicaría Yeltsin en toda su crudeza, diseñado por Gaidar y Búrbulis, era de inspiración netamente americana, producto de la inventiva de Milton Friedman, y lo habían testado a fondo los *Chicago Boys* en el Chile del general Pinochet, quien no tardaría en convertirse en un referente de la

nueva Rusia de Yeltsin, por cierto. El heraldo estadounidense de ese pensamiento económico neoliberal en Rusia —y previamente en la Polonia poscomunista— era el joven y talentoso Jeffrey Sachs, anteriormente asesor del gobierno boliviano. El americano fue llamado a Moscú en octubre, aunque durante su estancia en Varsovia, a comienzos de 1990, ya había mantenido contacto con el que sería otro hombre de Yeltsin, el economista Grigori Yavlinski, que había viajado hasta allí para observar en directo la marcha de las reformas neoliberales en Polonia, asistidas por Sachs. Volvieron a encontrarse durante el viaje del ruso a los Estados Unidos, en otoño de ese mismo año; y el americano se convirtió oficialmente en asesor del equipo de Yeltsin, en diciembre de 1991. Aunque previamente ya había trabajado, desde la Universidad de Harvard, en un proyecto para implementar las reformas económicas en Rusia al que titularon *Grand Bargain* («Gran Oferta»)[14], estos hombres fueron los que pusieron en pie el primer plan para la transformación de una economía socialista en otra de mercado. Detrás de todo ello aleteaba la tendencia estadounidense, compatible con el proyecto de extender la globalización liberal, a transformar al enemigo vencido en un aliado a su imagen y semejanza, como se había hecho a partir de 1945, con Alemania y Japón.

Con todo, Sachs no deja de hacer un par de alusiones interesantes a la inevitabilidad de la dialéctica forzosamente destructiva de una Unión Soviética que, de hecho, para Búrbulis, ya ni siquiera existía por aquellas mismas fechas[15]. Un asesor que en pocos años adquiriría gran celebridad como vicepresidente de George Bush hijo, el halcón y secretario de Defensa Dick Cheney, no se cansaba de repetir que Washington tenía que intervenir en Moscú, forzar la desintegración final de la Unión Soviética y prevenir así que, de una forma u otra, la superpotencia soviética[16] volviera a resurgir.

Esa era la pesadilla que iba a surgir en los sueños de Nuevo Orden Mundial de los Estados Unidos, una y otra vez. El regreso de un nuevo dictador, un líder carismático o un militar golpista que se

llevara por delante al débil Gorbachov de turno y restaurara al Imperio del Mal. Como muchas obsesiones, esta terminó por convertirse en profecía autocumplida años más tarde, y se encarnó en Vladimir Putin[17].

De esa forma, en Washington todo estaba decidido. Se efectuaría de forma más o menos rápida o progresiva, pero la Unión Soviética debería morir y descomponerse. Eso sí, su final no habría de ser producto de una explosión, sino de apenas un gemido, parafraseando a T. S. Eliot.

Y si eso iba a ser así, desde luego que Washington querría tener de su lado o bajo su control a la «segunda república» de la Unión Soviética, la rica y poblada Ucrania. En ese encuadre, el viaje de Bush a Kiev en agosto de 1991 no fue marginal. El discurso del «pollo Kiev» no fue sino una forma de guardar las formas y evitar las explosiones. Y dentro de ese guion, claro que tenían importancia los nacionalistas ucranianos, y sus contactos con la comunidad ucraniana de los Estados Unidos, que, además, darían sus votos a Bush o al Partido Republicano.

La clara reticencia ucraniana a formar parte de cualquier proyecto de Unión, ni más firme ni más laxa, federal o confederal, condenó cualquier intento de Gorbachov por sacarla adelante. El 25 de noviembre fracasó el último plan del último líder soviético para preservar la Unión. Pero para entonces, en los Estados Unidos se estaba llevando a cabo una intensa campaña para que Bush reconociera la independencia ucraniana, como ya habían hecho otros países. En realidad, al día siguiente se iba a celebrar una reunión del Consejo del Atlántico Norte para tratar la situación en Ucrania y, en especial, cuál iba a ser el destino de las armas y cabezas nucleares que se mantenían en su territorio[18]. Robert Gates, el director de la CIA, también había aludido en un discurso a la cuestión ucraniana. El 27 de noviembre, Bush recibió a una delegación de la comunidad ucraniana en los Estados Unidos, que le pedía el reconocimiento de la independencia de su país de origen, advirtiendo de una más que improbable campaña militar soviética

contra Ucrania dirigida por Gorbachov. El presidente anunció su intención de reconocer a la nueva república una vez celebrado el referéndum para la independencia del 1 de diciembre.

Ese día, la consulta obtuvo un 92,32% de votos favorables. Una semana más tarde, se reunieron en Minsk los presidentes de Rusia, Boris Yeltsin; Ucrania, Leonid Kravchuk, y Bielorrusia, Stanislav Shushkévich. El motivo oficial era discutir sobre suministros de energía entre las repúblicas. El presidente Bush estuvo informado de todo el proceso y lo que había detrás de él. Gorbachov no tuvo ninguna noticia de ello.

El denominado Pacto de Belavezha —un complejo turístico donde se celebraban cacerías de los líderes del Pacto de Varsovia — se firmó el 8 de diciembre de 1991, con la intención expresa de disolver la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, constituida en 1922 por esas mismas repúblicas que ahora la liquidaban.

Todo se hizo con la mayor de las discreciones y la seguridad corrió a cargo de una unidad especial del KGB. Ese mismo día, una vez firmado el documento, Yeltsin telefoneó al presidente Bush para notificárselo. Pero no tuvo valor o ganas para hacer lo mismo con Gorbachov. Le dejó la tarea al bielorruso Shushkévich. En la llamada estuvo incluida la noticia de que los amotinados ya habían hablado previamente con el presidente de los Estados Unidos.

---

[5] Leatherbarrow (2017).

[6] *Ibid.,* p. 165.

[7] Mikhail Gorbachev, «Turning Point at Chrnobyl», en *Project Syndicate,* 14 de abril de 2006 [consultable en red].

[8] Leatherbarrow (2017): p. 164.

[9] Plokhy (2015): p. 82.

[10] «Bush advierte en Kiev contra el “aislamiento suicida” de las repúblicas soviéticas», por Albert Montagut, en *El País,* 2 de agosto de 1991 [consultable en red].

[11] Plokhy (2015): p. 93.

[12] Andrew (1996): p. 530.

[13] Plokhy (2015): p. 210.

[14] Jeffrey Sachs, «What I did in Russia», PDF online, 23 de julio de 2016; academia.info: https://www.jeffsachs.org/newspaper-articles/b4gxflntzkl76ajz2w6yey8ss7sn9m.

[15] «Guennadi Búrbulis: Rusia padece un síndrome imperial», en *magazinedigital.com,* 15 de diciembre de 2017, texto de Gonzalo Aragonés.

[16] Plokhy (2015): p. 236.

[17] Pozner (2018).

[18] Plokhy (2015): p. 309.

CAPÍTULO 3

UCRANIZAR UCRANIA

POLÍTICA *MULTIVECTOR* Y EXPANSIÓN DE LA OTAN HACIA EL ESTE, 1992-1994

> La unidad es una anomalía. La polarización es normal. El escepticismo sobre la democracia liberal también es normal. Y el atractivo del autoritarismo es eterno.
>
> Anne Applebaum, *Twilight of Democracy* (2021)

Al día siguiente de proclamar su independencia, Ucrania se enfrentaba al muy complejo desafío de convertirse en un Estado viable, reconocido internacionalmente, negociando los términos de la separación con Rusia de la mejor manera posible, evitando el colapso económico y logrando una identidad nacional cohesionada. Dicho de otra manera, se trataba de «ucranizar Ucrania», lo antes posible, en un mundo que solo en apariencia era feliz.

El desafío era titánico, por cuanto se iba a llevar a cabo en medio de una extraordinaria improvisación. Muchas de las grandes empresas en territorio ucraniano ni siquiera mantenían relaciones institucionales con Kiev, sino con los pertinentes ministerios en Moscú. ¿Cómo se iban a negociar los oportunos reajustes legales, administrativos y presupuestarios en el menor tiempo posible? Ucrania no poseía un Ejército propio, sino una colección de unidades dispersas, heredadas de las fuerzas armadas soviéticas, sin conexión orgánica entre sí, sin que ni tan solo existiera un Ministerio de Defensa o un Estado Mayor.

Sin embargo, la determinación ucraniana se impuso. Tras el Pacto de Belavezha se había proclamado la denominada Comunidad de Estados Independientes (CEI), que, como su nombre

indicaba, no podía ser una nueva Unión Soviética, porque no tendría instituciones de gobierno en común. Se discutió la posibilidad de mantener unas fuerzas armadas compartidas, pero los ucranianos se negaron. Con el país al borde de la quiebra, buscaron fondos donde pudieron para construir su propio ejército, pagando los sueldos de las fuerzas estacionadas en su territorio. Y a lo largo de 1992, la representación ucraniana se ausentó sistemáticamente de los diversos tratados de defensa mutua de la CEI.

Lo mismo sucedió con las políticas monetarias. El desorden financiero, los problemas de crédito y la impresión de rublos, que todavía eran utilizados en todas las repúblicas, pusieron en marcha la inflación. El mismo FMI recomendó la creación de un Banco Central que gestionara una política monetaria común, aunque fuera de forma transitoria; pero una vez más, los ucranianos no quisieron comprometer su independencia, y se negaron. Esta opción no estaba motivada por pulsiones nacionalistas, sino por el hecho de que los rusos estaban aplicando una política neoliberal que restringía la impresión de más papel moneda, mientras que el resto de las repúblicas prefirieron seguir echando mano de las planchas[19].

Esa política supuso que los ucranianos pronto empezaron a inundar a la vecina Rusia con sus rublos inflacionarios, especialmente para pagar sus deudas; es decir, exportaron la inflación a Rusia, que a mediados de 1993 decidió emitir los nuevos rublos nacionales, que desplazaron a los soviéticos y, de paso, los ucranianos. Pero esta política no benefició en nada a Ucrania; era hija del desorden y la incompetencia. Así, entre 1991 y 1999, la «segunda república», la niña bonita, perdió el 60% de su PIB[20]. Para 1993 la inflación andaba por un astronómico 10.000%, la producción industrial seguía colapsada y el nivel de vida de los ucranianos en caída libre[21], de forma similar al de los rusos. En cierta manera, el desplome de la economía ucraniana era una buena muestra de los desastres a que habrían llevado las políticas reformistas de Gorbachov, si bien las políticas de la «terapia de

choque» de Yeltsin produjeron también un reguero de calamidades y pobreza. A lo largo de los años noventa, Rusia y Ucrania fueron sufrientes laboratorios en los que se comprobó la dificultad que implicaba la transición del socialismo al capitalismo.

Pero en el caso de Ucrania pervivían complejidades muy específicas, que generaban cuadraturas del círculo con Rusia, a cada paso. Una muy especial era el complejo militar industrial de esta república. Es poco conocido por el gran público que, en tiempos de la Unión Soviética, la República Socialista Soviética de Ucrania aportaba, ella sola, el 30% de la producción de la industria de armamento de toda la Unión, así como el 40% de la investigación científica militar. Sin lugar a duda, el complejo militar-industrial ucraniano era la rama más desarrollada de la economía estatal[22] y daba trabajo en torno a un millón de personas. Fabricaban cualquier cosa: desde potentes y fiables motores para todo tipo de vehículos hasta buques de guerra enormes y sofisticados. En Ucrania se botó el primer y único portaeronaves soviético, el *Almirante Kuznetsov,* en 1985, y también el crucero lanzamisiles *Moskvá,* destinado a ser el cazador de portaaviones estadounidenses, y que fue hundido por las tropas ucranianas en el mar Negro en abril de 2022. Asimismo, en la ciudad de Dnipro se ensamblaban buena parte de los misiles nucleares de alcance intercontinental; y en Járkov se diseñaron y fabricaron carros de combate que se enfrentaron en las guerras de 2014 y 2022, tripulados por rusos y ucranianos. Además de ello, la tecnología de radares o los célebres aviones Antonov, vendidos en numerosos países de todo el mundo.

Además de por su agricultura y su industria militar y pesada, en general —en la que estaba empleada el 55% de la población activa —, Ucrania también era rica en minerales. Lógicamente, la Unión Soviética en su conjunto era el cliente de toda esa producción, que, además, en un elevado porcentaje, era de semielaborados, lo cual hacía que la economía ucraniana fuera totalmente dependiente de la URSS, primero, y de Rusia después. Ese cuadro se completaba con el desaforado consumo de energía, por causa de las anticuadas

infraestructuras y tecnología. A principios de siglo XX, el Donbas figuraba entre los mayores productores de carbón de Europa, pero esos yacimientos se habían ido agotando. Por lo tanto, la dependencia de los hidrocarburos rusos y turkmenos se hizo muy elevada. Para paliar en algo esa situación, a lo largo de la década de los setenta las autoridades ucranianas se lanzaron a un programa de construcción de centrales nucleares que terminaron por hacer del país el segundo en cuanto a producción de ese tipo de energía, solo por detrás de Francia. Una de esas centrales, que compartía los problemáticos reactores RBMK con las demás, fue precisamente la de Chernóbil[23].

La economía era como un lastre descomunal que mantenía a Ucrania anclada en Rusia. De hecho, los rusos tendían a creer, en aquellos primeros años que los ucranianos volverían al redil, a una reintegración natural. Tarde o temprano se arrepentirían y regresarían al seno de la Madre Rusia. Y el hecho es que muchos ucranianos también empezaron a verlo así en los primeros años de la independencia; y asimismo los países occidentales llegaron a creerlo.

La gestión política no ayudaba a que Ucrania saliera adelante por su cuenta. El primer presidente, Leonid Kravchuk, venía a ser como una especie de Gorbachov ucraniano, aunque con mucho menos talento y carisma. Era apenas un reformista timorato, que aunque hubiera tenido más empuje tampoco habría ido demasiado lejos: estaba atado de pies y manos por la administración heredada del periodo soviético, por una mayoría de políticos que, con mayor o menos disimulo, mantenían su mentalidad soviética y seguían ligados entre sí por medio de clanes y redes de influencia. Durante años, los presidentes de gobierno habían sido cargos de empresas públicas y *apparatchiks* de todo tipo[24]. Pero ese conservadurismo no libró a los ucranianos de la pobreza, de forma parecida a como la sufrieron los rusos por causa de la estrategia opuesta, la doctrina del *shock* aplicada por Yeltsin y su equipo de economistas neoliberales.

Y en junio de 1993 llegó el final de la ilusión. Ese mes, 400.000 trabajadores de la región de Donbas fueron a la huelga, respaldados por las élites locales. Era una advertencia muy seria que, además, implicaba la amenaza de detener el trabajo en las acerías. El gobierno prometió subidas de sueldos que no podría abonar. Y al final la salida al conflicto se pactó a partir de dos concesiones: la dimisión del primer ministro y elecciones presidencias y parlamentarias para 1994. En las causas del malestar y en su arreglo no solo estuvieron presentes la ausencia de reformas y la mala gestión económica, sino que también se mezcló, de forma explícita, el cuestionamiento de la independencia por parte de una región de mayoría rusoparlante y de trabajadores industriales, y la propuesta de una reintegración con Rusia[25]. La huelga de 1993 en el Donbas fue la primera grieta en aquella unanimidad en el referéndum de 1991, cuando votó por la independencia incluso una mayoría de esa región, y aun de Crimea, como constató estupefacto el mismo Yeltsin ante los resultados.

Tal como argumenta Paul D'Anieri, la protesta de los trabajadores del Donbas anticipó las dinámicas y tácticas de las de 2004 y 2014, con las tiendas de los contestatarios plantadas en la plaza del Maidan, en pleno centro de Kiev. Pero la salida a la crisis mediante el pacto entre las fuerzas enfrentadas solo se repetiría en el primero de los casos, no ya en el segundo.

Ya tenemos tres interacciones en juego: la dividida economía de la Ucrania recién independizada entre sí con la rusa, todo ello en el marco de una transición al capitalismo, entre caótica e indecisa. Subamos otro nivel en el complejo puzle: la correlación entre los vencedores de la Guerra Fría, especialmente los Estados Unidos y todo ese conjunto sufriente de economías y sociedades postsocialistas, incluyendo, sobre todo, la ucraniana.

La independencia de Ucrania y el posterior desmoronamiento de la Unión Soviética arrancaron, al tiempo que se desintegraba Yugoslavia, en un rosario de guerras fratricidas. El periodo 1991-1995 fue duro y caótico en todo el espacio exsoviético y en la

Europa del Este. Ni la Comunidad Europea ni las Naciones Unidas acertaban con un plan de paz que resolviera el laberinto mortal de las guerras en Croacia y Bosnia. Mientras tanto, en el Cáucaso y algunas repúblicas exsoviéticas del Asia Central, como Tayikistán, estallaban combates que se iban convirtiendo en guerras metastásicas.

Durante ese periodo, Washington hizo más bien poco para encauzar la situación. El presidente Bush ya había hecho la gran apuesta de su mandato en la guerra del Golfo (1990-1991), rematada por la intrigante desintegración pacífica de la Unión Soviética. Después de ello, no cabía lanzarse a nuevas aventuras en el siempre bullente ámbito de Eurasia. Se habló mucho por entonces de la necesidad de poner en pie un «Plan Marshall para el Este», aunque era una reivindicación más buenista que real. La cantidad necesaria anualmente para reorganizar las economías de ese ámbito inmenso que es «el Este» resultaba muy elevada, pero los verdaderos problemas de fondo eran dos. Por una parte, el temor a la inestabilidad política en Rusia: en 1992 nadie podía apostar en firme por la permanencia de Yeltsin en el poder. La terapia de choque neoliberal empezaba a encontrar serias reticencias y las fuerzas de la oposición estaban consiguiendo ganar las primeras batallas contra el histriónico presidente. Desde luego, latía ahí el círculo vicioso del uróboro mordiéndose la cola, puesto que la falta de ayuda financiera internacional abocaba a que el empobrecimiento de la economía y la población rusas perpetuara la inestabilidad. Pero en el trasfondo real jugaba el deseo de los principales aportadores potenciales, los estadounidenses, de disfrutar de la victoria obtenida con el final de la Guerra Fría, ahorrándose por una vez los sacrificios y contribuciones en pro de la lucha por el Bien contra el Mal.

El cambio de dinámica llegó con el joven Bill Clinton, al que los demócratas presentaron como un nuevo JFK, fantasía que volvería a repetirse con otros candidatos de ese mismo partido tras el

progresivo enconamiento entre las presidencias de las dos grandes opciones políticas estadounidenses.

Clinton, cuarenta y seis años, en enero de 1993, cuando llegó a la Casa Blanca, sería el gestor de la victoria americana tras el final de la Guerra Fría. El rey de la *política de cinta americana,* el hombre que parchearía los peligrosos desajustes heredados en Palestina, Bosnia y Rusia en apenas dos años. En septiembre ya obtuvo su primera gran victoria en política exterior, tras la firma de los denominados acuerdos de Oslo, entre palestinos e israelíes. Las reuniones secretas en la capital noruega inspiraron la dinámica audaz de los Acuerdos de Dayton que pondrían fin a la guerra de Bosnia a finales de 1995.

Entre tanto, en Rusia, Yeltsin encontraba cada vez más resistencia política a la aplicación de una terapia de choque que no terminaba de dar resultados, mientras el nivel de empobrecimiento de la población crecía rápida e inexorablemente, al ritmo de una inflación salvaje. El año 1993 fue especialmente nefasto para él, enfrentado a un Parlamento en rebeldía que buscaba destronarlo y que ya había logrado la destitución de Gaidar como primer ministro, en diciembre del año anterior. La batalla final arrancará en torno a la discusión en torno a unos presupuestos votados por el Parlamento y que no cumplían con la austeridad recomendada por el FMI.

A esas alturas, Washington veía ya materializarse su peor pesadilla: un escenario involutivo en el cual se ponía al frente de Rusia a un caudillo, un general, un nuevo Lenin o un Stalin que resucitaría la extinta Unión Soviética de entre sus cenizas. O quizás un régimen peor, por desconocido. ¿Podría ser el coronel Aleksandr Rutskoi, veterano piloto de combate y Héroe de la Unión Soviética, tras haber sido derribado en dos ocasiones sobre Afganistán y una sobre Pakistán? Vicepresidente de Yeltsin en 1991, ahora acaudillaba la feroz oposición parlamentaria. *La caza del Octubre Rojo,* film de 1990 sobre el superventas de Tom Clancy; *El Santo,* película de 1997: ambos fueron éxitos cinematográficos de la época

con el trasfondo argumental de un golpe de Estado que instaura a un dictador ruso, fanatizado y enloquecido.

Tras ganar el referéndum del 25 de abril por escaso margen, resultaba respaldada la política económica de Yeltsin y el presidente tenía la facultad de convocar elecciones parlamentarias anticipadas. Y a la vuelta de verano, en septiembre, se aprueba el Decreto 1400, por el cual Yeltsin disolvía el Parlamento y además se desconectaba las líneas telefónicas de la Casa Blanca.

Entonces los diputados rebeldes se atrincheran en el edificio, incluyendo a Rutskoi con chaleco antibalas y kalashnikov al hombro. Y apelan a voluntarios para defenderlo. Tras las barricadas se reunieron más de diez mil personas, quizá quince mil. Casi dos semanas más tarde, carros de combate de la División Taman —la misma que había intentado el Golpe de Agosto de 1991—, ahora afectos a Yeltsin, bombardean la Casa Blanca, le prenden fuego, rinden a los insurrectos y, al precio de más un centenar de muertes y 19.000 detenciones, triunfa el golpe del 4 de octubre de 1993.

Se desconoce si en esta ocasión Yeltsin volvió a recibir alguna forma de ayuda americana, como sucedió en 1991. Sí es sabido que un plantel de expertos redactaba decretos de privatización, diseñaba la nueva bolsa de Moscú y manejaba el mercado ruso de fondos de inversión. En abril, la campaña para el referéndum estuvo gestionada por empresas estadounidenses expertas en publicidad, que desarrollaban las estrategias de neuromárketing, bloqueaban a la oposición, que no podía acceder a los medios de comunicación, ridiculizaban a Rutskoi e implantaban la imagen de Yeltsin como estadista fuerte y esencial, moderno y, sobre todo, ruso, de pura cepa. Reivindican la imagen del golpista y dictador Pinochet. Y, si es necesario, de los estadios como campos de concentración.

El triunfo del golpe de octubre fue saludado desde Washington con aplausos de alivio. Y nunca se le llamará «golpe»: será bautizado de forma más pudorosa «crisis constitucional rusa de 1993».

A partir de ese momento, Ucrania vuelve a recibir las atenciones de Estados Unidos. Ha sido conjurado el peligro de involución en Rusia y por lo tanto se puede —y se debe— actuar para recolocar al espacio exsoviético en la senda del cambio.

Paradójicamente, Clinton no actuó en base a la política del cheque en blanco. En abril de 1993 logró que se aprobara un paquete de ayudas para todo el conjunto de la CEI, pero la cantidad comprometida era exigua, lo justo para apoyar a Yeltsin frente a la oposición en el momento crucial del referéndum. Los estadounidenses no hubieran respaldado ayudas masivas para Rusia y/o Ucrania. La acción del joven presidente se centró más bien en la intervención, directa, en la resolución de algunos conflictos que impedían normalizar y estabilizar la situación en toda la zona, desde Sarajevo hasta Moscú, incluyendo Kiev en ello.

Tuvo mayor recorrido la resolución de uno de los problemas centrales en las relaciones entre Rusia y Ucrania, que estaba afectando muy negativamente a Kiev: el contencioso en torno al armamento nuclear.

El dilema ucraniano se había manifestado ya tras su declaración de soberanía, en 1990. En principio, existía consenso entre los nacionalistas para desembarazarse de las cabezas nucleares del Ejército soviético que estaban desplegadas en su territorio. El recuerdo del drama de Chernóbil estaba aún caliente, y, al fin y al cabo, la gestión operativa de todo ese sistema de armas estaba en manos del alto mando soviético, fuera del control ucraniano.

Pero, progresivamente, se fue afianzando la idea de que el armamento nuclear no se podía devolver a Rusia sin alguna forma de compensación. Con bastante rapidez, en los meses de negociación sobre la permanencia de Ucrania en la Unión, el mismo Kravchuk se convirtió en adalid de la política de tira y afloja con el armamento nuclear. El dilema residía en que, a pesar de no poder utilizar esos sistemas, su permanencia en Ucrania hacía más por la seguridad de la república que su mera devolución. De entrada, era una baza en la negociación de temas duros como, por ejemplo, el

destino de Crimea o la flota soviética del mar Negro. O ayudas económicas, incluso de Occidente. Y así, en marzo de 1992, Kravchuk anunció que se detenían los envíos de armamento nuclear a Rusia.

Esos manejos y jugueteos terminaron poniendo nerviosos —y algo más— a los mismos estadounidenses, que se afanaban en cumplir los acuerdos de desarme nuclear firmados en su día con Gorbachov, los START-I y START-II. En mayo, la firma de los Protocolos de Lisboa pareció encarrilar la situación, cuando Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán aceptaron el START-I y el Tratado de No Proliferación Nuclear como Estados independientes. Con todo y con eso, el Secretario de Estado estadounidense le dejó bien claro a Kravchuk, en persona, que las ayudas de Washington dependerían de la desnuclearización de Ucrania[26].

Aun así, los tira y afloja continuaron. En parte, porque el nuevo primer ministro era Leonid Kuchma, quien tenía experiencia en el asunto como antiguo director que había sido de la factoría Yuzhmash, en Dniepropetrovsk, donde se construían los misiles intercontinentales soviéticos. Como aún no se había ratificado en la Rada la firma del START-I, volvió a surgir la declaración de Ucrania como «potencia nuclear temporal». En julio, el Parlamento en Moscú votó por la pertenencia a Rusia de la ciudad y base naval de Sebastopol, en Crimea, lo cual añadió más gasolina al fuego.

Todo esto sucedía, vale la pena recordarlo, mientras Yeltsin se estaba echando un pulso más que peligroso con la oposición y se disponía a disolver el Parlamento. En esa situación la confianza de Washington hacia Kiev, y de Kiev en Washington no terminaba de fluir. Vale la pena hacer el ejercicio de historia transversal, puesto que si bien Paul D'Anieri hace un correcto ejercicio de descripción y análisis de la crisis ucraniana y de la crisis rusa, en paralelo, falta la visión de conjunto de un momento tremendamente delicado: el año 1993.

Ese primer año de Clinton en la Casa Blanca coincide con el gran temor a que Yeltsin sea depuesto por la oposición radical, cada vez

más claramente definida como neosovietista y ultranacionalista. El presidente estadounidense también está alarmado ante la desastrosa situación en Ucrania: Kravchuk ha tocado fondo y en el país crecen los partidarios de una reintegración con Rusia, lo cual queda de manifiesto durante las huelgas del Donbas en junio. Dicho de otra manera, sin saber lo que vendría después, en el verano de 1993 podría haber ocurrido que Yelstin saliera derrotado en su pulso con el Parlamento y los ucranianos hubieran ayudado a la oposición con un acercamiento a Rusia. En consecuencia, *ambas transiciones habrían fracasado a la vez* y la peor pesadilla de Washington se habría materializado: un nuevo proyecto de Unión. Debe tenerse muy presente que en la disolución de la Unión Soviética y en la imposibilidad de mantener alguna forma de Unión, incluso en un marco tan laxo como el de CEI, la cerrazón ucraniana había jugado un papel primordial.

Por lo tanto, en cuanto puede y como puede, Clinton apuntala a la independencia ucraniana y apoya a Yeltsin. Mientras las opciones nacionalistas pervivan en Rusia y Ucrania, la reintegración será imposible. Al fin y al cabo, los nacionalistas ucranianos, aliados con Kravchuk, intentan reactivar el entusiasmo nacional desafiando a los rusos con las dilaciones en la devolución del armamento nuclear soviético; y estos, unidos contra Kiev, desde Yeltsin hasta Rutskoi, siguen presionando para obtener el control de Sebastopol, de la Flota del Mar Negro y de ventajas inherentes al suministro de hidrocarburos que los ucranianos no pueden rechazar.

Y entonces, el 12 de enero de 1994 tiene lugar un hecho trascendental que pasó desapercibido en la prensa occidental y olvidado para los libros de Historia: el presidente Bill Clinton hizo escala en Kiev en su vuelo hacia Moscú, donde junto con Yeltsin y Kravchuk firmaría el Acuerdo Trilateral sobre el control de armas nucleares. Pero tan importante como esa cumbre fue el anuncio de que Ucrania había sido invitada a unirse al Partenariado o Asociación para la Paz (Partnership for Peace o PfP). «Nuestra reunión de esta noche da paso a una nueva era en nuestras

relaciones», anunció el presidente americano. Y poco más tarde, en Moscú, tras firmar el Acuerdo Trilateral, los Estados Unidos dieron garantías de seguridad a Ucrania; aunque no equivalían al Artículo 5.º de la OTAN, era un paso importante que los ucranianos habían insistido en demandar ante Washington.

Así que la jugada fue audaz, porque la Asociación para la Paz se había fundado apenas dos días antes, en Bruselas. De esa forma, Ucrania fue el primer país invitado a formar parte de «un programa de cooperación bilateral práctica entre países socios euroatlánticos individuales y la OTAN. Permite a los socios construir una relación individual con la OTAN, eligiendo sus propias prioridades de cooperación». En conjunto, la Asociación era un tinglado para extender la influencia de la OTAN hacia el Este de manera suave y amistosa. Buena prueba de ello fue que en ese mismo año de 1994, incluso Rusia se convirtió en miembro: la Rusia gobernada de forma presidencialista por un Yeltsin triunfante, que mostraba trazas de poder convertirse en una autocracia, a tenor de los resultados de las elecciones de diciembre de 1993. De cualquier forma, lo importante eran los antiguos países integrantes del Pacto de Varsovia, y no tanto Rusia, a la que solo interesa mantener tranquila. Es decir, la Asociación para la Paz fue la antesala de la integración de los países del Europa del Este en la Alianza Atlántica, primero, y en la Unión Europea, después, o casi al mismo tiempo. Pero el caso de Ucrania fue especial, por ser el mismo Clinton quien llevó la oferta a ese país como primer beneficiario, cuando allí crecían las dudas sobre la viabilidad de la independencia tras las huelgas del verano de 1993 y las elecciones que se aproximaban.

La apuesta de Washington por mantener separados a rusos y ucranianos sin generar por ello una guerra, continuó con una jugada política que abanderó el ganador de los comicios de julio, Leonid Kuchma, el sucesor del quemado Kravchuk en la presidencia: lo que el nuevo mandatario ucraniano bautizó como *política exterior «multivector»*. En realidad, la propuesta no dejaba de ser «gatopardismo inverso»: volvamos al pasado para seguir hacia

adelante. O como el *Je vous ai compris!* de De Gaulle a los franceses de Argelia en 1958: «Os entiendo, tomo nota, y ahora voy a hacer lo que me parezca mejor». Kuchma parecía dispuesto a aprender la práctica de la política de doble rasero que ejercían con fruición los vencedores de la Guerra Fría.

La campaña electoral para las presidenciales resulta decisiva porque en las parlamentarias de marzo se ha podido constatar la pulverización del voto a los partidos: los candidatos independientes se habían llevado más del 60% de los votos; los comunistas del KPU, casi el 15%, y más abajo de eso, los derechistas conservadores del NRU (Movimiento Popular de Ucrania) con un 6%, los socialistas con un 3,65%, el KUN de los nacionalistas el 1%... y la irrelevancia. Por lo tanto, el presidente iba a marcar el rumbo de los destinos de Ucrania en los próximos años. Y eso es precisamente lo que hizo.

La cuestión de las relaciones con Rusia fue central en la campaña. Y en ella, Leonid Kuchma, el competidor de Kravchuk, tenía la sartén por el mango. Frente al desgastado presidente, derribado por la huelga de los trabajadores del Donbas, Kuchma centralizaba un *holding* de empresas de los sectores metalúrgico, de maquinaria y agrícolas, apoyado por una fuerte representación de las élites económicas: todas tenían en común su preferencia por hacer negocios con Rusia. Tras este candidato, el voto del este y el sur de Ucrania; mientras tanto, Kravchuk, que había comenzado siendo un comunista oportunista, era ahora el campeón de los nacionalistas y le respaldaba el voto del oeste, donde había sido débil en 1991. Las elecciones de 1994 aportaron otra novedad en la Ucrania independiente: se había regionalizado el voto y el este, más populoso que el resto, demostraba su poder. Precisamente, durante las parlamentarias de marzo, los óblast de Donetsk y Lugansk añadieron por su cuenta papeletas para un referéndum demandando un estatus especial para el idioma ruso, la adopción de una administración federal y la integración de Ucrania en la CEI[27]. En efecto, mucho antes de que Putin llegara al poder, existía un

sentimiento identitario rebelde en el Donbas. Lo mismo sucedió en Crimea, donde el gobernador elegido, Yuri Meshkov, incluyó otro referéndum de tapadillo junto con las papeletas de voto. En él se planteaban preguntas sobre la posibilidad de una autonomía, una doble ciudadanía o un tratado bilateral de gobierno sobre la península.

Y Kuchma ganó las elecciones; por un 52%, frente al 45% de Kravchuk, en segunda vuelta.

Y entonces, él mismo fue desactivando la esencia de los deseos de su electorado. El mecanismo resultó paradójico pero eficaz: habiendo conseguido representación, que su voz se escuchara, que su presencia fuera tenida en cuenta, el sur y este ucranianos, en buena medida rusoparlantes, se terminaron sumando al esfuerzo nacional y dejando de lado la reintegración a Rusia. De otro lado, Kuchma consiguió evitar la imagen de que el nacionalismo gobernaba en Kiev. Y en tercer lugar, la política de equilibrios entre Rusia y los Estados Unidos, en base a políticas multivector, evitaba encrespar los oleajes políticos internos, puesto que la estabilidad, la tranquilidad y la diversificación eran vitales para normalizar la economía y sacar adelante la transición.

Dentro de esa dinámica, Kuchma dio preferencia a la creación de una clase media que estructurase al nuevo país independiente, puesto que, desde un punto de vista cultural y nacional, Ucrania era un país bastante diverso. Además, no había forma de sentar las bases de la privatización sin el alumbramiento y desarrollo de clases medias nacionales. Sin embargo, la necesidad de desarrollar esos cambios de forma rápida, así como la influencia de la cercana y poderosa Rusia, impulsaron el surgimiento de un pujante y peligroso sustrato social de oligarcas.

En el paradigma ruso-ucraniano —aunque también aparecerá en otras repúblicas exsoviéticas— el oligarca es un magnate de los negocios surgido prácticamente de la nada[28]. En un medio soviético o postsoviético en el cual, por definición, no existe capital privado para adquirir las empresas del Estado en vías de privatización, los

oligarcas amasaron grandes fortunas haciéndose con el control de las materias primas y de las empresas extractivas, en especial las de energía, en ocasiones prácticamente en régimen de monopolio. Para llevar a cabo tamaños golpes de mano, los oligarcas contaban con una innata capacidad para el trapicheo y el cambalache —al menos en una primera fase— saltándose las leyes o aprovechando los vacíos legales, la protección desde el poder, local o central, y, en un momento determinado, aunque no siempre, valiosos contactos con las finanzas internacionales de forma directa o a través de Israel por el origen judío de algunos de los oligarcas, caso del ruso Roman Abramovich o el ucraniano Íhor Kolomoiski, que también contaba con la nacionalidad chipriota e israelí. Esos contactos podían servir para drenar capitales con los cuales adquirir las empresas locales. En el caso de los oligarcas ucranianos, se beneficiaron en muchas ocasiones de las relaciones con sus cofrades rusos. De ahí que la nueva casta sirviera a los fines de la política multivector de Kuchma como placa giratoria entre Occidente y Rusia —es decir, sin casarse con ninguna línea política— a la vez que daba lugar a una «privatización nacionalizada» de los activos ucranianos.

Sin embargo, el precio a pagar terminó siendo muy elevado, tanto en ese país como en Rusia. Los oligarcas podían derivar en simples cleptócratas, como fue el caso de Pavlo Lazarenko. Parte de su fortuna la hizo siendo primer ministro, entre 1996 y 1997; pero en 2006 fue condenado en los Estados Unidos por blanqueo de capitales y extorsión. Solo durante su periodo en el gobierno drenó unos 200 millones de dólares. En una lista de los diez cleptócratas más importantes del mundo, Lazarenko ocupaba el octavo lugar, tan solo tres puestos menos que el presidente serbio Slobodan Milošević e inmediatamente por detrás del dictador haitiano Jean Claude «Bébé Doc» Duvalier y el presidente peruano Alberto Fujimori[29]. Este tipo de conductas solo se entienden a partir de la política de «propinas» que entregaban los oligarcas a Kuchma y su gente.

De cualquier forma, la cuestión primordial para la Ucrania de los años noventa era cómo reinventarse a base de complejos equilibrios. Aprovechar el cortejo de Washington para abrirse a los mercados occidentales sin provocar la peligrosa ira de Moscú, lo que podría descarrilar la transición económica y desgarrar la sociedad ucraniana de este a oeste y de norte a sur.

El centro de gravedad en esos ejercicios de funambulismo estaba en la aceptación, por parte de las potencias implicadas, del doble juego que pudiera desarrollar Ucrania. Venía a ser como un triángulo amoroso en el cual Rusia y los Estados Unidos aceptaban tolerarse entre sí en su respectivo flirteo con Ucrania, y para ello necesitaban irse acostumbrando a la situación y ponerse de acuerdo en ciertos límites.

Los toma y daca eran, básicamente, los siguientes: Rusia pedía la devolución del puerto y la base de Sebastopol, en Crimea, así como de una parte sustancial de la Flota del Mar Negro. Ucrania negociaba con la devolución al completo del armamento nuclear soviético y el acercamiento a los Estados Unidos, pidiendo garantías sobre sus fronteras, y en ese contexto coqueteaba con alguna forma no habitual de acercamiento y semiintegración en la OTAN.

En esta última cuestión, el primer gesto claro, como vimos, fue la integración de Ucrania en la Asociación para la Paz, en enero de 1994. Tras el relevo en la presidencia ucraniana, ya con Kuchma, Kiev mostró un mayor entusiasmo por la Asociación. Participaba en todas las actividades y ejercicios conjuntos y no tardó en enviar a la guerra de Bosnia a 400 soldados en la Fuerza de Implementación (IFOR) de la OTAN, en diciembre de 1995. Para entonces, el mismo Kuchma había propuesto una «Carta sobre una asociación distintiva entre Ucrania y la OTAN»[30].

A raíz de esos movimientos se abrió paso una de las primeras advertencias de Moscú, que llevarían a la guerra abierta un cuarto de siglo más tarde. En 1995, el politólogo ruso Arkady Moshes (más tarde emigrado a Finlandia) escribió: «Los políticos en Kiev deben entender que Ucrania está declarando el objetivo de unirse a la

OTAN, lo cual será visto como un cambio hacia una política abiertamente hostil hacia Rusia, con todas las consecuencias resultantes[31].

Pero en marzo de 1997, el ministro de Defensa ucraniano, Hennady Udovenko, se dirigió a los delgados de la OTAN, en plena reunión, en Bruselas, pidiendo taxativamente: «Espero que la OTAN respalde a Ucrania en sus esfuerzos por lograr su objetivo estratégico de integración completa en las estructuras de seguridad europeas y euroatlánticas, incluida la OTAN». Pocos meses más tarde pidió garantías de seguridad para Ucrania «similares al Artículo 5» *(sic),* cosa que la OTAN rechazó.

¿No podría hacer la Alianza Atlántica una serie de concesiones y excepciones a la medida de Ucrania? En el debate sobre las peligrosas implicaciones de la expansión de la Alianza Atlántica hacia el Este, se suele olvidar el protagonismo entusiasmado de los países que dieron el primer paso para dejar atrás, cuanto antes, su pasado en el Pacto de Varsovia y, de paso, hacer méritos para la integración en la UE a través de la Asociación para la Paz.

Después se debatió mucho sobre la supuesta promesa hecha a Gorbachov, en febrero de 1990, por parte del secretario de Estado James Baker de que la Alianza no se movería «ni una pulgada» hacia el Este. Y que renovó poco después ante el ministro de Exteriores soviético, Edvard Shevardnadze[32].

La discusión, a día de hoy, se ha vuelto bizantina y no parece que se pueda encontrar algo así como el cabo del hilo que nos lleve a conclusiones válidas en relación con la guerra que estalló en Ucrania en 2022. En aquellos días se estaba precipitando la posibilidad de que Alemania se reunificara, y esa era la verdadera piedra de toque para un final de Guerra Fría realmente pacífico y armonioso, el mejor de los mundos soñados. Los dirigentes de las grandes potencias, incluyendo a Helmut Kohl, estaban en un estado cercano al éxtasis: Gorbachov parecía dispuesto a dar el consentimiento soviético a la reunificación, en parte porque como visionario creía realmente en la posibilidad de erigir una «casa

común europea» y en parte también porque necesitaba de los créditos y ayudas a fondo perdido que pudieran suministrar los occidentales para mantener a flote la economía soviética y sacar adelante las reformas que aseguraran su supervivencia.

Pero para ello era fundamental que esos mismos dirigentes le dieran algunas seguridades a fin de poder callar o tranquilizar a los halcones en el Kremlin. Años de propaganda soviética habían insistido en que la reunificación alemana llevaría a un IV Reich, y algo que deseaba, precisamente, la OTAN. Y ahora parecía que la pesadilla podría hacerse realidad. En consecuencia, comenzando por Baker y continuando con Kohl, Mitterrand y Margaret Thatcher, todos fueron bañando a Gorby en una catarata de seguridades que nunca pasaron de ser difusas y no se plasmaron en ningún documento. Según algunos autores, las seguridades de Baker se referían a que la OTAN nunca pasaría al otro lado de la antigua República Federal de Alemania, aglutinando a lo que había sido la desaparecida República Democrática de Alemania[33]. Otros, a la luz de documentos estadounidenses desclasificados hace algunos años, vienen a admitir que las promesas parecen sugerir, en efecto, que la Alianza Atlántica no iría más allá de la Alemania reunificada[34]. Pero todo eran seguridades voluntariamente nebulosas, en sinuosa o resbaladiza retórica diplomática; lo que Gorby quiso oír, entre sonrisas, palmadas en la espalda y francos apretones de manos, en alegres reuniones de amables y educados estadistas occidentales. En esa nube de cordialidad, el mismo Gorbachov acariciaba la idea de que el Pacto de Varsovia continuaría existiendo y Alemania podría pertenecer a ambas organizaciones, en aras de reforzar la seguridad conjunta de Europa, la casa común de todos.

Pero en realidad, Baker y los demás sabían que no podían darle al soviético garantías claras y por escrito, porque nunca terminaron de fiarse de que sus reformas funcionarían o de que aguantaría en el poder. Todo estaba saliendo demasiado bien como para que no apareciera tarde o temprano el temido dictador. De hecho, en ese

mismo año de 1990, recordemos, Yeltsin empezaba a hacerle sombra a Gorbachov, atizando el disolutivo nacionalismo ruso. Y de hecho, tras la reunificación de Alemania, se disuelve el Pacto de Varsovia, y sus antiguos miembros europeos comienzan a buscar la integración en la OTAN como medida de protección contra Alemania, aunque por entonces a nadie se le habría ocurrido decir que existía ese temor. También se lo callaron Thatcher y Mitterrand[35].

Por último, las inciertas y atropelladas garantías se le ofrecieron a Gorbachov pero, a la vez y específicamente, *a la Unión Soviética*. Una vez que esta entidad dejó de existir y fue sustituida por Rusia, con un nuevo estadista en Moscú, se podía alegar que incluso aquellos velados cantos de sirena habían caducado, pues muy otros eran el contexto y los protagonistas.

La situación en toda Europa del Este evolucionaba por entonces con mucha rapidez, y en cualquier esquina parecía esperar, agazapado, el desastre. Es comprensible que en 1990 Baker y los demás no pudieran ni quisieran comprometerse. Otra cosa diferente fueron las maniobras de Clinton para atraerse a Ucrania, cuatro años más tarde, en medio de la disputa que mantenía con Rusia por la posesión de Sebastopol y su base, la Flota del Mar Negro, el precio de los hidrocarburos y la bronca política interna con centro en el Donbas.

Precisamente, las guerras de la antigua Yugoslavia contribuyeron mucho a corroer las relaciones entre Rusia y las potencias occidentales. Estas pronto consideraron que Moscú era más un estorbo que una solución, y cuando la OTAN se implicó activamente en la guerra de Bosnia, a partir de febrero de 1994, el malestar ruso creció muchos enteros ante lo que consideró un castigo específico contra los serbios. Nadie tenía en cuenta las iniciativas u opiniones de Moscú, y esto atizó un fuerte complejo dostoyevskiano como perdedores, humillados y ofendidos, por cuanto el país se esforzaba con buena voluntad por asimilar los cambios recetados por el neoliberalismo americano, que no arrojaban los frutos esperados, a

pesar de lo cual los occidentales estaban tratando a Rusia como una potencia de tercera fila.

A partir de ahí, empezaron a abusar de Yeltsin. Cierto que nunca había dejado de ser un personaje con una imagen internacional muy deficiente, por no decir francamente mala. Pero, aun así, le quitaron la poca dignidad que le quedaba. Y al hacerlo, al ir demasiado lejos, también socavaron el amor propio de los rusos, sin que estos olvidaran que Yeltsin era el hombre de los americanos, el que llamaba a Bush para informarle de las jugarretas que le hacía a Gorbachov mientras empujaba a la Unión Soviética por el precipicio.

Moscú intentó evitar una intervención militar de la OTAN en Bosnia, porque eso excluía explícitamente esa opción para Rusia, la dejaba en una posición subordinada y generaba un agravio comparativo, por cuanto empezaba a tener problemas de separatismo ella misma, en el Cáucaso Norte, en Chechenia. A pesar de los pesares, la OTAN intervino directamente en Bosnia en abril de 1994 y más adelante, aunque de forma más indirecta, en apoyo de los croatas y los musulmanes bosnios, en el verano de 1995, con lo que contribuyó de forma decisiva al final de la segunda fase de las guerras de Yugoslavia.

Esa demostración de músculo atrajo a los antiguos miembros del Pacto de Varsovia como la luz a las polillas. Polonia, Chequia y Hungría accederían a la OTAN en 1999. Eslovenia, Eslovaquia, Bulgaria, Rumanía y, sobre todo, los Países Bálticos, exrepúblicas de la Unión Soviética, lo harían en 2004. Mientras tanto, como ya se explicó, los ucranianos enviaron a Bosnia, una vez concluida la guerra, a un contingente de tropas encuadrados en la IFOR. Allí se ganaron cierta mala fama por trapichear y vender combustible de sus vehículos a los bosnios. Los contingentes internacionales que les acompañaron en la misión procuraban tenerlos controlados.

Pero, en cualquier caso, la OTAN salió reforzada de la guerra, pues parecía demostrar cuán necesaria podría llegar a ser en la procelosa evolución de la Posguerra Fría. Los americanos ya no tuvieron dudas de que era necesario expandirla más.

Ante la visible decadencia rusa, en Washington y Kiev se disiparon los reparos para avanzar en el acercamiento. En noviembre de 1994, Kuchma viajó a los Estados Unidos y regresó con la promesa de 900 millones de dólares en ayuda, que se sumaban a otros 700 por parte del FMI. Al mes siguiente, en la cumbre de Budapest de la OSCE, los Estados Unidos, Gran Bretaña y la misma Rusia garantizaron la seguridad de Ucrania y sus fronteras. En mayo del año siguiente, Clinton volvió a Kiev, y se deshizo en piropos sobre la europeidad de Ucrania.

Y finalmente, en 1997, llegó un gran acuerdo tranquilizador a varias bandas. En mayo se firmó en París la denominada *Acta fundacional sobre las relaciones mutuas de cooperación y seguridad entre la OTAN y Rusia.* El resultado final había sido objeto de duras e intensas negociaciones por parte del secretario general de la OTAN, Javier Solana, y el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Evgeni Primakov. En su día se le dio bastante bombo y platillo: «La OTAN y Rusia han arrinconado la Guerra Fría. Inauguraron una nueva era para la seguridad europea y mundial basada en la cooperación», se podía leer en el diario *El País*[36]. En el documento, Moscú toleraba la expansión de la OTAN hacia el Este —se le ofreció la membresía a República Checa, Hungría y Polonia— a cambio de que la Alianza no desplegara armas nucleares en los nuevos territorios «salvo en casos de crisis». Pero había también acuerdos sobre el crecimiento de las fuerzas convencionales. En definitiva, era un convenio regulador, un pacto para no hacerse daño innecesariamente y una forma de restañar el orgullo herido de Rusia por su arrinconamiento durante la intervención en Bosnia. De paso, indirectamente, se intentaba apuntalar la política neoliberal de Yeltsin, muy tocada para entonces: Rusia fue invitada a unirse al grupo G-7 de economías líderes.

Ucrania se benefició del acuerdo, por supuesto; en asuntos de defensa y armamento. Hubo Tratado de Amistad, hubo división de la Flota del Mar Negro, parte de las instalaciones portuarias de Sebastopol se alquilaron a Rusia, se acordó el pago de la deuda de

Ucrania para con su vecino y, muy en especial, se pactó, de nuevo, pero muy formalmente, que, de acuerdo con las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas y las obligaciones del Acta Final sobre Seguridad y Cooperación en Europa, se respetarían la integridad territorial de Rusia y Ucrania y la inviolabilidad de las fronteras.

Pero las buenas intenciones y las sonrisas, la cordialidad entre trajes y corbatas no iban a durar mucho. Apenas dos años. De hecho, la nueva bomba de relojería ya estaba en marcha por aquellas fechas.

---

[19] D'Anieri (2019): pp. 35-37. Parte de la estructura de este capítulo está basada en este excelente libro.

[20] «Ukrainian GDP», World Economic Outlook Database, from International Monetary Fund (IMF), octubre de 2007.

[21] «The IMF and Ukraine: What Really Happened, A Commentary by Lorenzo Figliuoli and Bogdan Lissovolik, IMF Resident Representatives in Ukraine», en International Monetary Fund, Views & Commentaries, 31 de agosto de 2002 [consultable en red].

[22] GlobalSecurity.org, véase: Ukraine Defense Industry.

[23] Dyczok (2000): pp. 34-35.

[24] *Ibid.:* p. 34, tabla 2.1.

[25] D'Anieri (2019): p. 45.

[26] D'Anieri (2019): p. 49.

[27] D'Anieri (2019): p. 72.

[28] Richard Sakwa, buen conocedor del fenómeno oligárquico en Rusia, integra muy acertadamente la evolución de este «tercer poder» en la historia del periodo, en su obra *Frontline Ukraine* (2016).

[29] «Suharto tops corruption ranking», en BBC News, 25 de marzo de 2004.

[30] D’Anieri (2019): p. 89.

[31] Arkady Moshes, «Zybkii neutralitet Ukrainy», *Moskovskiye Novosti,* n.º 26, 30 de junio-7 de julio de 1996, p. 10; cit. en D’Anieri (2019): p. 102.

[32] Véase el extenso trabajo de Sarotte (2021).

[33] D’Anieri (2019): p. 61.

[34] «Los documentos que muestran que Estados Unidos prometió a Rusia que la OTAN no se expandiría hacia el Este», por Joaquín C. Bretel, *PijamaSurf,* 17 de marzo de 2022 [consultable en red]; «Ucrania (I): “Ni una pulgada hacia el Este”: lo que Gorbachov escuchó», por Luis Castro, en *Conversación sobre la Historia* (blog), 21 de febrero de 2022 [consultable en red].

[35] «Thatcher contra Berlín», por Walter Oppenheimer, *El País,* 8 de noviembre de 2009 [consultable en red].

[36] «La OTAN y Rusia llegan a un acuerdo que abre una nueva era para la seguridad europea y mundial», por Xavier Vidal-Folch, en *El País,* 15 de mayo de 1997 [consultable en red].

CAPÍTULO 4

NARANJA MECÁNICA

EL FIN DE LA ERA KUCHMA
Y *LA REVOLUCIÓN NARANJA,* 1995-2004

> Este título sería ideal para una historia acerca de la aplicación de los principios pavlovianos o mecánicos a un organismo que, como una fruta, cuenta con color y dulzura.
>
> Anthony Burgess, 1962

Muchas personas e incluso unos cuantos estadistas en todo el mundo occidental incluyeron aquel 1999 en el pensamiento mágico. El último año del siglo, también del primer milenio. El nuevo ciclo traía grandes promesas y miedos; se hablaba, medio en broma medio en serio, del «efecto 2000», el «error del milenio», la carencia informática de *software,* a escala mundial que supuestamente podría llevar a fallos generalizados y catástrofes en cascada de alcance incalculable, a partir de los errores en cadena de los sistemas informáticos.

Así que 1999 no debía dejar cuentas pendientes detrás de sí. Parece que esa ansiedad tuvo algo que ver con la precipitación con la que las potencias gestoras de la OTAN decidieron intervenir de forma directa en la guerra de Kosovo y solucionarla atacando a Serbia, a partir del 24 de marzo de 1999, sin haber recibido previamente la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El resultado fue el bombardeo por la OTAN, durante 78 días y de forma ininterrumpida, de un país europeo, incluyendo su capital, Belgrado. La operación generó potentes cortocircuitos diplomáticos internacionales en varias direcciones.

Y una vez más, pero de una forma más patente que durante la guerra de Bosnia, el gobierno ruso quedó descolocado y ninguneado.

En plena ofensiva aérea, durante la cumbre de la OTAN de abril, Yeltsin había ofrecido al ex primer ministro Viktor Chernomyrdin como enviado especial diplomático. Él, precisamente Chernomyrdin, que había tenido una influencia decisiva en que el presidente serbio, Slobodan Milošević, aceptara el ultimátum de la OTAN. Pero desde su cuartel general en Bruselas y también desde Washington, creían que si la ofensiva diplomática tenía éxito en detener la guerra, la Alianza Atlántica perdería el protagonismo que había buscado desde el principio, e incluso podría quedar cuestionada la necesidad de una campaña aérea que se prolongaba más y más y estaba empezando a generar rechazo entre algunos de los miembros de la Alianza.

Los rusos, por su parte, ansiaban que la pesadilla terminara cuanto antes. Aquello era una demostración de fuerza de la OTAN, en toda regla, en la que ya se hablaba de integrar a los Países Bálticos y que recabaría energías e imagen para expandirse hacia el Este.

Eso fue precisamente lo que sucedió en Ucrania, donde inicialmente hubo políticos y parlamentarios que condenaron el ataque contra Serbia. Pero al final, el presidente Kuchma, sin llegar a aplaudir el ataque de la OTAN, sí comentó que Ucrania se aprovecharía del nuevo estatus de la Alianza. Su política multivector parecía estar dando sus frutos. Mientras tanto, en Rusia, todo era frustración. El bombardeo les había pillado por sorpresa, y el resultado fue, según muchos observadores, que Rusia sería el próximo objetivo de la OTAN. Saltaron los reproches hacia Chernomyrdin y se abrieron amplias dudas sobre si el gobierno lo había hecho bien.

Pero esta situación era, a su vez, reflejo de la terrible crisis económica que el país había sufrido el verano anterior, en 1998. Ni siquiera hacía un año que Rusia había visto cómo se desplomaba el

rublo. Y es que la caída de los precios de las materias primas a nivel mundial había golpeado la economía del enorme país euroasiático, y, además de las pérdidas en exportaciones —sobre todo de hidrocarburos—, habían caído en picado los impuestos que pagaban estas empresas, dejando al Estado en una situación muy débil. La crisis del 98, aunque en parte fue consecuencia de la crisis asiática del año anterior, supuso la puntilla al experimento neoliberal y la terapia de choque en los que Yeltsin y su equipo de economistas habían embarcado al país en 1991. Así que 1999 fue el año de la gran humillación, del descrédito: Rusia se había intentado pasar al mundo capitalista y no le había salido bien; y ahora hasta los mismos estadounidenses despreciaban a los rusos, los veían como a unos incapaces de mantener un imperio militar o económico. Yeltsin estaba visiblemente acabado, ya ni siquiera provocaba risa, y su Rusia había caído todavía más bajo que la Unión Soviética de 1991: ya apenas desempeñaba el rol de potencia regional. Por eso, precisamente por eso, Putin reivindicó la anexión de Crimea, en 2014, como un desquite por la humillación de Kosovo.

Pero precisamente esa historia arrancaba en 1999. Cuando terminaron los bombardeos en Kosovo, después de meses de inestabilidad política y de baile de carteras ministeriales, de las desapariciones no explicadas de Yeltsin, en Moscú se inauguraba nuevo gobierno con un personaje aún desconocido a su frente, Vladimir Putin, con solo 47 años. Mientras tanto, en Ucrania, Kuchma comenzaba en noviembre su segundo mandato como presidente, y al mes siguiente nombraba primer ministro a Viktor Yushchenko, solo dos años más joven que Putin.

Para entonces, el nuevo primer ministro ya era conocido en Ucrania como el economista liberal que, al frente del Banco Nacional de Ucrania, había logrado modernizar y regular el funcionamiento de la banca en el país, detener la terrible inflación de los años noventa, defender las finanzas ucranianas del impacto de la crisis rusa y estabilizar la recién introducida moneda nacional, la grivna.

Parecía lógico que los bancos y gobiernos occidentales vieran con respeto a Yushchenko y que su nombramiento como primer ministro pareciera una apuesta ganadora para abordar las necesarias reformas económicas a gran escala y reestructurar la deuda. Era un hombre de Occidente y cercano a los americanos, lo recomendaba el FMI y la decisión para su nombramiento surgió de una conversación entre Kuchma y el vicepresidente estadounidense Al Gore.

Sin embargo, como suele decirse, la procesión iba por dentro. Vista desde el ángulo estadounidense, la política multivector les favorecía a ellos; pero en realidad solo era una de las balanzas, y la que atendía a los intereses rusos se estaba haciendo más pesada. El auge de los oligarcas, que era un factor de primer orden en la política adaptativa de Kuchma, se estaba convirtiendo con rapidez en un lastre que descompensaba la deriva por la transición de esa frágil nave que era Ucrania. Y eso era así porque, en parte, esos oligarcas habían crecido sobre el control de unos recursos o unos tráficos que forzosamente estaban vinculados con la economía rusa; y con los oligarcas rusos, también. Y, de otra parte, porque esos personajes se articulaban en relación con clanes locales: el clan de Donetsk, el clan de Dnipropetrovsk, el clan de Kiev. Y a su vez, se acomodaban con el poder, incluyendo al mismo Kuchma y otros sectores del gobierno de la nación y la administración, que se vinculaban al mundo de los oligarcas por medio de las propinas, las comisiones, las mordidas, la corrupción galopante.

En efecto, existía un Kuchma cosmopolita y otro Kuchma mucho más sórdido, bajo la superficie de las cámaras y la diplomacia internacional. Esa figura siniestra quedó en evidencia durante el largo y ominoso «Escándalo del casete», «Tapegate» o «Kuchmagate».

Todo comenzó con la desaparición de un periodista, Georgiy Gongadze, a mediados de septiembre de 2000. De origen georgiano, se estableció en Ucrania tras emigrar ya con un cierto éxito profesional previo en su país de origen. Independiente hasta la

médula, creyendo quizá que su nacionalidad georgiana le protegería hasta cierto punto, pronto comenzó a convertirse en azote de los oligarcas, de Kuchma y de la corrupción que se extendía a raudales por su país de adopción. Recibió amenazas, sufrió hostigamiento y presiones de los servicios de seguridad y, al final, desapareció.

Reapareció como cadáver, dos meses más tarde. Decapitado, porque, tras el secuestro, sus captores le dispararon accidentalmente en la cabeza y la bala alojada en ella podría haberse convertido en una pista que delataba su condición de agentes de seguridad. Al parecer, seguía vivo mientras se produjo el cercenamiento. Su cuerpo apareció bañado en dioxina y medio quemado, en un chapucero intento de dificultar la identificación. A continuación se produjo un siniestro vaivén de desapariciones y reapariciones de los restos.

A las pocas semanas de que se encontrara el cadáver de Gongadze, un diputado socialista, Oleksandr Moroz, hizo pública una grabación que dijo se había hecho en secreto. En ella se escuchaba al mismísimo presidente Kuchma quejándose de las intromisiones del periodista y sugiriendo que fuera deportado o «entregado a los chechenos» —de los que se podía esperar cualquier cosa—. De esa forma estalló el «Escándalo del casete», que se prolongó durante cuatro años y puso la política ucraniana patas arriba. No porque fuera novedad la muerte de un periodista en ese país —una placa en Kiev recuerda a los dieciocho asesinados en el ejercicio de su profesión antes de la guerra del 2022—, pero sí por la implicación directa del presidente en persona.

La primera e inmediata consecuencia política del escándalo fue el surgimiento de un movimiento cívico de protesta bautizado, muy gráficamente, como «Ucrania sin Kuchma», organizado por la oposición y que propugnaba la dimisión del presidente. En el liderazgo compartido destacaban un activista de los derechos humanos y político independiente como era Volodymyr Chemerys, cuyo nombre quedó muy asociado a esta campaña, el socialista Yuri Lutsenko y la inquietante Yulia Timoshenko, la economista e

ingeniera de minas, la llamada «princesa del gas» por su actividad en el negocio —con manejos no siempre claros— y líder del recién creado partido *Batkivshchyna* (Patria), que dimitió de su cargo de viceprimera ministra para Combustible y Energía a fin de unirse contra Kuchma, liderando su propio Comité de Salvación Nacional.

«Ucrania sin Kuchma» comenzó sus protestas reuniendo a los contestatarios en el Maidan, la principal y más céntrica plaza de Kiev, el 15 de diciembre de 2000. La mayoría eran jóvenes y recurrieron a una estrategia que devendría habitual: la protesta permanente en tiendas de campaña, organizando actividades políticas, pero también espectáculos. Las fuerzas que los agrupaban eran los socialistas, la derecha nacionalista del partido Ruj (Movimiento Popular de Ucrania) y la ultraderecha de UNA-UNSO (Asamblea Nacional Ucraniana-Autodefensa Popular Ucraniana), muy visibles con sus parkas y pantalones camuflados y sus grandes banderas rojas con cruces negras potenzadas.

Las autoridades evitaron los enfrentamientos frontales y se limitaron a ocasionales hostigamientos de la policía; y al final, por iniciativa del ayuntamiento, declararon que la plaza estaba en obras de reforma, lo cual supuso la instalación de barreras y vallas que incomodaron y complicaron las protestas. Con todo, «Ucrania sin Kuchma» tuvo un abrupto final el 9 de marzo de 2001, cuando se produjeron enfrentamientos a gran escala entre los manifestantes y las unidades de la Berkut o policía antidisturbios, en el Maidan. El activo protagonismo de la ultraderecha en los choques y la distancia entre «Ucrania sin Kuchma» y la mayoría de la oposición parlamentaria llevaron a su extinción.

Por otra parte, Kuchma no dimitía, a pesar de la gravedad de las acusaciones y las pruebas que iban y venían como cuchillos. En vez de ello, reorganizó sus fuerzas y cerró filas con sus aliados con vistas a las elecciones parlamentarias de 2004. Eso supuso un escoramiento hacia las fuerzas políticas prorrusas, con el apoyo de los correspondientes oligarcas y del poderoso Partido de las Regiones, el de los rusófonos del este y sudeste del país, que a la

altura de 2001 decía tener medio millón de militantes. Que a su vez formó frente en el propio bloque de Kuchma, de corte populista y clientelar, *Za Yedinu Ukrainu* o ZYU (Por una Ucrania Unida), cuyo nombre parecía inspirado en el oficialista Rusia Unida, de Putin. Aunque no era un peso pesado, el ZYU tenía su base de masas en el óblast de Donetsk.

Sin embargo, Kuchma no lograba ir más allá en la organización de una fuerza de maniobra que asegurara la mayoría para la presidencia. A diferencia de Putin, que enseguida erigió su Rusia Unida, el ucraniano dependía demasiado del Partido de las Regiones, sin muchos más aliados. Pero lo que provocó un vuelco en la situación política ucraniana fue la retirada de Yushchenko al frente del gobierno, en abril de 2001, tras la pérdida de un voto de confianza impulsado en el Parlamento por los comunistas, respaldados por las grandes empresas, cercanas a los intereses rusos. La maniobra sumió al país en la confusión, según informaba la prensa occidental[37]. En realidad la situación no se podía aguantar más. La defensa numantina de Kuchma al frente de la presidencia llevaba forzosamente a polarizar claramente al país, entre los prooccidentales y los prorrusos, el oeste y el este de Ucrania, los diferentes intereses económicos, los clanes y regiones.

Como Yulia Timoshenko ya había caído meses antes, invitó a Yushchenko a organizar un bloque opositor. Mientras tanto, el dimitido primer ministro fundó una coalición liberal conservadora denominada Nuestra Ucrania. Todas estas formaciones chocaron en las elecciones parlamentarias de marzo de 2002, sin arrojar un claro vencedor. Por número de votos, Nuestra Ucrania obtuvo un 23,57% (112 diputados); los comunistas del KPU consiguieron un 19,99% (65 escaños) y el bloque pro-Kuchma, el ZYU, se quedó en un 11,78%; pero en base a la regulación electoral estipulada por la ley, recibió un premio de 121 diputados. Todo había ido por los pelos: la popularidad de Yushchenko subía como la espuma en el oeste de Ucrania, entre los prooccidentales, pero los partidarios de Kuchma seguían controlando el Parlamento en virtud de la ingeniería

electoral. Ambos bandos, sin embargo, estaban fragmentados, lo que hacía temer una escalada incontrolada de las tensiones, como así fue.

La política multivector de Kuchma, que ya para entonces se revelaba como mero oportunismo, no contribuía a apaciguar la situación. Seguía empeñado en enviar señales esperanzadoras a Occidente. En febrero de 2002, dentro de la campaña electoral, Kuchma presentó un cronograma por el cual Ucrania podría cumplir con los requerimientos para acceder a la UE en 2011; y en mayo, el Consejo de Defensa y Seguridad discutió la forma de implementar la candidatura a la OTAN.

El viejo Kuchma sabía cómo hacerles cosquillas a los americanos, pero aquel no era buen momento para andarse con tales juegos. Inicialmente, Washington le había dado un voto de confianza al presidente ucraniano. Una consultora de riesgos estadounidense, Kroll Inc., investigó por su cuenta y aseguró que podía demostrar la inocencia de Kuchma en el atroz asesinato del periodista Gongadze. Pero eran momentos delicados: George Bush hijo acababa de llegar a la Casa Blanca, en enero de 2001, y el 11 de septiembre tuvo que afrontar el *shock* de los atentados de Al Qaeda contra las Torres Gemelas y el Pentágono. Tras la invasión de Afganistán y el fracaso en capturar a Osama bin Laden, el nuevo presidente se puso a preparar la campaña de Irak y el derrocamiento de Sadam Husein. Y precisamente en esa situación, en el otoño de 2002, el Departamento de Estado hizo público que Kuchma había aprobado la venta del radar Kolchuga-M a los iraquíes. Ese sensor pasivo —en realidad no era propiamente un radar— era una de las joyas de la industria armamentística ucraniana, producida por la factoría Topaz de Donetsk desde 1987, pero muy mejorada a partir de 1993 y vendida por Ukrspecexport, compañía, por cierto, que en años sucesivos iba a darle buenos quebraderos de cabeza a los americanos por sus ventas de armas a grupos terroristas de Oriente Medio y a focos de conflictos crónicos, como Sudán del Sur.

En todo caso, el asunto generó un profundo malestar en Washington. De nuevo se había producido una filtración a base de casetes grabados al presidente y los americanos comenzaron a denunciar que en Ucrania se estaba produciendo una deriva autoritaria.

Kuchma no se dejó impresionar y siguió insistiendo en echar una mano. En 2003, reunió un contingente de 1.600 soldados en apoyo de la coalición estadounidense que había invadido Irak. A esas alturas, los americanos creían que mantener la zanahoria de la OTAN ante Kiev era una de las pocas estrategias que tenían de contrarrestar —o eso creían— la presión rusa, y por ello no rompían la cuerda; pero poco más.

Sin embargo, durante el verano de 2004 Kuchma dio claras muestras de abandonar ese juego. Solo en dos años, entre 2000 y 2002, el presidente ucraniano se había reunido dieciocho veces con Putin. Esos encuentros llevaron al establecimiento de acuerdos y planes o incluso gestos amistosos, inconcebibles poco tiempo antes, tales como pasar revista juntos a la Flota del Mar Negro en Sebastopol o el envío de Viktor Chernomyrdin, «hombre de confianza de Moscú para todo» y antiguo director de Gazprom, como embajador a Kiev, gestos ambos ya efectuados en 2001. Tras ello, el enérgico presidente ruso le propuso al ucraniano la integración del país en diversos proyectos para el ámbito exsoviético, tales como el Espacio Económico Común o la Comunidad Económica Eurasiática, ambos con la ambición de ser una alternativa a la Unión Europea. O la plena integración de Ucrania en la Comunidad de Estados Independientes, incluyendo el nombramiento de Kuchma como líder del consejo de la CEI.

En Bruselas, estos acercamientos no agradaban en absoluto, y era lógico que así fuera. Por una parte, complicaban y hasta cortocircuitaban los mecanismos institucionales responsables de la política exterior de la Unión Europea, tanto en un sentido integrador como en el ejercicio del célebre *soft power*. Por otra, el acercamiento de Ucrania a Rusia le suponía a la Europa comunitaria

un efecto perverso: la doble dependencia del gas ruso, no tanto en lo que tocaba al aumento unilateral de los precios por parte de los rusos como por el hecho de que los todopoderosos oligarcas ucranianos, o el mismo gobierno de Kiev, podrían ellos también contribuir a la subida de esos precios en su deseo de maximizar beneficios, haciendo de intermediarios, y sin importarles ya tanto el acercamiento a Occidente. Todo ello muy difícil de contrarrestar y muy imprevisible, debido a la elevada corrupción entre las élites ucranianas.

De hecho, durante la etapa que estuvieron integrados en el gobierno, tanto Yushchenko, en su calidad de primer ministro, como Timoshenko, por entonces viceprimera ministra para Combustible y Energía, habían trabajado en toda una serie de medidas para regular el mercado del gas en Ucrania, poniendo coto a la especulación y los beneficios desmesurados, el intercambio de favores y la transparencia de los precios. Todo ello, en principio, explica la presión de determinados partidos en la Rada, aliados con los oligarcas y clanes, para forzar la moción de censura que derribó a Yushchenko. Como afirma Paul D'Anieri, esas fuerzas utilizaban a las empresas rusas —y a los oligarcas de esa potencia— en sus pulsos de poder particulares[38].

A esos actores, guiados por sus intereses egoístas, no les preocupaban gran cosa la posición o los problemas de Ucrania frente a Europa, los Estados Unidos o Rusia. Kuchma, en el centro de ese complejo juego de fuerzas, intentaba contentar a todos hasta donde podía; pero eso se traducía en una progresiva pérdida de control que repercutía en la estabilidad internacional.

Eran años delicados. En los Estados Unidos, la nueva legislatura del presidente Bush hijo había arrancado bajo el impacto de los atentados del 11-S. De repente, la primera potencia mundial, ganadora absoluta de la Guerra Fría, había encajado un golpe terrible. En aquellos días, la inmensa mayoría de los países del mundo habían apoyado a la potencia herida en su lucha contra esa nueva forma de terrorismo desafiante. Eso incluía a Rusia, que

había facilitado información extraída de su propia experiencia en la guerra de Afganistán y apoyo logístico directo para el despliegue de las fuerzas americanas que se enviaron al lejano país del Asia Central, con el objetivo de capturar a Bin Laden y destruir las bases de Al Qaeda.

Esto generó un acercamiento que podría poner las bases para erigir un nuevo sistema de seguridad internacional que integrase plenamente a Rusia, superando las tensiones vividas desde la desaparición de la Unión Soviética. Pero en medio de todo ello, cuando parecía que se podría relanzar la luna de miel Washington-Moscú, en diciembre de 2001, la administración Bush anunció que los Estados Unidos se retiraban del Tratado de Misiles Antibalísticos, de 1972. No parece haberse explicado de forma convincente el porqué de esa decisión, que, de hecho, relanzaba la carrera de armamentos nucleares a escala mundial. Al parecer, en la nueva dialéctica americana sobre los «países gamberros» (Corea del Norte, Irán, Irak), recuperada a partir de la utilizada por Reagan, los Estados Unidos debían tener a punto su capacidad de respuesta nuclear ante sus correspondientes armas de destrucción masiva. Y, por otra parte, era una forma de demostrar que todavía se consideraban la primera potencia mundial a pesar de los atentados del 11-S. Sobre todo, ante una Rusia a la que se había presentado de forma reiterada como una potencia claramente decadente, un desastre tecnológico y militar incluso ya en tiempos de Putin, debido a sucesos como la catástrofe del submarino *Kursk,* en agosto de 2000.

En realidad, la administración Bush estaba cayendo en peligrosas contradicciones que no podían sino desestabilizar el equilibrio internacional. Por un lado, la Operación Libertad Duradera, la invasión de Afganistán en 2001 como respuesta a los atentados del 11 de septiembre, supuso un acercamiento estadounidense a Rusia que se extendió también a la OTAN. Buena prueba de ello fue la creación del denominado Consejo de Cooperación OTAN-Rusia, que en su día fue saludado como un intento de «enterrar la Guerra

Fría» al establecer objetivos comunes tales como la organización conjunta de operaciones de mantenimiento de la paz y salvamento civil[39]. Incluso se abrió un debate sobre la posibilidad de que Rusia terminara accediendo de alguna forma a la Alianza Atlántica.

Mientras tanto, la OTAN continuaba su expansión hacia el Este, y en noviembre de 2002 se abría la puerta al acceso de los Países Bálticos, un gesto que tocaba el nervio más delicado de Moscú por cuanto ya no se trataba de meros antiguos miembros del Pacto de Varsovia, sino de repúblicas soviéticas cuya situación estratégica podía ser vista con alarma por Rusia: el hecho de ser países costeros resolvía para la OTAN el problema de un potencial desembarco y situaba sus tropas a 159 kilómetros de San Petersburgo —desde Narva, en Estonia— y a 624 kilómetros de Moscú —desde Zilupe, en Letonia—. Por supuesto, esta situación, bien manejada, podría haber sido presentada como desplegada en su momento más favorable, dado que la misma Rusia podría llegar a formar parte de la Alianza o, cuando menos, trabajaba en cercana coordinación con ella. Pero mal llevada, daría lugar a la sospecha de que la OTAN estaba abusando del momento de proximidad con Rusia que habían brindado los atentados del 11-S.

Por desgracia, la situación se complicó aún más debido a la invasión estadounidense de Irak en marzo de 2003, que Washington en buena medida justificó como ataque preventivo ante unas armas de destrucción masiva inexistentes. Rusia, como otros muchos países, argumentó que la realidad de Irak no justificaba la utilización de la fuerza y el recurso a la guerra. Por lo demás, poseía intereses económicos que deseaba proteger, tanto en el sector energético como financiero, comenzando por el negocio de la energía y terminando por la deuda contraída por Bagdad en base a la compra de armas rusas[40]. A partir de ahí, era sencillo que salieran a relucir recelos y se empezara a discutir sobre la necesidad de resistir a las pretensiones estadounidenses de hegemonía global.

Por si faltara algo, la invasión de Irak no fue autorizada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y contó con el firme

rechazo de algunos de los socios importantes de los Estados Unidos, tales como Alemania y Francia. Incluso en países firmemente comprometidos con la invasión, se produjeron numerosas y multitudinarias protestas, y el gobierno español terminó por retirar sus tropas a raíz de los atentados de Madrid el 11 de marzo de 2004. No deja de ser curioso que muchos años después se vincule en algunos medios de comunicación y en la memoria popular, de una u otra forma, la coalición que invadió Irak con la OTAN[41].

Tiflis, Georgia, noviembre de 2003

El 22 de noviembre de 2003, por la tarde, una multitud liderada de manifestantes contrarios al gobierno, asaltó y tomó bajo su control el Parlamento georgiano, interrumpió un discurso del presidente Edvard Shevardnadze y se hizo con el control del edificio. Los movilizados tomaron a continuación la sede de la Presidencia, abandonada a su suerte por los funcionarios leales al régimen. El líder de la revuelta, Mijeíl Saakashvili, pidió a los opositores que siguieran en las calles e hizo un llamamiento a los funcionarios de los ministerios de Defensa e Interior y de los servicios de inteligencia y seguridad para que no cumplieran las órdenes del presidente Shevardnadze. Al día siguiente, este dimitió, lo que suponía el triunfo de la denominada *Revolución de las Rosas*.

Se le llamó así porque entre los manifestantes muchos llevaban rosas y los carteles, panfletos y movimientos de protesta iban a juego con ese color. La nueva bandera georgiana, con una enorme cruz de San Jorge sobre fondo blanco y otras cuatro pequeñas, en memoria del rey Jorge V, eran del rojo combativo de las rosas. Un monarca, por cierto, que en el siglo XIV había expulsado a los soldados mongoles estacionados en el reino.

La noche del 22 de noviembre, Saakashvili, un antiguo ministro de Shevardnadze que había estudiado Derecho en los Estados Unidos, dijo públicamente que tenía el apoyo de potencias

extranjeras, y así era. Eso fue una constante en las denominadas «revoluciones de colores» que comenzaron en 2003 y se extendieron hasta 2005 por algunas de las antiguas repúblicas soviéticas: Georgia, Ucrania, Kirguistán y Moldavia, por este orden.

Todas ellas, así como algunas más que fallaron o no lograron cobrar cuerpo, tenían unos rasgos característicos bien marcados[42]. Primero, el derrocamiento de un gobierno supuestamente neocomunista, del cual los opositores argüían que no poseía legitimidad democrática; a partir de su derrocamiento se organizaban gobiernos populistas prooccidentales, formados por coaliciones de opositores situadas en el espectro neoliberal. En segundo lugar, la contestación se producía en un contexto de sociedades sin experiencia de movilización política articulada en el pasado o al menos no de una «cívica», moderna, a la manera occidental. Esta movilización se efectuaba a partir de unos actores que tampoco poseían un claro perfil ideológico —serían en todo caso los «populistas» de nuestros días— y que normalmente no estaban vinculados de forma regular a la política, excepto en el caso del líder o líderes principales. Los jóvenes en general, y los estudiantes en particular, fueron la punta de lanza en las «revoluciones de colores». Constituían la masa de maniobra ideal: barata, activa, sin miedo. La retórica movilizadora se basaba en consignas referidas a Derechos Humanos, democracia y valores de modernidad entendidos según patrones occidentales.

Por último, y en tercer lugar, aunque podían estar implicadas diversas potencias occidentales en el proceso, siempre era muy evidente —y asumido desde esos países, sin complejos— el protagonismo de los Estados Unidos, en forma de apoyo material y logístico a tales grupos de la sociedad civil, en torno a los cuales se articulaban las protestas, operándose a partir de organizaciones no gubernamentales (ONG) o incluso «gubernamentales» (GONGO) o de partidos (PANGO).

Este tercer punto era fundamental y debe insistirse en que era asumido por los protagonistas de la «logística de apoyo»

estadounidense sin ningún rubor. Adrian Karadinski, coordinador en Nueva York de las campañas desarrolladas por Freedom House en aquellos años, explicaba ante las cámaras lo siguiente:

> Durante los años cincuenta, sesenta y setenta, este tipo de actividad era manejada por la CIA, de modo oculto. Daba la impresión de que los servicios de información estadounidenses corrompían las organizaciones y los partidos políticos del país. Esto hacía ver a los movimientos locales como instrumentos de la CIA. Entonces se decidió que los Estados Unidos harían este tipo de actividades de manera transparente y pública. Y eso es lo que hacemos con nuestras fundaciones[43].

Ciertamente, el origen de estas políticas se remontaba a septiembre de 1982, cuando Ronald Reagan firmó la Directiva 54 del Consejo de Seguridad para impulsar el acercamiento de los países europeos del Bloque del Este promoviendo las políticas liberales[44], lo que fue el origen de la red de instituciones coordinadas en torno a la NED (National Endowment for Democracy), fundada en 1983 a iniciativa del Congreso de los Estados Unidos para financiar proyectos destinados a fomentar la democracia liberal en el mundo. Los Institutos Nacionales Demócrata y Republicano para los Asuntos Internacionales (NDIIA y NRIIA, respectivamente), Freedom House, Open Society o Albert Einstein Institution, eran puntales de esa trama y surgían una y otra vez, de una forma u otra, en ese tipo de revueltas.

Belgrado, Serbia, verano y otoño de 2000

En realidad, la primera de las «revoluciones de colores» había tenido lugar en Serbia en el año 2000 y pasó a ser conocida como la *Revolución del Bulldozer,* porque una de las columnas de manifestantes que convergió sobre Belgrado llevaba uno de esos vehículos que se utilizaba para derribar los parapetos de los controles policiales.

El operativo logístico montado por los americanos se centralizó en Budapest. Se le denominó Office for Yugoslavian Affairs (OYA). Fue toda una prioridad personal de Madeleine Albright, la Secretaria de Estado de Clinton. La institución dependía de la Embajada estadounidenses en la capital húngara y coordinaba todos los esfuerzos logísticos de ayuda a la oposición serbia. La OYA trabajó de firme con ella. Algunas empresas de márketing serbias colaboraban en el esfuerzo final. Srdan Bogošavljević, director de Strategic Marketing, recordaría más tarde en la prensa americana que la campaña fue concebida como si se tratara de colocar en el mercado una nueva marca de bebidas *light* o goma de mascar. Había que vender una nueva marca y sustituir a la antigua: vender Koštunica y liquidar Milošević. Cada palabra de cada mensaje de la oposición, de entre uno y cinco minutos, fue discutida con los «amigos americanos» y sopesada en rápidos encuentros ulteriores. En Hungría y Montenegro, los candidatos de la coalición al Parlamento federal eran aleccionados intensivamente sobre cómo responder a las preguntas de los periodistas, de qué forma rebatir los argumentos de los partidarios de Milošević y mantener la coherencia del propio mensaje. En 1995 los estadounidenses enseñaron a los croatas las modernas técnicas de combate; cinco años más tarde entrenaban a los serbios en los avanzados métodos de la lid electoral a la americana.

Por entonces, los serbios no necesitaban visado para acceder a Hungría, y llegar allí en coche eran unas pocas horas desde Belgrado. Ya en el destino, los diplomáticos norteamericanos o funcionarios de todo tipo canalizaban las ideas y ayudas que llegaban del exterior y coordinaban al creciente número de opositores y colaboracionistas que acudían desde Serbia. Este tinglado lo encabezaban el Departamento de Estado, con «Maddy» Albright al frente, y la U.S. Agency for International Development, que distribuyó fondos de ayuda a través de empresas externas contratadas y dos instituciones de los principales partidos: el Instituto Nacional Demócrata (NDI) y su contrapartida, el Instituto

Internacional Republicano (IRI). Volverían a estar presentes en las otras revoluciones de colores[45].

Los jóvenes fueron los depositarios privilegiados de los esfuerzos americanos desde los primeros momentos. Los serbios tenían que perder el miedo al régimen de Milošević, y los jóvenes deberían encabezar la revuelta. Era toda una nueva generación que había vivido su infancia y adolescencia bajo el autócrata, hermanos pequeños de los jóvenes que habían abandonado Serbia a comienzos de los noventa. En cierta manera, la nueva generación había tardado siete u ocho años en aparecer y se llamaba *Otpor* (Liberación). En origen este era un movimiento estudiantil surgido en la Universidad de Belgrado en el otoño de 1998. Su éxito se debía a su carácter inarticulado, similar a las tribus urbanas occidentales o los movimientos antiglobalización. Desde Budapest, delegados americanos daban ideas, explicaban qué era eso del *assymetric political warfare,* impartían breves cursillos. Uno de ellos, sobre resistencia no violenta, pagado por el IRI, se impartió en el Hotel Hilton a 24 jóvenes de *Otpor*. El libro estrella era la obra de Gene Sharp *De la dictadura a la democracia: Un marco conceptual para la liberación*[46], en la que se podían leer hasta 198 tácticas de acciones no violentas, ideales para la situación en Serbia. Logos y pegatinas recordaban en parte a las ideas de 1996-1997, pero también poseían la calidad y modernidad de los gabinetes de diseño occidentales. Los 2,5 millones de pegatinas de *Gotov je!* se imprimieron en 80 toneladas de papel adhesivo y fueron pagados por USAID y suministrados por Ronco Consulting Corp. de Washington. Lo mismo ocurrió con 5.000 envases de espray utilizados por los jóvenes activistas serbios en sus grafitis contra Slobo: fueron abonados por el contribuyente americano.

Gotov je! fue una idea con mucha garra, una verdadera *catchphrase*. Significaba: «¡Está acabado!». Más adelante se acompañó de una original fotografía de Milošević, de espaldas, saliendo de la historia con ademán enfadado. Era perfectamente reconocible, con su silueta masiva, la chaqueta estrecha para su

volumen físico. Pero hubo muchas otras ideas: pines, emoticones de sabor *funky,* camisetas, campañas de e-mails. En Budapest se distribuyeron teléfonos móviles y hasta ordenadores portátiles. El dinero corría a raudales. Los periódicos americanos dijeron que se habían invertido más de 70 millones de dólares en movilizar y unir a la oposición serbia. Los fondos se entregaban en efectivo en la misma Hungría y más tarde incluso pasaron la frontera. Ni siquiera hoy en día los protagonistas y testigos de aquella enorme operación de inteligencia dan sus nombres. En la biografía de LeBor sobre Milošević abundan las referencias a un «diplomático británico», cierto *senior US official,* una «fuente serbia de alto nivel» y otras similares. Pero la misma prensa norteamericana y europea explicó orgullosa, y en varias ocasiones, cómo había funcionado el audaz operativo[47].

Kiev, 3 de diciembre de 2004

La Corte Suprema de Ucrania comparece solemnemente en público y declara que debido a la

> evidencia de sistemáticas y graves violaciones de los principios y los elementos del proceso electoral durante la segunda vuelta de las elecciones presidenciales del 21 de noviembre de 2004, tomando en cuenta la imposibilidad de determinar la voluntad real de los electores en el Distrito Unificado por la determinación de los resultados de la segunda vuelta... la Corte considera necesario remediar los derechos de las personas por vía de repetir los votos, en aplicación de lo establecido en el artículo 85 de la Ley para elecciones presidenciales.

Ha caído la noche y la decisión transmitida por grandes pantallas en las calles levanta una oleada de entusiasmos entre los seguidores del candidato Yushchenko. Este sube al estrado en la plaza del Maidan, donde tiene lugar un concierto improvisado. Luego habla y asume la victoria; las pinceladas naranja saturan el cuadro de la multitud enfervorizada. Bufandas, gorros, banderolas y, sobre todo, los impermeables improvisados confeccionados con bolsas de

basura agujereadas para convertirlas en chalecos. La segunda vuelta será repetida el 26 de diciembre. La *Revolución Naranja* ha triunfado.

Para Ucrania fue un punto de no retorno en la partición del país, un fenómeno fatídico cuyas semillas se sembraron ya en el arranque de la independencia de 1991 y que Kuchma agravó drásticamente con su política multivector, creyendo que podría edificar una soberanía operativa con el apoyo de la «tercera fuerza», de oligarcas y clanes, que poseían sus propios fines, al margen de las conveniencias de la política nacional. No obstante, aun considerando que el asesinato del periodista Georgiy Gongadze enturbió mucho su mandato, no se le puede atribuir a Kuchma toda la culpa de lo que estaba sucediendo. Creer que Ucrania podría obtener lo mejor de ambos mundos, siendo estos como dos fieras insaciables, solo podía ser síntoma de la huida hacia adelante en la que se habían instalado los dirigentes ucranianos desde la descomposición de la Unión Soviética. Por si fuera poco, estaba quedando muy en evidencia que Ucrania era un país partido, lo cual no era tanto fruto de las divisiones culturales y hasta nacionales internas, como de su condición de país frontera, de eterno comodín estratégico entre los límites occidentales del Imperio Ruso y el Viejo Continente. Las diferencias entre los ucranianos del oeste y los del este y el sur surgían de las ambiciones que proyectaban Rusos y polacos, austriacos y húngaros. Y por entonces, en los comienzos del siglo XXI, de un actor lejano, pero con ambiciones de reorganizador global, como eran los Estados Unidos, en base a los planteamientos doctrinarios de un polaco-americano como Zbigniew Brzezinski. Ello contribuía a que los ucranianos, como otros países, buscaran la solución al propio sabotaje de su complicada convivencia interna en los actores externos, en las potencias extranjeras. Tal dinámica hacía realmente muy difícil que Ucrania, un país sin capacidad de asentar su soberanía sobre consensos básicos, pudiera tener buenos gobernantes.

A la altura de 2004, a Kuchma se le había terminado el recorrido político: el caso Gongazde, el agotamiento de su política multivector, la presión rusa y americana y la limitación constitucional de la presidencia a dos legislaturas le obligaban a abandonar el poder. En su lugar, designó a su escudero, el primer ministro Viktor Yanukovich, el líder del Partido de las Regiones que tanto apoyo le había brindado. Era un hombre muy del este ucraniano, procedente del óblast de Donetsk y de orígenes sociales humildes. Huérfano desde la adolescencia, se vio implicado en delitos de robo y agresión, por los que fue condenado. Enderezó su vida como gerente de una red de transporte regional, relacionada con la minería del Donbas. Pero nunca tuvo carisma político; era un hombre que no poseía atractivo más allá del este ucraniano, y además la oposición machacó todo lo que pudo con la historia de su conducta delictiva en la adolescencia. Todo ello hacía de él una presa fácil para los estrategas de las revoluciones de colores.

Frente a él, un candidato «del pueblo», campechano y cordial, con fama de financiero competente y capaz de unificar a la oposición, incluyendo a la muy individualista —y narcisista— Yulia Timoshenko. En efecto, Viktor Yushchenko parecía haber conseguido el Santo Grial de la política nacional, y podría llegar a ser el líder que unificara Ucrania y su carisma.

Ambos bandos se prepararon a conciencia. Los de Yanukovich recibieron el abierto apoyo de los rusos. Putin envió a su equipo de asesores, liderado por Gleb Pavloski, a Kiev, y Vyacheslav Nikonov, a Donetsk, el cuartel general del candidato oficialista. El mismo Putin hizo acto de presencia en Ucrania, presidiendo un desfile militar poco antes de la primera vuelta de las elecciones, en compañía de Kuchma y el líder bielorruso Aleksandr Lukashenko. El acto conmemoraba la liberación de Ucrania de la invasión nazi en 1943, pero, aun así, la presencia de Putin no resultaba tranquilizadora, ni siquiera en compañía del voluminoso Yanukovich comiendo distraídamente unos *snacks* de su propia mano.

En la otra trinchera, el equipo de instructores serbios de Otpor preparó a sus pupilos ucranianos encuadrándolos en el Movimiento Pora (¡Ya es Hora!) y trasmitiéndoles las enseñanzas recibidas de la OYA y las técnicas diseñadas por Gene Sharp desde la Einstein Foundation. También las lecciones obtenidas en la *Revolución de las Rosas* georgiana y su respectivo movimiento, titulado en este caso Kmara (¡Ya es suficiente!). El color escogido fue el naranja porque era el del partido de Yushchenko, Nuestra Ucrania. A partir de ahí, se distribuyeron miles de bufandas, gorros, pañuelos, banderolas y, sobre todo, bolsas de basura color naranja reutilizadas como chaleco protector, que uniformizaban a las masas y servían a la vez como impermeable improvisado para aguantar días y noches manifestándose en las frías calles de Kiev.

Desde Estados Unidos llegaron medios y dinero, por supuesto. Ya en 2003 se había anunciado que las partidas de ayuda a Ucrania se emplearían en la financiación de «proyectos privados prodemocráticos». Pero ese dinero no fue directamente a la candidatura de Yushchenko, sino a la promoción de actividades de movilización y coordinación de la oposición en su conjunto, a través de ONG y fundaciones. En total, los estadounidenses invirtieron en la *Revolución Naranja* unos 14 millones de dólares, que fueron gestionados, una vez más, por las conocidas fundaciones e instituciones que giraban en torno a la NED, y en especial Freedom House y el International Republican Institute (IRI), cuyo presidente, el senador John McCain, se significó en las diversas revoluciones de colores, y muy especialmente en la Naranja. También tuvo importancia la Iniciativa de Cooperación Polaco-Ucraniano-Americana, que dejaba ver algunos retazos de la estrategia de Washington en la zona Báltico-mar Negro.

Y llegó la primera vuelta de las elecciones presidenciales, que para los ucranianos venía a ser algo así como la confrontación Kennedy-Nixon en los Estados Unidos, cuarenta y cuatro años antes. El 31 de octubre, domingo, en la primera vuelta, con una participación del 74,54%, ambos candidatos quedaron

sorprendentemente empatados, con una ligera ventaja para Yushchenko (39,90%) frente a Yanukovich (39,26%). Como ninguno alcanzaba un 50% de los votos, hubo que ir a una segunda vuelta, el 21 de noviembre. Ya en la primera vuelta, la oposición empezó a protestar por supuestos amaños a favor de Yanukovich. Agencias supuestamente independientes habían hecho recuentos paralelos de votos que otorgaban, por ejemplo, un 53% a favor de Yushchenko y tan solo un 26% para Yanukovich. Pero diez días después, la Comisión Electoral no había anunciado oficialmente los resultados. Torpes actuaciones gubernativas como esas, enrarecieron mucho el ambiente y ayudaron en la campaña de denuncia de la oposición, que restó por anticipado credibilidad al candidato oficialista.

En la segunda vuelta, la Comisión Electoral dio como vencedor a Yanukovich con 49,42% de los votos, frente al 46,69% de Yushchenko. Este impugnó inmediatamente los resultados y se abrió una crisis política en Ucrania, comenzando la *Revolución Naranja* propiamente dicha.

Las potencias intervinieron inmediatamente y al unísono. La Unión Europea manifestó lisa y llanamente que no iba a reconocer el resultado de las elecciones. A continuación, los embajadores de los veinticinco países miembros presentes en Kiev firmaron una protesta contra lo que consideraban un fraude electoral. Lo mismo hizo el gobierno de los Estados Unidos; el mismo presidente Bush expresó su preocupación en ese sentido. Los senadores John McCain y Hillary Clinton propusieron a Viktor Yushchenko y al presidente georgiano y héroe de la *Revolución de las Rosas,* Mijeíl Saakashvilli, como candidatos al Premio Nobel de la Paz. A continuación, McCain, Kissinger y Brzezinski acudieron en tromba a Kiev para apoyar públicamente a Yushchenko. El secretario de Estado, Colin Powell —exconsejero de Seguridad Nacional con Reagan, exjefe del Estado Mayor Conjunto y supervisor de la Operación Tormenta del Desierto contra Irak—, declaró que los

Estados Unidos consideraban que el resultado de las elecciones en Ucrania no era legítimo.

En ese contexto, los manifestantes ocuparon las calles con sus enseñas naranjas y siguiendo las indicaciones del manual de Sharp: nada de violencia, confraternización con las fuerzas del orden público, ambiente festivo, presencia continuada en las calles de todo tipo de manifestantes pacíficos, cobertura mediática internacional: *soft pression*.

La incendiaria Yulia Timoshenko, con su pullover naranja apeló a que «se reuniera tanta gente como fuera posible» en la plaza del Maidan a las 9 de la mañana del día siguiente. «O defendemos Ucrania ahora o los criminales gobernarán Ucrania como un negocio privado por los años de los años», anunció. Así, el 22 de noviembre, día 1 de la revolución, amaneció con las primeras tiendas de campaña en el Maidan, con unos 500 manifestantes ajustándose los brazaletes naranjas, usando las banderas naranjas de Nuestra Ucrania como capas o agitando las banderas amarillas de Pora, protegiéndose con los finos impermeables naranja. Eran muy pocos, pero hacia el mediodía comenzaron a llegar oleadas que depositaron a 80.000 manifestantes en torno a las dos y media. Poco tiempo después comparecieron Yuschenko, el «presidente de la gente», bufanda naranja, corbata naranja, quien pidió movilizaciones y acciones de protesta en toda Ucrania, en cada región, y Yulia Timochenko, que declaró el «asedio al régimen», provocando la agitación de una mar de banderas naranjas, amarillas y azules de Ucrania, amarillas de Pora, incluso alguna georgiana.

Acto seguido, la organización se puso en marcha: tiendas de campaña prefabricadas, logística eficiente, cajas con material, bolsas de ropa de abrigo y alimentos llegadas en camiones, ayuda internacional, actividad bajo los discursos y las consignas desde las gigantescas pantallas de plasma. Una maquinaria engrasada desde el 5 de octubre, según explicó sin ambages, por ejemplo, el diputado de Nuestra Ucrania, Taras Stetskiv, uno de los coordinadores de la campaña de Yushchenko[48]. A partir de entonces, sin llamar la

atención, la oposición empezó a procurarse carpas, sacos de dormir, cocinas portátiles, acuerdos con las compañías de venta al por mayor para comprar comida.

En los días sucesivos, marchas y manifestaciones por las principales avenidas de Kiev o incluso por las autopistas de acceso, a pie, bajo la nieve, conciertos improvisados en cualquier esquina poniendo bandas sonoras a la película de la *Revolución Naranja,* mítines en el parque menos pensado, madres con niños pequeños en medio del frío que prometían no moverse, no abandonar; multitudes bailando a ritmo de rock para combatir la temperatura de 12 bajo cero, voluntarios cocinando en grandes peroles al aire libre, distribuyendo bocadillos, papel higiénico, las mil y una necesidades de miles de personas viviendo bajo los copos de nieve, hasta alcanzar los 600.000.

> Juntos somos muchos
> No nos pueden vencer
> ¡Falsificaciones no!
> ¡Manipulaciones no!
> No a arreglos
> No a las mentiras
> Yushchenko, Tak!
> Yushchenko, Tak!
> ¡Ese es nuestro presidente!
> Tak, tak, tak

Razom Nas Bagato, Greenjolly (2004).

Antidisturbios adornados con colgajos naranjas y flores, música para cada cambio de relevo, amables saludos de «buenas noches» respondidos por los agentes; «la policía está con la gente», cantaban los manifestantes; y al final, el himno nacional. Asedio de edificios gubernamentales, bloqueo de las funciones de gobierno, oficiales de la policía con el lazo naranja en su uniforme, arengando a los agentes antidisturbios para que abandonaran sus puestos.

La situación se tensaba cada día. Yanukovich, rodeado de los gobernadores de las regiones orientales de Ucrania que acudieron a Kiev, se entrevistó con el aún presidente Kuchma para que actuara, asumiera su supuesta victoria y desbloqueara los edificios de la administración cercados por los manifestantes. Fue un momento crucial: si los contestatarios hubieran tomado los edificios del gobierno, se habría producido una masacre; el presidente Kuchma podría haber decretado el estado de excepción y sacar el Ejército a las calles. En efecto, todo pudo haber degenerado en un baño de sangre.

Pero, lógicamente, Kuchma no iba a retirarse de la Historia dejando detrás una masacre de tales proporciones. Ya tenía bastante con el escándalo del periodista Gongadze, desaparecido, asesinado y decapitado. Y es que, además, ningún profesional de la seguridad del Estado hubiera accedido a una matanza inútil en la que muchos de sus hombres se negarían a disparar. De hecho, mandos de las unidades de intervención, que en un momento determinado confluyeron sobre la capital, se pusieron en contacto con los manifestantes, recomendándoles que obstruyeran el camino por cualquier medio. Una de esas unidades especiales fue «detenida» por un pequeño carro y diez personas[49].

Al octavo día, los abogados de la oposición pusieron en manos de la Corte Suprema todas las evidencias y pruebas de que se habían cometido irregularidades y fraudes en el proceso electoral. Con las masas excitadas en la calle, ante el mismo edificio, gritando que la «¡Corte está con el pueblo!», los magistrados revisaron la documentación, con semblantes de escasa felicidad, escucharon a testigos y hasta responsables del otro campo que habían decidido testificar sobre inexplicables listas de recuentos de voto en blanco, firmadas por los jefes de las comisiones de los distritos.

Por fin, el 3 de diciembre, la Corte Suprema de Ucrania compareció solemnemente en público y declaró que debido a la «evidencia de sistemáticas y graves violaciones de los principios y

los elementos del proceso electoral durante la segunda vuelta de las elecciones presidenciales del 21 de noviembre...».

La *Revolución Naranja* había ganado, y el 26 de diciembre se repitió la segunda vuelta electoral. En esta ocasión, Viktor Yushchenko ganó con el 52% de los votos y Viktor Yanukovich perdió con el 44,19%. Lo que supuso un intercambio votos del 5,39% para el candidato «naranja» y del 5,27% para el de los «azules».

Post scriptum

El 21 septiembre de 2004, el por entonces candidato presidencial Viktor Yushchenko sufrió una fuerte indisposición tras cenar con varios funcionarios de la seguridad del Estado. De resultas de ello, entre otros síntomas, manifestó una desfiguración de su rostro, con flacidez de rasgos, y, sobre todo, unas lesiones compatibles con cloracné o «acné clorado». Ese diagnóstico coincidiría también por la distribución de las lesiones en la cara, esto es, en la zona periocular, cigomática o malar, temporal, mandibular, auricular y retroauricular. No padeció ningún daño funcional severo, aunque quedaron afectadas diversas partes de su organismo, como los huesos, los músculos o el aparato digestivo.

Tras la denuncia de Yushchenko por envenenamiento e intento de asesinato, la Fiscalía cerró la investigación un mes después, tras acceder al expediente médico de Yushchenko, pese a su negativa. Se concluyó que el paciente, de 50 años, había sufrido una fiebre herpética viral[50]. Sin embargo, el 10 de diciembre ingresó en la clínica Rudolfinerhaus de Viena y allí se confirmó que había ingerido una dosis elevada de dioxina, y, más en concreto, la denominada TCDD.

Aunque Yushchenko no se atrevió a verbalizarlo, el supuesto atentado se atribuyó enseguida a Moscú, a Putin; y la *Revolución Naranja* se desarrolló con esa historia de fondo. Cada vez que

Yushchenko hablaba por televisión o subía a un estrado, su rostro acusaba a Yanukovich, a Kuchma y a Putin.

Cuatro años más tarde, David Zhvania, parlamentario y exministro de Situaciones de Emergencia en el gobierno de Yulia Timoshenko (2005), declaró en una entrevista a la BBC que no había existido tal envenenamiento.

> Fue una mera intoxicación alimentaria. El diagnóstico se determinó el primer día, y una de cada tres personas en el mundo a menudo sufre de tales envenenamientos. Fue una pancreatitis. El día en que se dirigió a los médicos, todos llegaron a esta conclusión. Yo estaba presente allí. Más tarde decidieron que debía volar a Austria. Me opuse a eso, ya que era responsable de las decisiones y era uno de los más cercanos [a Yushchenko].

Por lo tanto, la versión del envenenamiento de Yushchenko habría sido un invento utilizado como arma política en la campaña electoral y consensuado por los miembros de su cuartel general. «La declaración fue emitida por el señor Zinchenko, quien fue comisionado por la sede. Al principio dijeron que era un arma biológica, química. No importa, fue una acción emocional», concluyó Zhvania[51].

La respuesta de Yushchenko fue fulgurante: acusó a David Zhvania, miembro de su propio partido político, antiguo amigo y padrino de uno de sus hijos, de estar involucrado en el envenenamiento que había sufrido en septiembre de 2004. No suministró pruebas de ello. En todo el tiempo transcurrido hasta entonces, los fiscales nunca pudieron identificar a un solo sospechoso del supuesto envenenamiento de Yushchenko. Él afirmó en numerosas ocasiones conocer quién era el responsable, pero siempre se negó a nombrarlo.

David Zhvania falleció el 9 de mayo de 2022 durante un bombardeo de artillería cerca de un puesto de control ruso, localidad de Novopokrovka, óblast de Zaporozhy.

Por otra parte, a pesar de las supuestas evidencias de irregularidades en las elecciones presidenciales de 2004, no se presentaron cargos por fraude dirigidos contra responsables de alto

nivel. Sí se produjeron arrestos de funcionarios menores a comienzos de 2005; pero en otoño Yushchenko pactó con el Partido de las Regiones la aplicación de una amnistía para los inculpados.

---

[37] «Ukraine's popular PM forced out», por Ian Traynor, en *The Guardian,* 27 de abril de 2001 [consultable en red].

[38] D'Anieri (2019): pp. 117-118.

[39] «La OTAN y Rusia crean un Consejo de Cooperación para enterrar la Guerra Fría», *El País,* 15 de mayo de 2002 [consultable en red].

[40] D'Anieri (2019), p. 125.

[41] «España está a años luz de honrar sus promesas de gasto en Defensa, tiene un Gobierno de coalición cuya minoría se declara abiertamente "anti OTAN" y en Estados Unidos no han olvidado del todo la retirada de las tropas de Irak hace casi 20 años», en *El Mundo,* 9 de mayo de 2022: «Los diplomáticos advierten ante la cumbre de la OTAN en Madrid: "Es de vital importancia, no puede haber distracciones ni tonterías"», por Pablo S. Suanzes.

[42] González-Villa (2011): posición 104 y.

[43] Declaraciones de Karadinski en Loizeau (2005): minuto 34:08.

[44] National Security Decision Nr. 54, United States policy toward Eastern Europe, September 2, 1982; National Security Decision Nr. 133, March 14, 1984.

[45] La descripción de cómo funcionó OYA y el Movimiento Otpor está extraída, en bloque, de Veiga (2004): pp. 506-507.

[46] Gene Sharp, *From Dictatorship to Democracy: A Conceptual Framework for Liberation,* Albert Einstein Institution, Boston, 1993.

[47] Véase un excelente relato en «U.S. Advice Guided Milosevic Opposition Political Consultants Helped Yugoslav Opposition Topple Authoritarian», por Michael Dobbs, en *Washington Post,* 11 de diciembre de 2000.

[48] York (2007): minutos: 41:16 y ss.

[49] York (2007): minutos 1:14:10 y ss.

[50] «La Fiscalía ucraniana reabre la investigación que cerró por el envenenamiento de Yushchenko», *El Mundo,* 12 de diciembre de 2004 [consultable en red].

[51] «Zhvania: results of expertises on case of Yushchenko's poisoning were falsified», en *unian.info,* 4 de junio de 2008 [consultable en red].

CAPÍTULO 5

MITOS DE GAS

EL FRACASO DE LA EXPERIENCIA LIBERAL EN UCRANIA, 2005-2008

> Según oí decir, los sueños significan lo contrario de lo que parecen.
>
> *La Naranja Mecánica,* Anthony Burgess, 1962.

Siete años después de la *Revolución Naranja,* Yulia Timoshenko estaba encarcelada y Viktor Yushchenko completamente relegado en el terreno político. En las elecciones presidenciales de 2010, Yanukovich fue elegido presidente, para sorpresa de Europa. Como el resto de las «revoluciones de colores», la ucraniana también terminó mal. De hecho, después de esta se sucedió una tercera en Kirguistán y otra en Moldavia. El resto de las proyectadas, que incluían a Bielorrusia, Kazajistán y la misma Rusia, abortaron en fase de planificación.

El desastre que supuso la *Revolución Naranja* arrojó enseñanzas valiosas, aunque, tal como concluyó todo, es evidente que no se supieron aprovechar. Hablando en términos militares, las revoluciones de colores eran jugadas puntuales que permitían romper el frente, pero después no existían fuerzas ni planes disponibles para explotar la maniobra y cambiar la situación en profundidad. La *Revolución Naranja* no podía reconvertir, de la noche a la mañana, a los rusoparlantes o ucranianos de las regiones del este en ucranianos occidentales. Eran dos sensibilidades diferentes, dos entornos socioeconómicos, dos culturas. Ucrania bien podría definirse como un país multiétnico, pero la palabra «etnia» es un término polisémico a medida de las

políticas y estrategias identitarias del siglo XXI, y por ello a los jugadores occidentales, en duro pulso con Rusia, no les interesaba resaltar esa realidad de las tres Ucranias o de las siete Ucranias, si se cuenta a la Verde, la Amarilla, la Gris y hasta la Frambuesa. Pero que no les conviniera verlo así no suponía que la presencia de McCain en Kiev, o la epopeya de la manifestación callejera bajo la nieve, fueran a cambiar la realidad del país. Al día siguiente de la juerga épica había que aportar soluciones concretas y realistas para lograr consenso en la diversidad ucraniana. Y eso falló estrepitosamente.

Por otra parte, la *Revolución Naranja* se basaba en un guion populista, y ese tipo de política tiende a elaborarse de un día para otro. No es tan sencillo de cambiar o reconvertir. Durante los dos primeros años de su mandato, cuando Yuschhenko se personaba en la oficina presidencial, priorizaba atender a los visitantes que llegaban de todo el país y que abarrotaban el lugar. El resto de la jornada, su equipo se afanaba en solucionar entuertos denunciados por toda esa gente, que la mayor parte de las veces podrían haber sido resueltos, desde un principio, por las concejalías o los mismos alcaldes. El resultado era la parálisis de la gestión presidencial. «Su tardanza crónica en las reuniones clave se volvió legendaria», escribió la periodista ucraniana Katya Gorchinkaya. Su antiguo jefe de gabinete, Oleh Ryabchuk, explicó posteriormente al canal Zik TV: «Yushchenko pensó que era suficiente romper el régimen de Kuchma y Ucrania florecería. No vio que era su responsabilidad visualizar lo que quería que fuera Ucrania, e imaginar lo que tiene que hacer y con quién tiene que hacerlo para lograr estos cambios»[52]. Y en efecto, esta era una clave para entender el fracaso de las «revoluciones de colores» en general: no era suficiente con romper el frente y ponerlo todo patas arriba: al día siguiente era necesario tener objetivos definidos y planes muy claros y bien elaborados, porque los cambios a efectuar para mutar de verdad el país y lograr consensos profundos eran de órdago.

En Kiev las cosas fueron precisamente al revés. Pronto empezaron las disputas por el poder entre los partidos y responsables de la Coalición Naranja. El reparto de los tinglados, activos económicos y prerrogativas varias edificadas en la «era Kuchma» generó enfrentamientos entre los nevos beneficiarios del poder, porque todos querían su parte del pastel. Y además, algunos de los protagonistas de la «era naranja» eran avezados ventajistas en esos terrenos. Yulia Timoshenko o Petró Poroshenko eran dos buenos ejemplos de ello. En realidad, ambos contaban como «políticos oligarcas», siendo el segundo un conocido magnate de la industria chocolatera que había contribuido en dar apoyo financiero a la *Revolución Naranja,* a la vez que le cedía su Canal 5 de la televisión ucraniana. Precisamente, ambos terminaron enfrentándose por la negociación en torno a los precios del gas con los rusos.

A la vez, Yushchenko y Timoshenko, dos caracteres fuertes que eran el núcleo central de la Coalición Naranja, acabaron mal, muy a las malas. En septiembre de 2005, el jefe de personal del presidente dimitió de su cargo alegando que, para entonces, la corrupción era peor que nunca. Apuntaba a Poroshenko, que estaba al frente del Consejo de Defensa y Seguridad Nacional y era un aliado personal de Yushchenko. Pero este reaccionó promoviendo la dimisión de Timoshenko, por entonces primera ministra.

Las elecciones parlamentarias, en marzo de 2006, arrojaron un resultado que dejaba bien a las claras el desgaste de los vencedores en la *Revolución Naranja,* solo dos años antes: el Partido de las Regiones obtenía un 32,1% de los votos; *Batkivshchyna* (Patria), o Bloque Yulia Timoshenko, se llevaba el 22,3%; *Nasha Ukraina,* de Yushchenko, iba en tercer lugar, con un 14%. Luego ya venían los socialistas (5,7%) y los comunistas (3,7%). Diagnóstico: los partidos naranjas luchaban entre sí por los votos, en vez de hacerlo contra los azules del Partido de las Regiones.

Pero las cuitas de la Coalición Naranja no terminaron ahí. Al fin y al cabo, uniendo sus escaños obtenían una mayoría de 243. Y las peleas continuaron. Cuando Poroshenko se enfrentó al líder socialista Oleksandr Moroz por el cargo de portavoz parlamentario y parecía a punto de perder el pulso, desertó, y pactó el apoyo del Partido Socialista a la candidatura de Yanukovich al cargo de primer ministro. Yushchenko aceptó el giro de los acontecimientos, pero a cambio de lanzar un pacto de unidad nacional con todos los partidos de la Rada, excepto con la *Batkivshchyna* de Yulia Timoshenko, que de esa forma perdió la posibilidad de volver a ocupar el cargo de primera ministra. En conclusión, el odiado Viktor Yanukovich, contra el cual se había organizado la *Revolución Naranja,* solo había abandonado su puesto al frente del gobierno de la nación durante diecisiete meses.

La deriva caótica continuó. En 2007 ya estaba en marcha una nueva crisis política, debida esta vez a la defección continuada de parlamentarios hacia la mayoría del Partido de las Regiones, en ocasiones compradas con dinero. Era totalmente ilegal, pero la única manera que tuvo Yushchenko de detener la sangría que podría haber terminado en la propuesta azul de cambios constitucionales fue la disolución de la Rada y la convocatoria de nuevas elecciones para el 2 de abril.

Como era de prever, los nuevos comicios cambiaron poco las cosas. El Partido de las Regiones siguió ostentando la mayoría, pero la *Batkivshchyna* obtuvo un 8% más de votos al recoger los de partidos quemados, como el Socialista. Y aunque Yushchenko intentó evitarlo, Yulia Timoshenko volvió a ostentar la jefatura del gobierno, previa coalición obligada con Nuestra Ucrania.

A partir de ahí, los cambios de pareja en la danza cortesana parecieron enloquecer. *Batkivshchyna* apoyó al Partido de las Regiones y los comunistas en la aprobación de una serie de leyes que rompían el equilibrio. Los restos de lo que había sido la Coalición Naranja, si es que todavía se podía hablar de ella, se descolocaron, generando una nueva crisis de gobierno, aunque esta

vez no derivó en nuevas elecciones. Se reeditó de nuevo la alianza de *Batkivshchyna* y Nueva Ucrania, esta vez con el apoyo del Bloque Lytvyn. Pero ese mismo verano de 2008 tuvo lugar la guerra de Georgia, y mientras Yushchenko acudió a Tiflis para apoyar a Saakashvili, desde Kiev Yulia Timoshenko lo criticó por tomar partido. A esas alturas, el negocio del gas hacía furor en Ucrania, y ya las líneas de frente de los bandos habían saltado por los aires. En medio de esa situación, la primera ministra viajó a Moscú en octubre de 2008 y se entrevistó con Putin, por entonces primer ministro. ¿Qué había provocado un enroque tan espectacular?

Yulia Timoshenko flirteando con Moscú, lidiando amablemente con Putin: parecía que en ese momento las cosas ya habían ido demasiado lejos en Kiev. Mientras tanto, en ese mismo año, Yushchenko visitó el jardín japonés de Viktor Pinchuk, el caro capricho de un oligarca cuyo suegro era ni más ni menos que el mismísimo Leonid Kuchma y que, no por casualidad, había multiplicado la riqueza de su imperio comercial bajo el anterior presidente. La visita fue interpretada como un guiño cómplice: los oligarcas no tenían nada que temer del presidente naranja. El cual, el 18 de septiembre de 2004, en el arranque de su campaña electoral, con el rostro desgraciado por el supuesto intento de envenenamiento por parte de los azules y sus secuaces y poderosos protectores, había gritado ante las masas enardecidas: «¡Los bandidos irán a la cárcel!»[53].

Pero antes, bastante antes de esa significativa visita, la negligencia de Yushchenko hacia los oligarcas, los funcionarios corruptos y los clanespermitió que sus beneficios aumentaran y que incluso aparecieran nuevos nombres en el panteón de los gánsteres ucranianos. No parecía investigarse nada, nadie iba a la cárcel. Por el contrario, oligarcas como Rinat Ajmetov, Íhor Kolomoiski, Serhiy Taruta o Hryhoriy Surkis eran premiados como empresarios modelo.

Desde luego, el rubio y repeinado Ajmetov no necesitaba ningún premio. Llegó a ser el hombre más rico de Ucrania. Y de toda Europa. En 2008 superaba al número uno a escala continental,

Ingvar Kamprad, el fundador de Ikea. Viktor Pinchuk iba segundo en la lista, aunque en términos de monto total de fortuna quedaba lejos de Ajmetov. Íhor Kolomoiski se situaba entre una tercera y cuarta posición, pero en cuanto a protagonismo político y mediático era uno de los oligarcas más reconocidos. Petró Poroshenko, el «rey del chocolate», que se había hecho rico con la fundación del grupo Roshen en 1996, el principal fabricante de dulces de Ucrania, había amasado una fortuna similar a la de Kolomoiski, pero había apostado por la actividad política de forma abierta, se había convertido en uno de los protagonistas de la *Revolución Naranja* y había llegado a actuar como escudero de Yushchenko. Por contra, Ajmetov era un puntal importante en el Partido de las Regiones. De origen tártaro —de hecho, él mismo era musulmán suní—, era un hombre del Donbas, nacido en el seno de una familia de mineros. El libro de Serhiy Kuzin y Konstantyn Stogniy, *La Mafia de Donetsk. Antología* (2006), en ucraniano, desveló algunos aspectos poco conocidos sobre los comienzos de la meteórica carrera de Ajmetov, supuestamente ligados a actividades financieras delictivas[54] con las que reunió la fortuna y, sobre todo, las influencias políticas, que le llevaron a convertirse en el magnate de la minería, la metalurgia y la energía, erigiendo empresas como Metinvest, DTEK y, sobre todo, el *holding* System Capital Management.

No solo hubo manga ancha para los grandes. Funcionarios locales y sus compinches se hicieron con tierras comunales y pasaron a convertirse en terratenientes que blindaron sus propiedades, obtenidas de forma ilícita durante las privatizaciones, con una ley que prohibía la compraventa de suelo agrícola. En el sector de la energía, durante esos convulsos años se afianzaron dos oligarcas, Dmytro Firtash e Ivan Fursin, quienes controlaban respectivamente el 45 y el 5% de RosUkrEnergo, una empresa que, sin embargo, estaba participada al 50% por la rusa Gazprom. De todas formas, ellos tampoco lo hacían directamente, sino a través de una firma suiza interpuesta: Centragas Holding AG. De hecho, los padrinos que alumbraron RosUkrEnergo en julio de 2004 habían

sido Kuchma y Putin. Esta nueva empresa sustituía a EuralTransGas, registrada en Hungría, pero en ambos casos el objetivo consistía en transportar gas desde Turkmenistán hasta Europa vía Ucrania.

RosUkrEnergo era una fábrica de hacer dinero, puesto que en 2006 se convirtió en el intermediario exclusivo para las importaciones de gas ruso que se vendían en Europa. Y precisamente fue el centro de la guerra del gas de 2005.

En marzo de ese año, Moscú protestó por lo que parecía una estafa por parte de los distribuidores ucranianos. Al parecer, una parte del gas que debía circular en dirección a la Unión Europea por los gasoductos que discurrían por territorio ucraniano era desviado para consumo interno, lo que defraudaba a los europeos, que recibían menos volumen del previsto, y a los rusos, puesto que ese combustible era, literalmente, sustraído. Ni que decir tiene que los beneficios de la operación iban a parar a bolsillos corruptos. Los ucranianos negaron inicialmente la mayor; pero, posteriormente, se escudaron en el hecho de que aquel invierno había sido especialmente duro, con temperaturas de hasta –30°[55]. Del tira y afloja resultó el corte ruso del suministro a los europeos, el primero, de enero de 2006, que se resolvió por vía de urgencia tres días más tarde, a partir de un acuerdo preliminar entre Moscú y Kiev. Las tensiones volvieron a aflorar en octubre de 2007, cuando Rusia exigió el pago de las deudas ucranianas, y de nuevo en marzo de 2008 se produjeron reducciones del suministro ruso a ese país. La situación siguió siendo tensa a lo largo de ese año, sin que las partes lograran ponerse de acuerdo sobre el montante de la deuda.

D’Anieri argumenta que, sintiéndose Moscú amenazado por la floración de las revoluciones de colores en las repúblicas exsoviéticas (la *Revolución de los Tulipanes,* en Kirguistán, había arrancado a finales de marzo de 2005 y triunfado en abril), había querido dejar claro que chulear a Rusia no salía gratis[56]. Aun así, viendo las cosas desde el otro lado de la barrera, parecía evidente que, tras la *Revolución Naranja,* a los nuevos gobernantes se les

habían subido mucho los humos y dejar hacer a los oligarcas había contribuido al estallido de las peleas en torno al suministro de gas. Es cierto también, en argumentación de D'Anieri, que ese problema había metido de lleno a la UE en la «cuestión ucraniana» puesto que los cortes en enero de 2006 habían afectado al 40% del suministro húngaro, al 30% del francés, austriaco y eslovaco y al 24% del italiano[57].

A partir de ahí, era lógico que los europeos se replantearan la necesidad de depender menos del suministro ruso y, sobre todo, del suministro ruso a través de Ucrania, que era un capítulo especial por el problema que suponían las jugadas de los oligarcas locales. Ahí se pusieron de relieve las posturas divergentes entre las grandes compañías comercializadoras del gas, que buscaban sobre todo pagar el combustible al precio más bajo, y los gobiernos, obligados a mirar más por los intereses nacionales en riesgo.

La disyuntiva giraba en torno a la posibilidad de descartar a Ucrania de los acuerdos para comprar gas a los rusos. El recurso a canales alternativos era una posibilidad que también les cuadraba a los rusos. El Proyecto Nord Stream, que discurría por las profundidades del mar Báltico, era la estrella de esa opción: la posibilidad de canalizar el gas desde Rusia hasta Alemania sin pasar por territorio ucraniano, polaco, estonio, letón o lituano, países que podían generar impedimentos a ese tráfico por motivos políticos, en cualquier momento. El canciller Gerhard Schröder había sido uno los más firmes partidarios de esa opción entre 1998 y 2005; pocos días antes de dejar su cargo, firmó con los rusos el acuerdo para su construcción y doce años más tarde terminó convirtiéndose en el director de la firma petrolífera rusa RosNeft, que por entonces estaba sancionada por el gobierno estadounidense como consecuencia de la guerra de 2014 en el Donbas. Frente a esta opción, los países más beligerantes con Rusia consideraban que el gas era un arma más en manos de Moscú, que utilizaba para someter a sus vecinos e incluso a Europa. Ese planteamiento hizo exclamar al ministro polaco de Defensa que

el Nord Stream era, de hecho, el «Gasoducto Molotov-Ribbentrop»[58]. Y es que, por ende, los trayectos alternativos para el gas ruso descolocaban estratégicamente a Ucrania, país en el cual, precisamente, los intereses de las compañías —las más importantes en poder de los oligarcas— no iban de la mano de los intereses nacionales. La dicotomía que atenazaba a los países compradores del gas ruso anidaba en el centro de Ucrania.

Como ya se explicó, en 2008, Yulia Timoshenko, de nuevo como primera ministra, viajó a Moscú, se entrevistó con Putin, en funciones de primer ministro, e intentó pactar un acuerdo definitivo sobre los precios del gas. Por entonces, los clientes europeos pagaban 500 dólares por 1.000 metros cúbicos, mientras que los ucranianos solo abonaban 179,5 dólares por esa misma cantidad; de ahí los beneficios que podían llegar a obtener los que derivaban ese gas a bajo precio hacia terceros países. Las negociaciones fueron complicadas y se resolvieron en el último momento, bajo la atenta mirada de Bruselas, en base a una fórmula de conveniencia para los europeos, en enero de 2009[59].

En aquel mismo viaje de octubre de 2008, Putin le echó en cara a su homóloga ucraniana que su país hubiera enviado armas a Georgia en el reciente conflicto militar[60]. En efecto, en agosto había tenido lugar la breve guerra ruso-georgiana, de tan solo nueve días de duración, pero que había contribuido a poner patas arriba el «Nuevo Orden Mundial», proclamado por George Bush padre en 1990. El otro acontecimiento que había terminado por zapar dramáticamente el orden neoliberal mundial había sido el arranque de la Gran Recesión, en septiembre de ese mismo año, con la quiebra de la compañía de servicios financieros Lehman Brothers. En efecto, el viaje de Yulia Timoshenko a Moscú había sido la respuesta ucraniana a la súbita necesidad de negociar algún asidero para el lucrativo negocio de la distribución de gas, una vez que la crisis económica se había desencadenado y nadie podría prever las consecuencias en Europa.

Pero volvamos a la guerra ruso-georgiana. El conflicto se inició por sorpresa el 7 de agosto, cundo fuerzas georgianas intentaron invadir por sorpresa la autoproclamada República de Osetia del Sur, que se había negado a la inclusión en Georgia en 1991. Los planes desarrollados en Tiflis contemplaban también la ocupación de la otra república secesionista, Abjasia, en una ofensiva que debería durar nueve días. Sin embargo, el fulminante contraataque del Ejército ruso, que accedió a Osetia a través del túnel de Roki y la carretera transcaucásica, expulsó a los invasores y entró en territorio georgiano, llegando hasta la ciudad de Gori y amenazando a la capital, Tiflis; momento en el cual los georgianos se rindieron.

La invasión de Osetia del Sur y la previsible operación para hacer lo mismo con Abjasia habían sido a instancias del presidente georgiano Mijeíl Saakashvili, el líder de la *Revolución de las Rosas* en 2003. El objetivo, obviamente, consistía en reintegrar esos territorios a Georgia, aun a costa de la huida de la población de la pequeña Osetia del Sur. Se pretendía aprovechar la inauguración de los Juegos Olímpicos en Pekín porque, supuestamente, Putin acudiría a ella.

Pero, detrás de esas motivaciones había otras. Aunque la prensa occidental pasó de puntillas sobre el asunto y las instituciones diplomáticas mucho más que eso, Turquía y Armenia buscaban por entonces, y desde hacía meses, un acercamiento que podría llevar a la reconciliación entre ambos países, arreglaría el contencioso del Alto Karabaj con Azerbaiyán y, de paso, estabilizaría el Cáucaso en su función de corredor energético entre el mar Caspio y Europa. Esos tanteos se habían llevado en el mayor de los secretos, aunque se habían mantenido reuniones importantes entre representantes armenios, georgianos, azeríes y turcos. Uno de los asuntos más delicados de esas negociaciones eran los acuerdos sobre los corredores energéticos que unirán al Caspio con Europa[61].

En ese momento, el gasoducto BTC (Bakú-Tiflis-Ceyhan) era la parte más importante de este equipamiento, como alternativa a los suministros energéticos hacia Europa por territorio ruso, puesto que

su trazado pasaba por Azerbaiyán, Georgia y Turquía. Sin embargo, desde 1991, tras su independencia, Georgia había aportado más problemas que soluciones: inestabilidad política, guerra civil y separatismo. Además, limitaba con Chechenia y algo tenía que ver con ese conflicto, en conexión a través del valle de Pankisi. Pero, sobre todo, el BTC daba un largo rodeo por el hecho de atravesar Georgia evitando a Armenia, aliada de Rusia. Todo ello dejaba al BTC potencialmente expuesto a conflictos.

Su condición de satélite de Rusia y el conflicto con Turquía habían excluido a Armenia de acuerdos energéticos en la región. Pero las cosas habían cambiado, y quien se convirtió en una molestia para todos fue el inestable presidente georgiano Mijeíl Saakashvili. La insistencia de Bush en apoyarlo a cualquier precio les creó problemas a algunos países de la Unión Europea, cuyas compañías petroleras eran los principales contribuyentes al BTC. Una pugna habitual entre Europa y los Estados Unidos en la periferia de la antigua Unión Soviética.

Para Georgia, existía el riesgo de que la reanudación de las relaciones entre Turquía y Armenia pudiera rediseñar la ruta BTC, o agregar un ramal dentro de unos años, a través de Ereván, pasando a continuación por Turquía, y creando un camino más corto y lógico que el que suponía atravesar una Georgia bajo la amenaza estratégica de Osetia del Sur y Abjasia. Así, el ataque ordenado por Saakashvili en agosto de 2008 pudo haber tenido como objetivo liquidar o disipar abruptamente esta presión rusa para reforzar la seguridad del territorio georgiano en el contexto del multimillonario proyecto BTC. Y proporcionar puertos del mar Negro como Poti, Batumi y, quizás algún día, Sujumi en Abjasia.

En cualquier caso, la acción de invadir Osetia del Sur y asaltar esa pobre capital de juguete que era Tsjinvali, fue algo inesperado y brutal. Y se vio respondida con contundencia por Rusia, la superpotencia que anunciaba así su retorno activo al enfrentamiento con los Estados Unidos, combatiendo activamente, a tiro limpio, su fijación por extender la OTAN a las repúblicas exsoviéticas. De

hecho, Moscú se tomó el ataque como un burdo intento de meter a la Organización Atlántica hasta la cocina del espacio exsoviético. Se dijo en negro sobre blanco, en voz alta, en diversas ocasiones y por boca de variadas personalidades rusas que los Estados Unidos, Reino Unido e Israel habían sido los instructores del nuevo Ejército georgiano, y Ucrania, su proveedor de armas. Y la ofensiva sobre Osetia del Sur había sido un ataque planificado por la OTAN.

De hecho, el conflicto había quedado prefigurado en la Conferencia de Seguridad de Múnich, en 2007, donde Putin pronunció un discurso de advertencia muy claro[62], y en la cumbre de la OTAN en Bucarest, en abril de 2008.

En un principio no se había considerado seriamente atender a las peticiones de Yushchenko para que en la cumbre de la OTAN por celebrarse se contemplara la elaboración un Membership Action Plan (MAP) para Ucrania. Sin embargo, el vicepresidente Dick Cheney, que formaba parte de los «Vulcanos», el gabinete de guerra de Bush, sí que era un fan decidido de la integración de ese país en la Alianza. Así que, finalmente, Washington aprobó el proyecto de un MAP para Ucrania y también, y no por casualidad, para Georgia. Al fin y al cabo, se trataba de dar apoyo al presidente surgido de la *Revolución Naranja* al que las cosas no le estaban yendo demasiado bien.

El asunto terminó como el rosario de la aurora. Los rusos, que se veían venir una nueva ronda de flirteos ucranianos con la OTAN, expresaron claramente su disgusto. Ahora era una constante, lo hacían cada dos por tres. Ya en enero de ese mismo año, marcando las tendencias en su política exterior, se publicó la advertencia oficialmente:

> Rusia mantiene su actitud negativa hacia la expansión de la OTAN, en particular hacia los planes de admitir a Ucrania y Georgia como miembros de la alianza, así como acercar la infraestructura militar de la OTAN a las fronteras rusas en su conjunto, lo que viola el principio de igual seguridad [y] conduce a nuevas líneas divisorias en Europa.

> Rusia hará todo lo posible para evitar la admisión de Ucrania y Georgia en la OTAN.

Finalmente, el 3 de abril Putin se personó en la cumbre de la OTAN intentando limar asperezas. «Seamos amigos, chicos», comentó en un momento de su intervención. «Rusia no tiene derecho a vetar la ampliación», declaró en su debate de hora y media. Pero insistió en que las exrepúblicas soviéticas eran países complicados y que el acercamiento a la OTAN no los iba a hacer más democráticos. «La OTAN no es una fuerza democratizadora», añadió. Para puntualizar la complejidad estructural de los nuevos postulantes, recordó que la mayor parte de la población de Crimea es rusa y que Georgia no había sabido resolver sus problemas con Abjasia. Y terminó criticando la «ilusión de seguridad» que tenían algunos países de la antigua órbita soviética por pertenecer a la Alianza. Ese argumento se convertiría en una de las causas de la guerra, catorce años más tarde[63].

También surgieron resquemores por las heridas balcánicas. El 17 de febrero, Kosovo se había declarado independiente de forma unilateral, zanjando la situación por su cuenta, aunque con el beneplácito de Estados Unidos, a fin de saltarse el denominado Plan Ahtisaari para una independencia tutelada, que aplicara garantías de respeto para los derechos de las minorías. En Moscú estaban indignados por cómo Washington se había salido con la suya, anulando la Resolución 1244 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, promulgada en 1999.

Definitivamente, el horno no estaba para bollos en aquellos momentos. Los rusos también estaban encrespados, realmente cabreados ante la agresiva política de Bush, que no solo se proyectaba hacia el mundo árabe. El año anterior se le había ocurrido instalar un escudo antimisiles en Polonia y República Checa, inspirado en la «Guerra de las Galaxias» de Reagan. Oficialmente, se trataba de prevenir el lanzamiento de misiles de largo alcance desde Irán, en una continuación del malogrado argumento de las armas de destrucción masiva que supuestamente

escondía Irak en 2003. Ahora eran los iraníes los que podrían atacar con armas más o menos imaginarias el Viejo Continente. Varios países de la Unión Europea expresaron su malestar por una iniciativa que traía recuerdos de la «crisis de los euromisiles» en los años ochenta del siglo anterior, en plena Guerra Fría. Alemania y Francia se mostraron especialmente molestos y volvieron a desplegar esa actitud en la cumbre de Bucarest ante la nueva onda de flirteos de Georgia y Ucrania para acceder a la OTAN.

Por todo lo cual, la cumbre de Bucarest terminó con una declaración de compromiso, en la que se agradeció a Georgia y Ucrania su vocación atlantista pero se postergó para más adelante un estudio sobre esta cuestión. Como vinieron a decir los alemanes, la cosa no estaba para bromas. Por su parte, el delegado polaco consideró que Alemania estaba más preocupada por Moscú que por sus aliados.

Pero los rusos no quedaron nada convencidos. En marzo la Duma ya había propuesto el reconocimiento formal de la independencia de Abjasia y Osetia del Sur, y en junio, aprobó una resolución instando a Putin a retirarse del Tratado de Amistad de 1997.

Y en agosto, solo cuatro meses más tarde, la gamberrada de Saakashvili y la guerra en Georgia.

---

52 Gorchinskaya (2020).

53 Gorchinskaya (2020). Buena parte de la información sobre la corrupción durante la era de Yushchenko proviene de esta documentada pieza.

54 Cit. en «Check out of Ukraine's best books», by Alexandra Matoshko, en *Kyiv Post,* 21 de junio de 2006 [consultable en red]. Por el momento, la fuente más completa en inglés sobre la biografía de este oligarca es la que ofrece Wikipedia en su entrada: *Rinat Akhmetov* (versión en inglés: https://en.wikipedia.org/wiki/Rinat_Akhmetov).

[55] «Ukraine takes extra Russian gas», *BBC,* 24 de enero de 2006 [consultable en red].

[56] D'Aniero (2019): p. 155.

[57] *Ibid.,* p. 156.

[58] *Ibid.,* p. 158. Se trataba del ministro Radoslaw Sikorski.

[59] «Rusia y Ucrania alcanzan un acuerdo en el conflicto sobre la distribución de gas a Europa», en *El Mundo,* actualizado a 18 de enero de 2009 [consultable en red].

[60] «Putin accuses Kiev of arms deliveries to Georgia», *France24,* 3 de octubre de 2008 [consultable en red].

[61] Veiga (2008).

[62] Dugin (2015): posiciones 2320 a 2378.

[63] «Putin advierte que la OTAN se ha quedado obsoleta y ya no puede hacer nada sin Rusia. El líder ruso dice que la extensión de la OTAN hasta sus fronteras supone una amenaza», en *El Mundo,* 5 de abril de 2008 [consultable en red].

CAPÍTULO 6

MORIR EN INVIERNO

YANUKOVICH Y LA REVUELTA DEL *EUROMAIDAN,* 2009-2014

> Llamé a los verdugos para morder, mientras agonizaba, la culata de sus fusiles. Llamé a las plagas, para ahogarme con la arena, la sangre. La desdicha fue mi dios. Me revolqué en el fango. Me sequé con el aire del crimen. Y le di buenos chascos a la locura. Y la primavera me trajo la horrenda risa del idiota.
>
> *Una temporada en el inferno,* Arthur Rimbaud

Y de repente, la calma antes de la tempestad. El año 2009 llevó a la Casa Blanca al primer presidente de color de los Estados Unidos, Barack Obama; los años tóxicos de la presidencia Bush quedaron atrás; pareció que se abría una nueva era de concordia. En el célebre discurso de El Cairo, el 4 de junio, tendió una mano abierta hacia el mundo musulmán, tras la pesadilla de los ataques de Al Qaeda contra los Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001.

Hubo también propuesta de conciliación hacia los rusos. Y en marzo, Hillary Clinton, la nueva Secretaria de Estado, presentó a Sergei Lavrov un «botón para resetear», es decir, un proyecto para relanzar las relaciones ruso-americanas y dejar definitivamente atrás tensiones que parecían derivadas de la Guerra Fría.

Al año siguiente, Yanukovich ganaba las elecciones y se convertía en presidente. Esta vez no hubo dudas, ni los observadores internacionales pudieron alegar nada; ni siquiera quedaba un jirón de Yushchenko para agitar de nuevo a las masas naranjas. El relevo lo tomó la temible Yulia Timoshenko, que si bien en la primera vuelta solo obtuvo un 25,05% de los votos frente al

32,32% de Yanukovich, en la segunda consiguió un 45,47% ante al 48,95%, que dio la apretada victoria a su oponente.

Pudo haber sido, una vez más, el comienzo de un nuevo camino basado en consensos y acuerdos. Pero para entonces los demonios de Ucrania ya habían despertado y nadie volvería a meterlos de nuevo en la botella. Antes de dejar la presidencia, Yushchenko había concedido el título de Héroe de Ucrania a Stepán Bandera, el polémico líder ultranacionalista del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA) durante la Segunda Guerra Mundial, que había llevado a cabo masacres de civiles polacos y judíos en la Ucrania occidental. Protestaron el Parlamento Europeo, el gobierno ruso y asociaciones judías y polacas de víctimas del nazismo[64]. La iniciativa de Yushchenko fue recurrida y en 2011 se anuló judicialmente. Pero ya había contribuido a abrir otro frente de polémica entre la Ucrania occidental y la oriental, los más nacionalistas radicales y excluyentes y los más prorrusos y crecientemente intolerantes. Las dos Ucranias.

La victoria electoral de Yanukovich abrió un periodo durante el cual cualquier iniciativa de un bando era automáticamente malinterpretada por el otro. Entre 2010 y 2013 se cavaron trincheras en las cuales se parapetaron unos y otros haciendo tiempo para el choque final. Esa situación, a su vez, hacía de Ucrania caja de resonancia de las crecientes tensiones entre Estados Unidos y Rusia. Estas se debían al fracaso del Nuevo Orden Internacional (NWO) neoliberal a raíz de la Gran Recesión económica que había estallado en 2008, y la contraofensiva militar iniciada por Rusia en la guerra de Georgia de ese mismo año. Resultó muy llamativo constatar que la prensa rusa y la china comenzaron a pronosticar, inmediatamente después de la crisis en el Cáucaso, que el próximo choque tendría lugar en Ucrania[65].

En ese contexto, la creciente mala imagen de Putin se conjugaba con el desmoronamiento progresivo del carisma de Obama, disuelto por una Primavera Árabe que resultó ser una ilusión fugaz. Y que alumbró dos guerras civiles —la libia y la siria—, las cuales se

prolongaron durante años eclosionando a su vez un yihadismo más terrorífico aún que el de Al Qaeda: el del ISIS o Dáesh, que se extendió por buena parte de Oriente Medio y el continente africano. Esa situación llevó a los rusos a Siria, al Sahel y al mismo corazón del África subsahariana. En esos años creció la ultraderecha en Europa, a veces apoyada desde Moscú; pero a la vez, las filtraciones de WikiLeaks consternaron a Occidente. Es cierto que, en junio de 2010, el FBI desactivó una célula de espías durmientes —parte de ellos de origen latinoamericano— que trabajaban para los rusos, lo cual levantó un cierto ruido. De nuevo se volvió a escuchar el sonsonete de que, con respecto a los rusos, nada parecía haber cambiado con el final de la Guerra Fría. Sin embargo, en 2013 estalló el escándalo Snowden: el empleado de la CIA y la NSA escapó a Hong Kong y luego a Rusia, desvelando detalles ultrasecretos sobre programas estadounidenses de vigilancia masiva tales como PRISM y XKeyscore. Ello dejaba al descubierto que los servicios de inteligencia de ese país habían espiado impunemente millones de teléfonos y cuentas de internet, incluyendo el móvil de la canciller alemana Angela Merkel, entre 2012 y 2014. Y, por cierto, con el apoyo del Forsvarets Efterretningstjeneste, esto es, el Servicio de inteligencia de la Defensa de Dinamarca[66].

Durante aquella década, la de la desilusión de las grandes promesas hechas en nombre de la globalización neoliberal, una corriente de tensión y crispación recorrió el mundo. Los autores centrados en analizar las causas de la crisis ucraniana suelen olvidar el contexto internacional de fondo, y eso es un error de bulto.

En Ucrania, el nuevo presidente Viktor Yanukovich se esforzó visiblemente por recuperar el máximo control posible de las instituciones: para sí, para el Partido de las Regiones y hasta para los clanes afines y miembros de la propia familia. En ese país se había institucionalizado una forma de *spoils system* cada vez más violento y desordenado que en realidad adoptaba la forma de gobierno a bandazos. Dado que el «dejar hacer» del periodo

Yushchenko había desembocado en el desgobierno y la fragmentación del propio campo, su sucesor optó por cerrar filas con los suyos. Pero eso condenaba a Ucrania a una gran confrontación bipolar de este contra oeste. En las elecciones, los votos para Timoshenko se acumulaban a partir de Lviv, el gran foco del sentir político de la Ucrania occidental; los otorgados a Yanukovich oscurecían el mapa de las regiones del Donbas.

El nuevo presidente se concentró en conseguir la mayoría parlamentaria para sus partidarios. Echó mano de métodos ilegales, como conseguir tránsfugas mediante soborno. A partir de ahí, se propusieron y votaron cambios en leyes y procuró que la Duma no protestara ante determinadas maniobras y abusos. Gracias a todo ello, se pudo colocar al frente del gobierno a un aliado de confianza, Mikóla Azarov, líder del Partido de las Regiones y, en su día, hombre de confianza de Kuchma. De esa forma, Yanukovich unió con mano de hierro a presidencia, gobierno y Parlamento en torno a una única fuerza política.

Y a partir de ahí, a por la Constitución. Como parte de las claudicaciones de la *Revolución Naranja* se habían acordado algunas reformas que limitaban el poder del presidente, para evitar los excesos de la era Kuchma. Gracias al control que los hombres de Yanukovich tenían del Tribunal Constitucional, se declararon inconstitucionales las enmiendas de 2004. De paso, el presidente recuperó la potestad de nombrar gobernadores de óblast.

En este caciquismo a la ucraniana tuvo destacada importancia el control de los oligarcas, un poco a la manera de Putin: reteniendo en torno al poder solo a los de más confianza. Inicialmente, Yanukovich tenía a nueve grupos empresariales representados en su gabinete; en solo tres años, en 2013, se habían reducido a dos[67]. Eso sí, los hombres de la energía, el gas y el petróleo en los círculos de confianza presidenciales consiguieron cargos ministeriales. Yuriy Boyko, próximo a Firtash: ministro de Energía. Serhiy Lyovochkin, otro de los cercanos a Firtash, pasó a llevar la administración presidencial. Boris Kolesnikov, un hombre del oligarca Ajmetov,

viceprimer ministro. Y así sucesivamente. Los más revoltosos u oportunistas perdieron posiciones enseguida, como el incombustible Petró Poroshenko, quien en 2012 fue nombrado ministro de Comercio y Desarrollo Económico, tras lo cual la policía fiscal registró sus oficinas de empresa. Entendió la advertencia, dejó el gobierno y pasó a ocupar un escaño parlamentario.

Las apuestas y pulsos iban subiendo de tono con rapidez. La culminación de la ofensiva de poder de Yanukovich fue la incriminación de Yulia Timoshenko por abuso de poder y falsificación de documentos en el contexto de los contratos cerrados con Putin, por entonces primer ministro ruso, en enero de 2009. La fiscalía consideraba que dicho acuerdo había sido oneroso para Ucrania y además la acusaba de haber firmado sin estar facultada para ello. En octubre de 2011 fue condenada a siete años de prisión.

El juicio contra la ex primera ministra fue seguido con inquietud desde la Unión Europea, Estados Unidos y la misma Rusia, mientras el Tribunal de Estrasburgo se preocupaba por las supuestas irregularidades en su detención y enjuiciamiento. Todo ello, y los comicios parlamentarios de 2012, fueron preparando el ambiente para la gran explosión del año siguiente. En esas elecciones, en las cuales Yushchenko y su partido ya no pintaban nada, se conformó un frente anti-Yanukovich compuesto por *Batkivshchyna* (Patria) —el partido de Yulia Timoshenko— y dos recién llegados: Alianza Democrática Ucraniana para la Reforma, liderada por el boxeador profesional, campeón de los pesos pesados, Vitaliy Klichkó, y el partido *Svoboda* (Libertad) de tendencias ultraderechistas, capitaneado por Oleh Tiahnibok.

En los comicios, el Partido de las Regiones volvió a ganar, pero no creció gran cosa en votos desde las anteriores elecciones. Mientras tanto, el frente de la oposición se decantaba abiertamente por el populismo de Timoshenko y Klichkó y el ultranacionalismo afín al neonazismo de Tiahnibok. El partido de este último había sido fundado en 1991 con el significativo nombre de Partido Social-Nacional de Ucrania y no era ningún secreto que desde él se

reclamaban el etnocentrismo, el antisemitismo, la homofobia, el antiabortismo, el militarismo la nacionalización de la economía y la implantación de una única lengua nacional, el ucraniano. Tiahnibok, hombre de Lviv, se consideraba el heredero político de Stepán Bandera. Por su parte, las siglas en ucraniano del partido del boxeador Klichkó, UDAR, se traducían como «golpe». Pero en ese caso jugaba más como partido ariete de los intereses alemanes en Ucrania: era socio de la Unión Demócrata Cristiana, estaba muy apoyado por la canciller Angela Merkel y la Fundación Konrad Adenauer y miembro observador del Partido Popular Europeo.

Los tres partidos de la oposición consiguieron un buen porcentaje de votos: *Batkivshchyna,* un 25,6%; UDAR, un 14%, y *Svoboda,* un 10,5%. Por su parte, el Partido de las Regiones se atribuía un 30% de los votos. Y por supuesto, estas cifras reflejaban de nuevo la polarización del voto ucraniano entre el este y el oeste del país.

La división de Ucrania en dos la había convertido en una carga explosiva que podía estallar si se le aplicaba una fuerte presión. Y eso es lo que sucedió a lo largo del año 2013, cuando Bruselas, por un lado, y Moscú, por otro, se emplearon a fondo para terminar de desestabilizar completamente al régimen ucraniano. Tampoco les faltó colaboración desde Kiev, todo hay que decirlo. Las piezas del detonador estaban compuestas por una serie de falacias de doble vínculo que Yanukovich no quiso o no supo resolver, y que llevaron al final de su carrera presidencial y al comienzo de la guerra civil con activa participación exterior.

La raíz del problema estaba en la aspiración de Yanukovich a recuperar la política multivector de su antecesor, el presidente Kuchma. A la altura de 2010 eso era una temeridad, porque ya había fracasado anteriormente, y además el entorno internacional era mucho más inestable, tenso y, en definitiva, peligroso. Conforme avanzaba la presidencia de Yanukovich se abrían paso dos posibilidades en política internacional: firmar con Bruselas un Acuerdo de Asociación con la Unión Europea o hacerlo con Rusia para la integración en la Unión Aduanera Euroasiática. En este

caso, la disyuntiva no admitía términos medios. Kiev firmaba por una opción o por la otra: no era posible obtener lo mejor de ambos mundos, ni compaginarlos. La razón era, hasta cierto punto, lógica: figurar en ambas podría suponer, en un momento dado, tener que bajar tarifas aduaneras en virtud del acuerdo con la UE y, por otro lado, subirlas en función del mandato de la Unión Aduanera Euroasiática. Cada bloque desarrollaría sus estrategias fiscales y competitivas específicas, incompatibles entre sí para un imposible doble miembro. Por otro lado, como le explicó Vladimir Putin a Oliver Stone, las economías rusa y ucraniana mantenían muchos intereses compartidos desde hacía al menos cinco siglos, por lo que sectores de la economía rusa estaban abiertos a los productos ucranianos, y la adscripción de esa república a la UE podría suponer «la entrada de la Unión Europea en el mercado ruso, con todos sus productos, sin ninguna negociación previa»[68].

Otro problema serio era el deficiente estado de la economía ucraniana como consecuencia del impacto de la Gran Recesión de 2008, que obligaba a pedir ayuda financiera para compensar los costes de unirse, eventualmente, al Acuerdo de Asociación. Se barajó un paquete de 160.000 millones de euros hasta 2017, a fin de adaptar la economía ucraniana y hacer frente al periodo transitorio. Bruselas ofreció 610 millones en concepto de ayuda técnica y condicionada a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Pero las negociaciones con el FMI ya habían ido mal. En 2010 se había aprobado un préstamo de 15.400 millones dólares que implicaban, a cambio, subir la edad de jubilación, la reforma de la función pública y un aumento en las tarifas de los servicios públicos, en especial los del gas y la electricidad, manteniendo congelados los sueldos. Sin embargo, esta exigencia no pudo ser cumplida, y a comienzos de 2011 el FMI bloqueó sus pagos[69]. Las sucesivas misiones del FMI en Ucrania a lo largo de 2012 no lograron negociar un nuevo programa de ayudas, y así quedaron las cosas hasta el momento de la deflagración, en noviembre de 2013.

Y esta fue una de las razones centrales que llevó a Yanukovich a rechazar la firma del Acuerdo de Asociación con la UE, muy poco antes de la cumbre de la Asociación Oriental en Vilna (28 y 29 de noviembre de 2013), donde sí lo hicieron Georgia y Moldavia. La negativa de Kiev sentó muy mal en Bruselas, donde los dirigentes de la UE expresaron de forma ruidosa su descontento, achacando el plantón ucraniano a las presiones de Rusia. Pero visto con la perspectiva que da el tiempo, hubo un factor muy importante que explica el encrespamiento de Bruselas: por entonces estaba en todo su apogeo la crisis griega, que estaba suponiendo un desafío existencial para la Unión Europea. Las tensiones y choques con el gobierno de Atenas trasladaron a Bruselas un tono áspero que repercutió en una rebaja del tacto diplomático hacia un país tan complicado pero a la vez tan importante como era Ucrania y que además tenía a la superpotencia rusa a sus espaldas. Ya se habían firmado rescates por valor de 240.000 millones de euros para Grecia, y el primer ministro ucraniano no pudo por menos de reprochar: «La UE ya se ha gastado 400.000 millones de euros para salvar a varios países del impago y ahora se nos dice que 160.000 millones es una cifra exorbitante para Ucrania, el país más grande de Europa por superficie, y uno de los mayores por población»[70].

Existió otro factor que desempeñó un papel central en el desastre de noviembre de 2013. Y este fue la presión que mantuvo Bruselas sobre Kiev a propósito del juicio y encarcelamiento de Yulia Timoshenko, hasta el punto de condicionar la firma del Acuerdo de Asociación a la liberación de la ex primera ministra. Según se planteaba en aquellos días:

> el Acuerdo suponía un compromiso de Kiev con la UE, no solo en lo económico y comercial, sino también sobre el funcionamiento de las instituciones políticas y el desarrollo de la democracia [...] Bruselas está dispuesta a cerrar los ojos ante el limitado y parcial cumplimiento de las exigencias comunitarias en lo que se refiere a la reforma del sistema electoral y judicial de Ucrania. Pero el caso Timoshenko es una cuestión de principios, por ser considerado como un ejemplo flagrante de la «justicia selectiva» y de la politización del sistema judicial del país[71].

A todo esto, sí parece que Yanukovich se esforzó por solucionar la situación, intentado arreglar con la Rada los votos necesarios para conseguir un permiso especial para que Timoshenko se pudiera trasladar a una clínica alemana que atendiera sus problemas de salud. Sin embargo, en el último momento se encontró con la rebelión más o menos disimulada de los diputados del Partido de las Regiones, que pospusieron la votación para una semana más tarde, haciendo imposible que el permiso para Timoshenko llegara a tiempo, antes de la firma del Acuerdo en Vilna.

En cualquier caso, la exigencia voceada por Bruselas resultaba un tanto exagerada si se tiene en cuenta que el Acuerdo de Asociación suponía una medida de integración económica en forma de libre comercio y un acercamiento político, lo que no necesariamente comportaba la adhesión a la UE. Mientras tanto, antiguas repúblicas soviéticas como Letonia o Estonia habían accedido como miembros de pleno derecho de la Unión Europea en 2004, manteniendo porcentajes elevados de su población (36% en el primer caso, 25% en el segundo) desposeídos de toda una serie de derechos civiles ya desde la misma proclamación de la independencia en 1991, sin que se hubiera hecho nada o muy poco para remediar esa situación a su ingreso. Bruselas miró hacia otro lado cuando esas poblaciones excluidas —de origen ruso, pero también ucraniano, lituano, polaco, bielorruso o judío— ingresaron en el club como ciudadanos de la UE sin plenos derechos, una situación altamente anormal, por no decir escandalosa[72], que entraba de lleno en la categoría de lo que el politólogo magiar Gáspar M. Tamás definía como «posfascismo» institucional[73].

De otra parte, Timoshenko era vista por muchos ucranianos como una oligarca más —y lo era—, por lo que su encarcelamiento no siempre se percibía como parte de una lucha entre la democracia y el autoritarismo, sino como una manifestación más de la guerra entre clanes. En conjunto, la «condición Timoshenko» contribuía a histerizar una negociación muy delicada sin aportar nada a su resolución, sino más bien al contrario. Permitía a Yanukovich echar

la culpa a Bruselas de las barreras y la ralentización de un proceso en el cual los problemas reales quedaban en la sombra y eran de otro tipo: el interés específico de Alemania en sacar tajada del Acuerdo y maniobrar a través de sus peones políticos en Ucrania, disimular las inseguridades que producía en la UE la crisis griega, debilitar la presidencia de Yanukovich, asegurarse el abastecimiento regular de gas ruso a buen precio y, al mismo tiempo, dejar fuera de juego a Rusia en Ucrania.

Y, por supuesto, Rusia jugó su papel en el deslizamiento hacia la destrucción de Ucrania. La insistencia de Moscú en la integración de Ucrania en la recién creada Unión Aduanera Euroasiática era presentada desde Occidente como una especie de chantaje cínico puesto que la extremada juventud de la institución, fundada en 2010, junto con los escasos miembros que la componían, todos ellos antiguas repúblicas de la Unión Soviética fieles a Moscú (Bielorrusia y Kazajistán, aparte de la misma Rusia), hacían que la invitación a entrar en ella supusiera, de hecho, una forma de subordinación a la economía y la legislación rusas. Al fin y al cabo, eso era lo que Moscú buscaba desde 1991, desde que contó con Ucrania, incluso como Estado soberano, para que se integrara en la CEI, la Comunidad de Estados Independientes. Pero a la altura de 2013, ese afán parecía ya baldío, tardío. ¿O no?

El rechazo del gobierno ucraniano a firmar el Acuerdo de Asociación con la UE, el 21 de noviembre, sonó como una afrentosa bofetada en una catedral, porque además se anunció que ello solo había sido posible porque Kiev había cedido a las presiones de Moscú o, casi peor aún, a las ofertas de créditos rusos. El hecho fue que en diciembre Putin acudió al rescate: Rusia compraría 15.000 millones de dólares de deuda ucraniana, salvando a esa economía de la suspensión de pagos. Casi inmediatamente, el 24 de diciembre Kiev recibió un primer tramo de 3.000 millones; junto con ello, el precio del gas ruso quedaba rebajado en un 30%, lo que implicaba un importante ahorro anual[74].

Pero, para entonces, había prendido el detonador que convertiría a Ucrania en una bomba en cuestión de días. Ya el mismo 21 comenzaron a confluir contestatarios en la plaza de la Independencia, esto es, el *Maidan Nezalézhnosti,* que pronto se conoció en todo el mundo como Maidan («plaza», palabra de origen persa) y como centro de las protestas de 2014, el *Euromaidan*. La invitación que circuló por las redes sociales decía:

> Nos encontramos a las 10:30 pm ante el monumento a la Independencia. Vestimenta de abrigo; trae paraguas, té, café, buen rollo y amigos. Te agradecemos que reenvíes este post.

Pero las protestas empezaron a cobrar enjundia el domingo 24, cuando miles de personas acamparon allí. De repente volvió a prender en el centro de Kiev el paisaje de las protestas callejeras vividas durante la *Revolución Naranja,* y trece años antes, incluso, con ocasión de las manifestaciones de «Ucrania sin Kuchma». En apariencia, poco había cambiado: jóvenes, buen rollo incluso bajo la lluvia, alegría en la protesta. A veces se le llamaba, en tono de broma, la «Euromaidance», por la insistencia en acompañar las protestas con música en directo. Los presentes contaban con defender allí su futuro, el de sus hijos, el de su país. Eso decían. Klichkó apareció con una furgoneta de su partido y un megáfono, pero la gente lo echó fuera. Aquello era una manifestación cívica, no un caladero para políticos.

Esta vez iba a ser diferente. Las protestas no terminarán en acuerdo entre las partes —aunque fuera a regañadientes— sino en guerra civil. Para entonces, el porcentaje de ucranianos que apoyaban la opción europeísta estaba bastante igualada, expresión de la tragedia de las dos Ucranias enfrentadas: el 38% de la población prefería la unión aduanera con Rusia, mientras que el 37,8% se decantaba por el Acuerdo de Asociación con la UE[75].

Lo que se reveló como novedoso en la ya conocida estrategia de ocupación permanente de la plaza fue su militarización, debido a un protagonismo creciente de los sectores ultras. Pronto aparecieron

las banderas azules del partido *Svoboda,* con la mano haciendo la señal del tridente, en amarillo; y las rojas y negras de *Pravy Sektor* (Sector de Derechas), fundado prácticamente en las barricadas del Maidan, y que era un aglomerado de diversos grupos radicales ultranacionalistas. A ellos se le sumó la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Kiev. No es que no participaran también estudiantes progresistas, jóvenes europeístas, intelectuales y periodistas. Pero en esta ocasión, a diferencia de lo ocurrido durante la *Revolución Naranja,* las estrategias pacíficas y lúdicas pensadas por Gene Sharp y ejercitadas por los voluntarios de Otpor, la presencia de madres con niños, ancianos y padres de familia trabajadores, muy pronto dejaron paso a jóvenes violentos, barricadas y parapetos de todo tipo, neumáticos quemados y hogueras, choques, incluso a tiros, con la policía, uniformes de camuflaje y cascos militares, excombatientes, brazaletes, escudos, armas de fortuna, más o menos improvisadas, estrategias paramilitares y estrategas y mandos en la sombra. Además, derroches de fanatismo.

Toda esa dinámica brotó bien pronto. No el 21 de noviembre, sino el domingo 24, cuando la oposición llamó a la gran movilización y acudieron decenas de miles de manifestantes al Maidan. Ese mismo día, un grupo no muy numeroso intentó romper el cordón policial en dirección a los cercanos edificios administrativos de la capital, ante lo cual los agentes lanzaron gases lacrimógenos y efectuaron arrestos. La cuidadosa tendencia de atraerse las fuerzas del orden público desplegada durante la *Revolución Naranja* saltó por los aires el primer día del Euromaidan. Fue un primer intento, limitado, pero que marcó una estrategia, la cual siguió aplicándose hasta el final; y fue, precisamente, la que dio la victoria a la opción más extremista, aunque muy posiblemente, habría sido posible otra salida a la crisis.

Con todo, los primeros días no parecía que los acontecimientos fueran a tomar una deriva tan trágica. Siguieron las aglomeraciones lúdicas, con cantos y risas, con música, con brincos, con miles de banderas ucranianas y algunas de la UE. Incluso Yanukovich salió

en televisión asegurando que aplaudía a los que se manifestaban por la integración europea. En realidad, todavía quedaba Vilna, y al final era posible que el gobierno ucraniano firmara el acuerdo con la Unión Europea, eso habían dado a entender. «¡Yanukovich firma, firma Yanukovich! ¡Es nuestro documento, es nuestro documento!», gritaba la multitud joven.

Pero el 29 de noviembre no hubo firma. Solo una imagen en el plasma, de Yanukovich hablando con Merkel y haciendo un gesto muy elocuente, de pedir dinero, ayudas que no se le daban. «¡Vergüenza, vergüenza!», gritaban ahora los manifestantes. Esa noche, recorrieron Kiev; una parte de ellos regresaron a sus casas, decepcionados. Otros volvieron a Maidan y siguieron con la protesta. Pero a eso de las 4 de la madrugada se desplegaron los antidisturbios de la unidad Berkut (Águila Dorada), con sus uniformes de camuflaje urbano. Eran el equivalente ucraniano de los OMON rusos, algo así como la gendarmería. Esos hombres eran gente enorme y pronto empezaron a tundir a los manifestantes. Algunos con porras de madera, otros, al parecer, llevaban barras de hierro.

Los manifestantes, rabiosos y aturdidos, salieron del Maidan en dirección al corazón monumental de Kiev. Allí se guarecieron temporalmente en el patio del monasterio de San Miguel de las Cúpulas Doradas, tras las verjas cerradas ante las narices de los antidisturbios, bajo la protección de la Iglesia. En ese contexto se empezaron a organizar las *sotnias,* nombre tomado de las centurias tradicionales cosacas, que fue como designaron a las «unidades de autodefensa» de los manifestantes.

Era evidente que la actuación de los Berkut había cambiado la actitud de los manifestantes. La policía ya no estaba con el pueblo, como en tiempo de la *Revolución Naranja.* Pero la frustración de la multitud también tenía que ver con la desilusión ante lo que creían era la traición de Yanukovich en Vilna. Y no faltaron las tempranas intromisiones externas: la presidenta del Parlamento lituano, Loreta Graužinienė, y el parlamentario polaco Marcin Święcicki se dirigieron

a la multitud los días 26 y 27 de noviembre. Poco después, varios embajadores de la UE se personaron en la plaza de San Miguel el día 30 de noviembre para solidarizarse con los manifestantes[76]. Hasta un total de cuarenta y siete cargos occidentales, incluidos varios estadistas, se personaron en el *Euromaidan* para apoyar sin disimulo a los contestarios. En ese aspecto, el «estilo» de las revoluciones de colores seguía vigente en Ucrania. Pero la rápida creación de las «unidades de defensa» patrióticas marcaba una clara diferencia.

Las cosas se pusieron decididamente serias el 1.º de diciembre. La llamada «Marcha de los Millones» por las calles de Kiev terminó ocupando de nuevo Maidan. El ministro del Interior casi se excusó por la contundencia de los Berkut y dejó expedito el camino de regreso. ¿Cabía cierta esperanza de reconciliación? La «Marcha de los Millones» había agrupado a decenas de miles de personas de toda extracción social, niños y ancianos. Se peroraba públicamente sobre valores europeos, libertad y dignidad.

Y entonces, por la tarde, parte de la multitud empezó a desplazarse hacia Bankova, la calle que desembocaba en el complejo de edificios del gobierno y el Banco Nacional. Esa marcha estaba ya compuesta por jóvenes y adolescentes, y en ella podían verse algunos con pasamontañas, parkas militares e incluso ya brazaletes amarillos con la runa *Wolfsangel* del Partido Social-Nacional, fundado en 1991 por Andriy Parubiy y Oleh Tiahnibok. Los piquetes de ultras, muy agresivos, armados con adoquines, cadenas, estacas o martillos, también controlaban a los posibles «provocadores» entre las filas de los manifestantes. Al final, un bulldozer intentó derribar a una barrera de antidisturbios y estos, tras lanzar granadas aturdidoras y gases, se lanzaron a la carga, ya cayendo la noche. El resultado fue una nueva cosecha de heridos, algunos de consideración, con aspecto de no ser precisamente los más comprometidos ni más jóvenes.

Al día siguiente, grupos de manifestantes empezaron a «blindar» la plaza, con planchas metálicas, sacos terreros, caballetes, todo lo

que se podía reunir. Incluso se llamó a militares de la reserva voluntarios y hasta veteranos de Afganistán que echaron una mano con la organización de las defensas. Ahí empezó a surgir el *Euromaidan* como campo de batalla fortificado, en torno al cual manifestantes y policías iban a disputar duras batallas. Otra iniciativa, asimismo característica de esta fase, consistió en ocupar edificios públicos, como el de la Administración Municipal de Kiev, donde podían refugiarse o agruparse los manifestantes. Mientras, en la calle se organizaban cocinas de campaña y distribución de tentempiés.

Una semana más tarde, la situación se había estabilizado, sin ataques ni contraataques. Fue entonces, el día 10 de diciembre, cuando llegó una delegación de la Unión Europea encabezada por Catherine Ashton, la Alta Representante para Asuntos Exteriores, para buscar una solución. Y también de los Estados Unidos. Esa noche volvieron a producirse incidentes en la plaza, hubo un intento de desalojo y el monasterio de San Miguel hizo sonar sus campanas al unísono por primera vez desde 1240, cuando los mongoles intentaron tomar Kiev. Al día siguiente, lady Ashton apareció en televisión apoyando a los manifestantes, mientras el inevitable senador republicano John McCain, perejil de todas las salsas intervencionistas estadounidenses desde los tiempos de las guerras de Afganistán y Kosovo, o las revoluciones de colores, se presentaba en las calles de Kiev para apoyar la causa de los contestatarios o insurgentes, fueran quienes fueran mientras lo hicieran contra Moscú, de forma directa o indirecta. Con él se hicieron bien visibles entre la multitud el senador demócrata Chris Murphy y, sobre todo, Victoria Nuland, responsable del Departamento de Estado para asuntos de Europa y Eurasia.

El día 17, Yanukovich viajó a Moscú, donde negoció con Putin las ayudas y concesiones relativas a la rebaja en el precio del gas y los préstamos destinados a evitar la suspensión de pagos del Estado ucraniano.

Por entonces, la plaza de la Independencia se fortificó en profundidad, con barricadas y sacos de nieve presionada, caballos de Frisia de aspecto medieval, perímetros de vigilancia atendidos por patrullas, las *sotnias* perfectamente uniformadas e identificadas, veteranos del Ejército en la reserva adiestrando a los voluntarios en maniobras de ataque y resistencia por columnas. Las tiendas de campaña se habilitaron como puestos de mando y logística, y los manifestantes pasaron a saludarse con la fórmula «¡Gloria a los Héroes!» propia de los combatientes UNA-UNSO de la resistencia ultranacionalista durante la Segunda Guerra Mundial. La militarización del Maidan dio pie a que los grupos paramilitares de ultraderecha adquirieran más y más protagonismo y visibilidad, a pesar de que en las entrevistas a periodistas internacionales nunca manifestaba esa militancia, ni aun ostentado insignias propias de algún partido en concreto.

La llegada de las fiestas navideñas ralentizó la disputa, Euromaidan transmitió a todo el mundo imágenes espectaculares de miles de manifestantes cantando enfervorecidos el himno nacional. Pero a mediados de enero de 2014 todo se reactivó dramáticamente. De repente se manifestó de forma virulenta que ya estaba en marcha una lucha fratricida que se le estaba escapando de las manos a todos y pasaba a estar en las de la ultraderecha. En esa tesitura, el 16 de enero la mayoría oficialista de la Rada votó a mano alzada una serie de leyes contra determinadas tácticas de protesta utilizadas en Maidan, así como restringiendo las actividades de ONG extranjeras que parecían estar llevando a cabo actividades intervencionistas en Ucrania. Las que pronto fueron denominadas «leyes dictatoriales» enardecieron aún más, si cabe, a las masas atrincheradas en la plaza. Hicieron chirigota de las disposiciones sobre equipar a los civiles con equipo de combate y protección cambiando los cascos por cacerolas o papeleras o se cubrieron la cara con máscaras de carnaval riéndose de las disposiciones sobre ocultación del rostro.

Pero era evidente que la «paramilitarización» de la plaza apenas ocultaba ya la campaña de descrédito de los políticos en general que estaba logrando la ultraderecha. Después de dos meses de *Euromaidan* no había resultados, clamaba una señora; «necesitamos un plan», añadía[77]. Y los políticos, ni siquiera los de la oposición, parecían tenerlo. En consecuencia, desde la plaza llegaban nuevas exigencias: amnistía y libertad para los detenidos, anulación de las «leyes dictatoriales» y regreso a la Constitución de 2004, anulando las enmiendas votadas por los azules. Además, empezaba a surgir de manera cada vez más clara la dimisión de Yanukovich.

Hubo un intento de reacción desde la presidencia cuando, durante la siguiente semana, Yanukovich se reunió con Arseniy Yatseniuk, el líder ocasional de *Batkivshchyna* —dado que Yulia Timoshenko seguía en prisión—, y le ofreció la presidencia del gobierno con Vitaliy Klichkó como viceprimer ministro. En ese paquete de propuestas iba incluida la reconsideración de las «leyes dictatoriales». En definitiva, Yanukovich estaba volviendo a emprender el camino que había recorrido Yushchenko en su día: compartir el poder con la oposición en una suerte de «gobierno de concentración nacional». Pero las masas radicalizadas en Maidan eran ya una amenaza hasta para Yatseniuk, que alegaba no tener mandato sobre los manifestantes para negociar. Mientras tanto, el radicalismo crecía en la calle. El 21 de enero murieron cuatro manifestantes en un tiroteo en Maidan. Dado que estaban apareciendo en escena las armas de fuego, el 28 de enero, Yanukovich intentó demostrar su buena voluntad para solucionar la situación por vía política haciendo dimitir al primer ministro Azarov e impulsando que la Rada anulara parte de las «leyes dictatoriales». El acuerdo político gobierno-oposición tenía visos de irse abriendo camino, pero la ultraderecha que manejaba las calles no iba a dejar que la presa se le escapara de las manos. El 2 tuvo lugar una manifestación de protesta por los muertos a la que acudieron unas

50.000 personas, lejos de los varios cientos de miles de diciembre. Sin embargo, los que acudieron eran de otra pasta.

Yatseniuk estaba crecientemente convencido de hacerse con la cartera de primer ministro, a partir de un plan a corto y otro a largo plazo. Primero se trataría de volver a utilizar la Constitución de 2004, hasta adoptar una nueva carta que se empezaría a redactar en septiembre de 2013. Mientras tanto, ya estaba en marcha un acuerdo para excarcelar a más de doscientos detenidos por actos violentos, que fraguó a mediados de febrero. A cambio, los manifestantes deberían evacuar la municipalidad y otros edificios públicos que ocupaban, además de desmantelar parte del dispositivo de barricadas del Maidan.

No por casualidad, el 18 de febrero los radicales la volvieron a liar. Unos 20.000 manifestantes intentaron tomar la Rada para reinstaurar por la fuerza la Constitución de 2004. Las fuerzas de orden público cerraron filas con todo el arsenal de que disponían; algunos manifestantes, por su parte, portaban armas de fuego. Hacia la noche, los asaltantes habían sido rechazados de nuevo hacia Maidan, pero los enfrentamientos habían dejado dieciocho muertos, parte de ellos agentes del orden público. Por si fuera poco, en otras localidades de Ucrania, muy particularmente en el oeste —aunque también lograron organizarlo en el este y el sur en porcentaje no desdeñable[78]—, se reprodujeron los disturbios a partir de un patrón similar, con el resultado de ocupación de edificios públicos, alcaldías, administraciones regionales e incluso comisarías de policía, de las cuales robaron armas. Dicho de otra forma, el marco político y administrativo estaba quedando desbordado por una estrategia de toma del poder, a varios niveles, con el uso de la fuerza.

Ante la gravedad de la situación, en medio de la deriva hacia una guerra civil que parecía imparable —de hecho, no se había recurrido al Ejército ante la incapacidad de prever lo que podría pasar—, a lo largo del día siguiente, los ministros de Asuntos Exteriores de

Francia, Alemania y Polonia negociaron durante horas con Yanukovich para buscar una vía de compromiso.

Y el 20 de febrero, atajando esos intentos de acuerdo, fue la batalla final.

Equipados con las armas que habían llegado desde sus bastiones exteriores, los manifestantes radicales lanzaron una ofensiva en dirección sudoeste logrando romper un cordón policial. Las fuerzas de orden público respondieron con fuego real, tanto *in situ* como desde posiciones más atrasadas o de flanco. En medio de aquel fuego cruzado, se detectaron disparos de francotiradores desde la terraza del vecino Hotel Ukraina, que daba sobre la calle Instytutska y Maidan.

Al terminar la jornada se contaron setenta muertos y quinientos heridos entre los manifestantes, aunque también los había entre las fuerzas del orden público.

El efecto conseguido fue demoledor: para la gran masa de los manifestantes acampados en Maidan y para todos aquellos que los apoyaban en Ucrania, ya no había nada que negociar con el régimen, solo cabía la dimisión de Yanukovich. Por otra parte, daba la sensación de que incluso su entorno empezaba a abandonarle, pues había desertado desde el alcalde de Kiev hasta nombres destacados del Partido de las Regiones. De hecho, la multitud había asaltado ya la sede del partido de los azules.

Con todo, en la noche del 20 al 21 de febrero se llevó a cabo un postrer intento. Yanukovich se reunió con los líderes de los tres partidos de oposición y formalizó un acuerdo en presencia de los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania, Francia y Polonia, que actuaron como garantes. También estaba presente, por parte rusa, Vladimir Lukin, Comisionado de Derechos Humanos, antiguo embajador ruso en los Estados Unidos y cofundador, en su día, del partido Yabloko, liberal-democrático. Aquella noche se acordó un gobierno de unidad nacional, la recuperación inmediata de la Constitución de 2004 y la convocatoria inmediata de nuevas elecciones, la última claudicación ante las peticiones de la calle.

Políticos ucranianos y garantes internacionales firmaron solemnemente el pacto y estrecharon sus manos.

En una entrevista urgente con la coordinadora de los manifestantes de Euromaidan, el ministro polaco, Radoslaw Sikorski, les instó a aceptar lo pactado. Porque, caso contrario, les advirtió terminante: «Tendréis la ley marcial, el Ejército. Moriréis todos»[79]. El grupo de los representantes votó el pacto. Con mala cara, pero por mayoría.

Sin embargo, cuando al día siguiente el boxeador y líder de UDAR, Vitaliy Klichkó, se presentó en Maidan para explicar a los manifestantes lo firmado, echando vapor por la boca, cubierto con una gruesa parca y tocado con un gorro de orejeras, fue reprobado por la multitud. Por el contrario, tomó la palabra un joven desconocido, Volodímir Parasiuk, por entonces *sotnik* o comandante de uno de los grupos de autodefensa del Maidan. Vestido con su parka de camuflaje y entre la ruidosa aprobación de la multitud, le espetó al político que, si Yanukovich no dimitía antes de las 10 de la mañana del día siguiente, los manifestantes tomarían por la fuerza los edificios de gobierno. Por su parte, Dmitró Yarosh, el líder de *Pravy Sektor,* arengó a sus seguidores reciamente uniformados de negro y camuflaje, algunos con pasamontañas: «Los acuerdos alcanzados no cumplen con nuestros requerimientos; *Pravy Sektor* no bajará sus armas. *Pravy Sektor* no levantará el bloqueo de ningún edificio gubernamental, antes de que cumplan con nuestra principal demanda: la renuncia de Yanukovich»[80].

El ultimátum fue como un amago de puñetazo en el vacío de la desintegración del régimen. Cuando la Rada se reunió por la tarde del día 21, solo comparecieron los diputados de la oposición. El todopoderoso Partido de las Regiones parecía haberse disuelto como un azucarillo. Sus líderes y responsables andaban a la fuga o abominaban públicamente de un régimen que ya se consideraba volatilizado. El mismo Yanukovich estaba desaparecido desde la misma noche del pacto. Al parecer, había escapado en un moderno y elegante helicóptero Augusta Westland AW139 desde su lujosa

residencia de Mezhigorie, situada cerca de Kiev. Tenía razones para huir. Paul D'Anieri le reprocha que ya hubiera hecho preparativos para abandonar Kiev antes del 19 de febrero, el día más violento de la revuelta de Euromaidan, y que hubiera firmado el pacto con la oposición. Pero resulta bastante lógico que hubiera actuado como lo hizo. La tarde del 21 de febrero quedó claro para todos[81] que la calle no habría respetado el pacto, que él ya no podía hacer nada; iban a por todas después de las escenas de violencia del día anterior. Por otra parte, Yanukovich sabía que tenía muy escasas posibilidades de cara a las presidenciales de 2015, ya desde el momento que en que se había negado a firmar el Acuerdo con la UE. También lo habría tenido mal si hubiera accedido, porque sus propios partidarios y el 38% contrario a esa salida lo hubiera defenestrado, igual que lo hizo el 37,8%, furioso porque no firmaba. En realidad, Yanukovich fue víctima del cascanueces político que eran las dos Ucranias ejerciendo su presión combinada contra cualquier líder nacional que intentara gobernarlas. Era una fatalidad. Y por ello hizo lo mismo que en la pugna por la presidencia durante la *Revolución Naranja:* cedió y se fue para evitar un baño de sangre. En 2004 le salió bien y regresó al poder en poco tiempo. Diez años más tarde, apenas pudo aplazar por unos días el comienzo de la guerra civil.

Otra opción habría sido la de atrincherarse en el Donbas entre sus partidarios más leales. Pero eso habría contribuido a polarizar el país y, de nuevo, a fomentar la guerra civil. Salió hacia Járkov y, desde allí, a la base de Sebastopol, desde donde voló a Rusia, al parecer, el 24 de febrero. Toda precaución era poca. En Kiev, la caravana de automóviles oficiales, entre la cual estaba el presidencial, vacío, salió de la residencia como cebo. Y los vehículos fueron ametrallados por un comando desconocido, supuestamente de mercenarios[82].

Hasta el último momento, Yanukovich había tenido bajo su mando al SBU, el Servicio de Seguridad, así como todas las fuentes de información oficiales y no oficiales posibles; las que le llegaban

de su gente en el este y las del Partido de las Regiones, los informes de la policía que operaba a pie de calle y su propio olfato político. Era muy evidente lo que estaba sucediendo: la ultraderecha controlaba la estrategia violenta en la calle. Y no solo en Kiev, sino en numerosas localidades de la Ucrania occidental. También allí la oposición había ocupado las calles e incluso habían asaltado comisarías y centros administrativos. Precisamente, de esas regiones habían llegado las armas para los manifestantes del Euromaidan en Kiev. En Lviv, la capital del ultranacionalismo ucraniano, se había podido evitar, en el último momento, el asalto al Consulado ruso.

En un análisis que combina la tersa pulcritud de las bases de datos masivas en lo que vendría a ser un estudio OSINT[83] convertido en artículo académico[84], Volodymyr Ishchenko mide con la precisión que dan los datos sistemáticos el papel decisivo que tuvo la ultraderecha ucraniana durante la denominada revolución del *Euromaidan*. La clave no radicaba en el limitado número de militantes de estas opciones presentes en las calles. Ni tampoco en el puñado de votos obtenidos en las elecciones parlamentarias con posterioridad, argumento alegado por entonces y mantenido con fines exculpatorios ocho años más tarde. El peso real de esos partidos en los acontecimientos no se medía en esos términos, porque su estrategia pasaba por influenciar, infiltrar y pretender convertirse en la «vanguardia consciente». Un planteamiento gradualista para cuando llegara el momento de tomar el poder.

En tal sentido, la ultraderecha ucraniana influyó de forma decisiva en la estrategia y el *timing* de la protesta en *Euromaidan. Svoboda,* en una primera fase, radicalizando y militarizando la revuelta, y *Pravy Sektor* en una segunda, marcando los tiempos y oportunidades para forzar un desenlace violento que rompiera el juego político vigente, juntos impidieron una salida pactada y gradual de la crisis que habría podido evitar, o al menos diferir, la marcha hacia la guerra civil. En la imposición de esa dinámica sin salida, o sin vuelta atrás, obtuvieron tres beneficios: primero, ganar

presencia directa en determinadas posiciones institucionales, una vez tomado el poder por la oposición; segundo, adquirir un protagonismo decisivo en el dispositivo paramilitar y de defensa del Estado, ya desencadenada la guerra, y tercero, y más inconfesable, asegurarse el apoyo implícito y vergonzante de las democracias occidentales, tanto de la Unión Europea como de los Estados Unidos y miembros de la OTAN.

---

64 «The "Bandera Debate": The Contentious Legacy of World War II and Liberalization of Collective Memory in Western Ukraine», por Eleanora Narvselius, en *Canadian Slavonic Papers,* 1 de septiembre de 2012 [consultable en red].

65 «La guerra ruso-georgiana de 2008, anticipo de la crisis ucraniana», *France24,* 5 de agosto de 2018 [consultable en red].

66 «Dinamarca ayudó a Estados Unidos a espiar a Merkel y a sus aliados europeos, sostiene informe», en *France24,* 31 de mayo de 2021 [consultable en red].

67 D'Anieri (2019): pp. 178-179.

68 Lopanotok y Stone (2016): minuto 35:13.

69 Duval (2014).

70 D'Anieri (2019): p. 202.

71 «El presidente de Ucrania pone en peligro el tratado de asociación con la UE. Yanukovich mantiene en prisión a Timoshenko, aunque su liberación es la gran condición de Bruselas», por Pilar Bonet, en *El País,* 7 de noviembre de 2013 [consultable en red].

72 Veiga *et al.* (2019): pp. 191-193.

73 Tamás (2001, 2013 y 2015).

74 Duval (2014).

[75] «Las dos Ucranias frente a Europa», por Pilar Bonet, en *El País,* 29 de noviembre de 2014 [consultable en red].

[76] D'Anieri (2019): p. 223.

[77] Afineevsky (2015): minuto 42:00.

[78] Ishchenko (2016).

[79] Igor Lopatonok y Oliver Stone (2016): minuto 1:09:33; se puede ver la escena filmada por un cámara de televisión.

[80] *Ibid.,* minuto 1:09:06.

[81] *Ibid.,* minuto 1:09:13.

[82] Lopatonok / Stone (2016): minutos 1:42:40 y ss.

[83] Open Source Intelligence, análisis de inteligencia en base a fuentes abiertas.

[84] Ishchenko (2016).

CAPÍTULO 7

MATAR EN PRIMAVERA

ESTALLA LA GUERRA DEL DONBAS, 2014

> La historia del mundo es la suma de aquello que hubiera sido evitable.
>
> Bertrand Russell

Tras el derrumbamiento del régimen, la oposición tomó el control de la Rada. El 22 de febrero, los diputados presentes eligieron a Oleksandr Turchinov, del partido *Batkivshchyna* (Patria), como presidente provisional hasta que se celebraran nuevas elecciones, el 25 de mayo. Se discutió mucho sobre la legalidad de ese acto. Se había destituido a Yanukovich —que, por cierto, nunca renunció a la presidencia— sin cumplir con el proceso reglamentario, que suponía un elaborado protocolo, el cual incluía, sobre todo, la necesidad de que votaran tres cuartas partes (338) del total de escaños de la Rada (450). Pero solo 328 votaron a favor. El Tribunal Constitucional quedó marginado.

La toma del poder, la constitución de los nuevos órganos de gobierno por parte de la oposición a hombros de los alzados se desarrolló de forma precipitada, confusa y en ocasiones depredadora, lo que, como es lógico, desató la alarma en las regiones rusófonas del sudeste y sur de Ucrania donde se había votado por Yanukovich y el Partido de las Regiones, la «Ucrania azul». Ya el día 23 de febrero, el nuevo gobierno se apresuró a votar la derogación de la Ley de la Lengua, aprobada en 2012, que otorgaba al ruso estatus de segunda lengua oficial en las regiones rusófonas del país. Esta ley había sido una de las principales bazas de Yanukovich en la campaña electoral que le había llevado a la

presidencia, y posteriormente fue muy atacada por los partidos nacionalistas, ultras y populistas. No era raro ver al neonazi Oleh Tiahnibok —lógicamente— en esas protestas masivas contra la ley. Pero también a Arseniy Yatseniuk, quien devendría primer ministro del nuevo gobierno provisional surgido del Euromaidan y que fue quien impulsó la rescisión de la ley. Y aunque poco después el presidente interino Oleksandr Turchinov vetó esa enmienda, el 3 de marzo, el mensaje que llegó a las regiones rusófonas el 25 de febrero fue demasiado perturbador.

También lo fue la insistencia en calificar al Euromaidan de «revolución», siguiendo la estela de las numerosas y supuestas «revoluciones» que se habían sucedido desde el final de la Guerra Fría. La última revolución netamente de izquierdas fue la de los Claveles, en el Portugal de 1974. El desplome de los regímenes comunistas en Europa del Este impulsó la racha de las explosiones sociales que iniciaban la transición hacia el liberalismo: la «Revolución de Terciopelo» checoslovaca, por ejemplo, o la «Revolución rumana» de 1989. Después se sucedieron las «revoluciones de colores», como la *Revolución Naranja* y más tarde las revoluciones de la Primavera Árabe, entre ellas la fallida «Revolución Verde» iraní de 2009. Ahora le tocaba turno a Ucrania con la «Revolución del Euromaidan», que en teoría y como tal, podía derivar en cambios estructurales en profundidad para el conjunto de Ucrania. Teniendo en cuenta el protagonismo táctico y estratégico que había tenido la ultraderecha en dicha revuelta, cabría pensar que las regiones rusófonas podrían verse enfrentadas a una revolución nacional que podría terminar en cualquier resultado muy desagradable. ¿Limpiezas étnicas como las que habían tenido lugar durante las guerras de secesión yugoslavas? ¿Marginación legal de poblaciones como las que se aplicaban en los Países Bálticos con la aquiescencia de la Unión Europea?

En aquellos días de derrumbamiento y zozobra en las regiones rusófonas de Ucrania era fácil tener pesadillas con estas cuestiones. Y no podía por menos de inquietar la rapidez con la que Washington

y Bruselas habían reconocido a los nuevos poderes en Kiev, sin considerar ni por un momento negociar los acuerdos firmados el 21 de febrero —¿por qué no ofrecer a Yanukovich garantías de seguridad personal para sacarlos adelante, refrendados por unas elecciones?— que hubieran aportado tranquilidad a todo el país. Por el contrario, las altisonantes declaraciones de Martin Schulz, presidente del Parlamento Europeo, o Štefan Füle, comisario europeo para la Ampliación y Política Europea de Vecindad, o incluso de la misma Catherine Ashton, alta representante de la UE para Asuntos Exteriores y de Política de Seguridad, exudaban eurotriunfalismo. No parecían querer percatarse de que una buena porción de Ucrania tenía miedo de lo que podía pasar a continuación, que ni mucho menos todo el país había estado implicado a favor del Euromaidan y que toda esa alegre verborrea podía estar abriendo las puertas del infierno de la guerra civil en plena Europa, como de hecho estaba sucediendo ya. De forma similar a como ya había sucedido en las cinco guerras de la desintegración de Yugoslavia. Por lo visto, ya lo habían olvidado.

Alguien, quizá los servicios de inteligencia rusos, o facciones desafectas del SBU ucraniano, pincharon las comunicaciones de diplomáticos destinados a Kiev; algunas de ellas fueron filtradas a la prensa internacional. Y no resultaban nada tranquilizadoras. El 5 de marzo salió a la luz una conversación telefónica mantenida el 25 de febrero entre el ministro de Exteriores estonio, Urmas Paet, y la jefa de la diplomacia europea, Catherine Ashton. En ella, el báltico le expresaba su preocupación ante ciertas informaciones según las cuales los francotiradores que el día 20 habían disparado indistintamente contra los manifestantes y la policía formaban parte de un dispositivo de provocación. «Se hace cada vez más evidente que detrás de los francotiradores no estaba Yanukovich, sino alguien de la nueva coalición», dijo Paet a Ashton. El ministro añadía que resultaba preocupante que «la nueva coalición no quiera investigar» ese asunto[85]. Y lo cierto es que, a pesar de que Ashton

se muestra preocupada y se formó una comisión de investigación, nunca se hicieron públicos los resultados[86].

Además, es que en el fondo subyacía el fenómeno de los francotiradores «providenciales», característicos de las «revoluciones bancas», arrancando de 1989, con los misteriosos francotiradores de la Securitate durante la revolución rumana y continuando en 1991 con el equipo de francotiradores de Audrius Butkévicius durante las manifestaciones por la independencia de Lituania. Después, se repitieron sin apenas variaciones hasta las protestas de la Primavera Árabe: en Siria, en el verano de 2011, también espoleadas de vez en cuando por francotiradores que disparaban a bulto contra la multitud; o, por ejemplo, en Saná, Yemen.

Pero en Ucrania no fue esa la única grabación comprometedora. Un mes antes, cuando el Euromaidan se acercaba a su desenlace, había salido a la luz una conversación mantenida por teléfono entre la secretaria de Estado adjunta y responsable de Estados Unidos para Europa, Victoria Nuland, y el embajador de Washington en Kiev, Geoffrey Pyatt. Cuando ya había visos de que la oposición pudiera llegar al gobierno, la responsable estadounidense descartaba la posibilidad de que Vladimir Klichkó, el candidato de los alemanes, fuera una opción a considerar. «Sería genial, creo, ayudar a arreglar esta cuestión y hacer que la ONU ayude a arreglarla, y, ya sabe, que se joda la UE», concluía Nuland[87]. Por supuesto, las venenosas desavenencias y hasta navajeos entre los aliados occidentales tampoco contribuían a confiar en sus consignas idealistas. Cabe recordar que esas declaraciones se sucedían apenas cinco meses después de saberse que la NSA estadounidense había pinchado los teléfonos de la canciller alemana Angela Merkel, según se supo gracias a los datos suministrados por el desertor Edward Snowden[88].

Es importante tener en cuenta este estado de ánimo, porque si bien es cierto que la respuesta inmediata de Rusia al Euromaidan fue la anexión de Crimea, ello se produce en un contexto de

deslizamiento acelerado hacia la guerra civil en la misma Ucrania. Asunto este que se pone en segundo plano, o casi ni se menciona, en la gran mayoría de los análisis hechos desde Occidente, donde lo que interesa es poner de relieve que se produce una intervención rusa, y no que la intervención occidental ha hecho estallar un conflicto civil en el país.

Las provocaciones instrumentalizadas por la ultraderecha en Kiev, pero también los «pequeños Euromaidanes» que se suceden en diversas regiones del centro y oeste de Ucrania, ejecutados con una planificación militar, y que suponen un verdadero levantamiento armado a gran escala, dejan anonadado al régimen. Regresemos a la huida de Yanukovich en helicóptero, la noche del 20 de febrero. Despega de Kiev y se dirige a Járkov. Allí se va a celebrar un imponente congreso del Partido de las Regiones, al que acuden unos tres mil delegados de la propia Járkov y de Donetsk, Lugansk, Crimea y Sebastopol. También está una representación rusa entre la que se encuentra el cónsul de esa potencia en la ciudad, los cuatro gobernadores de regiones rusas colindantes con Ucrania y el jefe del Comité de la Duma para Asuntos Exteriores. En este congreso, convocado con anticipación, semanas atrás, se intenta decidir qué estrategia adoptar ante los imprevistos acontecimientos de Kiev. Pero la convulsión es tal que no se logra consensuar una respuesta más allá de acordar que, hasta la restauración del orden constitucional, todo el poder fuese desempeñado por los órganos del gobierno locales[89]. Esta es una medida de resistencia que implica no aceptar la destitución de Yanukovich como presidente, pero que evita proclamar la federalización de Ucrania estableciendo una doble capitalidad, en Kiev y en Járkov, como defendía el gobernador de ese óblast, Mijaíl Dobkin. De hecho, se impone un compromiso con la unidad de Ucrania, al cual ayudan las presiones de los oligarcas más poderosos del Donbas, esto es, Rinat Ajmetov y Oleksandr Efremov, que ordenan a su gente no acudir al congreso[90]. Por su parte, Yanukovich tampoco va: a todas luces, intenta desentenderse de cualquier acción que sea malinterpretada:

aún cree que puede ser invitado a regresar a Kiev para cumplir el pacto del 21 de febrero; reitera que no ha dimitido de la presidencia y que en modo alguno quiere responsabilizarse de ninguna acción que pueda desembocar en una guerra civil. Entonces sale de Járkov y vuela a Sebastopol, última parada antes de refugiarse en Rusia

Sin embargo, el alud es ya imparable. En las regiones del sureste se producen manifestaciones en contra del gobierno de Kiev; serán los sucesores del Antimaidan, es decir, un contramovimiento que ya desde noviembre de 2013 organizó concentraciones que denunciaban las protestas en la céntrica plaza de Kiev. Con el tiempo, se fueron constituyendo plataformas en Ucrania sudoriental con nombres como Frente Ucraniano, Oplot Donbassa, Oplot Járkov, Armiya Yuga-Vostoka u Odesskaya Druzhina. Todo este oleaje generó intentos de emular la ofensiva de las autodefensas y paramilitares en Kiev y el oeste de Ucrania, intentando tomar edificios públicos e instalaciones en el sudeste, ya a comienzos de marzo. Pero no tuvo el suficiente empuje, y esas primeras ocupaciones fueron rechazadas o recuperadas por las fuerzas de orden público.

En ese contexto de desconcertada reacción en el sudeste, tuvieron lugar los acontecimientos de Crimea. Las primeras manifestaciones de población rusa y de ucranianos rusófonos en la península se enmarcaban en la indignada respuesta al triunfo del Euromaidan en el sudeste ucraniano y, muy en especial, en el rechazo de la abolición de la ley sobre la cooficialidad del ruso, el 25 de febrero. Pero, a diferencia de lo que sucedía en Járkov y en el Donbas, donde no existía consenso entre los líderes sobre qué hacer a continuación —pedir la federalización, reclamar el regreso de Yanukovich, esperar y ver—, todo fue muy rápido en Crimea, como un ballet ruso bien ensayado.

Durante el Euromaidan todo el mundo miraba a Kiev, pero de Crimea, con su amplia mayoría de población directamente rusa o ucranio-rusa, llegaban advertencias claras. El 22 de enero, las autoridades locales ya emitieron un comunicado en el cual se leía:

«Basado en la autoridad de los habitantes de Crimea que nos eligieron, declaramos que no daremos Crimea a los extremistas y neonazis que buscan tomar el poder en Ucrania a costa de la sangre del país y sus ciudadanos»[91]. El 4 de febrero, el Presidium del Parlamento de la República Autónoma de Crimea aprobó una resolución por la cual solicitaba al presidente y Parlamento de Rusia que garantizaran la inviolabilidad del estatuto de autonomía de la península. Y ya el 20 de ese mismo mes, señalado por la violencia desatada en Kiev, el portavoz del Parlamento de Crimea, Vladimir Konstantinov, de visita en Moscú, comentó la posibilidad de que se produjera la secesión de Crimea.

El 25 de febrero, el mismo día en que la nueva Duma en Kiev anulaba la ley de cooficialidad del idioma ruso, unidades de la policía de élite, los Berkut, también disueltos oficialmente por el Parlamento ucraniano, tomaron puntos estratégicos de cruce en el istmo de Perekop, que une la península con el continente. Al mismo tiempo que se extendía y se elevaba la protesta de los prorrusos crimeos, grupos armados locales de autodefensa de ese mismo origen cercaban edificios administrativos dependientes del gobierno de Kiev. En la madrugada del 27 de febrero, unos sesenta hombres fuertemente armados tomaron los edificios del Parlamento y del consejo de ministros de la República Autónoma de Crimea, en Simferópol, e izaron banderas rusas sobre ellos. A continuación se reunieron los diputados y dieron un golpe de Estado al votar la sustitución del primer ministro, Anatoly Mogilev, por el claramente prorruso Sergei *Goblin* Aksiyonov, líder del Partido de la Unidad. Cabe destacar que Mogilev era un hombre de Yanukovich, y aunque prorruso, no era partidario, como el expresidente, de la secesión de Crimea. En esa misma reunión, a puerta cerrada, los parlamentarios votaron la celebración de un referéndum para el 25 de mayo, a fin ampliar la autonomía de Crimea.

Ese mismo día, las autoridades de Kiev comenzaron a detectar que tropas y navíos rusos de refuerzo llegaban a la base de Sebastopol sin comunicarlo por adelantado, en aplicación de los

acuerdos de gestión acordados por los gobiernos ruso y ucraniano. Es más, hombres armados sin identificar ocuparon los estratégicos aeropuertos de Sebastopol y Simferópol, la capital de la República Autónoma de Crimea. Pronto fueron conocidos como los «hombrecillos verdes» o los «hombres amables» por la prensa internacional. Se trataba de soldados con uniforme de camuflaje verde oscuro y moderno equipo de combate, todo de procedencia rusa, al igual que las armas que portaban. No estaban identificados por distintivos de unidad o insignias de graduación y llegó a decirse que se trataba de milicias de autodefensa prorrusas o incluso PMC, esto es, hombres de empresas privadas militares rusas, como los estadounidenses Blackwater/Academi, que estos habían utilizado extensamente en la invasión de Irak, en 2003. Pero pronto quedaron pocas dudas de que se trataba de soldados de Infantería de Marina rusos, además de fuerzas de operaciones especiales *(Spetsnaz,* KSO) y paracaidistas, todos con equipos nuevos y utilizando medios de reciente aparición, como los vehículos todoterreno GAZ Tigr.

El 1.º de marzo, Aksiyonov reclamó públicamente a Vladimir Putin «asistencia para asegurar la paz y la tranquilidad en el territorio», y a vuelta de mensaje, el presidente ruso pidió al Consejo de la Federación permiso para utilizar a las fuerzas armadas en el territorio de Ucrania a fin de normalizar la situación sociopolítica en ese país, petición fue aprobada pocas horas más tarde.

La ocultación de la afiliación militar de los «hombrecillos verdes» introdujo mucho desconcierto entre los observadores internacionales y los analistas de la OTAN («no estaban, no eran») y les supuso un tiempo valioso a los rusos para hacerse con el control de los puntos estratégicos de la península y anular la respuesta de las guarniciones ucranianas presentes. Quedaron directamente fuera de juego y apenas se produjeron enfrentamientos armados puntuales. De hecho, la mayor parte de las tropas ucranianas, el 70% de un total de 19.000, terminaron pasándose al bando ruso. Buena parte de sus efectivos eran crimeos, y en cuanto a los oficiales, eran veteranos del antiguo Ejército soviético.

Todo iba muy deprisa. El hecho de que la situación política en Kiev fuera caótica complicaba las cosas hasta lo indecible. Como anécdota, el 1.º de marzo, el presidente Turchinov nombró comandante en jefe de la Marina de Ucrania a Denis Berezovsky, el cual solo tardó un día en cambiar de bando y jurar fidelidad a las autoridades de Crimea; hacia finales de ese mismo mes, ya era nombrado subcomandante de la Flota del Mar Negro por el Ministerio de Defensa de Rusia.

Siguiente paso: el 6 de marzo el Parlamento de Crimea votó por la unión con la Federación Rusa y adelantó el proyectado referéndum del 25 de mayo al 16 de ese mismo mes, solo diez días más tarde.

Las preguntas: «A) ¿Está usted a favor de la reunificación de Crimea con Rusia como parte de la Federación Rusa?; B) ¿Está usted a favor de restaurar la Constitución de 1992 y el estatus de Crimea como parte de Ucrania?». Los resultados oficiales establecieron que con una participación del 83%, el 96,77% votó sí a la primera opción.

Como es lógico, en Kiev y en las capitales occidentales se tomaron muy mal todo este proceso, que sonaba como una ducha de agua fría seguida de una bofetada al triunfalismo que había acompañado la toma del poder por la oposición como resultado del Euromaidan. Los medios de comunicación occidentales, y en especial los americanos, denunciaron que el resultado del referéndum estaba falsificado o que los votantes lo habían hecho forzados por la presencia de las fuerzas armadas rusas, poco menos que a punta de pistola. En cambio, las imágenes y crónicas de algunos reporteros que acudieron a Crimea mostraban un ambiente de gran jolgorio y alegría entre los votantes, incluso electrizante. Pero eso ya daba igual. A esas alturas, el mensaje ruso había sido inequívoco: «*Quid pro quo*. O jugamos todos o se rompe la baraja». Y el toma y daca fue simétrico: si en el Euromaidan se habían impuesto los hechos consumados con ayuda de la violencia de grupos paramilitares, en Crimea se había hecho lo mismo, pero

sin apenas muertos ni heridos. Si en el Euromaidan se había instalado un nuevo régimen para el país en base a una apresurada votación inconstitucional, en Crimea lo mismo, mediante un referéndum casi improvisado y con unos resultados de dudosa credibilidad. Si en el Euromaidan se habían desactivado y anulado las fuerzas del orden público que defendían al régimen, en Crimea habían quedado fuera de juego las fuerzas armadas a las órdenes —supuestamente— del nuevo régimen de Kiev. Si en el Euromaidan se hablaba de «revolución» con descaro, en Crimea se alegaba, con el mismo descaro, el triunfo de la voluntad democrática de la mayoría. En cierta manera, era el éxito en ambos bandos de la «posverdad», ese vocablo que se pondría de moda poco después, a raíz de la victoria electoral de Donald Trump, y que significa: «Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales»[92].

Desde Kiev a los aliados occidentales pretendieron negar toda base popular a la secesión de Crimea; la prensa y la historiografía partidista de gran consumo incluso identificaban a las milicias de autodefensa en Crimea como simples criminales reclutados para la ocasión, a fin de mantener la ficción de que existía un levantamiento popular en vez de una simple invasión militar de Crimea en toda regla[93]. Lógicamente, Moscú tenía intereses estratégicos muy significativos comprometidos en la península, comenzando por la ciudad de Sebastopol —más de 300.000 habitantes—, que alberga la base naval de la Flota del Mar Negro. Por entonces estaban fondeados allí medio centenar de buques y 18.000 efectivos, entre militares y técnicos. La ciudad había sido erigida a partir de 1783 por decisión de la zarina Catalina II la Grande y fue bautizada como Sebastopol (en griego, Ciudad Augusta) en su honor. La iniciativa buscaba que el Imperio Ruso dispusiera de una gran base naval desde la cual dominar todo el mar Negro y a partir de ahí estar en disposición de asaltar la capital del Imperio Otomano, Estambul, la antigua Constantinopla, objetivo estratégico principal del Imperio

Ruso en los siglos XVIII y XIX. A lo largo del siglo XX, la base de Sebastopol había tenido un papel crucial en la Primera y Segunda Guerras Mundiales, así como durante toda la Guerra Fría, apuntando precisamente a Turquía y los estrechos. Nunca había estado bajo jurisdicción militar ucraniana, hasta que por el tratado de 1997 se reconoció la soberanía de Ucrania sobre toda la península y Rusia hubo de arrendar la base naval. Tras los sucesos del Maidan, era bastante lógico que Moscú no quisiera arriesgarse a la posible pérdida de la base de Sebastopol a manos de la OTAN por causa de un golpe de mano favorecido por las nuevas autoridades de Kiev.

En cuanto al resto de la península, solo había pasado a estar administrada por Kiev desde 1954, cuando la República Socialista Federativa Soviética de Rusia la cedió a la República Socialista Soviética de Ucrania. En el contexto de la Unión Soviética, fue un acuerdo favorecido por Nikita Jruschov, el líder del país entre 1953 y 1964, ucraniano de adopción, trabajador en el Donbas en su juventud y primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de la RSS de Ucrania entre 1938 y 1947. En cierta manera, Jruschov fue predecesor en la constitución del «clan de los ucranianos» en Moscú, y por ello favoreció el traspaso de la administración de Crimea a Ucrania en base a una razón meramente práctica: desde esa república era mucho más sencillo abastecer a la península de agua y electricidad, además de facilitar la construcción y mantenimiento de infraestructuras (carreteras, vías férreas).

Pero esa iniciativa, meramente administrativa, no aportaba ningún derecho histórico a Ucrania sobre la península, que había nacido como Estado tártaro en el siglo XV (1441), como janato de Crimea, pasó a ser tributario del Imperio Otomano a partir de 1478 y cayó en manos de las tropas rusas y fue anexionada el Imperio en 1783. A partir de entonces, y aunque pervivió parte de la población tártara original, fue un territorio intensamente colonizado con rusos, principalmente, y gente de otras muchas procedencias, como alemanes y búlgaros. En cualquier caso, el óblast ruso de Táurida,

como se lo conoció administrativamente, nunca perteneció a Ucrania hasta 1954. Y aunque a partir de ese momento la población ucraniana creció en Crimea, siempre fue una minoría: en 2001, sobre un total de 1,18 millones de rusos, los ucranianos no pasaban de los 492.000, según cifras del censo de Kiev[94].

Tras la independencia de Ucrania, pronto se inició un pulso con los soberanistas crimeos. En mayo de 1992, el Consejo Supremo de Crimea proclamó la república de Crimea como Estado soberano y se convocó un referéndum para el mes de agosto. Incluso se llegó a aprobar una constitución para la independencia. Las presiones de Kiev llevaron a la anulación de esa iniciativa. Pero los ánimos volvieron a agotarse dos años más tarde, cuando el Consejo Supremo de Crimea aprobó la institución del cargo de presidente de la república y en las elecciones subsiguientes resultó elegido un político separatista y prorruso, Yuri Meshkov. De nuevo se planteó convocar un referéndum para la independencia, pero ante el rechazo de Kiev, se puso sobre la mesa una consulta no vinculante, coincidiendo con las elecciones parlamentarias ucranianas.

Si esas iniciativas no prosperaban era porque una independencia por la brava suponía que Ucrania dejaría de abastecer agua y energía, y Moscú, por entonces, en tiempos de Yeltsin, no estaba para meterse en aventuras peligrosas. Pero las relaciones de la Crimea autónoma con los gobiernos de Kiev en los años postsoviéticos no fueron idílicas, y, por tanto, lo sucedido en 2014 no puede ser calificado solo como «invasión», de la misma forma que el Euromaidan no fue exactamente una «revolución».

Como broche final del fulminante proceso secesionista de Crimea, el 18 de marzo la delegación presidencial de la pequeña república se trasladó a Moscú, donde en un acto con gran pompa se firmaron los acuerdos de adhesión a la Federación Rusa. Con motivo de ese evento, el presidente Vladimir Putin pronunció un discurso musculoso en el que declaró que Crimea era «tierra santa rusa», y acusó a los Estados Unidos y sus aliados de pasarse de la raya en Ucrania. En cuanto a esta república, declaró: «Está claro

que no hay un poder ejecutivo legítimo en Ucrania, no hay con quien dialogar. Muchos organismos del Estado han sido tomados por impostores. Y por si fuera poco, no controlan nada en el país».

Y no solo eso: les frotó por la cara a la potencia americana y la OTAN un vitriólico paralelismo entre los casos de Crimea y Kosovo. Defendió que el referéndum crimeo se había llevado a cabo de acuerdo con el derecho internacional y citó un dictamen del Tribunal Internacional de Justicia de la ONU del 22 de julio de 2010 sobre el caso kosovar, según el cual «de la práctica del Consejo de Seguridad no se desprende ninguna prohibición general a la declaración unilateral de independencia», mientras que «el derecho internacional no contiene ninguna prohibición aplicable a la declaración de independencia». Y para echar más sal en la herida, añadió dos frases de un memorando del 17 de abril de 2009 presentado por los Estados Unidos ante las Naciones Unidas con relación al asunto kosovar, en el cual se podía leer: «Las declaraciones de independencia pueden contradecir, y con frecuencia así sucede, las leyes internas; sin embargo, ello no significa que se esté violando el derecho internacional»[95].

El guante estaba lanzado, el nacionalismo ruso subió varios enteros de golpe y todo ello encendió los ánimos en el Donbas, donde los activistas prorrusos que denunciaban al nuevo régimen en Kiev intentaron de nuevo hacerse con el control de los poderes locales, a partir de abril. Así arrancó una guerra que analistas occidentales presentaron como «guerra híbrida», o incluso de «cuarta generación», en un cierto intento de definir el conflicto en Crimea y el Donbas como una operación monitorizada desde Moscú en base a nuevos principios tácticos y estratégicos especialmente sofisticados y hasta taimados, el reflotamiento de la figura del diabólico KGB en los tiempos de la Guerra Fría. Si se considera que el levantamientos zapatista en México (enero de 1994) es el modelo de tal tipo de guerra híbrida[96], desarrollada en base a un mínimo de violencia militar y un buen porcentaje de escenificaciones políticas con el dominio de un eficiente aparato de propaganda, entonces la

guerra del Donbas queda tipificada como un tipo de conflicto más clásico, en el rango de las guerras de insurgencia propias del siglo XX e incluso del XIX, con profusión de milicias y fuerzas paramilitares y policiales reunidas sobre la marcha, en torno a una bandera política para erigir un nuevo poder. Ya puestos, el Euromaidan y la *Revolución Naranja* encajaban mucho más en esa tipificación que la campaña insurgente en el Donbas. Porque la «guerra híbrida» no la intentaban solo los rusos, ni mucho menos.

Las primeras acciones de la contienda tuvieron como epicentro la ciudad de Donetsk, donde grupos de manifestantes habían tomado el edificio de la administración regional ya el 1 de marzo, aunque fueron desalojados de allí menos de una semana más tarde por fuerzas especiales del SBU ucraniano. Pero el 6 de abril, en torno a un millar de manifestantes, quizá más, se congregaron de nuevo en el centro de la ciudad para pedir un referéndum como el celebrado en Crimea y tomaron de nuevo el edificio, al menos dos de sus plantas, donde organizaron por su cuenta una asamblea, votaron la independencia de Ucrania y al día siguiente proclamaron la República Popular de Donetsk (RPD).

Al mismo tiempo, se sucedían intentonas similares en otras localidades de Ucrania oriental y hasta meridional, incluso en ciudades importantes como Járkov, Jerson, Odesa, Dnipro o Zaporiyia. Pero donde los resultados corrieron parejos a los del óblast de Donetsk fue en la vecina Lugansk. En su capital se repitieron los acontecimientos, también el 6 de abril, en este caso con la ocupación de los locales de la SBU; expulsados de allí por la policía, los manifestantes, provistos ya de armas capturadas, organizaron la asamblea en la calle y pidieron un «gobierno popular» que instituyera la federalización o incluso la unión con Rusia. Eligieron líder a un tal Valery Bolotov, al que posteriormente nombraron gobernador popular. El 27 de abril se proclamó la República Popular de Lugansk (RPL) y dos días más tarde se emitió un comunicado en que se instaba a esta república y la de Donetsk a seguir juntas en la lucha común.

La insistencia en añadir la denominación de «popular» a las nuevas instituciones tenía por objeto responder a la pretensión de que los logros del Euromaidan habían sido «revolucionarios». Además, el nuevo gobierno de Kiev era denunciado como una «junta fascista». En las acciones de empoderamiento tomaron parte exagentes de los antiguos servicios de seguridad soviéticos y ucranianos, que ahora se habían pasado a la causa insurgente, caso de, al parecer, el mismo Bolotov, de Igor Bezler, veterano de Afganistán y Chechenia que actuó en Donetsk como improvisado jefe de policía, o del ruso Igor Girkin, más conocido por *Strelkov,* quien devendría ministro de Defensa de la RPD y más tarde comandante militar de todas las fuerzas separatistas en el Donbas, y que era un exoficial del FSB. Pero eso no quiere decir que, necesariamente, en esta primera fase de la guerra no existiera una base social propia de la insurgencia en las regiones orientales de Ucrania. En realidad, tal tipo de líderes y comandantes recordaban a los de las repúblicas insurgentes en las guerras de la ex-Yugoslavia y para todos los bandos: croatas, serbios de las repúblicas insurgentes, bosniacos o albaneses del UÇK. Ahí se podían encontrar policías, mafiosos, delincuentes, exveteranos de ejércitos extranjeros, oficiales de las fuerzas de seguridad e inteligencia y «hombres para todo». En Ucrania, el mismo Bolotov, por ejemplo, había trabajado para Oleksandr Efremov, el exgobernador del óblast de Lugansk, hombre fuerte del Partido de las Regiones y oligarca, en la tarea de gestionar y supervisar yacimientos mineros ilegales en esa región tan pobre. Por su parte, Pavel Gubarev, escogido inicialmente como «gobernador popular» de Donetsk, era un historiador neoeurasianista metido a ejecutivo de una empresa de publicidad. Aleksandr Zajarchenko, líder de la unidad de milicias Oplot y héroe de la toma del edificio de la gobernación de Donetsk el 7 de abril, era un ingeniero electricista de profesión. Tuvo un ascenso meteórico en la RPD: primero viceministro del Interior y más tarde primer ministro (agosto) y presidente (noviembre).

Sí es cierto que estas multitudes, milicianos y líderes independentistas eran una minoría en un Donbas que contaba con más de seis millones de habitantes y cuyas principales ciudades, industriales o mineras, eran notablemente populosas: Donetsk, con un millón de habitantes; Lugansk o Mariúpol, con más de 400.000; Horlivka, con un cuarto de millón, Kramatorsk, Sloviansk o Severodonetsk, poco más de cien mil. En esta región, aunque el 70% de la población rechazaba al régimen de Kiev, solo el 30% estaba a favor de la independencia[97].

El auge de la insurgencia se explica por varias razones. Históricamente, en este tipo de fenómenos no están implicados todos los actores posibles. Por ejemplo, solo una pequeña parte de las unidades militares participaron en el desencadenamiento de la Revolución Rusa en San Petersburgo en febrero de 1917 (27 de febrero/14 de marzo): unos 10.000 en los primeros momentos, más de 25.000 por la tarde, mientras que una parte de las unidades de la gigantesca guarnición de la capital —quizá más de 180.000 soldados— permanecían acuarteladas, inactivas y neutrales[98].

Algo parecido sucedió en el mismo Kiev, en 2014, donde la resistencia en el Euromaidan se nutrió de voluntarios llegados desde las regiones del oeste de Ucrania. A continuación, en el Donbas se había producido un vacío de poder con la huida de Yanukovich y su negativa a encabezar la resistencia a Kiev desde Járkov. El Partido de las Regiones se hundió, incapaz de reunirse en torno a un líder, inexistente, o una opción política estratégica concreta. Más allá de la condena al nuevo poder en Kiev, no se manifestaba una mayoría clara, ni siquiera por la reformulación federal del Estado; mucho menos por la independencia, que iba a significar, más tarde o más temprano, pasar a depender de Moscú. Y a esas alturas, los «azules», rusófonos e incluso prorrusos del este y el sur no necesariamente deseaban perder sus cuotas de poder, sus modelos de integración social específicos o sus propias expectativas como ciudadanos de un país independiente.

Eso explica, en parte, que la insurgencia no hubiera triunfado desde un primer momento en el sur rusófono o en núcleos importantes del este, como la ciudad de Járkov, donde su alcalde, el empresario y oligarca Hennadiy Adólfovich Kernes, muy popular en la ciudad, militante del Partido de las Regiones, federalista, mandó arrestar a los primeros insurgentes que ocuparon un edificio oficial. Lo cual casi le costó la vida en un atentado, a finales de ese mismo mes de abril. En cambio, los oligarcas y poderes locales del Donbas, personajes como Rinat Ajmetov, Boris Kolesnikov u Oleksandr Efremov, optaron por esperar y ver o intentar controlar el movimiento insurgente que se basada en un rechazo social extendido hacia el nuevo régimen de Kiev, y que incluía a la administración. Cuando, posteriormente, las nuevas autoridades insurgentes empezaron a plantear políticas de nacionalización, las actitudes cambiaron. A mediados de mayo, por ejemplo, el oligarca Rinat Ajmetov organizó en la ciudad portuaria de Mariúpol un sistema de patrullas mixtas, con obreros y policías, que expulsaron a los insurgentes, facilitando la toma de la localidad por las tropas gubernamentales. Se percató de que el nuevo poder en el Donbas estaba fuera de control y no dudó en proteger sus negocios allí[99], que incluían la sociedad Metinvest, un gigante que integraba a diversas compañía metalúrgicas y mineras, la niña de los ojos de Ajmetov, la empresa privada más grande de Ucrania, que a su vez formaba parte del *holding* System Capital Management (SCM Holdings), una verdadera bestia empresarial de la cual Ajmetov poseía la totalidad de las acciones.

Los medios de prensa occidentales y posteriormente muchos analistas y propagandistas pintaron la insurgencia del Donbas como un mero operativo de invasión ruso, más o menos encubierto. Una repetición de lo sucedido en Crimea, pero más a lo grande. En 2016, la SBU filtró una serie de grabaciones que pretendían demostrar el temprano control ruso sobre el levantamiento del Donbas. Las cintas implicaban a un asesor cercano a Putin y candidato a la presidencia de Rusia en 2004: el economista Serguéi Gláziev[100]. Sin embargo,

una lectura desapasionada de la información parece revelar más bien lo contrario: que, a pesar de la voluntad de Moscú de manejar la insurgencia, terminaron primando el desorden y la improvisación. Hubo descontrol con el manejo de los fondos, que no parecían ser de consideración; hubo reprobación hacia algunos de esos protagonistas que desde Occidente se pintaban como avezados agentes secretos rusos y que de hecho parecían más bien aventureros, que se sucedían uno tras otro en los escalones del poder y varios de los cuales, al final, terminaron siendo apartados de en medio.

De cualquier forma, la alianza entre las insurgentes Donetsk y Lugansk añadía un quebradero de cabeza, y este muy serio, al gobierno de Kiev. Ambos óblast, que venían a constituir la región del Donbas (apócope de Donets y *basein* o cuenca —en ucraniano—, eso es: cuenca del Donets), eran el antiguo músculo minero-industrial de Ucrania. Donetsk, en concreto, era la región con los salarios más altos del país y uno de los PIB también más elevados. Y, por supuesto, el bastión electoral de los rusófonos, de los azules, del Partido de las Regiones y de Yanukovich. Allí, a lo largo de los meses de abril, las milicias prorrusas de la RPD y RPL, con las cuales colaboraban unidades policiales afectas —como los Berkut, fuerza disuelta por el gobierno de Kiev—, fueron ocupando localidades, tomando alcaldías, comisarías de policía, edificios administrativos, delegaciones ministeriales, empresas. En ocasiones se lograba con una breve negociación; a veces se encontraban con la resistencia de las fuerzas del orden afectas a Kiev o milicias contrarias. En cualquier caso, los insurgentes procuraban no relevar a los funcionarios de sus puestos de trabajo siempre que se mostraran colaborativos con las nuevas autoridades.

A tal efecto, en esos primeros días de expansivas acciones desordenadas y victorias fáciles, los insurgentes llegaron a tomar dos localidades importantes en los límites occidentales del óblast de Donetsk: Sloviansk y Kramatorsk. Ya el 12 de abril, un grupo de insurgentes liderados por *Strelkov* logró ocupar el edificio del

ayuntamiento, además de las comisarías de policía y el local del SBU. Incluso se llegó a instalar un nuevo alcalde «popular», Vyacheslav Ponomarev, un empresario local del jabón. En cuanto a Kramatorsk, los insurgentes se hicieron con la comisaría de policía tras un intenso tiroteo. El ayuntamiento fue tomado por una multitud que izó sobre el edificio la bandera de la República Popular de Donetsk, negra, azul y roja.

Ahora bien, la captura de estas dos localidades por las milicias de la RPD hizo entrar en pánico a las autoridades de Kiev; sobre todo, la caída de Sloviansk, donde los insurgentes se apropiaron de un arsenal importante además de secuestrar y ejecutar a un político leal y otros ciudadanos. En consecuencia, el 15 de abril, el presidente Turchinov ordenó la puesta en marcha de una así denominada Operación Antiterrorista que movilizó a fuerzas del Ejército ucraniano, las cuales entraron en acción enseguida en torno a Sloviansk, dando lugar a la guerra del Donbas propiamente dicha.

Entonces sucedió algo habitual en casi cualquier guerra civil, desde la de Secesión americana hasta la civil española o las de desintegración de Yugoslavia. En los primeros momentos, el Ejército no sabe cómo reaccionar e incluso colapsa, queda con las lealtades divididas, sin doctrina ni preparación previa para enfrentarse a la nueva situación, con reclutas que no quieren disparar contra el otro bando que hasta ayer era el suyo, y menos aún morir por sus balas. La implicación de la población civil de forma directa en la contienda resulta también muy turbadora, al menos inicialmente, hasta que no se deshumaniza al enemigo.

En la primavera de 2014, ante el Donbas, el Ejército ucraniano se encontró en la misma situación del Ejército Popular Yugoslavo en Eslovenia y ante Vukovar en el verano y otoño de 1991. Se produjeron deserciones y desplome de la moral de combate. Los medios de comunicación de todo el mundo se hicieron eco del sonado chasco que fue el intento de recuperar Sloviansk y la base aérea de Kramatorsk. El 16 de abril, las televisiones de todo el mundo mostraron imágenes de cómo la 25.ª Brigada

Aerotransportada, una importante unidad de choque del Ejército ucraniano, había sido cercada y aislada en plena carretera por una manifestación pacífica de ciudadanos insurgentes. Los vecinos, sin armas, lograron expulsar a las fuerzas del aeropuerto de Kramatorsk, mientras seis transportes de tropas blindados, con sus respectivas tripulaciones, cambiaron de bando y terminaron en manos de los insurgentes. El presidente interino de Ucrania, Oleksandr Turchinov, furioso, llegó a pedir la disolución de la unidad[101].

Mientras tanto, como había sucedido en Serbia, el reclutamiento se hacía cada vez más complicado. En el país balcánico, las deserciones habían sido una plaga, llegando incluso al mismo frente de batalla. En ciudades como Belgrado y Novi Sad, la tasa de insumisos llegó hasta un 85%. Era tan elevada que las autoridades no podían hacer prácticamente nada para contrarrestarla; alcanzaba la categoría de fenómeno social masivo. En Ucrania, por su parte, se llevaron a cabo seis oleadas de movilización, tres en 2014 y otras tantas en 2015. Pues bien, en ningún caso se logró superar el 50% del total programado[102]. Los jóvenes llamados a filas se escondían o emigraban al extranjero para evitar combatir en una guerra que muchos consideraban mal gestionada por el elevado número de bajas, el deficiente equipamiento de las tropas y el carácter de guerra civil que presentaba la contienda.

En efecto, la guerra del Donbas resultó difícil de manejar desde un primer momento. Incluso la denominación de la campaña (Operación Antiterrorista) resultaba inapropiada porque difícilmente se podía escoger otra que resultara más ajustada. Operación Contrainsurgente habría encajado mejor, pero desde el punto de vista de Kiev eso implicaba darle una enjundia que el gobierno ucraniano no deseaba admitir. De la misma forma que los británicos denominaron *The Troubles* a la guerra de baja intensidad en Irlanda del Norte entre 1968 y 1998, en Kiev se prefirió quitarle importancia al conflicto en el Donbas aunque fuera de hecho una guerra en toda regla, a la cual el Ejército terminó destinando unos 90.000 efectivos.

En el sistemático efecto espejo que presidió el desarrollo de la guerra civil ucraniana, el gobierno ruso decidió bautizar a su intervención militar masiva en Ucrania, en febrero de 2022, como «operación militar especial». Por último, resultaba llamativo que mientras que Yanukovich no quiso recurrir al Ejército contra los insurrectos del Maidan, a pesar de que su carácter paramilitar pudo haberlo justificado, Turchinov sí lo envió contra los insurgentes del este, sin intentar buscar antes alguna salida política. Todo ello explica, en parte, el fiasco militar ucraniano en la primera fase de la guerra.

---

[85] Existen numerosas referencias posibles, pero véase por ejemplo: «Filtrada una conversación de Ashton en la que se siembran dudas de los francotiradores de Kiev», en *La Vanguardia,* 5 de marzo de 2014 [consultable en red].

[86] Stone (2019): minutos 20 y ss. para las investigaciones del profesor Ivan Katchanovski (School of Political Studies, Universidad de Ottawa, Canadá) sobre la autoría de las milicias de autodefensa ultranacionalistas en los disparos de los francotiradores desde el Hotel Ukrania.

[87] «El “fuck the EU” desata una nueva crisis entre Estados Unidos y Europa por el espionaje», en *La Vanguardia,* 7 de febrero de 2014 [consultable en red].

[88] «Estados Unidos espió el teléfono de Merkel desde 1999 hasta este julio», en *La Vanguardia,* 24 de octubre de 2013 [consultable en red].

[89] Ruiz Ramas (2016): pp. 101-104.

[90] *Ibid.,* p. 102.

[91] Lopatonok / Stone (2016): minuto 1:13:32.

[92] Definición del Diccionario de la Real Academia Española.

[93] Galeotti (2019): p. 14, B.3.

[94] «All Ukrainian Population Census ‘2011», State Statistics Committee of Ukraine: http://2001.ukrcensus.gov.ua/eng/results/general/nationality/Crimea/.

[95] «Putin firma la anexión de Crimea a Rusia», por Rodrigo Fernández, en *El País,* 18 de marzo de 2014 [consultable en red].

[96] Un estudio clásico en ese sentido es el de Arquilla y Ronfeldt (1997).

[97] Ruiz Ramas (2016): p. 149.

[98] Veiga, Martín y Sánchez Monroe (2017): p. 270.

[99] Ruiz Ramas (2016): pp. 149 y 153.

[100] «English translation of audio evidence of Putin's adviser Glazyev Russian politicians involvement war in Ukraine», en *UA Position,* 29 de agosto de 2016 [consultable en red].

[101] «Lavrov: diplomats making strides in Geneva; police prevent attack by armed separatists in Kramatorsk», *Kyiv Post,* 17 de abril de 2017 [consultable en red].

[102] González (2016): p. 171.

CAPÍTULO 8

CAÍN CONTRA CAÍN

GUERRA CIVIL ENTRE NEONAZIS Y NEOFASCISTAS

Morir por una causa no hace que esta causa sea justa.

Henry de Montherlant

Tras los primeros momentos de desconcierto, el gobierno de Kiev recurrió a la misma solución que el de Belgrado en 1991: enviar por delante del Ejército regular a paramilitares políticamente motivados, que no podían ser sino de tendencias ultras. A pesar de su deficiente instrucción y encuadramiento, su fanatismo los lanzó a asaltar Vukovar casa por casa. La ultraderecha serbia integraba diversas unidades paramilitares, pero las más numerosas y eficaces, las que se hicieron célebres y temidas, fueron las integradas por los combatientes del movimiento Chetnik serbio, liderados por Vojislav Šešelj, que además presidía el Partido Radical, y la Guardia Voluntaria, conocida popularmente como los Tigres de *Arkan,* apodo de Željko Ražnatović.

En el caso de la guerra del Donbas, los planificadores de la Operación Antiterrorista ya incluyeron en el despliegue inicial de fuerzas a las unidades de autodefensa ultras del Euromaidan, dependientes de partidos y grupos políticos *(Pravy Sektor, Svoboda,* C14, UNA-UNSO) reconvertidas en unidades paramilitares. Y no solo eso: integradas en el organigrama de las fuerzas armadas ucranianas, más concretamente con el estatus de batallones de defensa territorial, similares a los de la Guardia Nacional (dependiente del Ministerio del Interior) pero bajo la jurisdicción del Ministerio de Defensa[103]. Las unidades más conocidas fueron el

Batallón Azov, el Batallón Donbass y el Cuerpo de Voluntarios Ucraniano (DUK, por sus siglas en ucraniano), ampliado desde la primera unidad de combatientes de *Pravy Sektor* y que llegó a integrar a varios batallones; también los batallones Dnepr I y II, Aidar, Kiev I y II, Sich, el de la OUN, el de la UNSO (brazo armado de la Asamblea Nacional Ucraniana, UNA) o el Sokol. Cabe añadir que algunas de estas unidades se resistieron, en lo que pudieron, a integrarse en los organigramas de las fuerzas armadas regulares, y lo pudieron hacer precisamente por su vinculación con partidos y figuras políticas relevantes. Eso sucedió durante un tiempo con el célebre Batallón Azov, pero también con el Batallón Donbass, que integraba a un contingente de ucranianos rusófonos no separatistas y leales al régimen de Kiev. Conservó cierta autonomía tanto organizativa como operativa y subsistió durante un tiempo gracias a donantes privados. Es más, las unidades paramilitares ultras más relevantes de la lista habían sido constituidas y equipadas gracias a la financiación total o parcial de capital privado a través de algunos oligarcas, o incluso de donantes opacos[104].

De esa forma, sobre la marcha, en el campo de batalla, se refundó un Ejército ucraniano orientado a ganar la guerra civil, con unidades de ultraderecha, de ideología neonazi, integradas en el organigrama regular de las fuerzas armadas de un país supuestamente democrático sostenido por los Estados Unidos y la Unión Europea. La actitud de las cancillerías y buena parte de la prensa occidental con respecto a esta situación tan anómala ha sido uno de los pecados originales más peligrosos en su apoyo al régimen ucraniano surgido del Euromaidan con la inestimable ayuda de la comadrona neofascista y neonazi. Ya desde un principio, en los momentos más duros de los choques en el Euromaidan, cabeceras destacadas de la prensa occidental tendieron a mirar para otro lado, a restarle importancia o incluso a negar lo que era más que evidente[105]: la importancia que estaba cobrando el ultranacionalismo armado en un conflicto europeo, y eso en un

contexto continental de auge de esas tendencias, incluso en el Parlamento Europeo.

Después, ya en plena guerra del Donbas, se continuó argumentando que su peso en los combates contra los insurgentes había sido menor, limitándose a tareas de control y seguridad en la retaguardia. Pero lo cierto es que unidades como el Batallón Azov tomaron parte en algunos de los combates más duros contra los insurgentes —intento de asalto a la ciudad de Donetsk, en agosto; segunda batalla de Mariúpol, septiembre— y vieron cómo su entidad crecía hasta reconvertirse en regimientos, e incluso terminaron disponiendo de armas pesadas propias, como artillería y carros de combate. Esa tendencia se vio incrementada de forma clara y decisiva durante las operaciones contra las unidades rusas en 2022, pero estaba ya muy presente ocho años antes[106]. Y ello fue así por una razón bien clara: su idealismo fanático los convertía en combatientes más implacables y sacrificados que el resto de las unidades regulares.

A ello también contribuyó, en no menor medida, la afluencia de voluntarios extranjeros, movidos por esos mismos idearios, un fenómeno sobre el que la prensa occidental pasó de puntillas en 2014 y que en 2022 ya no tuvo ningún interés en mencionar. Llegaron de muchos países: Francia, Gran Bretaña e Irlanda, Alemania, Italia, España, Grecia; de entre los países escandinavos destacó Suecia[107]. No faltaron estadounidenses y de otros lugares de América[108]. Por entonces estaba en ascenso la ultraderecha en todo el continente y la perspectiva de tomar las armas por esa causa enfervoreció a muchos jóvenes. La unidad que tenía más prestigio entre ellos, porque además estaba más abierta al exterior, fue el Batallón Azov[109].

Como no podía ser menos, este fenómeno causó una enorme excitación en la Europa supremacista. No se había visto nada igual desde los tiempos de la guerra de Croacia, hacía más de veinte años. Había transcurrido casi una generación, y por entonces el fenómeno neonazi se había llevado con más discreción; las

unidades neoustachas del HOS se diferenciaban porque el damero de sus escudos nacionales empezaba por un cuadrado blanco y no rojo. En Ucrania, en cambio, los combatientes del Batallón Azov hacían ostentación de las runas *Wolfsangel,* en sus uniformes y paradas, en las banderolas amarillas y azules. Y no cabía ninguna duda de que se trata del conocido símbolo heráldico germánico inspirado en las antiguas trampas para lobos que durante la Segunda Guerra Mundial habían ostentado las tropas de la 2.ª División de las Waffen SS. Y además eran bien visibles los tatuajes de muchos combatientes, y las ocasionales banderas nazis con las que se fotografiaban. De otra parte, los voluntarios internacionales que acudían a las filas de las milicias ultranacionalistas y neonazis ucranianas lo hacían convencidos de que luchaban contra el criptocomunismo ruso que buscaba invadir Occidente[110].

No es de extrañar que en los foros internacionales neofascistas y neonazis se empezara a considerar la oportunidad histórica de erigir el primer Estado «verdaderamente nacionalista desde 1945». Lo cual no tardó en generar una llamativa polémica en esos mismos foros, donde enseguida surgieron los que criticaban a los camaradas que iban a combatir a Ucrania por una causa más que dudosa, puesto que el gobierno de Kiev no era sino un peón de la OTAN y los «hermanos» que luchaban allí en realidad lo hacían al servicio de fuerzas oscuras, entre ellas el ZOG, el malévolo Zionist Occupation Government o Gobierno de Ocupación Sionista, esto es, la manida teoría antisemita del supuesto gobierno judío en la sombra[111]. La polémica crecía en las webs y foros neonazis, neofascistas o supremacistas. La página del Traditionalist Youth Network consideraba que la guerra de los ucranianos era «ideológicamente ambigua». En Radix —la antigua Alternative Right.com— se argumentaba en contra de *Pravy Sektor,* considerando a ese grupo insuficientemente radical. Denunciaban que parecía estar más dedicado a defender un tipo determinado de «nacionalismo cívico en el cual el interés por preservar el Estado era más importante que el de preservar la propia raza o incluso el propio

grupo étnico»[112]. En cambio, los de Aryanism.net respaldaban a *Pravy Sektor,* aunque a la vez proclamaban que «los auténticos nacionalsocialistas no colaboran con un régimen tan corrupto como el de los Estados Unidos, que apoya a Israel y está controlado por judíos, y no acepta ser utilizado como un peón geopolítico». Incluso se llegó a polemizar en *Stormfront,* la página principal del neonazismo estadounidense, aunque algunos debates fueron borrados por los administradores a los pocos días para no dar imagen de desunión; o quizá para no contradecir la línea oficial del gobierno en un asunto tan delicado como la guerra «contra los rusos», presentada muy a menudo en estos medios como el viejo combate contra el bolchevismo redivivo.

También resultó muy desconcertante descubrir que algunos oligarcas ucranianos, y muy en especial Íhor Kolomoiski —con triple nacionalidad: ucraniana, chipriota e israelí—, era uno de los financiadores de unidades milicianas, en espacial los batallones Dnipro y Aidar. Estas unidades no ostentaban una orientación tan descaradamente neonazi o neofascista, pero sí que tenían una supervisión de los sectores ultras. En concreto, el Batallón Dnipro (también conocido como Batallón Kolomoiski por haber donado este oligarca diez millones de dólares para la constitución de la unidad) incluía militantes de *Pravy Sektor* y voluntarios estadounidenses. En el Batallón Aidar también existía un volumen apreciable de milicianos genéricamente neonazis, aunque sus comandantes militaran en partidos de la derecha conservadora. Asimismo, en ambos casos —aunque en especial en el Aidar— menudearon las denuncias por violencia contra la población civil, robos, extorsiones, secuestros. Y en especial, esta unidad, junto con el Batallón Donbass, obstaculizó el reparto de ayuda internacional a la población civil prorrusa del Donbas[113]. Para concluir, el mismo Kolomoiski ofrecía recompensas, muy jugosas, por la captura de insurgentes (10.000 dólares cada uno) y el desalojo de edificios administrativos ocupados (hasta 200.000 dólares). Pues bien, «Benya» Kolomoiski no solo tenía origen judío, sino que además era

presidente de la Comunidad Judía Unida de Ucrania, y en 2010 había sido nombrado presidente del Consejo Europeo de Comunidades Judías. Aunque, en este caso, desde Israel se llegó a denunciar que ese cargo lo había logrado mediante maniobras dudosas[114].

Por otra parte, aunque Israel no pareció inmiscuirse militarmente en el conflicto del Donbas, al menos en estos primeros meses, sí que se evacuaron a ese país heridos de guerra ucranianos, y por lo que parece desprenderse de algunas fotografías, se trataba de paramilitares, quizá porque no poseían servicios sanitarios propios en las unidades, o escogidos en base a otras razones no especificadas, pero entre los cuales se vio a combatientes de *Pravy Sektor,* precisamente.

Todo ello provocó una fractura en las filas de la ultraderecha internacional cuando una parte de esta se decantó por la variante rusa en detrimento de aquellos a los que veían como ucranianos vendidos a la OTAN, al capital y al judaísmo. Hubo casos en que simpatías y apoyo se desplazaron de uno al otro en poco tiempo. Un ejemplo espectacular fue el de Roberto Fiore, dirigente de Forza Nuova, partido italiano ultracatólico y neofascista, euroescéptico y contrario a la inmigración y la homosexualidad. Mantenía relaciones amistosas con los camaradas ucranianos desde hacía una década y orbitaba especialmente en torno a *Svoboda*.

La guerra en el Donbas supuso una rápida mutación hacia la ultraderecha rusa a través de sus sectores más tradicionalistas, y en concreto de Alexey Komov, una especie de representante informal de la Iglesia ortodoxa rusa, miembro destacado de la Fundación San Basilio el Grande, portavoz del patriarca de Moscú e integrante del patronato de CitizenGo. Pero Komov no actuaba solo, formaba parte del entramado financiero conservador ruso, para la acción política exterior, presidido por los oligarcas Konstantin Maloféyev y Vladimir Yakunin. Por las manos del primero de ellos, muy especialmente, pasaron todo tipo de proyectos de apoyo a la ultraderecha y el conservadurismo europeos, pero también a la izquierda radical

populista. Desde publicaciones en línea de gran tirada, como la revista *Katehon* o *Geopolítica.ru,* instrumentos de influencia como el Instituto de Investigación del Diálogo de Civilizaciones o el Fondo de Dotación Istoki, hasta la financiación de organizaciones ultraconservadoras, antifeministas o anti-LGTB, pasando por la presidencia del Congreso Mundial de las Familias, la sociedad caritativa San Basilio el Grande —para la salud y educación infantiles— o la organización del simposio para conmemorar el 200.º aniversario del Congreso de Viena que puso fin a las guerras napoleónicas e instituyó en Europa la Santa Alianza, constituida por el zar de Rusia y los emperadores de Prusia y Austria[115].

Así que no solamente parte de la ultraderecha europea y americana fue hacia la nueva ultraderecha rusa, sino que la ultraderecha rusa se dirigió también a ella. La atracción fue recíproca y regada con financiación suficiente y hasta generosa. Precisamente, el mismo Maloféyev fue uno de los encargados de gestionar el apoyo ideológico —en sentido amplio, incluyendo medios económicos— a la insurgencia del Donbas.

Con todo, la dinámica enunciada va a diferir de la que se establece entre las extremas derechas internacional y ucraniana. En el caso ruso, los apoyos externos no van a llegar en forma tanto de combatientes voluntarios —que también los hubo— como de apoyo ideológico y socavación de las posiciones intervencionistas occidentales desde dentro, y a veces incluso de forma indirecta. Un ejemplo es la carta abierta de Roberto Fiore al líder neonazi ucraniano Oleh Tiahnibok[116] en la cual expresaba su temor a que Ucrania cayera en manos de los *lobbies* anticristianos y masónicos de la UE, la OTAN y los Estados Unidos. Los supremacistas blancos estadounidenses Richard Spencer, Matthew Heimbach y David Duke se pusieron del lado ruso, que lo agradeció creando una bandera para la causa secesionista en Ucrania basada en la utilizada por la Confederación: un aspa azul de San Andrés, fileteada en blanco, sobre fondo rojo, aunque sin las trece estrellas blancas[117]. De forma más explícita, mantuvieron tratos con Moscú

los neofascistas húngaros de Jobbik, los neonazis griegos de Alba Dorada, los austriacos del FPÖ, los flamencos de Vlaams Belang y el Frente Nacional de Marine Le Pen, que precisamente en 2014 obtuvo un préstamo multimillonario de una entidad bancaria ligada al Kremlin en un momento de apuro para el partido.

En cualquier caso, pronto queda patente que en el Donbas el núcleo ideológico de ambos bandos enfrentados, o al menos el que confiere moral y determinación a los ejércitos en lucha, es el mismo: ultranacionalismo, neofascismo e identitarismo. En su momento costó mucho aceptarlo por parte de los analistas partidarios de uno u otro bando que proyectaban en el contrario los propios sonrojos. Timothy Snyder escribió que «el esquizofascismo fue una de las numerosas contradicciones visibles en la primavera de 2014»[118]. Este era un término muy útil para entender ese mecanismo: «Era una nueva variedad de fascismo que podríamos llamar *esquizofascismo:* los verdaderos fascistas llamándoselo a sus adversarios»[119]. Este autor solo se lo atribuía al bando ruso o prorruso, aunque ese era también un recurso del nacionalista ucraniano. Pero la realidad ahí estaba, bien presente y cobrándose vidas humanas: el fascismo y el ultranacionalismo pueden combatirse entre sí. De hecho, en la historia contemporánea se han dado varios casos, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial. Es una falacia suponer que la ultraderecha y el fascismo, por definición y por sistema, tienden a organizar frentes comunes contra la democracia liberal o la izquierda. En realidad, resulta bastante natural que los ultranacionalismos luchen entre sí.

En el Donbas insurgente la estructuración de la ultraderecha en el dispositivo político-militar mantuvo ciertos paralelismos con la que se articulaba en el bando de Kiev, pero con particularidades muy especiales. En su detallado estudio sobre la guerra del Donbas (2016), Rubén Ruiz Ramas y Javier Morales hacen un repaso documentado de las diversas tendencias políticas presentes en la zona insurgente y en las diferentes unidades paramilitares. El

cuadro es laberíntico, pero se puede resumir a partir de unos pocos parámetros.

Aunque todavía es pronto para que se publiquen estudios desapasionados sobre la guerra del Donbas, todo parece indicar que, si bien Moscú tenía un plan de contingencia para hacerse con el control rápido de Crimea, por la cuenta que les traía no perder la base de Sebastopol, y eso desde antiguo, en cambio la insurgencia en el Donbas le pilló más por sorpresa. Eso fue debido a la precipitada fuga del presidente Yanukovich, que dejó tras de sí un vacío de poder en el este y sur de Ucrania, plazas fuertes del Partido de las Regiones. Y también al hecho de que Moscú no deseaba, de buenas a primeras, anexionarse el Donbas, como sí que hizo con Crimea, un territorio considerablemente más poblado por rusos étnicos que la Ucrania oriental. Por lo tanto, se impuso un cierto grado de improvisación a partir de las fuerzas en presencia.

Haciendo una clasificación sencilla, en la primavera de 2014 se encontraban en el Donbas la facción de los federalistas, los panrusos y la ultraderecha eurasianista o neoeurasianista.

Los primeros constituían los restos del régimen político colapsado con la desaparición de Yanukovich y el hundimiento del Partido de las Regiones. Ya no contaban los que apostaban por una Ucrania unida y centralizada porque, en un contexto de confrontación militar, no había espacio político para ellos. Solo cabe, en el mejor de los casos, optar por una Ucrania federal. Esta facción, que no poseía una representación política concreta, era el grupo posibilista: capacidades de influencia, disposición a cubrir vacío de poder, vínculos amistosos con los oligarcas de la zona y el antiguo aparato de la administración «azul» y unas buenas relaciones con Moscú: cada uno sabe dónde está. Gente de orden, conservadores, disponen de su propia unidad de combate, la Brigada Vostok.

Los panrusos estaban por la secesión del Donbas y su integración en la «madre Rusia». En cuanto a sus opciones socioeconómicas, eran conservadores y, como los federalistas, mantenían contactos con el anterior aparato de poder en la zona,

incluyendo en ello al oligarca Ajmetov, quien al parecer contribuyó discretamente a la puesta a punto de la Brigada Oplot, la poderosa unidad de combate de esta facción, comandada por Aleksandr Zajarchenko, quien en agosto de 2014 llegará a ser primer ministro de la República Popular de Donetsk. Los fundadores del partido *Oplot* (Fortaleza) proceden del Partido de las Regiones, y de entre ellos destacan Aleksandr Bobkov y Serguiy Arbuzov, ambos cercanos a la claque de Yanukovich y el segundo de ellos, además, primer ministro de Ucrania en los momentos finales del huido presidente. Con todo, habían estado entre los iniciadores de la ocupación de edificios administrativos en Donetsk, ciudad que controlaban. Los panrusos mantienen buenas relaciones con los federalistas, igualmente conservadores, con los que sostienen una alianza política y operativa.

En tercer lugar, los neoeurasianistas. Su ideología entroncaba directamente con lo que se podría llamar la doctrina de la transición gestionada por Putin en Moscú. La idea consiste en hacer las paces con el pasado para erigir sobre ello un futuro viable; en ese caso, ello se logró asimilando el orgullo por la herencia soviética, fracasada en 1991, a la reivindicación de lo mejor del Imperio zarista, desaparecido en 1917. El resultado de todo ello se combinó con una reformulación de la antigua teoría eurasianista del príncipe Nikolai Trubetskoi y otros seis pensadores en los años veinte del siglo XX. La idea, actualizada por Aleksandr Dugin, el gran teórico del moderno ultranacionalismo ruso, establece, entre otros principios, que Rusia es una civilización en sí misma, síntesis con carácter propio de Europa y Asia. Y como tal, su historia y destino están llamados a permanecer durante siglos, lo que supone que el periodo soviético no es sino una etapa, grandiosa pero más bien corta; una más entre otras pasadas y las que vendrán. De esa forma las propuestas marxistas-leninistas de la Unión Soviética quedan relegadas en favor de una visión nacionalista de la URSS, una superpotencia militar y estratégica de la que solo se mantienen restos de la fachada exterior y de ciertas maneras de gestionar el

poder que ejercen los líderes formados en la cultura soviética, comenzando por Vladimir Putin.

Así que no van a regresar los sóviets ni la planificación centralizada o la propiedad socializada. Pero para muchos rusos, es suficiente con el envoltorio de esas grandes propuestas. De ahí el éxito de la «síntesis putiniana» que borra el desastre del experimento neoliberal en los años noventa, en tiempos del presidente Boris Yeltsin, y lo sustituye con promesas de grandeza nacional.

Y esa es precisamente la tendencia de los líderes más agresivos entre la insurgencia en el Donbas: el ya mencionado y temible Igor Girkin *Strelkov,* asociado con Alexander Borodai: licenciado en Filosofía, corresponsal de guerra en Chechenia para RIA Novosty, columnista en el rotativo neofascista *Zavtra,* asesor electoral, experto en manejo de crisis políticas para una consultoría, asesor del primer ministro de Crimea, Sergei Aksiyonov. Y, sobre todo, ferviente neoeurasianista, amigo del profesor Lev Gumyliov, el críptico gurú del nuevo eurasianismo, fallecido en 1992. Así como *Strelkov* llega a ser el gran jefe militar en el Donetsk, Borodai devendrá primer ministro de la RPD. Ya se ha mencionado también al historiador Pavel Gubarev, elegido como gobernador popular de Donetsk ya en marzo de 2014.

Son personajes salidos de no se sabe bien dónde, pero que no parecen enviados por Moscú, ni mucho menos. En realidad, terminan por incomodar a los rusos con sus propuestas de nacionalización de empresas y de expansión de la insurgencia más allá de las fronteras del Donbas. Están más que dispuestos a hacer realidad el proyecto ultra *Novorrósiya,* es decir, Nueva Rusia: una gran república que puede abarcar más del 20, del 30 o quizás el 40% de Ucrania, sobre las tierras que el Ejército imperial ruso había liberado de los tártaros en el siglo XVIII y que se habían ocupado y trabajado en régimen de colonización. La confederación Nueva Rusia podría incorporar, en 2014, los óblast de Dnipropetrovsk, Zaporiyia, Mykolaiv, Jerson, Odesa, parte del óblast de Kirovogrado,

aparte de Lugansk y Donetsk. Pero de hecho, Girkin y Borodai llegan a soñar con llegar a Kiev y reincorporar toda Ucrania, menos la Galitzia, vista como demasiado polaca, a la madre Rusia. Los neoeurasianistas del Donbas se apuntan a todas, a las propuestas de Dugin sobre el «fascismo rojo y sin fronteras», al Proyecto Ortodoxo Rojo o el Socialismo Soviético Ortodoxo. Ahí se funde todo: la Iglesia ortodoxa, las síntesis neofascistas más modernas, el ideario soviético puesto al servicio del nacionalismo. Por ello en esos círculos se integran comunistas del PCU, neoestalinistas, militantes de izquierdas de opciones menores, voluntarios extranjeros de esas tendencias, cosacos y hasta neomonárquicos zaristas.

Los neoeurasianistas son los ultranacionalistas de la insurgencia que no tienen ambages en presentarse como rojipardos o *nazbols* (nacional-bolcheviques) y en un primer momento resultan útiles a Moscú. Además, tienen algunos contactos allí, y Maloféyev, que simpatiza con ellos y su popurrí de ideas conservadoras y revolucionarias a la vez, les suministra ayuda financiera. Pero eso no quiere decir que Putin viera con buenos ojos esa kermesse heroica. En Moscú él no se casa con nadie. Aplica el habitual juego de equilibrios y contrabalances entre facciones, tendencias y poderes, propio de cualquier régimen autoritario. Los asesores y consejeros van y vienen, suben y bajan. En la primavera de 2014, los neoeurasianistas del Donbas dicen luchar contra el fascismo, recuperan la épica ruso-soviética de la Gran Guerra Patriótica y combaten con ellos unidades que exhiben la bandera roja junto con la nacional rusa. Girkin posee su propio batallón de fieles, y cuenta además con aliados valiosos como Igor Bezler, con su propia unidad, los batallones Batman y Variag, la Brigada Prizrak, el Ejército del Gran Don, integrado por cosacos, y el Ejército Ortodoxo Ruso, compuesto por neonazis. Y junto a ellos, unidades más o menos izquierdistas o «proletarias», como la Brigada Kalmius en Donetsk, compuesta por voluntarios mineros o el Destacamento de

Voluntarios Comunistas (DKO) en Lugansk, además de numerosos voluntarios chechenos.

Toda esta densidad de odio y fanatismo explotó en Odesa, paradójicamente, lejos del epicentro de la contienda, que era el Donbas. En esa ciudad de gran mayoría rusófona, el 3 de marzo había tenido lugar un intento de ocupación del edificio de la administración regional, a fin de pedir un referéndum de autonomía para el óblast. Un mes más tarde volvieron a producirse manifestaciones federalistas y cobró forma allí un movimiento Antimaidan. A partir de ahí, a la manera de lo sucedido en Kiev, aunque en un sentido político inverso, los jóvenes contestatarios organizaron un campamento permanente de protesta en Campo Kulikovo, ante la Sede de los Sindicatos. Allí los militantes del movimiento Alternativa Popular recogían firmas en pro de un referéndum para la descentralización del poder, la oficialidad de la lengua rusa y cambios en la orientación de la política exterior ucraniana. El 1.º de Mayo se organizó una gran manifestación en la que se pedía el referéndum para la federalización y se exhibían pancartas antifascistas.

Alguien debió de pensar que se había llegado demasiado lejos, porque al día siguiente los nacionalistas ucranianos organizaron una gran manifestación para reclamar la unidad nacional. El núcleo de ese evento lo constituían militantes de *Pravy Sektor* —muchos, al parecer, llegados desde Kiev—, así como ultras de los equipos de fútbol Chernomorets Odessa y Metalist Járkov. Como en las guerras de la antigua Yugoslavia, como en el genocidio de Ruanda en 1994 y otros conflictos, hinchas violentos de los equipos de fútbol constituyeron el núcleo de milicias y grupos paramilitares utilizados para combatir en guerras civiles o desencadenar masacres de población civil. Así, de la misma forma que de los ultras del Estrella Roja de Belgrado surgió el núcleo de los «Tigres» de *Arkan* que se distinguieron por llevar a cabo crímenes de guerra en Croacia y Bosnia, de Sect 82 del Metalist Járkov surgió el Batallón Azov, de probada ideología neonazi.

La manifestación nacionalista recorrió Odesa protagonizando enfrentamientos violentos, pues algunos portaban armas de fuego o escudos y garrotes, propios de los «autodefensas del Euromaidan». Al final convergieron sobre Campo Kulikovo, donde atacaron y quemaron las tiendas de los Antimaidán, que corrieron a refugiarse en la Sede de los Sindicatos. Los ultras no se detuvieron allí. Lanzaron numerosos cócteles Molotov contra el enorme edificio hasta que lograron prender un aparatoso incendio. Como este comenzó por la puerta principal, las personas que se habían refugiado allí no pudieron salir. Algunos de los que, presas del pánico, se lanzaron desde las ventanas fueron rematados en el suelo por los ultras. Los bomberos tardaron en llegar, y cuando lo hicieron no pudieron extinguir el fuego porque lo impidieron los grupos de fanáticos que rodeaban el edificio. En total perecieron 42 personas, muchas de ellas asfixiadas o quemadas, y 214 resultaron heridas.

Las imágenes, retransmitidas por televisión en directo, mostraron escenas de una crueldad inaudita. Ultras que seguían lanzando botellas de gasolina contra el edificio cuando ya ardía sin control; jóvenes que se hacían selfis frente a la pira; grupitos rematando a los infortunados que habían saltado y yacían en el suelo traumatizados; jovencitas adolescentes preparando cócteles Molotov; tipos armados con palos merodeando por Campo Kulikovo con gesto extraviado. Imágenes que retrotraían a los pogromos de Lviv en 1918 o, peor aún, los de 1941, protagonizados por partidarios del UPA y simples civiles —entre ellos algunos niños—, los cuales masacraron a miles de judíos tras llegar las tropas alemanas a la localidad, en los primeros días de la invasión de la Unión Soviética[120]. Los mismos rostros de sadismo y borrachera de violencia colectiva bajo el calor del verano y los incendios. Porque la masacre de Odesa fue un pogromo organizado con antelación, en el cual parece que estuvo implicado el mismo alcalde de la ciudad, socio del oligarca Kolomoiski, que dejó actuar a los de *Pravy Sektor* y no hizo nada por detener la masacre[121].

La investigación oficial no llegó a ninguna conclusión y se disolvió en el tiempo y el olvido[122]. Sin embargo, la matanza tuvo un efecto electrizante. Hasta ese momento, las fuerzas presentes en el Donbas habían estado tanteándose. A partir de ese momento, que también coincidió con los combates para la reconquista de Kramatorsk, el choque cobró entidad de guerra abierta.

Las autoridades de Kiev tenían prisa por recuperar el terreno perdido, máxime teniendo en cuenta que el 11 de mayo se celebraría el referéndum para la independencia de las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, y que el 25 de ese mismo mes tendrían lugar las elecciones presidenciales en Ucrania. En esta fase de la guerra, el gobierno decretó la movilización mientras el presupuesto militar se incrementaba en un tercio. A pesar de ello, la falta de medios del Ejército imponía una estrategia de presión y asedios sobre las ciudades a tomar, concentrándose en la recuperación del puerto de Mariúpol, en el sur, y las localidades de Kramatorsk y, sobre todo, Sloviansk, en el centro del frente rebelde, e intentando disputar el control de puntos de acceso a lo largo de la frontera con Rusia. Tal estrategia era la única que se podía aplicar, dadas las circunstancias y medios de las fuerzas armadas ucranianas. Pero tenían la desventaja de que las unidades comprometidas en esos cercos quedaban aisladas en el archipiélago de «islas» que eran las posiciones de los insurgentes, los cuales se centraban en el control de las localidades conquistadas, a veces sin conexión entre sí.

En esas circunstancias, van a celebrarse los referéndums en el Donbas, en los cuales, a pesar de ganar mayoritariamente el sí (sin observadores internacionales), no van a ser reconocidos por ningún país, ni siquiera por Rusia. En cierta manera va a ser un jarro de agua fría a las ambiciones de los sectores más radicales de la insurgencia. Pocos días más tarde, en Kiev, gana las presidenciales el oligarca Petró Poroshenko, el «rey del chocolate». Allí el mundo político surgido de la independencia en 1991 se ha quemado, las convulsiones y la guerra lo han diezmado y las figuras veteranas se

han retirado o no cotizan, en un panorama dominado por nuevas fuerzas y necesidades. Yulia Timoshenko solo obtiene un 12,81% de los votos; el boxeador Vitaliy Klichkó se retira de la carrera por la presidencia y se centra en la alcaldía de Kiev. Los hombres de los alemanes ya no juegan en primera línea, y el insumergible Poroshenko, que subvencionó la *Revolución Naranja,* fue escudero de Yushchenko, ministro de Yanukovich y partidario del Euromaidan, gana las elecciones ya a en la primera vuelta, con un 54,70%, algo no visto en Ucrania desde 1991[123]. Se supone que puede ser una figura de consenso para salir de la crisis que ha generado el estallido de la guerra civil.

Comienza su mandato con energía y triunfalismo. Llega a proclamar que terminará con el conflicto en horas; y en efecto, tras el fracasado intento de retomar el aeropuerto de Donetsk por parte del Batallón Vostok, que se salda con más de una treintena de muertos, la mayoría voluntarios rusos y chechenos, parece que las cosas le están yendo mal al bando insurgente. En base a ello, y a partir de su toma de posesión formal como presidente, a comienzos de junio, Poroshenko desarrolla un plan de paz que lanza oficialmente tras mantener una conversación telefónica con Putin, el 20 de junio. Esta salida diplomática se basa en quince puntos que garantizan la seguridad de los insurgentes para negociar el final de la guerra, la reconstrucción del Donbas, la preservación del idioma ruso como lengua oficial y diálogo para pactar alguna forma de autonomía administrativa. A continuación, decreta un alto el fuego unilateral a fin de favorecer la salida de los voluntarios rusos.

Las negociaciones parecen a punto de alcanzar el éxito. La OSCE hace de mediadora entre Poroshenko y los insurgentes, con la participación del expresidente Kuchma. En Moscú, Putin hace un gesto de buena voluntad: en marzo, durante la crisis de Crimea, había pedido permiso al Consejo de la Federación para enviar tropas al territorio ucraniano. Ahora, en junio, pide la revocación de esa autorización.

Y entonces el sector neofascista de los insurgentes, los neoeurasianistas, hacen descarrilar la posibilidad de un acuerdo situándose en contra de los «conservadores» federalistas y panrusos. Para ellos, lo que propone Poroshenko es la capitulación, y ahí los ultras van a llevar la peor parte. Además, el primer ministro de la RPD, Borodai, y el ministro de Defensa y líder militar en la misma república, Igor Girkin *Strelkov,* así como el resto de los neoeurasianistas —y los comunistas, ya convertidos en *nazbol* o rojipardos— están decididos a demostrar que no son unos peones del Kremlin, y que incluso pueden llegar a imponerle sus ambiciones.

Rotas las negociaciones y expirado el alto el fuego, el 30 de junio las tropas ucranianas reemprenden los ataques y comienzan a obtener resultados tangibles. El 5 de julio logran tomar Kramatorsk, Sloviansk y Artemovsk, romper la cerradura del frente en el Donbas e irse acercando al centro del dispositivo insurgente.

El Estado Mayor ucraniano ha ido cobrando aplomo, y se lanza a planificar asaltos aerotransportados mediante helicópteros para tomar los aeropuertos de Donetsk y Lugansk y también para abastecer a las unidades de cerco que se han ido quedando aisladas en territorio enemigo, sobre todo las desplegadas en la frontera entre Rusia y el Donbas. La estrategia no termina de funcionar, porque los aparatos están anticuados no poseen sistemas de contramedidas y de navegación para operar de noche. Y las tropas de élite ucranianas son insuficientes y solo se puede comprometer a un par de compañías por operación. Pero también porque desde Moscú deciden enviar armamento antiaéreo a los insurgentes. En consecuencia, los helicópteros empezaron a caer uno tras otro, derribados por las ametralladoras pesadas y, sobre todo, los misiles antiaéreos portátiles (MANPADS), con los que, el 14 de junio, incluso lograron derribar un enorme avión de transporte Iliushin Il-76 que pretendía aterrizar en el aeropuerto de Lugansk, matando a cuarenta paracaidistas de la 25.ª Brigada Aerotransportada y a la tripulación del aparato. Así, desde el 2 de

mayo hasta finales del mes de agosto serán derribados por los rebeldes nada menos que diecisiete helicópteros ucranianos, siete aviones de combate y tres aviones de transporte[124]; esto es, una parte sustancial de la fuerza aérea ucraniana ha quedado fuera de combate.

Pero conforme la apuesta rusa sube, se produce un incidente muy grave: el derribo del vuelo 17 de la Malaysia Airlines (MH17) sobre territorio del Donbas, el 17 de julio. Cubría el trayecto entre Ámsterdam-Schiphol y Kuala Lumpur. Murieron 283 pasajeros y 15 miembros de la tripulación. Más de siete años después de la catástrofe, en diciembre de 2021, la Fiscalía neerlandesa presentó sus conclusiones en el juicio sobre el derribo, proceso que se sigue en ese país, aunque continúan sin haber sido esclarecidos todos los hechos.

La hipótesis ucraniana y de los analistas occidentales fue que el MH17 resultó derribado por los insurgentes, que estaban recibiendo ayuda antiaérea suplementaria de los rusos en forma de baterías de misiles capaces de abatir aviones a gran altura. En este caso, parece que un transporte provisto del sistema de misiles Buk-1 había accedido al Donbas cruzando la frontera rusa y había cometido un error al derribar al avión de pasajeros, confundiéndolo con un transporte militar ucraniano. En concreto, la investigación internacional identificó a la 53.ª Brigada de Misiles Antiaéreos del Ejército ruso como la unidad orgánica a la que estaba adscrito el misil responsable del derribo, y señaló a tres responsables rusos y un ucraniano, ente ellos Igor Girkin[125]. Sin embargo, la responsabilidad del disparo fue de la unidad de cosacos del atamán Nikolai Kozitsin[126] . Al parecer, por entonces, y debido al peligro que representaban las defensas antiaéreas insurgentes para la aviación ucraniana, aparatos de esa nacionalidad habían intentado acceder al teatro de operaciones situándose bajo la sombra del radar de naves comerciales.

Los insurgentes negaron la responsabilidad del hecho y respondieron con sus propias explicaciones[127], pero, sea como

fuere, el incidente perjudicaba gravemente su imagen y la de sus protectores. El apoyo internacional al régimen de Kiev se reforzó y se redobló la intensidad de la ofensiva militar contra los insurgentes hasta ponerlos contra las cuerdas. Una cuña penetró en su territorio separando e incomunicando a Donetsk con Lugansk, los ucranianos sostenían combates a las puertas de ambas capitales y la plaza fuerte de Gorlovka estaba asediada. El territorio de la República Popular de Donetsk, por otra parte, quedó aislado de la frontera rusa. Los ucranianos combatían con rabia, sin contemplaciones, y bombardeaban zonas de población civil con artillería y lanzacohetes múltiples, provocando muchas bajas. Llegó un punto en que estas acciones enturbiaron la solidaridad con las fuerzas de Kiev a raíz del derribo del MH17.

A comienzos de agosto, el mapa del territorio controlado por los insurgentes en el Donbas parece desgarrado, hecho trizas, por la ferocidad del ataque ucraniano. En medio de esta situación, ya desde finales de julio, Igor *Strelkov* clama públicamente contra Putin pidiendo ayuda militar. Denuncia su aparente pasividad y amenaza con un Maidan en Moscú. «Espero que la tragedia de Ucrania no se convierta en la tragedia de Rusia, ni en la tragedia personal de Putin», escribió Igor Druzd, el asesor de *Strelkov*[128].

Finalmente, Putin decide intervenir. No puede dejar tirados a los insurgentes en la derrota después del derribo del MH17, porque sería como admitir que la causa del nacionalismo ruso en Ucrania se resume en una chapuza criminal, en la imagen de decenas de cadáveres de viajeros desmembrados cayendo sobre viviendas y campos del Donbas debido a la torpeza de los milicianos. Pero los neoeurasianistas no pueden seguir asumiendo la responsabilidad política máxima y el mando militar de las Repúblicas Populares del Donbas. Si Putin se lo permite, los neoeurasianistas de Moscú, a su vez, cobrarían demasiada influencia en su entorno, en detrimento del equilibrio de poder.

Primero llegan las purgas. Igor Girkin *Strelkov* es cesado como ministro de Defensa de la RPD, el 14 de agosto. Alexander Borodai

había dejado su cargo de primer ministro ya una semana antes. En Lugansk, Valery Bolotov deberá abandonar la presidencia el 14 de agosto. Esos cargos recaerán en manos de nacionalistas panrusos, más moderados: Aleksandr Zajarchenko, el líder de Oplot, sustituirá a Borodai. Los recién ascendidos son todos ucranianos del Donbas, frente a los neoeurasianistas cesados, vistos ahora como unos «aventureristas» de nacionalidad rusa. Un desconocido Vladimir Kononov *Tsar,* teniente coronel de las fuerzas armadas de la RPD, sustituirá a *Strelkov*. Pero da igual, porque a partir de entonces la marcha de las operaciones la llevarán militares rusos de alta graduación, y en la sombra.

Los refuerzos comienzan a cruzar la frontera el día 15 de agosto, justo al día siguiente de las purgas efectuadas en el Donbas. Pero la operación no se limita a enviar material militar y tropas. Es todo el estilo operativo el que va a cambiar, sustituyendo la guerra de insurgencia que desarrollan las milicias prorrusas por despliegues y tácticas profesionales de última generación. A mediados de agosto, los mandos rusos van a poner en liza los GTIA o Grupos Tácticos Interarmas, en su denominación francesa y española, o BTG (Батальонная тактическая группа, Battalion Tactical Group), en sus siglas rusas y anglosajonas. Por entonces era un concepto táctico de reciente aparición. Consistía en formar una unidad tipo batallón reforzada con diversas capacidades para operar de forma semiautónoma en una misión concreta. La variante rusa de este concepto agrupaba *ad hoc* a unos quinientos hombres que combinaban una gran potencia de fuego y una movilidad procedente de diversas unidades. En el Donbas reunían carros de combate, transportes de tropas blindados y artillería móvil[129]. Se había comprobado que la artillería bien utilizada resultaba devastadora contra las fuerzas ucranianas. El 11 de julio, en Zelenopilya, un batallón mecanizado ucraniano había sido diezmado en tan solo tes minutos por salvas de diversos tipos de cohetes, termobáricos y anticarro, lanzados por LRM o lanzacohetes múltiples[130] (los célebres «órganos de Stalin» de la Segunda Guerra Mundial). La

superioridad rusa en la utilización del arma de artillería era histórica, al ser esta la que permitió contrarrestar a la caballería tártara en las estepas ya desde el siglo XVI. Los oficiales superiores ucranianos, formados en las academias de la Unión Soviética, también han recurrido a la artillería, y de hecho esta arma es la responsable del 85% de las pérdidas en la guerra del Donbas[131]. Por lo tanto, los GTIA o BTG rusos van a integrar una gran potencia de fuego artillero móvil: LRM, obuses automotores de 152 o 203 mm y piezas de 122 mm. Todo ello permite golpear al enemigo en profundidad, hasta distancias incluso de 90 kilómetros, lo que favorece que esas unidades, que se introducen clandestinamente en Ucrania, no sean detectadas por las fuerzas de Kiev. Contribuirá a ello la cuidadosa elección de soldados bien adiestrados y con alta moral, seleccionados para la ocasión y que solo van a permanecer sobre el terreno unas pocas semanas. De otra parte, los GTIA se camuflarán en el seno de las unidades milicianas insurgentes. Hacia finales de agosto, el número de efectivos rusos en Ucrania pasa de los 3.500 a los 6.500, según estimaciones, lo que equivale al 15 o 25% del total de fuerzas insurgentes en el Donbas[132].

La contraofensiva rusa, desde mediados de agosto, pilla por sorpresa al gobierno ucraniano y a los países occidentales, que ya daban por finiquitada la insurgencia en el Donbas. El golpe ofensivo inicial de los rusos se produce la noche del 23 al 24 de agosto en el frente ucraniano de la frontera, cuando el 5.º Batallón Territorial se desbanda ante la acometida rusa y deja una brecha de 40 kilómetros por la que pasa un centenar de vehículos. Al mismo tiempo, en el norte, otro BTG ruso utiliza morteros 2S4 Tyulpan, los más potentes del mundo, de 239 milímetros y munición de 230 kilos guiada por láser contra las fuerzas ucranianas que ocupan el aeropuerto de Lugansk. Cuando la 1.ª Brigada Blindada ucraniana intenta un contraataque, ha de hacer frente a los carros de combate rusos T72B y T90 en el primer choque de tanques a gran escala, en Europa, desde la Segunda Guerra Mundial. Los blindados

ucranianos son rechazados y los paracaidistas abandonan el aeropuerto de Lugansk el 1.º de septiembre.

Pero el golpe más letal lo sufren los ucranianos en la localidad de Ilovajsk, al sureste de Donetsk. Allí, fuerzas de los batallones Dombass, Dnipro y Jerson, además de elementos de una brigada de tanques y dos mecanizadas, son cercados desde el 24 de agosto y machacados por la artillería rusa, sin que otras fuerzas ucranianas puedan romper el cerco. En la retirada subsiguiente, negociada por los altos mandos, se producen nuevas pérdidas en combates hasta el 29 de agosto; Ilovajsk es reconquistada por los rusos el 1.º de septiembre. Esta batalla, muy sangrienta, fue el mayor desastre militar del Ejército ucraniano hasta entonces, con unas pérdidas de entre 450 y un millar de hombres y un número similar de heridos y prisioneros[133].

Ante este desastre, como había sucedido poco antes en el bando insurgente, las «unidades políticas» protestaron por la ineficacia del alto mando, desde el comandante del Batallón Donbass, Semén Semenchenko, que acusó al gobierno de haberlos abandonado en Ilovajsk, hasta paramilitares del Euromaidan en Kiev, que amenazaron con volver a movilizarse. La derrota fue vista por los ultranacionalistas como un intento de marginarlos y eliminarlos enviándolos al combate. Como anécdota, Volodímir Parasiuk, el joven líder del grupo de autodefensa que la noche del 20 de febrero había lanzado el ultimátum a Yanukovich para que dejara el poder, alistado posteriormente en el Batallón Donbass, fue hecho prisionero por los rusos en la batalla de Ilovajsk.

El último BTG se abrió paso por la costa capturando Novoazovsk el 27 de agosto y dirigiéndose hacia la ciudad portuaria de Mariúpol, uno de los trofeos más preciados en la guerra del Donbas. Cercada por los rusos, los combates en su extrarradio comenzaron el 4 de septiembre pero concluyeron enseguida ante la firma del Protocolo de Minsk, al día siguiente, que ponía fin a las hostilidades.

La iniciativa diplomática era el resultado del desplome de la moral ucraniana ante la intervención militar rusa. Es imposible pensar en la

reconquista del Donbas por la fuerza de las armas, al menos por el momento, y se impone regresar a la mesa de negociaciones. Estas tienen lugar en Minsk, la capital de Bielorrusia, y reúnen al expresidente Leonid Kuchma como representante del Estado ucraniano, al embajador ruso en Kiev, a los líderes de las RPD y RPL, Zajarchenko y Plotnitski, y a una diplomática suiza por parte de la OSCE. El acuerdo que se firma se basa en los quince puntos enunciados por Poroshenko el 20 de junio, reducidos a doce. Y se agrupan en disposiciones para detener los combates y supervisar la paz y la frontera ruso-ucraniana; liberación de detenidos, secuestrados, prisioneros; mejora de la situación humanitaria en el Donbas, además de recuperación económica de la región; salida de las fuerzas y combatientes extranjeros de territorio ucraniano, y puesta en marcha de la descentralización del poder en Donetsk y Lugansk a través de una ley ucraniana de estatuto especial, lo cual se articularía a partir de unas elecciones locales anticipadas.

Este primer acuerdo sobrevive poco tiempo, porque el 28 de septiembre los combates se reanudan en torno al aeropuerto de Donetsk. La línea del alto el fuego pasaba por sus pistas y era la última porción de territorio insurgente en manos de las fuerzas ucranianas. Por ende, aunque en esta segunda batalla del aeropuerto de Donetsk intervinieron diversas unidades regulares, sobre todo del lado ucraniano, los protagonistas fueron batallones paramilitares de ideología ultra: el Batallón Dnipro y sobre todo el DUK de *Pravy Sektor* por parte ucraniana, así como la Brigada Vostok y unidades de reciente formación: el Batallón Sparta y el Batallón Somalia, del lado insurgente. La batalla, que se prolongó hasta enero de 2015 y en la que los prorrusos lograron ocupar las instalaciones, fue un combate urbano claustrofóbico entre las instalaciones del aeropuerto, reducido a ruinas deformes, similar a la que tendría lugar en Mariúpol en la primavera de 2022. Como en esta batalla, en la del aeropuerto de Donetsk las unidades ucranianas forjaron su propia leyenda llevando orgullosamente el sobrenombre de *cíborgs* que le puso el mismo enemigo. El 16 de

enero se conmemora en Ucrania la fiesta patriótica del Día de los Cíborgs, medio humanos y medio máquinas, superhombres invulnerables.

Pero con todo y con ello, la guerra todavía no había concluido. Aún faltaba la batalla más dura, el choque más cruento. Acaeció en Debáltsevo, un punto estratégico de gran importancia por ser cruce de carreteras y centro ferroviario. Su ocupación por las tropas ucranianas impedía la conexión directa entre las ciudades de Donetsk y Lugansk, las capitales rebeldes. La localidad ocupaba el centro de una cuña que penetraba más de treinta kilómetros en el frente insurgente y que estaba bien defendida y artillada por unos 6.000 hombres.

Los insurgentes no están dispuestos a que los acuerdos sobre líneas del frente pactados en Minsk perpetúen la situación estratégica creada desde julio por la cuña de Debáltsevo y el 22 de enero lanzan una gran ofensiva para cerrarla y embolsar a los defensores. Para ello ponen en línea a unos 19.000 hombres, la casi totalidad de sus fuerzas de maniobra. Han echado mano de todo lo que han podido, incluyendo el Batallón Prizrak, que agrupa a los voluntarios internacionales, 7.000 hombres de la Guardia Nacional Cosaca y dos BTG rusos, uno en cada flanco de la cuña. Solo ese despliegue ya era una prueba de que los insurgentes no estaban cumpliendo los Acuerdos de Minsk, puesto que no habían evacuado a los combatientes extranjeros.

La batalla debuta con un potente bombardeo de artillería, pero los insurgentes y las tropas rusas empiezan a constatar que los ucranianos resisten mejor, porque están atrincherados y las nuevas tácticas del enemigo ya no les sorprenden como hace medio año. De esa manera, se desarrolla una batalla de desgaste que prefigura las que se librará siete años más tarde en esas mismas tierras. El 6 de febrero los combates se ralentizan mientras los rusos introducen refuerzos hasta alcanzar un total de 10.000 soldados[134]. Dos días más tarde, relanzan la ofensiva con tormentas artilleras de una violencia no vista hasta ese momento en la guerra del Donbas. En

conjunto, y salvando las proporciones, el choque recuerda la batalla de Kursk, durante la Segunda Guerra Mundial, solo que en este caso los atacantes son los rusos.

El 10 de febrero, embistiendo desde el oeste, los rusos cruzan el saliente y se hacen con la aldea de Lohvinovo, que son cuatro casas pero que corta la carretera M3, eje logístico del saliente. Para no quedar aislados, los ucranianos contraatacan, incluso con tanques, y el 12 de febrero se vive el choque más violento de la guerra. En él, la 5.ª Brigada rusa de carros, que forma el núcleo de la correspondiente BTG, pierde ocho tanques T72 B3 contra cuatro T64 ucranianos, otra prueba de que estos están aprendiendo con rapidez.

Pero como un cascanueces implacable, los rusos siguen haciendo crujir el saliente con nuevo material, más lanzacohetes, más carros de combate, y todas sus fuerzas convergen hacia Debáltsevo. Los nuevos Acuerdos de Minsk se firman el 15 de febrero, pero los choques no cesan. El asalto final se produce al día siguiente. El ataque viene precedido del envío de SMS a los móviles de los soldados ucranianos con mensajes que les aconsejan rendirse. A la par, la electrónica rusa consigue interferir las comunicaciones del alto mando ucraniano con sus sistemas R-330Zh Zhitel y las salvas de artillería son dirigidas por drones[135]. De esa forma se hunde todo el frente, y la localidad de Debáltsevo es tomada al asalto.

El Estado Mayor ucraniano intenta evacuar a toda prisa el saliente, en la noche del 17 al 18 de febrero, pero la operación se desordena y termina por dislocarse en pequeños grupos que escapan como pueden por el paisaje gélido y sufren fuertes pérdidas.

---

[103] González (2016): p. 171.

[104] Véase «The Donbass Battalion prepares to save Ukraine from separatists», por Sabra Ayres, en *AlJazeera America,* 29 de junio de 2014 [consultable en red].

[105] «Ukraine turns a blind eye to ultrarightist militia», por Jack Losh, *The Washington Post,* 13 de febrero de 2017 [consultable en red]; «Kiev's protesters: Ukraine uprising was no neo-Nazi power-grab», por Luke Harding, en *The Guardian,* 13 de marzo de 2014 [consultable en red].

[106] Para un análisis desapasionado: Vyacheslav Tseluyko, «Rebuilding and Refocusing the Force. Reform and Modernization of the Ukrainian Armed Forces», en Howard y Pukhov (2014): pos. 4265 a 4285.

[107] «The Swedish Neo-Nazis "Volunteers" of Kiev», por Michael Moynihan, en *Daily Beast,* 28 de febrero de 2014 [consultable en red]; «Swedish neo-Nazis join fight in Ukraine», en *The Local,* 30 de julio de 2014 [consultable en red].

[108] «Why American Right-Wingers Are Going to War in Ukraine», por Alexander Clapp, en *Vice magazine,* 20 de enero de 2016 [consultable en red].

[109] «Ukraine crisis: the neo-Nazi brigade fighting pro-Russian separatists», por Tom Parfitt, en *The Telegraph* [consultable en red].

[110] «Foreigners Who Fight And Die For Ukraine: Russians join Ukrainians to battle Kremlin in Donbas», por Oleg Shukov, en *KyivPost,* 24 de abril de 2015.

[111] «ZOG Hate My Brains», por Chip Berlet, en *New Internationalist,* 2 de octubre de 2004 [consultable en red].

[112] Todas las referencias en «US fascists debate the conflict in Ukraine», post cit.

[113] «Eastern Ukraine: Humanitarian disaster looms as food aid blocked», *Amnesty International,* 24 de diciembre de 2014 [consultable en red].

[114] «A Necessary Putsch?», por Ben Hartman, *The Jerusalem Post,* 29 de octubre de 2010 [consultable en red].

[115] Para una aproximación rápida, véase por ejemplo: «Dos oligarcas rusos riegan con sus fortunas el movimiento antifeminista en Europa», por Ángel Munarriz, en *infoLibre,* 7 de marzo de 2022 [consultable en red]. Para el trabajo seminal de referencia: Datta (2016).

[116] La carta se puede leer en varias direcciones, en la red. Por ejemplo, en «La solidarietà di Forza Nuova con i fascisti ucraini», por Marco Santopadre, en

Contropiano, post 27 de febrero de 2014 [consultable en red].

117 Snyder (2018): pp. 145-146.

118 *Ibid.,* p. 144.

119 *Ibid.,* p. 143.

120 Amar (2015): pp. 94-98, para detalles y referencias sobre el pogromo de Lviv; Motzkin (1927/2010), para los pogromos en Ucrania entre 1917 y 1920, durante la primera independencia.

121 Ruiz Ramas (2016): p. 152.

122 Véase el vídeo de noticias: «Ucrania, crimen sin esclarecer», enfoque Europa, *Deutsche Welle,* 28 de abril de 2017 [consultable en YouTube].

123 Para la carrera de Poroshenko como oligarca y político, véase Sakwa (2016): pp. 63-65. También: Ward (2016).

124 Goya (2022): pp. 25-26.

125 «MH17 Ukraine plane crash: What we know», en *BBC News,* 26 de febrero de 2020 [consultable en red].

126 «From the archives: SBU intercepts phone conversations of separatists admitting downing a civilian plane», por *Kyiv Post,* 18 de julio de 2014 [consultable en red].

127 «Conspiracy Files: Who shot down MH17?», por Mike Rudin, 25 de abril de 2016 [consultable en red].

128 «Putin’s Number One Gunman in Ukraine Warns Him of Possible Defeat. Igor Strelkov, the rebel commander many hold responsible for firing on MH17, is sending a thinly veiled warning to the Kremlin that he won’t go down alone», por Anna Nemtsova, *The Daily Beast,* 25 de julio de 2014 [consultable en red].

129 Goya (2022): pp. 36-37.

130 *Ibid.,* p. 29.

131 *Ibid.,* p. 31.

[132] *Ibid.,* p. 37.

[133] *Ibid.,* p. 40.

[134] *Ibid.,* p. 45.

[135] *Ibid*.

CAPÍTULO 9

GRANDES PLANES DE HUMO

EL RÉGIMEN DEL *EUROMAIDAN* APLICA LA TERAPIA DE CHOQUE, 2015-2016

> La propaganda, para ser eficaz, debe ser creída. Para ser creída, tiene que ser creíble. Para ser creíble, debe ser verdad.
>
> Hubert H. Humphrey

La firma de los Acuerdos de Minsk II dejó, de nuevo, muy mal parado a Poroshenko. Ya en Minsk I había tenido que pactar con los dirigentes de las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, es decir, aceptar el hecho consumado de que en esas regiones de Ucrania gobernaban unos poderes que lo trataban de tú a tú. Vladimir Putin había impuesto esa condición. El presidente ucraniano había accedido porque estaba claro que las fuerzas armadas ucranianas no tenían ya la superioridad en el campo de batalla. Se había rendido ante los rusos.

En meses sucesivos, estos habían retocado a tiro limpio las fronteras *de facto* entre Ucrania y lo que ya eran unas soberanías aceptadas por Kiev. Pero no solo no se habían desprendido de los combatientes extranjeros, como se estipulaba en Minsk I, sino que mantenían las fronteras abiertas de par en par, a fin de que siguiera entrando la ayuda militar rusa a caño libre, como había quedado demostrado en la batalla de Debáltsevo.

Y es que la hoja de ruta que marcaban los Acuerdos de Minsk no se podía seguir. Paul D’Anieri lo sintetizó con sagacidad:

> La propuesta de una mayor autonomía regional fue vista como una «píldora venenosa» para Ucrania. Haría a Ucrania responsable de reconstruir las

> regiones devastadas, al tiempo que otorgaría a las regiones (y por extensión, al parecer, a Rusia) un veto sobre la futura reforma y orientación internacional de Ucrania
>
> [...]
>
> Cada lado esperaba que los compromisos que favorecía no fueran negociables, mientras buscaba evitar los compromisos que consideraba inaceptables. El resultado fue un acuerdo que no se pudo implementar, pero tampoco se pudo abandonar[136].

De esa forma, los Acuerdos de Minsk se convirtieron en una genuina *Trampa 22* para todos en general y para Poroshenko en particular.

En el frente de la política interior, la situación también era delicada. Durante la batalla de Debáltsevo, el Batallón Donbass volvió a quedar atrapado en el embolsamiento, y de nuevo su comandante, Semén Semenchenko, clamó que el gobierno los había dejado abandonados y reclamó la creación de un ejército paralelo, que no podía ser sino un «ejército político» de tendencia ultranacionalista o incluso neonazi, similar a las Schutzstaffel de la Alemania nazi, con sus correspondientes divisiones Waffen SS.

Junto con el temor a un golpe de Estado de los radicales, o a una presión continuada, también había cobrado nueva carta de naturaleza la espinosa cuestión de los oligarcas. Como se ha visto, habían contribuido al esfuerzo de guerra equipando las unidades paramilitares que habían tenido un destacado papel en los primeros compases de la contienda en el Donbas. En algunos casos, como el de Ajmetov —aunque no era el único—, habían procurado nadar entre dos aguas a fin de que sus intereses en las zonas insurrectas no quedaran demasiado perjudicados, en especial durante la «fase eurasianista» de las repúblicas populares. No era un asunto baladí: el mencionado oligarca daba trabajo a casi 300.000 personas en Donetsk antes de la guerra. Y eso implicaba mucho poder político, teniendo en cuenta que esa región era de las más ricas de Ucrania.

Como no podía ser menos, esa explosiva precariedad no estaba arropada por un sistema político maduro y estable. Desde octubre, en que se habían celebrado elecciones parlamentarias, el

presidente se apoyaba en el denominado Bloque Petró Poroshenko, una coalición *ad hoc* formada con escisiones de estos y los otros, de tendencia derechista liberal, que se llevó la mayoría de escaños, 132, ayudado por la ingeniería electoral. El Partido de las Regiones no se había presentado a los comicios, pero se había metamorfoseado en una formación denominada Bloque de Oposición, que solo obtuvo un 9,43% de los votos y 29 escaños. Entre ambos se habían repartido los bastiones del Partido de las Regiones, en el este y sur de Ucrania. El centro y oeste de Ucrania, las zonas más nacionalistas, quedaron en manos del Frente del Pueblo (82 escaños), un partido nacional-populista fundado en ese mismo año por el expresidente Oleksandr Turchinov, el primer ministro Arseniy Yatseniuk, ambos del entorno de *Batkivshchyna* (Patria), y Yulia Timoshenko.

Con esos mimbres se erigió el poder político de la nueva Ucrania desgarrada, que solo un año más tarde ya contaba con muy escasa confianza de la población. En diciembre de 2015 solo un 19% de la ciudadanía tenía confianza en el presidente. En el caso del gobierno, el cual seguía estando en manos de Yatseniuk, ese porcentaje caía hasta un dramático 8%. Esa tendencia continuó durante todo el mandato de Poroshenko hasta hacer de Ucrania uno de los países del mundo con el nivel de confianza más bajo en su gobierno, según datos de Gallup[137].

La razón de ese rechazo era muy evidente para todos los ucranianos que conocen su país: la corrupción, la crisis económica, el empobrecimiento generalizado. En efecto, el final de la fase aguda de la guerra no trajo la recuperación, sino la caída del PIB, la contracción económica, el descenso en la producción, la bajada de las exportaciones. Ucrania se fue convirtiendo en uno de los países más pobres de Europa. A escala internacional, su nivel de riqueza era comparable al de El Salvador; o al del Irak invadido y destruido posterior a 2003, y quizá no por casualidad. En 1992 compartía PIB con Polonia, pero once años más tarde ese país había triplicado el suyo, mientras que Ucrania no había logrado recuperar el que tenía

por entonces. Una conclusión desoladora, un dato a retener, aunque sea insistente: en 2014 Ucrania no había conseguido recuperar el nivel de su PIB en 1991[138].

En consecuencia, los ucranianos emigraron, las parejas optaron por no tener hijos. El país perdió diez millones de ciudadanos; uno de cada tres vivía por debajo del umbral de pobreza. Hacia finales de la década, el 12% del PIB de Ucrania procedía de las remesas de la emigración.

Las razones de este desastre estaban bien a la vista. En primer lugar, el hecho de que Ucrania acababa de perder buena parte del Donbas, un territorio especialmente rico, con sus minas, recursos y empresas. Eso de por sí ya habría tenido un impacto económico apreciable. Pero es que, además, la guerra también había servido para cortar la gran mayoría de los vínculos comerciales y financieros con Rusia, echándose en brazos de la Unión Europea. El tajo fue espectacular, y los gráficos enseguida mostraron el efecto tijera a partir de 2014. El 40% de intercambios con Rusia en 1996 descendió hasta menos del 10% en 2016. Consecuentemente, del 20 o 23% de ese primer año, el comercio con la UE se incrementó hasta superar el 40% un año después de Minsk II[139]. De hecho, el Acuerdo de Asociación con la UE que Yanukovich había rechazado se firmó el 21 de marzo de 2014, solo un mes después de que triunfara el pulso de Euromaidan[140]. Eso ya supuso negociar en 2015 un acuerdo para asistencia con el FMI por valor de 15.500 millones de euros, por cuatro años, lo cual formaba parte de un paquete de asistencia (financiera) más amplio que debería alcanzar los 40.000 millones de dólares. «Es un programa ambicioso, duro y no sin riesgos», había señalado Christine Lagarde, la directora gerente del FMI. Por supuesto que lo era. De entrada, supuso «acometer reformas nunca vistas» en Ucrania —esto es, reformas hacia la privatización masiva—, así como un incremento significativo de los precios del gas, hasta del 56%, y de los combustibles, hasta del 40% durante 2014»[141].

Pero el impacto de las privatizaciones, los salarios, los precios, las pensiones, todo ese ritual de reajuste liberal en la línea del TINA, no tuvo ningún efecto en la eficacia de lo que la confiada Lagarde anunció como «reformas de gobernanza y otros cambios legales que pondrán en marcha una agenda de lucha contra la corrupción»[142]. Muy al contrario, la privatización radical en un país gobernado por oligarcas y presidido por una especie de Berlusconi a la ucraniana llevó a una verdadera orgía de corrupción y despilfarro que tuvo el efecto de alejar a Ucrania de su posible ingreso en la Unión Europea.

Por último, los oligarcas, actuando como verdaderos toros en una cacharrería, cada vez más desprovista, terminaron de repartirse los beneficios derivados de las privatizaciones, los préstamos internacionales y las inversiones en defensa resultado del estado de guerra, haciendo juegos malabares con todo ello a fin de enjugar pérdidas y salvar lo salvable. Íhor Kolomoiski, el gran ganador de la «revolución del Euromaidan», vio cómo la guerra del Donbas puso en peligro su participación en el negocio metalúrgico en Lugansk; pero se las apañó para conseguir un contrato exclusivo para suministrar combustible a los militares, con la posibilidad de que pudiera extenderse al abastecimiento del complejo agroindustrial. Vladimir Putin, al cual Kolomoiski le profesaba un odio —real o fingido— ostensible, llegó a decir de él: «Es un chorizo único. Incluso logró engañar a nuestro oligarca, Roman Abramovich, hace dos o tres años. Lo tangó, como les gusta decir a nuestros intelectuales»[143]. No era ningún piropo: Putin había logrado imponer la vertical de poder a los oligarcas rusos. Ningún presidente ucraniano lo había podido hacer con sus magnates, que campaban a sus anchas[144].

Como buenos caciques, los oligarcas podían ponerse de acuerdo, unir fuerzas o disputar y hasta combatirse según las circunstancias, lo que, por supuesto, podían hacer también contra el gobierno. En la primavera de 2015 parecía llegado el momento de «desoligarquizar el país», o así se vendió en medios occidentales.

Eso implicaba que el presidente Poroshenko salía «a la caza de oligarcas», según titulaba *Atlantic Council* en una crónica[145]. Allí se relataba el pulso entre Ajmetov y Kolomoiski de una manera un tanto esquemática y de forma indirecta se relataba la disputa por la empresa estatal Ukrnafta, el mayor productor de petróleo y gas de Ucrania. Kolomoiski había enviado a uno de sus batallones de voluntarios —el Dnipro-1— a la sede de Ukrnafta en Kiev. Al final, el presidente Poroshenko había hecho prevalecer los intereses de Estado, cesando de paso a Kolomoiski como gobernador provincial de Dnipropetrovsk[146]. Sin embargo, el artículo de *Atlantic Council* detallaba los amplios límites de tolerancia concedidos al supuestamente damnificado: pagos por dividendos retrospectivos de Ukrnafta (2.300 millones de dólares), sobreseimiento de auditorías sobre las pasadas actividades comerciales y nombramiento de un aliado de Kolomoiski, escogido por él mismo, como nuevo gobernador de Dnipropetrovsk.

Pero quizá la partida más aparatosa fue la que se jugó en torno a la nacionalización de PrivatBank, fundado por Kolomoiski en 1992 y que llegó a ser el mayor banco privado de Ucrania. La operación tuvo lugar en diciembre de 2016, en medio de una considerable confusión y falta de transparencia[147]. Con el tiempo, se fueron abriendo paso rumores sobre el trasfondo de una operación que no parecía ser necesaria y que estaba relacionada con la masiva economía ucraniana en la sombra, que ascendía, *grosso modo,* a la mitad del PIB[148].

En concreto, Ucrania se había convertido en un centro de blanqueo de capitales, y parte de esa actividad pasaba por el PrivatBank, que concedía préstamos a compañías y empresas sin activos reales. En realidad, estas operaciones no eran sino evasiones de capital que iban a parar a cuentas extranjeras no identificadas. La nacionalización del banco no fue tal, sino su compra por el Estado y por una cantidad simbólica, de modo que las multimillonarias deudas del banco pasaron a ser enjugadas por el presupuesto y a cargo de los contribuyentes ucranianos. Todo ello

sin ser debatido en la Rada, sino en base a una decisión del presidente, el primer ministro y el presidente del Banco Nacional. Lógicamente, los rusos hicieron sangre con este asunto[149]. Pero es que, ciertamente, las implicaciones potenciales de la nacionalización del PrivatBank eran descomunales, teniendo en cuenta, además, que ese banco parecía centralizar buena parte de los préstamos internacionales concedidos a Ucrania. A todo ello, por supuesto, la operación de nacionalización, tal fue como fue gestionada, sirvió para librar a Kolomoiski de toda investigación y responsabilidad en las operaciones del que había sido su banco durante veinticuatro años.

Aún había más. En 2015, un experto en transacciones financieras internacionales ilícitas publicó un artículo de investigación sobre el lavado de capitales en Ucrania. En él, su autor, Graham Stack —nada que ver con el futbolista irlandés homónimo—, explicaba y documentaba con detalle, y por primera vez, cómo se efectuaba el blanqueo de capitales en un Estado postsoviético[150]. Lo interesante del caso era que la Unión Europea participaba de una forma u otra, por activa o por pasiva, consintiendo o mirando hacia otro lado. La clave de las operaciones de blanqueo en Ucrania radicaba en el «nexo báltico», a partir de los «centros de conversión», esto es, en una serie de bancos radicados en los Países Bálticos, y especialmente en Letonia. Los ejemplos descritos por Stack reúnen la participación de bancos británicos, chipriotas, sudafricanos, kirguises, estadounidenses y ucranianos, cuentas de ciudadanos rusos y empresas ficticias en Panamá y Nueva Zelanda, girando todo ello en torno a un banco letón.

Los mecanismos descritos muestran cómo el sistema financiero neoliberal aplicaba en Ucrania los habituales mecanismos de la «terapia de choque» que ya habían experimentado otros países en la Posguerra Fría, y entre ellos la Rusia de Yeltsin en los años noventa. Por lo tanto, existía una continuidad con el periodo de la denominada «economía canalla», descrito en su día por Loretta Napoleoni[151]. Más crudo, si se quiere, aún más desvergonzado y

atropellado. El sistema todavía estaba convaleciente de la Gran Recesión y aplicaba cinta americana por aquí y por allá para mantener unidas las piezas del puzle, aunque a veces eran imposibles de encajar.

Más allá del abrazo de oso de la Unión Europea, Ucrania parecía haberse convertido en un Estado clientelar de los estadounidenses. El entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Joe Biden, lo decía medio en broma, medio en serio: «¡Hablo más por teléfono con Poroshenko que con mi mujer!»[152]. Pero no era el único. La Embajada estadounidense era el centro del poder en Kiev: los mismos políticos ucranianos se referían abiertamente a nombramientos y despidos en el gobierno examinados personalmente por el embajador Geoffrey Pyatt, e incluso el mismísimo vicepresidente Joe Biden. Sí, el mismo que alcanzaría la presidencia de los Estados Unidos en 2021 y al año siguiente haría suya la «guerra de Putin» en Ucrania. La labor de asesoría incluía evaluaciones de ministros con los cuales los americanos estaban particularmente satisfechos. Por ejemplo, Natalia Jaresko (ministra de Hacienda); Aivaras Abromavichus (ministro de Economía); Aleksei Pavelko (ministro de Política Agraria y Alimentación), que prometió privatizar la tierra, o Andrei Pivovarskiy (ministro de Transporte).

En aquellos años posteriores a la guerra del Donbas, se tomaban muy en serio la tarea de convertir al país en una marioneta de los Estados Unidos. Un cargo del Bloque Poroshenko comentaba del embajador: «Pyatt es un rollo diferente [al resto de los cabilderos estadounidenses]. No admite un no»[153]. Otro cargo del mismo partido detallaba:

> Geoffrey Pyatt se reúne con el jefe [Poroshenko] aproximadamente una vez cada dos semanas. Estuve presente durante una de esas reuniones. Duró 15 minutos. Inmediatamente, el embajador sacó sus notas y con firmeza señaló las acciones a realizar. Después de esto, el jefe explicó brevemente lo que ya se había hecho[154].

Y en diciembre de 2015, el mismo Biden, por entonces vicepresidente de Barack Obama, se dirigió a la Rada ucraniana en estos términos:

> Para que Ucrania continúe progresando y mantenga el apoyo de la comunidad internacional, también debe hacer más. Lo más importante es que avancen con su programa del FMI, lo cual requiere reformas difíciles. Y son bien difíciles. Permítanme decir entre paréntesis aquí: todos los expertos de nuestro Departamento de Estado y todos los grupos de expertos vienen [a Kiev] y les dicen que saben que lo que deben hacer es lidiar con las pensiones. Que deben tratarlo como si fuera fácil de hacer. Demonios, estamos teniendo problemas en Estados Unidos para lidiar con eso. Estamos teniendo problemas. En muchos lugares, votar para aumentar la edad de jubilación es escribir el propio obituario político[155].

Más allá de la monitorización de la «terapia de choque», se abría el capítulo de los grandes planes para la nueva Ucrania. No se publicaban en las portadas de los medios de prensa, pero andaban por ahí, se manejaban. Por ejemplo, reconvertir la economía del país a la agricultura. Olvidarse de los grandes combinados de industria pesada. Eso supondría conceder más peso a la mitad occidental de Ucrania en detrimento de las zonas minero-industriales del este. De hecho, daba la sensación de que, a pesar de Minsk II, el nuevo régimen ya daba por perdido el Donbas y se desconectaba de él. Se dejaron de pagar las pensiones allí, se liquidó la administración del Estado en la región y los funcionarios que no eran originarios de la zona dejaron las nuevas repúblicas.

Cabía la posibilidad de transformar a Ucrania en un *hub* energético, pensado precisamente como un muro al suministro de gas ruso a Europa[156]; y eso era un proyecto anterior a la guerra del Donbas. Por un lado, la idea era que Ucrania fuera el país receptor de los hidrocarburos, procedentes de Asia Central; por ejemplo, desde Turkmenistán vía Azerbaiyán y el Cáucaso, a través del mar Negro. Esa era una opción que puenteaba a la Turquía de Erdoğan, aunque lo hacía depender todo del Cáucaso.

Esta posibilidad se combinaba con la explotación de los recursos ucranianos, que no eran tanto los yacimientos propios, cuya producción había ido menguando mucho con los años, como el descubrimiento, en 2012, de importantes reservas en las aguas territoriales del mar Negro. Se llegó a hablar de unas reservas de 2,3 billones de metros cúbicos y el ministro ucraniano de Energía hizo unas declaraciones muy triunfalistas, según las cuales, entre los yacimientos del mar Negro, ante las costas de Crimea, y otros que se habían descubierto en el este de Ucrania, el país no iba a necesitar abastecerse en los mercados del exterior; al contrario, Ucrania podría llegar a constituirse en exportador neto a Europa, compitiendo incluso con Rusia, y eso contando para el año 2020[157]. Eso sucedía durante el pulso entre la Unión Europea, por al Acuerdo de Asociación, y Rusia, por la unión aduanera en la Comunidad Económica Eurasiática. Pocos meses después se iniciaba la revuelta del Euromaidan y luego la guerra del Donbas, y todas estas posibilidades quedaron completamente en el aire.

La otra opción que entraba en los proyectos para convertir al país en un *hub* energético era, muy en especial, del agrado estadounidense. Resultaba que Ucrania era el tercer país de Europa con las mayores reservas de gas de esquisto, con 1,2 billones de metros cúbicos. Los yacimientos se localizaban en el óblast de Donetsk y en el de Járkov, al este, y en los de Lviv e Ivano-Frankivsk, al oeste. En enero de 2013, el gobierno firmó un acuerdo con Royal Dutch Shell, por cincuenta años, para iniciar los trabajos de prospección y explotación en los yacimientos del este (yacimiento de Yuzivska). Los 10.000 millones de dólares del acuerdo resultaban ser la inversión extranjera más directa acordada nunca antes en Ucrania[158]. Obviamente, la guerra del Donbas tiró por tierra el proyecto cuando Shell rompió el contrato, en 2015.

El 21 de abril de 2014, justo cuando comenzaba la guerra del Donetsk, el vicepresidente Joe Biden aterrizó en Kiev, donde hablaría en la Rada para marcar las directrices que debería seguir Ucrania en la nueva política neoliberal de reajustes y

privatizaciones. De paso, también aprovechó para impulsar los intereses estadounidenses en el desarrollo de la producción de gas de esquisto a partir de las técnicas de extracción por *fracking*. El resultado de ello fue el impulso dado a la firma Burisma Holding, que databa de 2002 pero que en la primavera de 2014 cambió de propietario misteriosamente —poco después del triunfo del Euromaidan, recordemos— en cuyo consejo directivo aparecieron el mismísimo hijo de Joe Biden, esto es, Hunter Biden, y también el expresidente polaco Alexander Kwaśniewski, gran campeón del reajuste neoliberal de Polonia en la transición poscomunista. Inicialmente, Burisma parecía estar implicada en los proyectos de traer gas desde Asia Central —Kazajistán, en concreto—; pero rápidamente, conforme se hacía evidente que con la pérdida de Crimea y la guerra en el Donbas esa estrategia se hacía inviable, cobró más y más importancia el negocio del *fracking*. En 2016, la empresa adquirió dos flotas de fracturación hidráulica. Y al año siguiente, compró una plataforma de perforación Service King Manufacturing SK 3000 de 3.000 caballos de fuerza por 40 millones de dólares (USD); era la plataforma de perforación más poderosa de Europa del Este en ese momento[159].

Los americanos se disponían a potenciar la capacidad de Ucrania como productora de gas de esquisto mediante *fracking,* una actividad que estaba prohibida en la Unión Europea pero que le estaba dando a los Estados Unidos una posición de supremacía mundial en el negocio de los hidrocarburos. En 2018, precisamente, los Estados Unidos pasarían a ser exportadores netos de energía. Desde 2010 las compañías extractoras estadounidenses habían comenzado a utilizar de forma generalizada la técnica del *fracking,* o fracturación hidráulica, para la obtención de gas y petróleo, lo cual incrementó las reservas hasta tal punto que pronto llegaron a tener más del que necesitaban, y las previsiones indicaban que esa seguiría siendo la tendencia a cincuenta años vista.

En la participación del negocio energético ucraniano los intereses de Joe Biden no eran tanto crematísticos —al margen de que

pudiera conseguirle alguna gratificación a su desnortado hijo Hunter[160]— como geoestratégicos. La implicación de Joe Biden con Ucrania fue profunda y continuada en el tiempo. Ya en 2009 fue el primer alto cargo de la administración del presidente Barack Obama que visitó Ucrania y Georgia, que el año anterior había sufrido las iras rusas, mientras su programa de adhesión quedaba aplazado indefinidamente por presiones de Moscú.

Biden atendía ese flanco de la política de Obama que el presidente debía dejar un tanto de lado, centrado como estaba en buscar soluciones para el problema de las relaciones de los Estados Unidos con el mundo árabe musulmán y el peligro aún muy serio del terrorismo yihadista. Pero el vicepresidente, y la Secretaria de Estado, Hillary Clinton, desarrollaron una política sostenida y coherente sobre la reestructuración del espacio exsoviético periférico a Rusia, que no se quedaba solo en Ucrania.

El hecho de que políticos, estadistas y asesores polacos surgieran de debajo de las piedras a lo largo de toda la crisis ucraniana no era, desde luego, una casualidad. Existían unas ambiciones polacas, de raigambre histórica, que ahora parecían tener visos de convertirse en realidad. Tenían un nombre, y era *Intermarium (Międzymorze,* en polaco), el proyecto ideado por el caudillo de la independencia Józef Piłsudski (1867-1935) en los años veinte del siglo XX. La idea estaba basada, a su vez, en una propuesta del príncipe Adam Jerzy Czartoryski (1770-1861), presidente del gobierno nacional polaco durante el levantamiento de 1830. Inicialmente se trataba de resucitar la República de las Dos Naciones (Polonia y Lituania) como un baluarte de países independientes del este de Europa durante el siglo XIX. Ese Estado central estaría federado a su vez con checos, eslovacos, húngaros, rumanos y los eslavos del sur. El proyecto no consistía solo en establecer una barrera de aislamiento ante una Rusia expansionista y agresiva, sino también en prevenir la presión de la potencia prusiana, creando un hábitat estable y armónico para los países que algún día se independizarían del Imperio Habsburgo. En tal sentido,

Polonia, siempre Polonia en el centro del dispositivo, podría actuar como mediadora en los conflictos entre húngaros, eslavos y rumanos.

Con la fuerza que le daba la independencia de Polonia lograda tras la Primera Guerra Mundial, y tras haber obtenido territorios de Lituania, Bielorrusia y Ucrania, aprovechando la debilidad rusa durante su revolución, Józef Piłsudski relanzó el proyecto, ahora con mayores posibilidades de prosperar, teniendo en cuenta que podría servir como valladar contra la emergencia de la Rusia soviética. De hecho, una de las variantes de la idea, la denominada *Prometeísta,* pretendía aprovechar la capacidad emocional de la propuesta para atraerse los nacionalismos de la Unión Soviética, idea que un siglo más tarde se volvería a poner en práctica.

La moderada versión de *Intermarium* resurgió con el final de la Guerra Fría que trajo la descomposición de la Unión Soviética. Conforme el ambiente se deterioraba en la zona tras el advenimiento de Vladimir Putin a la presidencia rusa, Varsovia fue metiendo presión en la caldera del viejo proyecto. Proliferaron los debates en televisión[161], las publicaciones[162] y los vídeos en internet. Hoy en día se pueden encontrar muestras de tipo diverso en YouTube, que van de lo más emocional y esteticista a lo más dramático y apremiante[163]. El formato de los integrantes también cambió, desde los países originales que trazaban la diagonal original entre los dos mares, Báltico y Negro, hasta la variante «tres mares» *(Three Seas Initiative* o 3SI), que incorporaba los ribereños con el mar Adriático[164]. La primera cumbre de la 3SI tuvo lugar en Dubrovnik en 2016. A esta le siguieron reuniones anuales en Varsovia (2017), Bucarest (2018) , Liubliana (2019), Tallin (2020) y Sofía (2021)[165].

En todo caso, se planteaba como una alternativa a la Unión Europea, que prometía no solo una política económica y energética propia, sino también seguridad y defensa, y proyecto de armonización para las tensiones nacionalistas del Este. El 3SI agrupaba a más de 112 millones de personas y cubría un área total

de más de 1,2 millones de kilómetros cuadrados (una docena de países), lo que representaba un tercio del territorio de la Unión Europea[166]. Eso sí: Polonia estaba siempre en el centro del meollo. Era su idea, su iniciativa, su historia. Por ello, conforme crecía el sentimiento nacionalista y las tendencias iliberales en ese país, a caballo de las políticas de los hermanos Kaczyński y del auge del Partido Ley y Justicia, los polacos se hacían más ilusiones de que su país pudiera abanderar un nuevo concepto político para la reestructuración de Europa del Este que les permitiera contrarrestar las presiones de los que consideran sus grandes peligros históricos: Rusia y Alemania.

Y esta vez tenían a los Estados Unidos de su lado, lo cual no suponía que Washington estuviera explícitamente interesado en el proyecto *Intermarium;* en puridad, no habían dicho nada a favor, pero tampoco nada en contra. Era innegable que en los Estados Unidos —con una comunidad polaca muy extensa— existía una simpatía histórica hacia la causa polaca, por cuanto luchadores de esta terminaron combatiendo en América. El líder militar Tadeusz Kościuszko, que dirigió la fallida insurrección polaca de 1794 contra el Imperio Ruso, aportó después sus valiosos conocimientos de ingeniería militar al Ejército Continental de los revolucionarios estadounidenses. El general Casimir Pulaski (Kazimierz Pułaski), padre del Cuerpo de Caballería estadounidense, fue otro caso. Tampoco es extraño que en la diplomacia de Washington se conceda especial crédito a los analistas o estrategas de origen polaco cuando se trata de abordar las problemáticas del ámbito ruso. Un caso célebre es el de Zbigniew Brzezinski (1928-2017), Consejero de Seguridad Nacional durante la presidencia de Jimmy Carter (1977-1981) y gran teórico arquitecto de la estrategia de los Estados Unidos tras la Guerra Fría, especialmente en Eurasia, en general, y Rusia en particular. Fue precisamente Brzezinski el que explicitó en su obra *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (1997) que la

clave para dar jaque mate a Rusia y hacerse con el control de Eurasia estaba en Ucrania[167].

A ello se unía la inclusión de Polonia como aliado preferente de los Estados Unidos al formar parte de la «Nueva Europa», definida en 2003 por el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, en vísperas de la invasión de Irak. Ese concepto hacía referencia a una serie de países del Viejo Continente, exsocialistas, que se alienaban con los Estados Unidos, potencia a la que veían como campeona de su desvinculación del Bloque del Este y de su inclusión en la órbita liberal capitalista.

Por todo ello, no era extraño encontrar al ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, el ferozmente antirruso Radosław Sikorski, como interlocutor especial entre el gobierno ucraniano y la oposición durante la crisis del Euromaidan; y que incluso poseía su propia tienda de campaña en la plaza[168]. Sin llegar a ese nivel de implicación, habían pasado por el Euromaidan, para alentar y solidarizarse con las huestes en pie de guerra, estadistas polacos de la talla del vicepresidente del Parlamento Europeo, Jacek Protasiewicz, el expresidente del Parlamento Europeo y exprimer ministro, Jerzy Buzek, o el líder del PIS, el Partido Ley y Justicia, Jarosław Kaczyński. Así, no era de extrañar que corrieran rumores de que integrantes de las unidades de autodefensa habían recibido instrucción específica en la Embajada de Polonia en Kiev. Tampoco faltó la figura de Leszek Balcerowicz, el economista polaco creador del plan que lleva su nombre para reconvertir la economía polaca desde un sistema de economía planificada hacia una economía de mercado, y al cual, en abril de 2016, Poroshenko nombró como su representante en el consejo de ministros.

Polonia estaba metida hasta las trancas en el «reacondicionamiento» de Ucrania desde una posición de patronazgo estratégico, por lo que no es de extrañar que en Varsovia se manejaran todo tipo de planes para el futuro de la histórica vecina Ucrania. Pero este tipo de vinculaciones no se limitaban a un solo país del posible proyecto *Intermarium,* sino que

iban más allá. Un caso célebre fue el nombramiento del expresidente georgiano Mijeíl Saakashvili como gobernador de Odesa en junio de 2015, con el propósito de luchar contra la corrupción en una de las ciudades ucranianas más castigadas por esa lacra. La operación terminó en un desastre tragicómico, cuando Saakashvili dimitió al cabo de un año y medio acusando al propio Poroshenko, su protector, de ser el mayor cómplice de la corrupción[169]. Pero tras la iniciativa se movía esa estrategia estadounidense de gestionar la arquitectura de nuevas alianzas antirrusas —y también autóctonas y al margen de la UE— en el este de Europa. En ello intervenían una legión de políticos y gestores polacos, georgianos, bálticos, que se habían formado o incluso nacido en los Estados Unidos y que ahora eran colocados en las administraciones de esos países exsoviéticos por designación casi directa de Washington, en base a las viejas afinidades —como la que existe realmente entre Georgia y Ucrania— o los proyectos de postín con caché histórico, como *Intermarium*.

Sin embargo, en esos breves años convulsos, entre el Euromaidan y las hostilidades de 2022, no fraguaron esos planes y gestos de humo. Ucrania parecía haber perdido su alma y no terminaba de encontrar una nueva: ni se convirtió en el gran *hub* energético de Europa ni terminó de cuajar el corredor Viking, que debía restablecer por vía ferroviaria los antiguos vínculos medievales entre Escandinavia y Bizancio, hoy Estambul, vía Odesa[170], todo ello como primera fase, quizá, del sueño *Intermarium*. El histriónico exgobernador Saakashvili terminó siendo detenido en el tejado de su apartamento mientras acusaba a gritos a Poroshenko de intentar matarle por orden de Putin, al tiempo que la fiscalía lo acusaba a él de recibir dinero de Moscú para dar un golpe en Kiev.

Mientras tanto, y de repente, todo empezó a descolocarse y desenfocarse, y eso en un periodo muy corto de tiempo.

[136] D'Anieri (2016): p. 249.

[137] «World-Low 9% of Ukrainians Confident in Government», por Zach Bikus, *Gallup News,* 21 de marzo de 2019 [consultable en red].

[138] Sakwa (2015): p. 72.

[139] VisualPolitik (2021): minutos 15:10 y ss.

[140] Texto completo del Acuerdo en Mission of Ukraine to the European Union, «EU-Ukraine Association Agreement — the complete texts». Se trata de un conjunto de 13 textos en PDF, consultables en https://web.archive.org/web/20150721143444/http://ukraine-eu.mfa.gov.ua/en/page/open/id/2900.

[141] «El FMI anuncia un acuerdo con Ucrania para asistencia por 15.500 millones de euros», Agecia EFE, Bruselas, 12 de febrero de 2015 [consultable en red].

[142] *Ibid*.

[143] Sakwa (2016): pp. 65-66.

[144] *Ibid.,* p. 6; Poch de Feliu (2022): minutos 36:39 y ss.

[145] «Poroshenko Goes Hunting for Oligarcs», por Briand Mefford, *Atlantic Council,* 9 de abril de 2015 [consultable en red].

[146] De Ploeg (2017): pp. 49-50.

[147] «¿Por qué nacionalizó Ucrania su mayor banco privado?», por John Mills, en *Mises Institute,* 7 de septiembre de 2017 [consultable en red].

[148] De Ploeg (2017): p. 88.

[149] Aleksander N. Brusentsov, «La "nacionalización" de PrivatBank enterrará el modo de Poroshenko», en *Top War,* 22 de mayo de 2017.

[150] Stack (2015).

[151] Napoleoni (2008).

[152] «Biden says he spends longer periods on phone with Poroshenko than with own wife», *Unian Information Agency,* 7 de diciembre de 2015 [consultable en red].

[153] De Ploeg (2016): p. 79.

[154] *Ibid.,* p. 80.

[155] Cit. *ibid*.

[156] Hay una cierta cantidad de material disperso para evaluar esa posibilidad. Informes como: *Ukrainian Energy Exchange — Ukraine as the Gas Hub for Earsten Europe* — 16 tf. Gas Forum of the Energy Community, Ljubljana, 22-23 September 2021; *Monitoring the Energy Strategy of Ukraine 2035,* OECD-Norwegian Ministry of Foreign Affairs, 2020.

[157] Russell (2022): p. 141.

[158] «Ukraine set to sign landmark $10 billion shale gas deal with Shell», por Richard Balmforth, Reuters, 23 de enero de 2013.

[159] «Burisma Group deploys most powerful drilling rig in Ukraine», en *WorldOil,* 22 de septiembre de 2017 [consultable en red].

[160] Woodward y Costa (2021): pp. 70-71, para los problemas de Joe Biden con su hijo Hunter.

[161] INTERMARIUM | Що робити з Білоруссю?, Canal Ukrainian Media Network (YouTube), 15 de diciembre de 2017.

[162] «The Jagiellionan Idea. Past and Present», en *Politeja,* 51/2017 (Universidad Jagellónica, Cracovia).

[163] Véase, a título de ejemplo: «Intermarium - альтернатива ЄС | alternative of the EU», Canal Reconquista Україна (YouTube), 5 de septiembre de 2016.

[164] Three Seas Summit and Business Forum, Riga, 2022. Consultable en https://3seas.eu/.

[165] Necșuțu (2022).

[166] *Ibid*.

[167] Brzezinski (1998).

[168] De Ploeg (2016): p. 58.

[169] «Saakhasvili, in Odessa and Ukraine», *The Odessa Review,* 13 de febrero de 2017 [consultable en red].

[170] Martin (2014).

CAPÍTULO 10

VIEJOS Y JÓVENES

DE OBAMA A TRUMP, DE POROSHENKO A ZELENSKI, 2017-2019

> Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático. Una Rusia sin Ucrania podría competir por un estatus imperial, pero se convertiría en un Estado imperial predominantemente asiático, más susceptible de ser arrastrado a extenuadores conflictos con los países del Asia Central recientemente salidos de su letargo.
>
> Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial,* 1997

Para entender qué sucedió en Ucrania en ese lustro crucial que va desde 2017 hasta 2022, hay que apartar la mirada de Ucrania durante unas cuantas páginas. Y comenzar el relato, paradójicamente, el 10 de noviembre de 2013. Ese día se celebró en Moscú, por primera vez en la historia, el certamen Miss Universo, en el que resultó ganadora la venezolana María Gabriela Isler Morales. Pocos meses antes, durante el verano, el promotor del evento y propietario de los derechos, el empresario metido a político Donald Trump, reflexionando sobre su posible encuentro con Vladimir Putin en Moscú, escribió en su cuenta de Twitter: «Si eso ocurre, ¿se convertirá en mi nuevo mejor amigo?»[171]. El organizador del concurso era el multimillonario azerí Aras Agalarov, que tenía contactos en el Kremlin y al que Trump había conocido cinco meses antes en Las Vegas. Putin no acudió al evento ni dio más señales de que le interesara contactar con el estadounidense, quien, por entonces, era un magnate de los negocios estadounidense, un tanto estrafalario. Muy poco tiempo después comenzó la tormenta de Euromaidan en Kiev. Trump se mostró

comprensivo con Putin, en público, incluso durante la guerra del Donbas, pero el ruso no se dignó a prestarle atención.

Tras el aislamiento diplomático que orquestan las cancillerías occidentales contra él, el líder ruso impulsará la intervención militar en la guerra de Siria, respondiendo a solicitudes de ayuda del presidente sirio Báshar al-Asad. La operación comienza en septiembre de 2015, y ya en diciembre es admitida públicamente por Moscú, que declara que está en guerra contra el Estado Islámico.

Ese conflicto, así como el que también se sigue en Libia, son consecuencia de la célebre Primavera Árabe (2011), que era una de las bazas importantes de la presidencia Obama. Cuando los rusos llegan a Siria, parece evidente que la apuesta americana en Oriente Medio no ha dado los resultados apetecidos. Mientras tanto, el Estado Islámico se ha hecho con el control de parte de Siria e Irak. Por lo tanto, la intervención rusa fue una oportunidad única para Putin de demostrar que ellos eran capaces de hacerlo mucho mejor que los occidentales, cuyas interferencias en asuntos internos de otros países solo habían comportado caos y colapso.

De esa forma, en un año, Rusia cambió la situación militar en Siria y consiguió salvar al régimen del presidente Asad —los sirios habían sido aliados y clientes de la Unión Soviética durante la Guerra Fría— a la par que contribuyó decisivamente a la derrota del Estado Islámico; de esa forma, Putin respondía en sus mismos términos al comentario despectivo de Obama, hecho durante la guerra del Donbas, en el sentido de que Rusia era una potencia regional que solo sabía meterse con vecinos débiles. Rusia regresaba al escenario mundial y ya no podía seguir siendo ninguneada ni ignorada. Los militares estadounidenses habían estado en contacto con sus homólogos rusos en Siria para coordinar operaciones, gustara o no. Continuaba así el proceso de recuperación del orgullo nacional que había subido muchos enteros con la anexión de Crimea.

En paralelo, Donald Trump había anunciado su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos en junio de 2015. Medio año más tarde, en diciembre, Putin hace una referencia positiva, casi informal, al candidato republicano. Es el primer síntoma de que empieza a tomárselo en serio como posible aliado. Trump está al quite, y propone un entendimiento Washington-Moscú[172]. Putin está de acuerdo y con ello señala al republicano como el candidato más idóneo a la Casa Blanca.

Conforme sube en las encuestas, Trump va desvelando sus propuestas programáticas, y una en especial hace sonar todas las alarmas. Ya en julio de 2016, en plena campaña, explica su planteamiento: la OTAN supone un gasto excesivo para los Estados Unidos debido a la falta de compromiso de los socios europeos[173]. Estos debían atenerse al compromiso de dedicar al menos el 2% de su PIB a defensa y ponerse al día en sus deudas con la Alianza. Por entonces solo cumplían con ello Reino Unido, Polonia, Estonia, Grecia y los Estados Unidos.

Aunque la administración Obama había expresado su descontento con esa situación, Trump lo utilizó como un ariete, tanto en su campaña electoral como desde la Casa Blanca, ya siendo presidente. No ahorró en rudeza ni en antipatía, llegando a proponer que los Estados Unidos abandonaran la OTAN si las cosas no mejoraban. Por esas mismas fechas, el 22 de julio, saltó la noticia de que *hackers* rusos estaban interviniendo en las elecciones presidenciales a favor de Donald Trump y tratando de devaluar la imagen política y personal de la candidata demócrata Hillary Clinton, una estrategia que en el vocabulario de la inteligencia rusa, supuestamente, era conocida como *kompromat*. Ese día, WikiLeaks publicó casi veinte mil correos electrónicos pertenecientes al Comité Nacional Demócrata. Hasta el momento no se ha podido establecer la autenticidad de esos documentos, y el mismo CND no ha colaborado en ello. Finalmente, el informe del fiscal especial Robert Mueller concluyó en abril de 2019, en pleno Jueves Santo, que

cabía exonerar *de facto* a Trump de conspiración con el Kremlin, por falta de pruebas.

Fuera cierto o no, el incidente de la trama rusa causó un desgarrón en la política americana que contribuyó a dividir al país en dos mitades ásperamente enfrentadas, de lo cual fue expresión el sobrecogedor asalto al Capitolio, el 6 de enero de 2021, por parte de manifestantes y milicianos que recordaban a los protagonistas del Euromaidan.

El incidente de la supuesta injerencia rusa en el proceso electoral americano, que los demócratas compararon por activa y por pasiva con el Watergate de 1972 —siendo Trump un personaje muchísimo peor que Nixon—, histerizó enormemente la confrontación ruso-americana y movilizó al Congreso y otras muchas instituciones de alto rango, que, en base al complejo sistema de controles y equilibrios, impidieron que Trump lograra un acercamiento diplomático a Putin, en especial tras haberse encontrado y conocido en persona durante la reunión del G20 en Hamburgo, en julio de 2017. A pesar de la evidente simpatía mutua que se profesaban, basada en similares planteamientos políticos ultraconservadores, no llegó a cuajar ningún acuerdo, ni a desactivarse la escalada de confrontación entre los Estados Unidos y Rusia.

El episodio de la frustrada descongelación entre Putin y Trump afectó a Ucrania de dos maneras. La más evidente fue que contribuyó a derrumbar todavía más la imagen de Poroshenko, al cual el entorno de Trump llegó a acusar de injerencia en las presidenciales de 2016, como reacción a las acusaciones de injerencia rusa. Incluso el mismo Putin exculpó a Poroshenko: sencillamente, el presidente ucraniano creyó que Hillary Clinton y los demócratas ganarían las elecciones[174], apostó por ella sin vacilaciones, habló mal de Trump públicamente y la realidad final lo dejó fuera de juego ante el nuevo presidente, que consideraba a Ucrania un corral de los demócratas y un estorbo en su política de acercamiento a Putin. De hecho, durante la campaña electoral había sugerido que reconocería la anexión rusa de Crimea, y poco antes

de asumir el cargo comentó que posiblemente levantaría las sanciones a Rusia por ese motivo[175].

La segunda consecuencia sobrepasa el marco de los intentos de aproximación a Putin por parte de Trump. Lo que este buscaba, sobre todo, era desmantelar la política exterior demócrata, muy basada en las recomendaciones del gurú Brzezinski, que eran las que seguían, efectivamente, en relación con Rusia, y ya desde 1997. Esto es: las hipótesis estratégicas de un Zbigniew Brzezinski eufórico y triunfalista, tras el final de la Guerra Fría, plasmadas en su libro *El gran tablero mundial,* que llevaba un subtítulo muy elocuente: *La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos.* Esas ideas y teorías estaban en la onda de las de Fukuyama sobre el final de la historia, de la misma época, en el mismo contexto de desbordante exaltación. En cambio, poco caso le hicieron al último gran libro de Brzezinski, publicado en 2012, quince años más tarde, escrito por un anciano de 84 años con el título: *Visión estratégica* y un subtítulo elocuente: *América y la crisis del poder global*. De hecho, esa obra ni se tradujo al español, y pasó bastante desapercibida. No: Hillary Clinton y Joe Biden seguían leyendo *El gran tablero mundial,* en el cual Ucrania desempeñaba un papel crucial:

> Ucrania, un espacio nuevo e importante sobre el tablero euroasiático, es un pivote geopolítico porque su propia existencia como país independiente ayuda a transformar a Rusia. Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático. Una Rusia sin Ucrania podría competir por un estatus imperial, pero se convertiría en un Estado imperial predominantemente asiático, más susceptible de ser arrastrado a extenuadores conflictos con los países del Asia Central recientemente salidos de su letargo. En ese caso, estos países estarían resentidos por la pérdida de su reciente independencia y recibirían apoyo de los demás Estados islámicos del sur. También sería probable que China se opusiera a cualquier restauración del dominio ruso sobre Asia Central, dado su creciente interés en los Estados recientemente independizados de la región. Sin embargo, si Moscú vuelve a hacerse con el control de Ucrania, con sus 52 millones de habitantes y sus importantes recursos, además del acceso al mar Negro, Rusia volverá a contar automáticamente con los suficientes recursos como para convertirse en un poderoso Estado imperial, por encima de Europa y Asia. La pérdida de independencia de Ucrania tendría consecuencias

> inmediatas para Europa Central, al transformar a Polonia en el pivote geopolítico de la frontera oriental de una Europa unida[176].

Ucrania era, para Brzezinski, lo que él denominaba un «pivote geopolítico», junto con Azerbaiyán, Corea del Sur, Turquía e Irán[177]. Pues bien, algunas anécdotas parecen revelar que Trump se disponía a desmontar esos pivotes en la nueva estrategia de distensión ultraconservadora que contemplaba para los Estados Unidos. Bob Woodward relata que en septiembre de 2017 el recién elegido presidente tenía sobre su mesa de trabajo el borrador de una carta dirigida al presidente de Corea del Sur, por la cual daba por finalizado el *Korus,* esto es, el Acuerdo de Libre Comercio entre los Estados Unidos y Corea del Sur. Este acuerdo, que se remontaba a los años cincuenta del siglo XX, era la base de la alianza militar y de las operaciones de inteligencia con ese pivote geopolítico. Salir del *Korus,* que resultaba crucial para la economía del país asiático, podría tener efectos importantes sobre la seguridad nacional de los Estados Unidos. Woodward lo atribuía al déficit que tenía la superpotencia con Corea del Sur y los gastos que reportaba el mantenimiento de las tropas americanas allí[178].

En la misma línea iban las prevenciones de Trump contra la OTAN, que Brzezinski consideraba esencial para la estrategia estadounidense como superpotencia incontestable tras la Guerra Fría:

> Una política favorable a una Europa unida llevará también a abordar —aunque de manera conjunta con los europeos— la cuestión, considerablemente sensible, del alcance geográfico de Europa. ¿Hasta dónde debería llegar la ampliación hacia el Este de la Unión Europea? Y ¿deberían coincidir los límites orientales de la UE con la frontera oriental de la OTAN? Lo primero es más una cuestión que debe decidirse a nivel europeo, pero una decisión europea sobre ese tema tendrá implicaciones directas sobre una decisión de la OTAN. Esta última organización, empero, compromete a los Estados Unidos, y el voto estadounidense en la OTAN sigue siendo decisivo. Dado el creciente consenso sobre lo deseable de admitir a las naciones centroeuropeas tanto en la UE como en la OTAN, el significado práctico de esta cuestión hace que la atención

se centre en el futuro estatus de las repúblicas bálticas y quizás también en el de Ucrania[179].

El problema que tenía Trump a la hora de aplicar sus políticas de «distensión ultraconservadora» frente a Putin y la oposición demócrata era su carácter desordenado, incluso caótico, asociado a la tendencia a la gestión personalizada del poder, que le impedía corregir esa disfunción con la eficacia de un equipo. Era un fenómeno nuevo en la política estadounidense: un hombre de negocios que solían quebrar, pero de los cuales él siempre obtenía dinero. Un populista al que no le interesaban tanto el fin o los medios de un proyecto como lo que pudiera pensar la gente de ello. Un Berlusconi, también él, con el lenguaje, maneras y temperamento zafio de Berlusconi. Incluso con la fijación de seguir presentándose como un resultón y que se arreglaba el cabello en peinados imposibles para intentar engañarse a sí mismo; precisamente, como Berlusconi, también.

Por otra parte, tuvo encima durante todo su mandato, desde el minuto uno, la presión inmovilizadora de la administración, que no le consentía lo que veía como extravagancias y boicoteaba o censuraba abiertamente algunas de sus iniciativas más atrevidas y potencialmente catastróficas.

Pero sus intenciones estaban bien a la vista para los demócratas. De ahí que cuando Joe Biden llegó a la Casa Blanca intentara recuperar el tiempo perdido y marcar distancias con Moscú en previsión de que Putin ganara bazas o la situación de traspaso de poder —con el asalto al Capitolio de por medio y las continuadas denuncias del presidente saliente sobre las supuestas elecciones amañadas por su rival— se resolviera dramáticamente, de alguna forma, a favor de Trump, tal como lo relata, con detalle e inigualable tensión dramática, Bob Woodward en su libro *Peligro*[180]. Él lo llamó, concretamente, «encontrar una manera de proceder estable y predecible con Putin y con Rusia»[181]. A pesar de ello, su carácter

irritable le jugaba malas pasadas, como cuando llamó «asesino» al ruso en público o le dijo personalmente «que no tenía alma».

Ese era el contexto en el que transcurrieron los últimos tiempos del mandato de Poroshenko. Sintiéndose un cero a la izquierda ante un Trump del cual se temía lo peor, no tuvo ambages en seguir con la corrupción habitual. Buen reflejo de ello era el mismo Tribunal Supremo: 25 jueces del total de los 113 nombrados a finales de 2017 fueron acusados de corrupción, enriquecimiento ilícito y complicidad política[182]. Un informe de Transparencia Internacional situaba a Ucrania como el segundo país más corrupto de Europa, solo detrás de Rusia, y el mismo FMI estaba preocupado con respecto a Ucrania, con la que se había comprometido con un importante paquete de créditos y ayudas. Esa institución había puesto en marcha la denominada Oficina Nacional Anticorrupción, que había terminado enfrentándose al fiscal general; lo alarmante del caso era que Yuri Lutsenko, que ostentaba ese cargo, había accedido a él sin tener formación jurídica previa, es decir, a dedo. De hecho, la Rada ucraniana, dominada en parte por los oligarcas, votó la eliminación de ese requisito para que Lutsenko pudiera acceder al cargo. Pero el escándalo no paró ahí: enfrentado a la Oficina Nacional Anticorrupción, terminó siendo investigado por enriquecimiento ilícito.

Poroshenko se le había ido de las manos al mismo Joe Biden. Había visitado Ucrania para presionar a favor de una lucha más enérgica contra el cáncer de la corrupción, y sus amenazas contra el fiscal general fueron directas y taxativas. O lo destituían o dejaba el país en seis horas sin aprobar los mil millones de dólares como aval para solicitar créditos. «Si no echan al fiscal (general), no reciben el dinero. Bueno, vaya hijo de puta (risas en el público). Lo destituyeron. Y colocaron en su lugar a alguien que era fuerte en ese momento», explicó Biden. Y a quien pusieron al frente de la fiscalía, precisamente, fue a Yuri Lutsenko[183].

Ucrania era un no parar. Por esas mismas fechas, Transparencia Internacional llegó a establecer que Ucrania era el segundo país

más corrupto de Europa, sólo por detrás de Rusia[184]. La realidad iba más allá, pues el régimen político ucraniano no tenía nada que envidiar al ruso en cuanto a privación de libertades civiles y políticas. Un periodista español lo plasmaba así en un reportaje:

> Es paradójico, porque a menos de un año de cerrar su mandato, Poroshenko ha establecido un orden político que guarda más similitudes con el de Rusia que el de Europa Occidental. Se limita la competencia política, la justicia depende de la élite gobernante, la prensa recibe presiones y la corrupción es un lastre nacional.
>
> Como si fueran pocas coincidencias, el núcleo de la política de Kiev es el mismo en el Kremlin: agitar el fantasma del enemigo internacional para evadir la responsabilidad sobre los problemas internos[185].

En efecto, Poroshenko aprovechaba cada oportunidad para engrandecer el problema de la guerra civil latente en el Donbas, de baja intensidad, y agitar la amenaza de una invasión rusa, llegando a barajar la posibilidad de proclamar la ley marcial para retrasar los comicios. Traca final, gastó unos 50.000 euros en unas vacaciones familiares en las islas Seychelles. Al final, Poroshenko había resultado no ser peor que Kuchma, Yushchenko o Yanukovich.

Trump le dejó hacer, hundirse en el barro. No podía hacer mucho al respecto, no más que Joe Biden, del cual Poroshenko era criatura política. Además, la cuestión ucraniana como conflicto no era primordial para Trump, como no fuera para atacar, precisamente, a los Biden, padre e hijo. Para lo cual encontró la oportunidad —o lo que a él le pareció una buena ocasión— el 25 de julio de 2019, cuando telefoneó al nuevo presidente ucraniano, Volodímir Zelenski, para pedirle que colaborara en la investigación con la fiscalía estadounidense contra el exvicepresidente Joe Biden. Ahí jugaba una pesquisa contra su hijo, Hunter Biden, y se trataba de averiguar si su padre había detenido el enjuiciamiento. Desde luego, era una petición muy inapropiada e inusual a esos niveles; y tal como la expresó Trump, contenía un tono de impertinente exigencia imperial dirigida al joven gobernador de una remota provincia. Por si fuera poco, el presidente americano amagó con restringir entregas de

armamento americano a Ucrania por valor de cuatrocientos millones de dólares con el fin de presionar a Zelenski. El escándalo fue mayúsculo —uno más de los que acompañaron la presidencia de Trump— y dio pie a que se iniciara el primer proceso de *impeachment* contra el mandatario, ante la Cámara de Representantes.

¿Pero quién era Volodímir Zelenski?. Técnicamente hablando, era un joven político populista; el nombre del partido que fundaría era elocuente: Servidor del Pueblo. Se trataba de una formación política definida como multicomprensiva, o *catch-all,* creada en torno al líder y sin una ideología política concreta. El mismo Zelenski era un político accidental. Nacido en una familia de académicos de Krivói Rog, en el sureste de Ucrania, se ganaba la vida como humorista y *showman* especializado en sátira política. Precisamente, su gran éxito profesional fue la serie televisiva *Servidor del Pueblo,* por la cual un humilde profesor de secundaria (Vasyl Holoborodko) llega a ser presidente de Ucrania a partir de que uno de sus alumnos graba inadvertidamente un vídeo del personaje quejándose del gobierno y lo convierte en viral. *Servidor del Pueblo* se emitió entre 2015 y 2019, en varias temporadas, y se hizo muy popular en Ucrania. La sorpresa vino cuando el cómico se presentó a las presidenciales, que tuvieron lugar en abril de 2019, y más aún cuando salió ganador en la segunda ronda, con el 73,22% de los votos, derrotando a Poroshenko.

Visto en perspectiva, lo sucedido no era tan novedoso a esas alturas del siglo XXI. Olga Baysha ofrece una lista nutrida de ejemplos similares: cómicos y actores metidos a políticos, acompañados de partidos provocadores, un perfil muy característicamente populista[186]. Estaba muy cercano en el tiempo el cómico italiano Beppe Grillo, cofundador y líder del Movimiento Cinco Estrellas en 2009. El estilo populista y el tipo de críticas al poder, hurgando en la corrupción y buscando movilizar al pueblo, eran semejantes. El italiano demostraba unas tendencias más izquierdistas, pero el trasfondo político era el mismo y la evolución

previsible, basada en el oportunismo, era similar. Pero Zelenski tuvo, desde un principio, un perfil decididamente más neoliberal, y sus simpatías iban hacia otro ex-actor que había alcanzado la presidencia de los Estados Unidos: Ronald Reagan[187].

Lo que sí quedó en la penumbra fue el padrinazgo que ayudó a aupar a Zelenski al poder y las intenciones que había detrás. Por entonces circuló, con visos de credibilidad, la versión de que había sido apadrinado, o incluso promocionado, por el oligarca Íhor Kolomoiski con la intención de impedir que Poroshenko ganara las elecciones. Existían indicios comprobados e hipótesis verosímiles. Es un hecho que el Canal 1+1 que emitía los programas producidos por Estudio Barrio-95, la compañía audiovisual fundada en 2003 por Zelenski, era propiedad del oligarca Kolomoiski. La cuestión saltó en diversas ocasiones a la actualidad pública ucraniana y siempre fue desmentida por el que devendría nuevo presidente, antes y después de las elecciones. En marzo de 2019, en plena campaña electoral, Kolomoiski dio una extensa entrevista en la que se mostraba como un firme partidario de Zelenski, puesto que era el representante de una nueva generación que debería rejuvenecer el mundo político ucraniano, y, sobre todo, una apuesta segura para derrotar a Poroshenko, bajo cuya presidencia el país se había empobrecido, la corrupción se comía todo y Ucrania había perdido Crimea y el Donbas. Por supuesto, negaba que el joven candidato fuera una marioneta suya[188]. Pero lo cierto era que el oligarca, que vivía exiliado entre Israel y Suiza, en razón de los escándalos de corrupción que había protagonizado durante la presidencia de Poroshenko, regresó a Ucrania poco antes de la investidura de Zelenski como presidente. Afirmaciones de la prensa más amarillista hablaban del candidato haciendo la campaña electoral con guardaespaldas y vehículos cedidos por Kolomoiski o sugiriéndole a más de treinta candidatos a diputados del partido Servidor del Pueblo[189]. Uno de los abogados de Kolomoiski fue nombrado jefe de la administración presidencial[190]. Pero no parece caber duda de que los medios de comunicación del oligarca dieron mucha

cobertura a la campaña electoral de Zelenski y se llegó a hablar de que el cerebro estratégico de la operación fue el magnate.

Esa campaña fue muy innovadora, revolucionaria, podría decirse. Desde el anuncio de su candidatura en la Nochevieja de 2018 hasta las elecciones del 31 de marzo de 2019, recorrió el país en autobús, no hubo mítines, sino actuaciones de su *troupe,* trasladando el mundo de sus *shows* y de la serie *Servidor del Pueblo* —cuya última temporada se emitió precisamente en esas semanas— a la campaña electoral. Fijó sus reglas en los debates, humilló a su rival, Poroshenko; hizo alarde de gestualidad histriónica, derrochó selfis, se comunicó noche y día con los ucranianos a través de las redes sociales —Facebook e Instagram— y se convirtió más en un *influencer* que en un candidato. Y, sobre todo, tiró de modernas técnicas del neuromárketing político, adaptó contenidos al tipo de humor que funcionaba para su público, generó márketing viral polémico ya desde las tres temporadas de su serie *Servidor del Pueblo* recurrió a fondo al efecto halo: lo bello, lo joven, lo divertido, no puede ser malo. Emocionó a los ucranianos, los sacó de la rutina gris y desesperanzada, del muermo y el hastío, el aburrimiento y la desesperanza: los divirtió, los hizo reírse de sus desgracias —que eran las de todos—, los emocionó. Y ganó la partida con diferencia, arrasó. Con sus 41 años de edad, consiguió el 73,22% de los votos en segunda vuelta, el 21 de abril de 2019.

Sin embargo, al cabo de unos meses, eso ya no parecía el comienzo de una historia. Como tras la *Revolución Naranja,* el Euromaidan, la Primavera Árabe y todas las modernas «revoluciones blancas» de ingeniería social ideadas en los Estados Unidos, el resultado ha venido siendo más o menos el mismo: ruptura del *statu quo* sociopolítico, fulgurante toma del poder y, a continuación, incapacidad de cambiar la política y la sociedad en profundidad, fracaso en la solución de los problemas estructurales básicos. El público compra la historia, el producto, y al final resulta que no era sino eso, precisamente: un producto.

Comenzando por el hecho de que costaba creer *a priori,* que la operación Zelenski pudiera ser limpia e innovadora habiendo surgido de un contexto político tan sucio y corrupto como el ucraniano de la época.

Los hechos parecieron corroborar la hipótesis. Zelenski organizó los primeros tiempos de su presidencia como si fuera un *reality show*[191]. Invita a Tom Cruise al despacho presidencial; todo ante las cámaras, siempre ante las cámaras. Para elegir a su portavoz, organizó un concurso ante las cámaras, en el que sus candidatos fueron evaluados por su gestión del estrés y su sentido del humor. Les aplicaba el polígrafo a los diputados de su partido acusados de recibir sobornos, en entrevistas retransmitidas en *streaming* en Facebook[192]. Daba los buenos días a los ciudadanos desde el gimnasio; explicaba su rutina conduciendo el coche. Le encantaba, lo disfrutaba y se notaba; el espectáculo era su profesión. Pero luego, el mismo Zelenski terminó con las cámaras y los focos sobre su cabeza cuando Trump le presionó para que facilitara la investigación sobre las actividades de los Biden en Ucrania, a finales de julio de 2019, a punto de convertirse en culebrón de verano. Y eso ya no fue tan divertido, porque el narcisismo implacable de Trump pasó por encima del de Zelenski.

No es de extrañar que tras dos años y medio al frente del país su trayectoria empezara a revelarse decepcionante. El espectáculo no va a más y cansa. Las dos promesas centrales de su campaña electoral fueron eliminar la corrupción y terminar con la guerra latente en el Donbas. Pero no está claro qué resultados está obteniendo en el primer frente. En cambio, impulsa en modo «turbo» *(sic)* toda una serie de leyes y medidas claramente neoliberales, entre ellas las de privatizar la educación superior o facilitar los despidos, lo que le vale la animadversión de los sindicatos. Y en cambio, consigue que la firma de calificación de riesgos Fitch Rating, de Nueva York, muy bien considerada en Wall Street, suba la nota de Ucrania de –B a B[193].

Noviembre de 2019: se hace patente que antiguos compañeros y empleados de la productora audiovisual de Zelenski, Barrio-95, ocupan ahora cargos importantes en el entorno presidencial. Serhiy Shefir, Sergiy Trofimov, Irina Pobedonostseva, Yuriy Kostyuk: el que antes era guionista ahora es jefe adjunto de la Oficina del Presidente; el socio comercial y productor de series deviene jefe de esa misma oficina. ¿El productor ejecutivo? Es nombrado primer jefe adjunto de la Oficina del Presidente. Ivan Bakanov, en concreto, experimentó un ascenso meteórico: amigo de la infancia del presidente, jefe y abogado de Barrio-95, luego presidente del partido Servidor del Pueblo. Y a finales de agosto de 2019, nada menos que director del SBU, el servicio de inteligencia y seguridad ucraniano. Que es ni más ni menos que el mayor servicio de inteligencia y seguridad de Europa por número de agentes[194].

Pero la cosa, aunque alarmante, no se quedó ahí. Sergei Sivojo, *showman,* comediante y productor creativo de Barrio-95, pasa a ser el asesor del secretario del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa de Ucrania sobre la reintegración y recuperación de Donbas; Maxim Tkachenko, antiguo CEO de Barrio-Concert, empresa subsidiaria de Barrio-95, es nombrado secretario de ese mismo Consejo de Seguridad y Defensa Nacional. Resulta incluso más llamativo que Vladislav Bujarev, que era un fan regional de los espectáculos de Barrio-95, termine siendo transferido, por decreto de Zelenski, a la SBU, como jefe del servicio de inteligencia extranjera (SZR), nada más y nada menos[195].

Comité Antimonopolio, Ministerio del Interior, junta de supervisión de PrivatBank, centros muy sensibles de poder, depositarios de información reservada, controlados por antiguos colaboradores no políticos del presidente, por amigos de amigos, en algunos casos. Alexander Zavitnevich, cuya esposa estudió en la misma clase de Zelenski, fue elegido como diputado para la Rada por la lista del partido Servidor de Pueblo, y también jefe del comité de Defensa de Seguridad Nacional. Pero no asiste a las reuniones del Comité que preside y solo ha comparecido tres veces en los debates de la

Rada[196]. En otros casos, los beneficiarios dieron grandes saltos promocionales. Es el caso de Alexei Pashkov, un veterano oficial de inteligencia militar, quien tras servir durante dieciocho largos años en el Departamento de Inteligencia Estratégica, dio un salto de diez puestos oficiales para asumir el cargo de jefe interino del mencionado departamento. La razón parece haber estado en que su esposa, Oksana, era la jefa contable de Barrio-95[197].

Estos personajes eran, en buena medida, gente del barrio de Zelenski, en su ciudad natal de Kryvyi Rih o Krivói Rog, según se pronuncie en ucraniano o ruso. Es una localidad de poco más de 600.000 habitantes, perteneciente al óblast de Dnipropetrovsk, del cual, por cierto, era gobernador el oligarca Íhor Kolomoiski, que, además, era de la comunidad judía del sur de Ucrania, como Zelenski, cabe decirlo. Precisamente, el nombre de la productora, Barrio-95, hacía referencia a un barrio específico de Krivói Rog. Era tan de allí que sus programas y *shows* se emitían en ruso, puesto que era zona rusófona y el mismo Zelenski se expresaba en ruso como lengua materna. No es de extrañar que en Ucrania corriera el chiste de preguntar *on line:* «¿Cuántas personas se mudaron de Barrio-95 al Barrio gubernamental?»

Estas vinculaciones cobraron mayor relieve y significado cuando en octubre de 2021 salieron a la luz los denominados «Papeles de Pandora», la investigación del Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación (ICIJ) que filtró casi dos millones de documentos confidenciales sobre cuentas *offshore* de unas trecientas personalidades políticas y famosos de 91 países. Aunque en sí mismas las cuentas en paraísos fiscales no son ilegales, su alto nivel de secreto y opacidad suele vincularlas con casos de corrupción, evasión fiscal o lavado de capitales. Por ello, el descubrimiento de que el nombre de Volodímir Zelenski aparecía en los «Papeles de Pandora» disparó todas las alarmas[198].

En esencia, se encontró la documentación sobre una red de empresas extraterritoriales fundadas por Zelenski y una serie de colaboradores de la productora Barrio-95, cuya sede eran las Islas

Vírgenes Británicas, Chipre y Belice. Ente los que aparecían implicados en esta red se encontraban dos personajes clave de su entorno: Serhiy Shefir e Ivan Bakanov. El primero accede al cargo de primer asistente del presidente, mientras que Bakanov, amigo de la infancia del presidente, director de Barrio-95 y cofundador del partido Servidor del Pueblo, es el que termina siendo nombrado director del SBU. Es decir, hay una voluntad clara de situar a un colaborador fiel y de total confianza como guardián de los secretos del grupo, al frente del servicio de inteligencia y seguridad, una vez Zelenski se convierte en presidente. Pero los investigadores descubrieron también que el presidente y sus colaboradores utilizaron esas mismas compañías extraterritoriales para adquirir propiedades inmobiliarias de alto *standing* en Londres, cuartel general en el extranjero de oligarcas rusos y ucranianos.

Estas operaciones eran relativamente antiguas, de cuando nadie podía imaginar que algún día Zelenski pudiera llegar a convertirse en presidente de Ucrania. Hablamos de 2012, el año en el que el humorista y su equipo empezaron a trabajar para los medios de comunicación de Kolomoiski. Posteriormente, estas firmas extraterritoriales habrían recibido hasta unos 41 millones de dólares de PrivatBank, el banco del oligarca, que se especializó en el esquema de sacar de Ucrania y lavar cientos de millones en divisas, obtenidos en concepto de líneas de crédito y préstamos fraudulentos, hasta un total de más de cinco mil millones de dólares. Poco antes de filtrarse toda esta documentación de los Papeles de Pandora, el 22 de septiembre, Serhiy Shefir sufrió un atentado del que salió ileso[199].

En paralelo, millones de esos dólares fueron lavados en los Estados Unidos por el método de inversión en bienes raíces comerciales, desde Ohio hasta Kentucky y Texas. Eso incluyó la compra de una docena de plantas siderúrgicas en pequeñas poblaciones, operaciones que terminaron en «fábricas en bancarrota, impuestos impagados, edificios podridos y cientos de trabajadores desempleados»[200].

Es comprensible que el joven presidente Zelenski terminara perdiendo buena parte de su pátina de líder ilusionante en poco más de un par de años. Y no solo por las desconcertantes sospechas o revelaciones que fueron abriéndose camino y que él mismo no supo contrarrestar eficazmente. El *show* cansaba, como todo espectáculo mediático. Entre estadistas internacionales, Zelenski no podía jugar su baza de chico travieso. Los guiños pícaros y las sonrisas cómplices no tenían cabida entre Merkel, Macron, Putin o Trump. Quedaba fuera de juego, con cara de despistado, ajeno a la pompa y el protocolo; carecía de aplomo y estatura.

Así que, junto con la falta de resultados en el lavado de la corrupción con lejía y aguarrás, Ucrania seguía siendo el paraíso de los oligarcas, con su economía a medio desmontar, cada vez más desconectada de Rusia, sí, pero dependiente de proveedores lejanos y extraños. Y otra promesa incumplida: el final de la guerra en el Donbas, con goteo de muertos diario, con bombardeos y fuego de contrabatería, con escaramuzas ocasionales a lo largo de la línea de frente, ilustrada en el documental *Donbass* de Anne Laure Bonnel (2016)[201] o en el film homónimo de Sergei Loznitsa (2018) desde el otro bando: una población empobrecida y abandonada, bombardeada, una guerra civil eterna y doliente[202].

Poroshenko había sido muy duro con el Donbas insurgente, y lo mostró en el ya célebre discurso de 2014:

> Nosotros tendremos trabajo. ¡Y ellos no! Nosotros tendremos pensiones. ¡Y ellos no! Nosotros tendremos prestaciones para los pensionistas y los niños. ¡Y ellos no! Nuestros hijos irán a la escuela y la guardería. ¡Los de ellos se quedarán en los sótanos! Porque no pueden hacer nada. Y así, precisamente así, ganaremos esta guerra[203].

Zelenski, inicialmente, parecía dispuesto a gestionar la situación de una manera más racional. En diciembre de 2019, él y Putin se entrevistaron cara a cara en el Elíseo, en una cita auspiciada por el presidente francés, Emmanuel Macron, y la canciller alemana Angela Merkel. El presidente ruso y el ucraniano acordaron un alto

el fuego total en el frente, intercambio de prisioneros, retirada de las respectivas fuerzas armadas de tres zonas de repliegue para generar «zonas tampón» desmilitarizadas. Es lo que se denominaba una cumbre de «formato Normandía», por la primera reunión que mantuvieron los mandatarios ruso, ucraniano, francés y alemán en el castillo de Bénouville, Normandía, el 6 de junio de 2014, para resolver el conflicto en el Donbas. En aquella ocasión se conmemoraba el desembarco aliado en las playas de Normandía, el 6 de junio de 1944. En 2019, las bases de la reunión seguían siendo los Acuerdos Minsk I y Minsk II.

Una vez más, la iniciativa diplomática no obtuvo resultados tangibles. Zelenski hizo balance del encuentro, medio año más tarde, en una entrevista en la que afirmó que existía una alta probabilidad de terminar la guerra, pero no se comprometió con una fecha. Y, por otro lado, no tuvo ambages en afirmar que «Crimea es nuestro territorio y lo traeremos de vuelta»[204]. «Sin diálogo no habrá resultados», admitió en la misma entrevista, pero no se llevaron adelante cambios en la Constitución ucraniana para definir a Donetsk y Lugansk, o al menos la porción en manos de los insurgentes, como una entidad autónoma o federal específica.

En cambio, sí que se estaban acelerando los programas de rearme impulsados por los Estados Unidos, y las maniobras militares conjuntas en suelo ucraniano. En cuanto a las cantidades enviadas a los gobiernos de Kiev, pasaron de los 85 millones de dólares de 2016, en concepto de Foreign Military Financing, a los 115 de 2021. Y en el capítulo de ayudas específicas a la seguridad de Ucrania, las cantidades ascendieron de los 226 millones de ese primer año a los 275 de 2021. No eran grandes sumas si se considera que los costes relativos a armamento, seguridad e inteligencia son siempre muy elevados; y más si se trata de un país de la envergadura de Ucrania y con la necesidad de confrontar a un adversario de la talla de Rusia. Parece evidente que la presidencia de Trump ha contribuido a echar un tanto el freno. Los gastos del primer capítulo (FMF) se estabilizaron en los 115 millones para

2019, 2020 y 2021. En cuanto a los gastos destinados a seguridad e inteligencia, descendieron a 148 millones en 2017 y luego se elevaron, sin mucho entusiasmo, a los 195 (2018), los 214 (2019) y los 256 (2020)[205].

Pero de repente las previsiones de los FMF crecieron dramáticamente hasta los 322 millones previstos para 2022 en un primer tramo y a los 4.000 para un segundo tramo en ese mismo año. En cuanto a las cantidades destinadas a la asistencia en seguridad, incluyeron un primer tramo de 300 millones de dólares para ese mismo año de 2022, que se elevaron a los 6.000 millones en un segundo paquete. Además, y sobre todo, la lista de los ejercicios y maniobras militares conjuntas entre unidades militares estadounidenses y ucranianas también se disparó para 2022. ¿Qué había sucedido?

---

171 @realDonadlTrump, «Do you think Putin will be going to the Miss Universe Pageant in November in Moscow — if so, will he become my new best friend?», 8:17 pm, 18 de junio de 2013.

172 Walding 1 (2020): minutos 27:50 y ss.

173 «Donald Trump Sets Conditions for Defending NATO Allies Against Attack», bud David E. Sanger y Maggie Haberman, *The New York Times,* 20 de julio de 2016.

174 Stone (2019): minuto 56:58.

175 Hutin (2022): p. 104.

176 Brzezinski (1998): pp. 42-43.

177 *Ibid.,* p. 36.

178 Woodward (2018): pp. 9-11.

179 Brzezinski (1997): p. 60.

[180] Woodward y Costa (2021).

[181] *Ibid.,* p. 488.

[182] «El sistema político ucraniano sobrevive con la corrupción de costumbre en la presidencia de Poroshenko», por Agustín Fontela, en *elDiario.es,* 27 de febrero de 2018 [consultable en red].

[183] *Ibid*.

[184] *Ibid*.

[185] *Ibid*.

[186] Baysha (2022): p. 37.

[187] *Ibid.,* p. 38.

[188] «Kolomoisky lucha por el poder absoluto, a pesar de la Constitución», *Forum Daily,* 28 de marzo de 2019 [consultable en red].

[189] «Cómo un multimillonario ucraniano financió a Hunter Biden, al presidente Volodymyr Zelensky y al batallón neonazi Azov», por KanekoaTheGreat, en *Extramuros,* 31 de marzo de 2022 [consultable en red].

[190] «Kolomoisky, el oligarca que pone en apuros al presidente ucraniano», *SWI – swissinfo.ch,* 28 de noviembre de 2019 [consultable en red].

[191] Papa, Fresco y Genre (2022): minutos 27:55 y ss.

[192] *Ibid.,* minutos 27:55 y ss.

[193] Baysha (2022): pp. 38-40.

[194] «Getting Ukraine's security service reform right», por Oleksandra Ustinova y Steven Pifer, Stanford, Center for International Securuity and Cooperation (CISAC), 1 de marzo de 2021.

[195] «Zelenski y el nepotismo de "Barrio-95"», en *Al Sur de un horizonte,* 8 de noviembre de 2019 [consultable en red].

[196] *Ibid*.

[197] *Ibid*.

[198] Papa *et al.* (2022): minutos 32:15 y ss.

[199] Loginova (2021).

[200] Pedro González (2022), «Servant of the Corrupt», *IM.1776,* 27 de mayo de 2022 [consultable en red].

[201] Bonnel (2016): https://www.youtube.com/watch?v=i7FZ5SY57_.

[202] Véase asimismo el reportaje de Hutin (2022). Para un estudio actualizado sobre la guerra del Donbas a partir de 2015 y sus consecuencias sociales y económicas, Marples (2022).

[203] Bonnel (2016): minuto 0:00 a 0:30.

[204] Volodímir Zelenski, «Crimea es nuestro territorio, lo vamos a recuperar», Entrevista: *Euronews, Global Conversation,* incluido en YouTube el 25 de agosto de 2020 [consultable en red].

[205] Congressional Research Service (2022).

CAPÍTULO 11

PELEAS EN CALLES VACÍAS

BAJO LA PANDEMIA, 2020-2021

Preachers were all preachin'
Charities beseechin'
Politicians dealin'
Thieves were happy stealin'
Widows were all weepin'
There's no beds for us to sleep in
Always had the feelin'
It will all come tumblin' down
I'm a ghost
Livin' in a ghost town
You can look for me
But I can't be found

«Living in A Gosht Town» (2020), The Rolling Stones

A comienzos del año 2020, el mundo se enfrentó a una verdadera contienda mundial inesperada que iba a provocar varios millones de muertos a escala planetaria. Fue, en cierta manera, una gran guerra químico-bacteriológica lidiada contra el virus COVID-19, en la cual se aplicaron protocolos de guerra NRBQ para proteger masivamente a la población. La pandemia afectó al tejido social de numerosos países, distorsionó las economías y provocó una nueva recesión que siguió a la de 2008. Por supuesto, alteró los planes geoestratégicos de las grandes potencias. Pero, sobre todo, la pandemia se dispersó por el mundo, impactando seriamente en una opción política que a su vez también se había extendido globalmente desde, más o menos, el año 2014: el populismo.

Normalmente, los grandes fallos tecnológicos que generan situaciones críticas tienden a dejar en mala situación a los gobiernos

fundados sobre importantes corrientes ideológicas. Esa fue la causa de que la catástrofe nuclear de Chernóbil, en 1986, impactara tan negativamente en el régimen soviético. El discurso de la Unión Soviética como faro de la revolución socialista mundial y del progreso quedaba seriamente menoscabado ante la incapacidad de prevenir el accidente —producto de un deficiente diseño de las centrales nucleares— y de controlar y atajar sus consecuencias. Por el contrario, los regímenes populistas, sin un soporte ideológico consistente, tendentes a buscar o imaginar soluciones y propuestas de un día para otro, en ocasiones resultan más resilientes ante este tipo de problemas. Cabe añadir que, posiblemente, no encuentren la solución al desastre; pero pueden responder poniendo énfasis en otros escenarios colaterales, ganando tiempo o «inventando» nuevos problemas que empequeñecen la crisis tecnológica. Y, en último término, como no existe un frente real de regímenes populistas, los fracasos de los unos no desmerecen los aciertos de los otros[206]. Los populismos son formas de gobierno hechas a medida de culturas y naciones, sobre «pueblos» concretos; y no patrones de alcance internacional. Tienden al aislacionismo y a la autarquía —como soluciones ideales difícilmente alcanzables, por supuesto— y por ello sus aciertos se presentan como «originales» en cada caso. Buen ejemplo de lo cual fueron las diversas formas de encarar la pandemia del COVID-19, más o menos extravagantes, por parte de Trump, Bolsonaro, Boris Johnson, Lukashenko o los dictadores del Asia Central postsoviética, por poner solo unos pocos ejemplos[207]. A este respecto, cabe recordar que la mayor parte de los estadistas implicados en la crisis de Ucrania eran populistas: lo eran Trump y Putin, y lo era Zelenski. También entraba dentro de esa categoría el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan, que tendrá un papel destacado en esta última fase de la crisis y durante la guerra de 2022. De otra parte, las políticas populistas tienden a generar reacciones interactivas que, a su vez, tiñen de populismo políticas ajenas. De ahí que si bien el presidente Joe Biden quizás

no poseía una matriz populista, en ocasiones se dejó llevar por respuestas y dinámicas de esa índole.

Todo ello tendrá que ver, y mucho, con la crisis ucraniana. Pero vino precedida por la «guerra de las vacunas», con diversos frentes, internos y externos. En líneas generales, respondió a los posicionamientos de los gobiernos con respecto a las cuantiosas inversiones hechas en determinadas farmacéuticas y sus investigaciones y productos. Pero también se abrieron campañas que obedecían a la supuesta continuidad de los enfrentamientos geoestratégicos anteriores a la pandemia de COVID. Las potencias occidentales acusaron a Rusia y China de intentar ganar influencia y prestigio con la distribución solidaria pero «oportunista» de sus vacunas (Sputnik y Sinopharma o Sinovac). Rusia, en especial, fue la primera potencia en desarrollar una vacuna contra el COVID, que por ende era más barata que las occidentales. Y a diferencia de los Estados Unidos, donde Trump puntualizó que las vacunas estadounidenses eran solo para los ciudadanos estadounidenses, Moscú ofreció exportar su Sputnik a aquellos países que estaban teniendo dificultades para acceder a esos fármacos.

Tanto estadounidenses como europeos veían la posibilidad de que, tras su intervención en la guerra de Siria, Rusia continuara rompiendo su aislamiento internacional, debido a las sanciones por la guerra del Donbas, gracias a la distribución de su vacuna en Latinoamérica y África, pero también en algunos países europeos del Este. Esta alarma se veía azuzada por la espectacular insolidaridad de los Estados Unidos y la Unión Europea, incluso entre ellos mismos, como abanderados del liberalismo ultracompetitivo y egoísta.

La iniciativa rusa tuvo un gran éxito en Latinoamérica, especialmente en Argentina, donde se inyectaron 20 millones de dosis; Venezuela, con 17 millones; México, con 24 millones, y, atención, Perú, con 40 millones[208]. Así que Moscú se había colado en el patio trasero del Tío Sam con sus vacunas Sputnik, hasta el

punto de que algunos de esos países adquirieron la licencia para fabricar el fármaco.

La reactivada pelea ruso-americana durante los meses de la pandemia tuvo otro frente, de mayor envergadura, si cabe: el petróleo. El confinamiento en sus domicilios de miles de millones de personas en todo el planeta supuso que los aviones de las compañías aéreas se quedaran en los hangares de los aeropuertos; las empresas detuvieran su maquinaria y cancelaran el consumo de energía; las ciudades quedaran desiertas. Así que la demanda de crudo se hundió en un catastrófico 30%.

En esa situación, en marzo de 2020, Arabia Saudí y Rusia iniciaron una guerra de precios al incrementar su producción, en vez de recortarla, inundando los mercados de petróleo barato, amenazadoramente barato para los Estados Unidos. En principio, la causa es que China, cerrada y confinada en sí misma, rechaza los buques petroleros en sus puertos. La superpotencia consumidora de hidrocarburos, la economía siempre en crecimiento y hambrienta de energía, está enferma. Y por ello, los grandes productores del mundo, Rusia y Arabia Saudí, fuerzan una bajada de precios. Pueden hacerlo: ambos países poseen ingentes reservas de divisas para hacer frente a las pérdidas temporales que supone rebajar el crudo aun perdiendo dinero.

Pero hay alguien que puede salir muy perjudicado: los Estados Unidos. Su apuesta por la producción de petróleo de esquisto bituminoso se bloquea cuando el barril de petróleo cae a determinados niveles; sencillamente, deja de ser rentable, porque las inversiones que comporta la técnica del *fracking* son elevadas. En Texas, epicentro de la revolución del esquisto, no saben dónde guardar el crudo que se les acumula. Pero es que la ofensiva rusa, con la brutal caída de precios que genera, se lleva por delante a compañías americanas tradicionales que se declaran en quiebra, como Whiting Petroleum Corporation o Diamond Offshore Drilling. Entre abril y junio de 2020, la producción estadounidense tocó fondo porque la cotización del crudo es menos que cero, llega a ser

negativa por primera vez en la historia. ¿La causa de la jugada rusa? Una respuesta a las sanciones de Washington contra la compañía petrolera estatal rusa Rosneft en febrero de 2020, por negociar la venta y transporte de crudo venezolano, ayudando así al régimen de Nicolás Maduro a evadir las sanciones impuestas por la Casa Blanca en su contra[209].

El mundo estaba cambiando a marchas forzadas, fragmentando la globalización. Cuando los precios del petróleo comenzaron a desplomarse, los ejecutivos de las empresas de distribución de materias primas se pusieron en marcha con rapidez. Con su formidable capacidad para movilizar miles de millones de dólares a velocidad de vértigo, se hicieron con una flotilla que integraba los mayores petroleros del mundo y empezaron a comprar remanentes de petróleo, enormes cantidades, especialmente de los pozos de esquisto, de Bakken y la Cuenca Pérmica. Desde allí, la multinacional Glencore llevó el crudo al golfo de México, donde estaba fondeado el *New Comfort,* con cerca de 400.000 toneladas de capacidad de carga. El buque puso proa hacia el estrecho de Malaca, frente a Singapur, donde traspasó el petróleo al supertanque *Europe* de 441.000 toneladas de capacidad, esto es, el equivalente a tres millones doscientos mil barriles de petróleo. Allí el navío cargado a reventar de oro negro esperó tres meses, con el ancla echada en alta mar, mientras Glencore negociaba ese producto en el mercado de futuros. En julio, un millón de barriles fueron trasvasados del *Europe* a otro petrolero que lo desembarcó en la refinería de Osan, en Corea del Sur. De esa forma, Glencore, como otras empresas intermediarias de materias primas, el gran negocio multinacional de los primeros años del siglo XXI, ayudó a salvar el negocio del *fracking* americano, a la vez que amasaba unos beneficios de entre el 50 y el 100% en cada operación[210].

Pero es que, previamente, el mismo tipo de empresas le habían salvado la cara a Putin. Tras la guerra del Donbas, las sanciones occidentales incluyeron indirectamente a la empresa Gunvor, registrada en Ámsterdam en 1997 por Gennady Timchenko y

Torbjörn Törnqvist y especializada en la exportación de petróleo ruso a través de Estonia. El primero era amigo cercano de Putin, aunque poco antes de que las sanciones se hicieran efectivas Timchenko vendió su participación a su socio Törnqvist. Otro de los empresarios y financieros severamente sancionado fue Igor Sechin. En este caso, la pieza era importante, puesto que Sechin había sido teniente de alcalde y jefe de Putin en el Ayuntamiento de San Petersburgo y, más tarde, el nuevo presidente lo nombró supervisor de seguridad relacionado, sobre todo, con los asuntos de energía. Era un hombre poderoso y peligroso, jefe de la facción de los *siloviki* o personajes relacionados con los servicios de seguridad, inteligencia, policía, fiscalía e interior, en general. Cuando en 2004 se convirtió en presidente de Rosneft, la gran empresa petrolífera del gobierno ruso, Sechin alcanzó la cumbre de su carrera. Además de las sanciones impuestas por Washington al oligarca, se cerraron los grifos del crédito occidental a Rosneft. La situación era difícil y afectaba a la estabilidad del rublo y a la capacidad financiera rusa en su conjunto. Pendiente de devolver unos 45.000 millones de dólares a bancos e inversores occidentales, los comerciantes de materias primas se ofrecieron sin escrúpulos para solucionar el problemas a los rusos, entre ellas Trafigura y Glencore. Esta última compañía, una multinacional con sede en Suiza, compró en 2016 una importante participación de Rosneft gracias a que, a su vez, estaba fuertemente participada por el fondo soberano de Qatar. Unieron fuerzas y juntaron 11.000 millones de dólares para hacerse con la participación de Rosneft, aportar un alivio a las arcas rusas y, por supuesto, ganar mucho dinero[211].

Al menos desde 2008, cuando la Gran Recesión enterró el Nuevo Orden Mundial y las pretensiones de unilateralismo asociadas a él, las guerras comerciales y financieras, muchas de ellas desconocidas para el gran público, habían ido subiendo de tono. La pandemia del COVID terminó de agravar las cosas en un mundo con ciudades de calles vacías, como cantaban los Rolling Stones por entonces.

En ese mundo, cada uno iba por su lado, era el sálvese quien pueda, aunque sin saber muy bien dónde estaba el puerto seguro al que había que llegar. Los sagaces israelíes parecieron verlo claro cuando el 15 de septiembre de 2020 firmaron el denominado Acuerdo de Abraham, con los Emiratos Árabes Unidos y Baréin[212]. Con Siria e Irak fuera de juego y Egipto apaciguado, Israel podía empezar a pensar en labrarse un futuro de alianzas y liderazgo tecnológico en el mundo árabe, empezando por los pujantes pequeños estados del Golfo Pérsico. Eso también implicaba asumir cierta mayoría de edad con respecto a los Estados Unidos. En efecto, la maniobra encajaba en la política aislacionista de Trump (el sentido del eslogan *America First* era ese, precisamente), así como el cuestionamiento de la OTAN, el acercamiento a Putin o la retirada estadounidense de Siria y, en general, de Oriente Medio.

En todo caso, como es tradición en los Estados Unidos, los objetivos en política exterior muchas veces trascienden a los presidentes porque obedecen a puros cálculos de *realpolitik*. Los acuerdos firmados por la diplomacia estadounidense y los talibanes el 29 de febrero de 2020 en Doha, Qatar, iban en este sentido. Estaban apoyados por Pakistán, Rusia y China y respaldados de forma unánime por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Era un intento de buscar la estabilidad en el complejo país de Asia Central tras veinte años de guerra. La esencia del acuerdo establecía que los Estados Unidos y la OTAN retirarían de Afganistán todas sus fuerzas de combate y a cambio, los talibanes y el gobierno afgano entablarían conversaciones para lograr alguna forma de reparto de poder. Además, los talibanes se comprometían a que los activistas del ISIS-K (Estado Islámico del Gran Jorasán) no actuaran en zonas controladas por ellos. El final de la pesadilla tendría lugar, con una gran carga de simbolismo, el 11 de septiembre de 2021, fecha en la que debería concluir la retirada de las fuerzas occidentales.

En medio de esa situación incierta, cuando todavía la pandemia era una realidad amenazante y las oleadas de COVID empezaban a

sucederse tras cierta tenue esperanza de que la pesadilla terminaría durante el verano —al menos en el hemisferio septentrional—, un trueno desgarró el horizonte tormentoso: la segunda guerra del Alto Karabaj, que se iba a prolongar entre el 27 de septiembre y el 10 de noviembre de 2020. Rápidamente olvidado tras su finalización, este conflicto fue un aviso muy inquietante de lo que, en efecto, iba a suceder quince meses más tarde en Ucrania. Como en 2008, también. Como en la guerra de Abjasia en 1992 y 1993, en la cual los rusos se implicaron directamente con los separatistas, en contra de Georgia. Hay una relación de causa-efecto entre los cañonazos en el Cáucaso meridional y la tensión en Ucrania. De una forma u otra son guerras en torno al mar Negro, común a Rusia, Ucrania y Turquía, actor de primera fila en esta historia y que a menudo es dejado de lado por los analistas. En Ucrania viven y prosperan muchos georgianos; el Cáucaso es el extremo meridional del proyecto *Intermarium;* el río Dniéper a lo largo del cual se articula la Ucrania histórica hace de este país un pasillo de conexión Báltico-mar Negro que incluye Estambul y el Cáucaso. Por supuesto, en los proyectos occidentales para hacer de Ucrania un *hub* energético que debería reunir el gas procedente de Asia Central en dirección a Europa, el control del Cáucaso es esencial, y en especial la aquiescencia de Azerbaiyán. Porque al otro lado de esa república, más allá del Caspio, está Turkmenistán, que con sus reservas de hidrocarburos podría abastecer al Viejo Continente sin pasar por Turquía. Para Europa es importante no depender de Rusia, pero tampoco de la Turquía de Erdoğan. Pero, sobre todo, la guerra del Alto Karabaj, en el otoño de 2020, va a tener mucha importancia para el destino de Ucrania por cómo se van a desarrollar los combates.

La nueva guerra que estalla el 27 de septiembre anuncia consecuencias para la situación en Ucrania, y a la vez es reflejo en su dinámica de la guerra del Donbas de 2014. Los azeríes se han preparado a fondo para la ofensiva. Sus fuerzas han sido entrenadas por los turcos y de ellos han adquirido los que

devendrán revolucionarios drones Bayraktar TB2. A través de esos aliados se renovará la coordinación entre las unidades y se modernizarán las tácticas de combate, incorporándose enseñanzas obtenidas en la guerra de Siria —en la cual los turcos han tenido un destacado protagonismo, tomando nota de cómo combaten los rusos— pero también en el conflicto del Donbas, estudiado a conciencia. Así, los turcos participarán en esa guerra, pero indirectamente, probando armas y tácticas, reclutando a 1.500 mercenarios sirios que reforzarán las filas azeríes[213].

Frente a ellos, los armenios van a luchar por conservar el control del enclave histórico del Alto Karabaj o Nagorno-Karabaj, devenido República de Artsaj, con una extensión de 4.400 kilómetros cuadrados, que coincide más o menos con la de la provincia española de Pontevedra. Artsaj es un Estado cuasi ficticio, un Estado-base al servicio de Armenia pero también de Rusia, que es el único Estado del mundo que lo ha reconocido diplomáticamente. Ni siquiera Armenia lo ha hecho. Su actitud, previa al inicio de la guerra contrasta con la de los azeríes. El pequeño país ha pasado por una reciente «revolución de color», la denominada «Revolución de Terciopelo en Armenia», en abril de 2018. No confundir con otra «revolución blanca», la de Terciopelo en Checoslovaquia de 1989, atención. Ese alboroto ha llevado al poder como primer ministro al periodista Nikol Pashinián, que además encabeza al partido Contrato Civil, de tendencia liberal y gestualidad cívica. El nuevo hombre fuerte de Armenia quiere marcar distancias con Rusia, pero a la vez es un nacionalista sin tacha y se muestra intransigente sobre el estatus del Alto Karabaj. El nuevo gobierno incluso ha efectuado una purga de responsables de seguridad e inteligencia militar considerados demasiado próximos a Moscú. Esa actitud populista es temeraria, porque Rusia es la única potencia capaz de defender a Armenia, donde dispone de una base militar en Gyumri, con una brigada motorizada, una escuadrilla de helicópteros de combate y cazas MiG-29. Moscú ve tan mal un conflicto en esa zona que ha declarado su voluntad de no intervenir para defender a la

República de Artsaj, aunque la haya reconocido diplomáticamente. Eso es toda una luz verde para los azeríes, que además no temen ser sometidos a sanciones ni represalias por nadie, caso de iniciar una guerra[214].

Pero, sobre todo, los armenios se han dormido en sus laureles. Habían obtenido una holgada victoria en la primera guerra del Alto Karabaj, entre 1988 y 1994. La moral de combate, la organización, la calidad de los mandos, todo es favorable *a priori* a los armenios, que menosprecian a los azeríes como enemigos. Además, poseen las simpatías internacionales por su causa, que es siempre la de los armenios frente a los turcos. El resultado es que en 2020 su Ejército se ha quedado anticuado. Han comprado armas, pero pocas, no siempre bien pensadas en cuanto a su utilidad práctica o francamente vetustas, como las lanzaderas antiaéreas rusas SA-8 adquiridas en Jordania[215]. Sencillamente, no están preparados para lo que se les viene encima.

Los primeros compases de la guerra, tras el ataque azerí, que se centra en la microrrepública de Artsaj (170.000 habitantes, 40.000 soldados) y no en Armenia, parecen dar la razón a los confiados defensores. Inicialmente logran parar las arremetidas del invasor infligiéndole pérdidas considerables.

Pero al cuarto día de la guerra, los armenios se lanzan a un glorioso contraataque y es la debacle. Los drones azeríes, de origen turco e israelí, demuestran su versatilidad. Tienen capacidad de ataque de precisión, algunos se utilizan como kamikazes contra blancos valiosos, dirigen con exactitud el tiro de la artillería. Precisamente, los azeríes, imitando a los rusos en el Donbas, utilizan sus piezas de largo alcance y los lanzacohetes múltiples para batir al enemigo en profundidad, a cuarenta e incluso a noventa kilómetros del frente, sin necesidad de recurrir a aviones ni helicópteros de ataque. Ese día, los armenios quedan hechos picadillo. Pierden 80 carros de combate, decenas de piezas de artillería y equipo, una quincena de sistemas de defensa antiaérea. Pero sobre todo, desesperados, constatan que les resultará muy

difícil maniobrar en campo abierto bajo la atenta mirada de los drones enemigos. En cierta manera va a ser la primera guerra que, casi se puede decir, ha sido ganada por estos sistemas de armas, que se revelan revolucionarios. Los armenios quedan paralizados por la sorpresa y no logran improvisar soluciones. Se puede decir que ya desde ese momento tienen la guerra perdida, aunque se prolongará cuarenta días más.

Los bombardeos en profundidad, ataques y contraataques sobre centros urbanos —aunque se trata de localidades pequeñas, como la misma capital de Artsaj, Stepanakert, de 52.000 habitantes—, provocan el desplazamiento de la población de la pequeña república, lo que aún complica más las operaciones a los armenios. Se pacta una tregua el 10 de octubre, por mediación rusa. Se establecen corredores humanitarios y esos cuatro días dan opción a ambos bandos a reorganizar sus fuerzas, pero solo los azeríes la aprovechan; los armenios siguen con plomo en las alas. Los invasores toman Fizuli el 14 de octubre, ocho días más tarde controlan toda la frontera con Irán, de donde puede llegar ayuda a los armenios, y se lanzan hacia Shusha.

Esta pequeña localidad, de unos 12.000 habitantes, es una clave importante en esta guerra por su situación estratégica y por su valor simbólico y sentimental. Está a unos quince kilómetros de Stepanakert, la capital de la República de Artsaj, en pleno corazón del Alto Karabaj, y controla la ruta que une ese enclave con Armenia. Por otra parte, Shusha es el referente épico e histórico de ambos bandos; es la inexpugnable ciudad fortaleza situada a unos 1.300 metros sobre el nivel del mar, que domina todo el enclave del Alto Karabaj. La lucha por su control fue uno de los factores que desencadenaron la primera guerra del Alto Karabaj, mientras se hundía la Unión Soviética. Los azeríes consideran que Shusha es su capital histórica de la región; y de hecho, en 1991, cuando los armenios capturan la localidad, hacen una limpieza étnica de la mayoría de su población. Estos hablan de legado histórico y del pogromo turco-azerí de Shusha, en 1920. En cualquier caso, la

caída de la localidad en manos azeríes el 9 de noviembre sentencia para la guerra los armenios. Concluye al día siguiente con la firma de un alto el fuego por parte el presidente de Azerbaiyán, Ilham Aliyev, el primer ministro de Armenia, Nikol Pashinián, y el presidente de Rusia, Vladimir Putin, que es quien ha auspiciado el final de las hostilidades, presionando a Azerbaiyán.

Esta guerra, como se afirmaba más arriba, tendrá una influencia directa sobre el comienzo de las hostilidades en Ucrania, en febrero de 2022. Los azeríes han preparado la campaña con dedicación, al detalle. Gracias al dinero del negocio petrolífero, han adquirido armas modernas incluso en Rusia o Chequia; pero sobre todo, de la mano de turcos e israelíes han apostado por la utilización revolucionaria de los drones en el campo de batalla, hasta el punto de que se puede afirmar que esta es la primera guerra interestatal en que se recurre extensamente a la robotización. Se suman en la guerra del Alto Karabaj las enseñanzas adquiridas por los turcos en el uso de drones durante su intervención en Libia y Siria, y por los israelíes en su campaña contra Hezbolá en el Líbano. Son máquinas de última generación y los azeríes las emplearán extensivamente pero de forma muy especializada. Recurrirán a drones de reconocimiento israelíes (Héron, Hermes 450 y 900, Aérostar, Orbiter 3) y a drones suicidas o munición merodeadora, también israelíes (Harop, SkyStriker, Orbiter 1 K). Y sobre todo, los drones de combate turcos Bayraktar BT2, adquiridos pocas semanas antes de la guerra para ocultarlos al espionaje armenio y ruso. De hecho, van a llegar al extremo de intentar «dronizar» rústicos y baratos aviones de transporte y fumigación —los biplanos rusos Antonov An2— cargados con explosivos y teledirigidos como bombas volantes[216].

Estos apararos van a revolucionar el arte de la guerra desde un pequeño rincón del Cáucaso, uno de los teatros de operaciones más antiguos del mundo. Los armenios no tienen donde esconderse ni saben hacerlo. No poseen la capacidad de camuflar térmica o electrónicamente sus fuerzas, que deben mantenerse enterradas y

moverse con cautela para no ser detectadas por los sensores de los drones enemigos, que tampoco son capaces de derribar. No disponían de drones antidrones, láseres, ni siquiera de un sistema para interferir las comunicaciones entre las máquinas y el enlace GPS[217]. De hecho, los drones son mucho menos detectables por los radares. En septiembre de 2019, las refinerías saudíes Aramco de Abqaiq y Jurais, defendidas por sistemas antiaéreos muy sofisticados, fueron incendiadas por una docena y media de drones de fabricación iraní, controlados por combatientes huzíes del Yemen. El ataque, que no pudo ser prevenido por los radares saudíes, causó una conmoción en el mercado del crudo. De hecho los TB2 y los drones suicidas Harop, de fabricación israelí, liquidaron una buena parte de los radares y sistemas de defensa antiaérea de los armenios (un total de 33). Para rematar, las cámaras de los drones no solo son tremendamente útiles en el combate, sino también como amplificadores de la propaganda de guerra: las redes sociales, los medios de comunicación, se llenarán de breves e impactantes grabaciones de decenas de carros de combate, vehículos de todo tipo o grupos de soldados armenios eliminados con letal precisión por los robots aéreos. Eso se volverá a ver en Ucrania un par de años más tarde.

En la guerra del Alto Karabaj, los drones dejarán en las bases a los valiosos aviones de combate e incluso a los helicópteros, mucho más caros que los pequeños robots aéreos y más fáciles de derribar con los MANPAD —misiles antiaéreos portátiles— y otros sistemas. Los aviones de combate han dejado de ser los reyes del cielo. También quedará cuestionada la utilidad de los carros de combate, cazados como chinches. Pero este conflicto no solo llamará la atención en todo el mundo por la utilización extensiva de robots aéreos. La ofensiva ha estado planificada con todo detalle por los azeríes, desde el comienzo hasta el final. La toma de Shusha coincide con la Fiesta de la Bandera en Azerbaiyán, por ejemplo. Y no es que haya sido un conflicto espectáculo: las bajas están niveladas en ambos bandos: 2.178 hombres por parte armenia

frente a 2.783 soldados azeríes. Según el analista Michel Goya, coronel del Ejército francés, «es el mismo orden de magnitud (en pérdidas) en 44 días que los combates en el Donbas durante un año, desde abril de 2014 hasta abril de 2015»[218]. Es también una guerra en que las bajas son, ante todo, militares. Solo se computan unos 170 civiles muertos en un conflicto de alta intensidad de 44 días[219]; los 78 jornadas de la campaña de bombardeos de la OTAN sobre Yugoslavia, en 1999, dejaron 500 civiles muertos según Human Rights Watch, y 1.500 según la OTAN[220].

La guerra del Alto Karabaj tuvo lugar en plena pandemia del COVID-19. No quedó claro cuántos soldados y civiles de ambos bandos se vieron afectados por la enfermedad, que se transmitió con virulencia por las trincheras y entre los refugiados. Hubo muertes debido a ello, y como señaló acertadamente el experto en conflictos eurasiáticos Kevork Oskanian:

> Nagorno-Karabaj puede ser una señal de lo que viene: un mundo más caótico, peligroso e impredecible [...] La pandemia proporciona un telón de fondo que permite a las principales potencias estar distraídas [...] Hace unos años, la participación de Turquía en la guerra actual hubiera sido impensable, pero en la redefinición de las reglas del orden mundial que estamos presenciando ahora, es capaz de imponer su influencia de formas nunca antes vistas[221].

Esta observación era muy acertada, por cuanto muchos países tomaron nota de ello, y sobre todo Rusia. El conflicto había sido muy alarmante para Moscú. Indicaba bien a las claras una decidida capacidad ofensiva del mundo pantúrquico encabezado por una Turquía que llevaba varios años actuando según su propio juego, con sus propias reglas, y ahora mostraba unas garras más largas de las que cabría pensar. Aliada, además, con Israel, que intervenía en el conflicto por sus propias conveniencias energéticas, para asegurarse los hidrocarburos procedentes de Azerbaiyán, básicos para su economía y seguridad militar. Pero sobre todo, esos actores le habían infligido una derrota militar sin paliativos a uno de los aliados de Moscú que utilizaba al completo armamento, equipo y

entrenamiento rusos. Los agresores habían estudiado las estrategias y tácticas rusas, en Siria y el Donbas, y les habían dado la vuelta como a un guante, desplumando a los armenios: unos enemigos de lo más respetable, con una épica de raíz histórica que parecía haberlos convertido en intocables. Y ahora, en un mes y medio de guerra, todo se lo había llevado el viento por el desagüe histórico que era la pandemia, que parecía no dejar nada en su sitio.

La guerra del Alto Karabaj contribuyó de forma importante a tensar la cuerda que iba a romperse en febrero de 2022. Cundió la alarma en el Kremlin. El conflicto en el Cáucaso hizo visible el acercamiento de Turquía a Ucrania, que no tardó en adquirir los milagrosos drones Bayraktar BT2 y los utilizó enseguida en el Donbas, meses antes de que estallara la contienda. A finales de octubre de 2021, el Ejército ucraniano bombardeó con ellos objetivos de los insurgentes. Lo comunicó el mismo Ministerio de Defensa en su cuenta de Twitter (@DefenceU) el 26 de octubre de 2021 a las 8:56 p.m. El mensaje incluía una grabación de cómo se bombardeaba con un misil de medio alcance una posición ocupada por equipo de artillería ligera de los rebeldes prorrusos. Inmediatamente, el portavoz del Kremlin, Smitry Peskov, dio unas declaraciones a la agencia Reuters en las que señalaba:

> Tenemos muy buenos lazos con Turquía, pero en esta situación nuestros temores se están haciendo realidad, desgraciadamente, porque las entregas de este tipo de armas a los militares ucranianos pueden desestabilizar potencialmente la situación en la línea de contacto[222].

Y no solo eso. Corrían rumores de que la industria militar turca y la ucraniana podrían llegar a asociarse para dominar el mercado de la guerra aérea robotizada, combinando la experiencia en drones de ataque turcos con las capacidades antidrón que desarrollaba la investigación *high tec* ucraniana.

Mientras tanto, el país pasaba por su propia travesía del desierto bajo la pandemia. Allí solo se había vacunado al 36% de la población, muy por debajo del 75% de la UE, el 71% de

Norteamérica, el 54% de Rusia o el 82% de Latinoamérica (cifras a 5 de marzo de 2022)[223]. Ucrania era uno de los países europeos con mayor tasa de rechazo vacunal, y al respecto, las autoridades del país explicaron que ello se debía a campañas de desinformación promovidas por Rusia para desestabilizar el país. Pero no era sino un bulo en sí mismo. En realidad, la reticencia vacunal no era nada nuevo en Ucrania —como mínimo se ha venido rastreando desde hace quince años—, y en parte se debía a la desconfianza de la ciudadanía hacia las autoridades. No podía deberse a ninguna campaña de intoxicación rusa que solo el 53% de los ucranianos estuvieran vacunados contra la polio. Algunos incidentes concretos abonaban estas reticencias. Por ejemplo, en 2012-2013, la prensa dio cuenta de toda una serie de reacciones adversas e incidentes sanitarios debidos a la mala administración de vacunas a población infantil, sin atender a los protocolos y códigos de buenas prácticas, sin que las autoridades sanitarias ucranianas hubieran informado al respecto. Como resultado, en noviembre de 2021 las autoridades ucranianas tuvieron que destruir medio millón de dosis de AstraZeneca caducadas por el rechazo del 43% la población a vacunarse contra el COVID, dentro del 56% que no estaban dispuestos a hacerlo contra ninguna enfermedad[224].

En el otoño de 2021, el mismo presidente Zelenski se implicó en la campaña para la vacunación masiva, insistiendo en que los ucranianos debían «cambiar el chip» en esta cuestión. La respuesta fue un auge de los falsos certificados de vacunación COVID. De hecho, se sospechaba que la desconfianza de la mitad de la ciudadanía ucraniana —de nuevo el país partido por la mitad— hacia la campaña de prevención del virus no era sino una crítica más al nuevo régimen. Por entonces, de acuerdo con una encuesta, el 65% de los ucranianos no estaba de acuerdo con el trabajo del presidente Zelenski; el 72% no estaba satisfecho con la oficina presidencial; el 80% pensaba lo mismo del gobierno en su conjunto, y el 83%, con la Rada[225]. Así que, de una forma muy precisa, se puede afirmar que en noviembre de 2021, a tres meses escasos del

comienzo de la guerra contra Rusia, la gran mayoría de los ucranianos no estaba para nada satisfecho con el régimen de Zelenski.

Esa era la situación cuando, por fin, parecía que se estaba viviendo el final de la pandemia, arrancando su sexta oleada. Y ahora juntemos las piezas para componer el relato del *crescendo* trágico que llevó a la guerra.

Dentro del contexto malsano en torno al cual todavía gravitaba el mundo a comienzos del año 2021, se produjo un hecho traumático y fundamental que empujó con fuerza una cadena de efectos fatales. El 20 de enero, Donald Trump abandonó la Casa Blanca, dejando tras de sí momentos de descontrolada tensión que Bob Woordward y Robert Costa recogieron en su libro *Peligro* (2021). El asalto al Capitolio, el 6 de enero, protagonizado por aquellas milicias violentas y burlonas, ultranacionalistas, que desfilaban con fusiles de asalto: las territoriales en los estados, los Oath Keepers, los Three Percenters, los Posse Comitatus o los Boogaloo Boys, con sus camisas hawaianas, armados hasta los dientes y buscando una nueva guerra civil en los Estados Unidos. Grupos que pasaron el 2020 protestando, siempre armados, contra los confinamientos. Los Vigilantes de Wolverine, escépticos ante el coronavirus, que en octubre fueron detenidos acusados de intentar el secuestro de la gobernadora demócrata de Michigan, Gretchen Whitmer, preludio de acciones a mayor escala destinadas a forzar un levantamiento civil. Las frenéticas llamadas del general Mark Milley, presidente del Estado Mayor Conjunto a su homónimo chino, el general Li Zuocheng, intentando aplacar la ansiedad de Pekín y evitar la posibilidad de que Trump desencadenara una guerra para continuar en la Casa Blanca.

«Tenemos mucho que hacer en este invierno de peligro», proclamó el nuevo presidente. Y esa frase era como la premonición de una nueva era de desequilibrio y violencia. Joe Biden llegó a la Casa Blanca marcado por el estado de alerta constante, ansioso por desmontar la obra de Trump y detener el aislacionismo que

propugnaba el *America First!* En Moscú, Vladimir Putin formaba parte de ese cortejo de espectros. Adam Smith, el presidente de la Comisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes, explicó que un miembro del Congreso estaba preocupado ante la posibilidad, creía él, de que Trump robara el Air Force One en sus últimos días de mandato, volara con él a Moscú y le vendiera los secretos estadounidenses a Putin[226]. El presidente ruso era el Mal, tanto como Trump. En abril, le pidió explicaciones al estadounidense. Le había llamado «asesino» durante una entrevista televisiva. Fue una interpelación provocativa, un tanto sin ton ni son. Le preguntaron si creía que Putin era un asesino y Biden dijo que «sí». La justificación que le ofreció a Putin, en conversación telefónica, fue bastante banal, teniendo en cuenta que el incidente había sido serio, hasta el punto de que el Kremlin había llamado a consultas a su embajador en Washington. «Me hicieron una pregunta. Y di una respuesta. Era una entrevista sobre un tema completamente diferente. Y no fue algo premeditado», se intentó justificar Biden sin mucha soltura diplomática[227].

Tal estado de cosas y de ánimo no era el mejor para limar asperezas sobre el conflicto ucraniano. Biden era consciente de que los demócratas todavía no habían aportado a su presidente providencial. El republicano Lincoln había abolido la esclavitud y ganado la guerra civil. El demócrata Roosevelt había conjurado la Gran Depresión con su New Deal. Los republicanos George Bush padre y Ronald Reagan habían puesto fin a la Guerra Fría. ¿Qué habían hecho los demócratas que estuviese a esa altura? Barack Obama primer presidente de color en la Casa Blanca, no había estado a la altura, a pesar de su voluntad de solucionar el espinoso problema de las relaciones entre Estados Unidos y el mundo musulmán o liquidar el terrorismo islámico. La muerte de Bin Laden no fue suficiente; después llegó el ISIS; la Primavera Árabe no cambió mucho las cosas en MENA. La asignatura pendiente seguía sin ser aprobada. Es más, Putin se había colado por Siria saliendo

del bloqueo tendido por las potencias occidentales tras la guerra del Donbas.

De hecho, a raíz de la supuesta injerencia de los rusos en las elecciones estadounidenses que habían llevado a Trump al poder en 2016, ¿no parecía como si los republicanos se hubieran acercado demasiado a los rusos, ya desde 1989? ¿Quizá por eso se había cerrado el final de la Guerra Fría en falso? Biden se creía llamado a solucionar eso, a liquidar el poder rampante de Putin, y conocía bien el ring en el que se llevaría a cabo la pelea: Ucrania.

En Kiev, el deslucido presidente Zelenski había perdido la pátina carismática de joven promesa y esperanza para Ucrania. No había sabido defender bien al país contra el COVID. Pero sí lo haría contra los rusos, poniéndose en manos de los americanos. Al fin y al cabo, había vuelto Biden, el antiguo vicepresidente de Obama, consejero y protector de Ucrania, ahora reconvertido él mismo en presidente de los Estados Unidos. Para Zelenski —como anteriormente para Poroshenko— *su* presidente era Biden y no Trump, en modo alguno. En junio de 2017, el Parlamento ucraniano adoptó una legislación que restablecía la membresía en la OTAN como un objetivo estratégico de política exterior y de seguridad. No se había hecho nada por cambiar la Constitución ucraniana a fin de negociar un nuevo estatus federal o autonómico para el Donbas, tal como se había acordado en Minsk, pero en 2019 sí entró en vigor una enmienda constitucional para dar cabida al acercamiento de la OTAN a Ucrania. Y en septiembre del año siguiente, Zelenski aprobó la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Ucrania, que preveía el desarrollo de una asociación específica y distintiva con la OTAN, con el objetivo de ser miembro de pleno derecho de la Alianza Atlántica.

Sobre esos acuerdos, que incorporaban todas las promesas y pactos formulados ya desde 1994, uno por uno, se erigió todo el esfuerzo, básicamente estadunidense, para modernizar y entrenar a las fuerzas armadas ucranianas, específicamente en vistas a un posible y cada vez más probable enfrentamiento con Rusia. Ya se

empezó en 2015, a poco de finalizar la fase aguda de la guerra del Donbas. En julio de 2016 se acordaron en la cumbre de la OTAN, en Varsovia, los denominados Comprehensive Assistance Packages para Ucrania. Y a partir de ahí, como se vio, se inyectaron dólares y esfuerzos, año tras año, en el sistema de defensa y seguridad ucraniano. Se reorganizó el mando, se cribó a la oficialidad más proclive a Rusia, por haber sido formada allí durante el periodo de la Unión Soviética o por tener relaciones familiares o cercanas de algún tipo. Lo mismo se hizo con el SBU, el servicio de inteligencia y seguridad ucraniano. Se empezó a trabajar en habilitar determinadas instalaciones militares ucranianas (Ochákiv, en la desembocadura del Dniéper; Yavoriv, cerca de la frontera polaca) como futuras bases de apoyo para la OTAN, llegado el caso. Y, sobre todo, se desarrollaron ejercicios militares y maniobras conjuntas en territorio ucraniano.

En febrero de 2021, Zelenski continuó quemando etapas y aprobó un plan para admitir tropas extranjeras a fin y efecto de organizar maniobras militares conjuntas. Y ese mismo año tuvieron lugar los ejercicios ucranio-americanos *Rapid Trident 2021* y *Sea Breeze 2021;* los británico-ucranianos *Rapid Trident 2021* y *Sea Breeze 2021;* los rumano-ucranianos *Riverine 2021,* y los polaco-ucranios *Three Swords 2021* y *Silver Sabre 2021*[228]. Nada de esto fue secreto, ni tan siquiera discreto. Se anunció a bombo y platillo, oficialmente, por los estadounidenses y con antelación. Así, por ejemplo, para 2022 estaban previstos los ejercicios[229]:

Joint Efforts 2022 — Febrero-diciembre de 2022; participación de 12.500 tropas.
Rapid Trident 2022 — Marzo-diciembre de 2022; participación de 8.500 tropas.
Cossack Mace 2022 — Marzo-diciembre de 2022, participación de 5.500 tropas.
Light Avalanche 2022 — Febrero-diciembre, hasta 1.300 tropas.
Silver Saber 2022 — En tres etapas, hasta un total de 5.500 participantes.
Sea Breeze 2022 — Marzo-diciembre de 2022, hastra 7.500 tropas.
Riverine 2022 — Ejercicios rumano-ucranianos — Marzo-diciembre, hasta 400 tropas.

Maple Arch 2022 — Marzo-diciembre de 2022, hasta 3.700 participantes.
Viking 2022 — Febrero-diciembre, hasta un total de 200 tropas.

En cuanto a suministro de material militar moderno, para cuando comenzó la guerra, las tropas ucranianas ya disponían de cierta cantidad de armas de procedencia estadounidense, como, por ejemplo, misiles antiaéreos portátiles Stinger o contracarro Javelin —Trump se jactaría de que ello fue por iniciativa suya— obtenidos gracias a la colaboración de los Países Bálticos[230].

¿Esto supone que Biden atizó el camino hacia la guerra en Ucrania? Si y no; o ni más ni menos que Putin, desde luego. Ambos sabían que se había terminado el tiempo para una salida pacífica en Ucrania. Por eso, la guerra que estalló allí en febrero de 2022 fue la guerra de Putin, desde luego; pero también la guerra de Biden. Washington sabe que no puede atajar a Putin, que se ha escurrido por aquí y por allá tras intentar pararle los pies con las sanciones acordadas en 2014 y 2015 a raíz de la guerra del Donbas. El problema sobrepasa el marco ucraniano, de hecho. Si no se aplica la doctrina aislacionista de Trump, pactando una cierta división del mundo o concentrándose en pararle los pies a China, los rusos pueden hostigar y hostigar las bases del poderío americano, cada vez más amenazado. En Oriente Medio, en África, incluso en América Latina. Pero, muy en especial, en Europa, cliente privilegiada de la energía rusa, escéptica con la OTAN —sobre todo después de la actitud de Trump hacia la mera existencia de la Alianza Atlántica— y cuyas pujantes derechas y ultraderechas parecen coquetear con las ideas de unión eurasianista propugnadas por el teórico belga Jean Thiriart ya en los años ochenta, lo que en su día se llegó a denominar el proyecto *Nueva Eurosiberia,* una idea muy romántica de federación entre el continente europeo y el mayor estado del mundo, la Unión Soviética. En 1984 llegó a escribir: «Si Moscú quiere hacer una Europa europea, por mi parte predico una total colaboración con la empresa soviética. Seré el primero en colocarme una estrella roja en mi gorro. Europa soviética, sí, sin reservas»[231]. Una enorme entidad que abarcaría desde Reikiavik

hasta Vladivostok. En ese proyecto, Siberia poseería un papel relevante, como la gran reserva estratégica y energética. Y el conjunto, la nueva Eurosiberia, que reuniría a 800 millones de ciudadanos, se conformaría como «un hiperestado-nación bajo un hipercomunismo desmarxistizado»[232]. Esas propuestas pasaron, posteriormente, a ser manejadas por Aleksandr Dugin, el analista, estratega geopolítico y padre del actual neofascismo ruso que llegó a tener un ascendiente notable entre el nuevo ultranacionalismo europeo en los años que nos ocupan.

Junto con las presiones directas que se ejercían Rusia y los Estados Unidos entre sí por aquellos días, se detectaban jugadas de segunda línea y escenarios colaterales en todo el «ámbito 3SI» (en este caso, Países Bálticos, Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Chequia, Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Moldavia y Bulgaria). Desde luego, algo se movía, se volvía a mencionar el proyecto 3SI aquí y allá, se especificaba su financiación (600 mil millones de euros, nada menos)[233], se enfocaba desde una óptica ucraniana[234] o se hacía en parte realidad a partir de la recuperación de la unidad histórico polaco-lituana que incorporaba a Ucrania para garantizar sus fronteras (20 de diciembre de 2021); o para apoyar su integración en Europa (23 de febrero de 2022). A eso se le llamará el Triángulo de Lublin (28 de julio de 2020) para la lucha contra la agresión rusa y la ampliación de la Unión Europea. Se alude a Lublin porque fue la ciudad donde se llevó a cabo la unión medieval de la República de las Dos Naciones.

Estos movimientos también estuvieron presentes en las presiones occidentales para deponer al dictador bielorruso Alexsandr Lukashenko mediante enormes manifestaciones cívicas en plena pandemia, entre mayo de 2020 y marzo de 2021. A lo cual este responderá generando una crisis migratoria en la frontera entre Bielorrusia y Polonia, por supuesto con el respaldo de Putin. Contra el nuevo intento de organizar una «revolución de color» en una república exsoviética, la aglomeración de miles de inmigrantes y refugiados iraquíes y sirios en la frontera polaca buscaba generar un

auge de los sentimientos ultranacionalistas en ese país, tensionando más el pleito que los regímenes iliberales de Polonia y Hungría mantienen con Bruselas y Berlín, en el corazón de la Unión Europea.

Son movilizaciones de sinergias y golpes bajos que no siempre se entienden desde el Occidente europeo, porque son fruto de estrategias históricas pergeñadas en los países del Este y que solo ocasionalmente saltan a conocimiento del gran público a través de actores internacionalmente muy reconocidos, como Zbigniew Brzezinski, el cual en su *Gran tablero mundial* proponía un eje Francia-Alemania-Polonia-Ucrania como núcleo fundamental de la seguridad europea para más allá del 2010[235]. Y entonces, el 17 de febrero de 2022, una semana antes del comienzo de la guerra, se firma un Pacto trilateral británico-polaco-ucraniano para el mutuo apoyo en materia de ciberseguridad, seguridad energética y lucha contra la desinformación[236].

Al considerar que Trump es un caballo de Troya de Putin pero con un gran tirón popular en los Estados Unidos, y que la gran potencia está políticamente divida en dos, puede entenderse mejor la energía desesperaba de Biden desde su llegada a la Casa Blanca tan solo un año antes de que estalle la guerra en Ucrania.

Putin está también muy presionado, pero actúa y piensa de una manera diferente a la de Biden. Está preocupado por el significado de esa segunda *hot war* que ha sido la guerra del Alto Karabaj hace dos años (la primera, recordemos, fue la de Georgia en 2008) y también por los disturbios por el precio del combustible en Kazajistán que estallaron con gran virulencia el 2 de enero de 2022 y que llevaron a la intervención de las fuerzas del OTSC —la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, la OTAN del espacio exsoviético— para restablecer el orden y asegurar un relevo pacífico del poder. Pero en realidad, Putin juega a la ofensiva, mientras que el presidente americano está a la defensiva. Y sobre todo, el ruso tiene mucha y muy buena información sobre sus adversarios. Es un exoficial de la inteligencia soviética, muy

vocacional, que sabe perfectamente dónde debe buscar la información que necesita. Conoce los fantasmas de Biden: él mismo se los ha provocado, con ayuda de Trump. Es un presidente anciano, al que le queda muy poco para llegar a ser octogenario, lo cual le deja un escaso margen de maniobra, contra el tiempo y contra sí mismo. Por si fuera poco, en agosto de 2021, los Estados Unidos protagonizaron una retirada caótica de Afganistán que afectó seriamente a la superpotencia, con escenas del abandono de Kabul que algunos analistas compararon con las de la salida de Saigón en 1975, con helicópteros de evacuación aterrizando en la terraza de la Embajada estadounidense[237]. Biden no pudo empezar su mandato con peor pie.

Por otra parte, Moscú lleva muchos años haciendo negocios con Europa, tiene a la vista toda la información que necesita sobre el estado real de la economía del Viejo Continente y el alcance de las sanciones que se puede permitir o el daño que pueden hacer las que imponga Rusia. También cuenta con la colaboración callada de muchos estadistas y políticos europeos que no necesariamente comulgan con los objetivos estadounidenses.

Pero, sobre todo, Putin cree que ha llegado el momento de enfrentar a las potencias occidentales con sus propias contradicciones. Eso va a suceder tarde o temprano: Brzezisnki dejó muy claras, ya en 1997, cuáles deberían ser las prioridades de Estados Unidos como gran potencia unilateral, y Biden parece seguir creyendo todavía en ese anticuado planteamiento. A tenor de la información que posee Putin, parece que ha llegado el momento de atacar primero y seguir marcando las reglas. Eso sí: deberá jugar con astucia, ocultando siempre sus cartas y dejando que los occidentales enseñen las suyas. Cartas que en realidad no tienen, por lo que deberán jugar de farol.

---

[206] Katsambekis y Stavrakakis (2020).

[207] *Ibid*.

[208] «Las vacunas Sputnik: ¿se verán afectadas por las sanciones contra Rusia?», por Mar Romero, *France24* (canal en español), 22 de marzo de 2022 [consultable en red].

[209] «Estados Unidos sanciona a Rosneft: cómo ayuda la petrolera a Nicolás Maduro y por qué es clave en el nuevo pulso entre Estados Unidos y Rusia en Venezuela», por Guillermo D. Olmo, *BBC News,* 7 de febrero de 2020 [consultable en red].

[210] Blas y Farchy (2022): p. 413.

[211] *Ibid.,* pp. 384-385.

[212] «El Acuerdo de Abraham sí es el acuerdo del siglo», por Alberto Priego, en *Política Exterior,* 24 de septiembre de 2020 [consultable en red].

[213] Goya (2021): pp. 2-3 y 6.

[214] *Ibid.,* p. 6.

[215] *Ibid.,* p. 3.

[216] *Ibid.,* pp. 21-22. En vez de An2 rusos podrían haberse utilizado copias chinas del mismo, los Feihong 98, que ya en 2018 habían sido reconvertidos en aviones no tripulados.

[217] Goya (2021): p. 22.

[218] Goya (2021): p. 17.

[219] «The Nagorno-Karabah Conflict: A Visual Explainer», International Crisis Group, data last updated on 17.05.2022 [consultable en red].

[220] «Civilian Deaths as a Result of Attacks», en «The Crisis in Kosovo», Human Rights Watch / Reports. Consultable en https://www.hrw.org/legacy/reports/2000/nato/Natbm200-01.htm.

[221] «Armenia y Azerbaiyán, una guerra en plena pandemia: "Nagorno-Karabaj puede ser una señal: un mundo cada vez más caótico e impredecible"», por Noemí López Trujillo, en *Newtral,* 19 de octubre de 2020 [consultable en red].

[222] «La sombra de Turquía en Ucrania preocupa a Rusia y Francia», por Juan Peña, en *Atalayar,* 29 de octubre de 2021 [consultable en red].

[223] AEP/CAV (2022), «Las vacunas en Ucrania», 7 de marzo de 2022 [consultable en red].

[224] «Vaccine Hesitancy in Ukraine: The Sign of a Crisis in Governance?», por Kateryna Odarchenko, *Focus Ukraine. A blog of the Kennan Institute,* 30 de noviembre de 2021.

[225] *Ibid*.

[226] Woodward y Costa (2021): p. 330.

[227] *Ibid.,* p. 488.

[228] «Military from five NATO states to take part in Ukrainian-British drills», por Olena Kotova, *Unian,* 3 de abril de 2021 [consultable en red].

[229] «Nine multinational military exercises will take place in Ukraine this year», en *Ukrinform,* 3 de enero de 2022 [consultable en red].

[230] «U.S. Military Assistance to Ukraine», por Elias Yusif, *Stimson,* 26 de enero de 2022 [consutable en red]. Véase, asimismo: «U.S. approves allied weapons shipments to Ukraine as worries mount», por Paul McCleary y Betsy Woodruff Swan, en *Político,* 19 de enero de 2022.

[231] Cit. en Edouard Rix (2011) «Jean Thiriart, el Maquiavelo de la nación europea», en *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea,* n.º 12, monográfico dedicado a «Jean Thiriart y el nacional-comunitarismo europeo» (sin fecha), pp. 15-18 [consultable en https://es.calameo.com/read/000127172d6d70ee38888]. Véase p. 18 en concreto.

[232] *Ibid.*

[233] Necșuțu (2021). Reportaje actualizado a fecha 20 de junio de 2022.

[234] МІЖМОР'Я. Український погляд | INTERMARIUM. Ukrainian view, in YouTube, Canal Pivdeń Artbook, 14 de septiembre de 2020.

[235] Brzezinski (1998): p. 74, mapa 3.3.

[236] «Ukraine, UK, Poland announce security pact amid heightened tensions», por Sebastian Sprenger, en *DefenseNews,* 17 de febrero de 2022 [consultable en red].

[237] «Las estampas paralelas del abandono de Kabul y Saigón que Biden se negaba a admitir», por Carmen Rengel, en *Huffington Post,* 16 de agosto de 2021 [consultable en red].

CAPÍTULO 12

#HOTWAR 22

PRIMERA FASE DE LA GUERRA DE UCRANIA, FEBRERO-MARZO DE 2022

> No hay más que ver a los intelectuales críticos prodigándose en explicaciones, deshaciéndose en justificaciones, perdiéndose en matizaciones técnicas (la guerra, poco a poco, se está convirtiendo en un manierismo tecnológico) o en la deontología de una guerra pura, electrónica, sin chapuzas: quienes hablan son unos estetas que van aplazando el vencimiento hasta lo interminable y la decisión hasta lo indecible.
>
> Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar,* 1991

En la madrugada del 24 de febrero de 2022 comenzó la invasión rusa de Ucrania en un amplio frente que iba desde las inmediaciones de la central nuclear de Chernóbil y norte de Kiev hasta el istmo de Perekov que unía Crimea con la masa continental, pasando por el Donbas, las inmediaciones de Járkov y Sumy y la frontera nororiental.

Estalló así una doble guerra: la que realmente aconteció y la que unos y otros nos quisieron relatar.

La que se quiso contar en Occidente se basaba en un patrón resucitado de la Guerra Fría, sin muchas sofisticaciones añadidas. Ya en las primeras horas, el presidente Biden afirmó, lapidariamente, que «Putin tiene ambiciones mucho mayores que Ucrania. Quiere restablecer la antigua Unión Soviética»[238]. Y a continuación, el relato empezó a reproducir automáticamente las pautas narrativas expuestas por sir John Hackett, en aquel su libro

sobre una hipotética Tercera Guerra Mundial, publicado más de treinta años atrás.

La razón del ataque masivo y brutal de los rusos, como el de los soviéticos del libro de Hackett, apenas se explicaba o consideraba. Era un asalto que el enemigo venía preparando de antiguo y cuyo objetivo era invadir e invadir e invadir, asaltar Occidente en oleadas imparables. Durante los primeros días de la guerra de Ucrania se especuló mucho con la posibilidad de que el frenesí de Putin no se detuviera en la invasión del país agredido, sino que fuera más allá y se extendiera por Europa del Este. Los Países Bálticos parecían casi un objetivo ineludible, máxime si, como afirmaba Biden, se trataba de reconstruir la extinta Unión Soviética, la peor de las pesadillas americanas desde que la verbalizara Dick Cheney, ya en 1991. Polonia también parecía una víctima de la supuesta estrategia rusa, en especial a la luz de los análisis historicistas apresurados que sacaban a la luz el proverbial enfrentamiento ruso-polaco. Conforme pasaban los días, y por la fuerza de la realidad del avance invasor, fueron desapareciendo las alusiones a esa hipótesis, que, por supuesto, habría llevado a la Tercera Guerra Mundial. Con todo, en mayo, volvió a resurgir en los noticiarios la posibilidad de que Rusia atacara Moldavia, otra antigua república ex-soviética. Como movimiento estratégico en el marco real de la guerra de Ucrania no poseía mucha lógica, pero sí que reactivaba el fantasma casi mitológico de la embestida rusa contra Europa.

Otro de los capítulos argumentales característicos del imaginario narrativo sobre lo que debería ser un ataque soviético era el ineludible agotamiento de la ofensiva, víctima de su propia incapacidad; el final milagroso de *La guerra de los mundos,* de H. G. Wells, que retomaba Hackett en su relato ficticio sobre la Tercera Guerra Mundial. Este enfoque perduró de forma intensa en la prensa y redes sociales occidentales hasta el mes de abril, cuando comenzó la segunda fase de la contienda. Es cierto que la propaganda de guerra occidental recurrió a la buena formación y la capacidad de resistencia del nuevo Ejército ucraniano, formado en

los años anteriores por instructores angloamericanos, y a las nuevas armas que manejaban, desde los misiles anticarro Javelin hasta los «milagrosos» drones turcos Bayraktar TB2 que se habían estrenado en la guerra del Alto Karabaj y tan buenos resultados habían dado contra los medios armenios. De hecho, se popularizó la efigie de una Virgen María que portaba uno de esos misiles y que fue bautizada como «Santa Javelina» y la pegadiza canción «Bayraktar», compuesta por el soldado ucraniano Taras Borovok, que obtuvo un gran éxito desde YouTube[239].

En la canción se ridiculizaba la invasión rusa, en consonancia con las imágenes de vehículos destruidos por el dron turco, pero también por lo que se presentaba como una desastrosa ofensiva que se extinguía en su propia ineficacia. Y ciertamente abundaron y hasta sobreabundaron las fotografías de carros de combate y material militar ruso aparentemente abandonado y posteriormente capturado.

Algunas de esas fotografías correspondían a un mismo vehículo; e incluso a material militar ucraniano mostrado como falsa captura, puesto que —y esto aportaba un sesgo muy paradójico a la batalla por la propaganda de guerra en este conflicto— ese material militar era muchas veces el mismo, dado que ucranianos y rusos utilizaban idénticos o muy similares modelos de tanques o vehículos blindados. Y eso era así hasta el punto de que cuando, desde la OTAN, se empezó a enviar armamento pesado a los ucranianos, se puso énfasis en suministrar material de socios de la Alianza que habían pertenecido al Pacto de Varsovia y conservaban arsenales de origen soviético. De esa forma, las tripulaciones y servidores ucranianos no tenían que emplear tiempo en adiestrarse en el empleo de equipo occidental. Ese armamento pesado no solo era el que había integrado las unidades del Ejército Rojo en la extinta Unión Soviética. Es que incluso había sido diseñado por ingenieros ucranianos o fabricado y montado en factorías de la RSS de Ucrania, que, como ya se ha explicado, había sido la gran fábrica de armas de la Unión Soviética. Por ejemplo, la Oficina de Diseño de

Maquinarias de Morózov en Járkov (JMDB) fue la responsable del diseño de carro de combate soviético T-64, un diseño muy avanzado por su época del que derivó el actual T-80, en servicio en las fuerzas armadas rusas y ucranianas; y el T-84, una versión autóctona ucraniana. Otro ejemplo que se hizo célebre fue el del crucero lanzamisiles *Moskvá,* buque insignia de la Flota del Mar Negro rusa, hundido frente a las costas ucranianas el 14 de abril, que había sido botado en 1976 en los astilleros de Mykolaiv.

En definitiva, en las redes sociales menudeaban fotos y más fotos de vehículos destruidos o atascados y abandonados en el barro ucraniano, material anticuado o en mal estado de mantenimiento, o supuestos fallos críticos en la logística, especialmente en el repostaje de combustible, además de soldados bisoños y aturdidos. De esa forma se regresaba a los viejos planteamientos de Hackett y se iba más allá. El problema no era tan solo que el material militar ruso estuviera caduco o fuera defectuoso, sino que la misma doctrina militar estaba muy anticuada, según la versión de la torrentosa propaganda militar occidental en 2022. Abundaba la comparación de la guerra de Ucrania en esa primera fase con la guerra de invierno de 1940, cuando los valientes finlandeses, en manifiesta inferioridad de condiciones, habían detenido y humillado al Ejército Rojo entre bosques nevados[240]. Ese salto gigantesco de más de ochenta años dejaba en la sombra una importante cantidad de campañas y guerras en las que, posteriormente, los soviéticos habían obtenido brillantes victorias. El StratCom angloamericano no solía referirse a la catástrofe rusa en la primera guerra de Chechenia (1994-1996), otro posible paralelismo humillante, porque precisamente, en 2022, la República de Chechenia había enviado un contingente de voluntarios, los *kadirovtsi,* a combatir en el bando ruso y Moscú lo había pregonado a bombo y platillo. El mensaje venía a ser que, a través de la derrota militar y el cambio de liderazgo, los rebeldes de antaño se podían convertir en aliados del presente, y ese era un argumento que los propagandistas occidentales querían ningunear a toda costa: la

posibilidad de que, mediante la invasión y el cambio de régimen, Rusia terminara pacificando Ucrania y reconvirtiéndola en un Estado satélite aliado. Un verdadero tabú que no por improbable dejaba de ser una posibilidad muy pavorosa[241].

A fuerza de repetir el cuadro de que la invasión de Ucrania era un desastre estratégico y operacional, que asumieron incluso analistas profesionales, como en el juego del teléfono roto, y por no quedarse atrás en el entusiasmo triunfalista, a las dos semanas de iniciada la guerra ya circulaba a caño libre la visión de Rusia como un gigante con pies de barro. Al cabo de un mes, la *parrot press* occidental manejaba con suficiencia los altisonantes datos que le suministraban «fuentes de inteligencia estadounidenses» (o británicas), «analistas militares», «oficiales de Estados Unidos» (muchas veces mera propaganda de guerra ucraniana) y toda la parafernalia de afirmaciones de autoridad no comprobadas y según las cuales «algunos misiles rusos» tenían una tasa de fallos del 60% o, incluso, que se estaban agotando los *stocks* de esas armas, debido a la incapacidad de la industria militar rusa para poner en línea las unidades suficientes con las que sacar adelante la guerra contra Ucrania[242]. A partir de ahí, se desarrollaban incluso sesudas disquisiciones sobre las causas de una incapacidad que se daba por absolutamente comprobada: Rusia no podría aguantar mucho más su esfuerzo ofensivo. Una vez más, el «argumento Hackett», esto es, el discurso premonitorio de la OTAN en los años ochenta del siglo pasado.

Este segundo capítulo conducía a un tercero: un desastre de tal calibre llevaba (casi forzosamente) a la insurrección y al golpe de Estado interno. Con un colofón terrorífico que también provenía del guion de Hackett: en Moscú podrían intentar enmendar los errores saliendo por la tangente y tirando de estrategia nuclear[243]. Pero seguramente las cosas no llegarían tan lejos puesto que «Putin estaba aislado», enfermo o incluso manifestaba síntomas de demencia[244]. O bien, «fuentes bien informadas», invariablemente

de la omnipresente inteligencia angloamericana, filtraban que los descontentos de su entorno preparaban un golpe[245].

Sin embargo, a la hora de la verdad, con las cifras en la mano, resultaba que Putin tenía un apoyo social y político al alza que rondaba el 75% al cabo de un mes de iniciada la guerra[246], mientras que el de Biden se desplomaba rápidamente[247]. Y aunque se le quisiera quitar importancia a la cifra de apoyo popular de un autócrata, de lo que no cabía duda era de que las semanas pasaban y el esquema Hackett no se materializaba, mientras que la ofensiva rusa seguía su curso y los soldados que la alimentaban, día a día, parecían salir de la nada.

Se puede entender mejor lo que estaba sucediendo si se contrasta la versión que la StratCom[248] anglobritánica puso en circulación, con los objetivos de guerra del alto mando ruso. Porque la realidad era que, en las primeras semanas, los análisis que hacían los expertos occidentales eran tan propagandísticos y triunfalistas que, de hecho, anunciaban el hipotético fracaso ruso en base a unos objetivos y baremos que ellos mismos habían marcado, y no a un conocimiento real de lo que, en realidad, buscaban los invasores.

Un ejemplo muy evidente fue la insistencia en que los rusos habían fracasado en su «invasión relámpago» de Ucrania, sobre la *totalidad* del país. Y eso tenían que haberlo hecho en tan solo una semana. Es decir, que para los periodistas, analistas o propagandistas de la OTAN, «Putin había fracasado al no poder invadir toda Ucrania en una semana», cuando lo cierto era que la superficie de Ucrania es de 603.548 kilómetros cuadrados, más grande que toda la Península Ibérica (583.254 km2) o Francia (543.940 km2). Era literalmente imposible completar una campaña de invasión de esa envergadura en unos pocos días y con poco más de cien mil soldados, cifra notablemente consensuada sobre los efectivos rusos que intervinieron en los primeros momentos de la invasión. Sin embargo, datos fiables de primera mano sobre las intenciones y el *timing* de los invasores se habían conseguido en la

primera semana de la guerra y se hicieron públicos a comienzos de marzo[249]. Se trataba de los documentos operativos de la 810.ª Brigada Independiente de Infantería de Marina rusa. El calendario estipulaba la duración de esa primera fase de las operaciones en dos semanas y suponía tomar la ciudad de Melitopol, un objetivo situado a 230 kilómetros del itsmo de Perekop en Crimea y prácticamente en la costa del mar de Azov. Por lo tanto, era un objetivo más que modesto para las fantasiosas intenciones y capacidades estratégicas que les atribuían a las tropas rusas los comentaristas occidentales y la *parrot press.*

El 11 de marzo, un medio electrónico español publicaba una entrevista al teniente general retirado del Ejército español Pedro Pitarch[250], el cual difícilmente podía ser tachado de simpatizante de los rusos, habiendo desempeñado la jefatura de la División de Logística del Estado Mayor del Mando Supremo de la OTAN en Mons (Bélgica). Así respondía a la pregunta sobre la marcha de la supuesta «guerra relámpago rusa»:

> Lo de la guerra relámpago es un invento periodístico. Lo de la rapidez en la ejecución de las operaciones militares no es de esta guerra. Es la lógica de las operaciones militares porque se fundamentan en el principio de la eficacia, es decir, lograr los objetivos lo más rápidamente y lo más rotundamente posible. Era un desiderátum, pero las operaciones necesitan su tiempo y su desarrollo, pero realmente van a su tiempo. Además tienen que ser alimentadas, lo cual es muy pesado y muy costoso cuando hablamos de unas colas logísticas larguísimas.

Aun así, explicaba Pitarch, en dos semanas el Ejército ruso había conseguido controlar 70.000 kilómetros cuadrados, esto es, *grosso modo,* el 11% del territorio ucraniano. Esa extensión, por otra parte, equivalía, más o menos, a la de Bosnia y Kosovo, sumadas.

Entonces ¿cuáles eran los objetivos de guerra rusos? Es cierto que con los datos de que se disponía en aquellos días de la primera fase de la invasión, resultaba complicado establecerlos y era más sencillo suponerlos o incluso inventarlos. Máxime teniendo en cuenta que el mismo Putin asumió la estrategia de callárselos o

divulgarlos con cuentagotas, diferenciando lo que ofrecía a la población rusa de lo que comunicaba al enemigo. Junto con esa fuente de información, resulta útil contar con las declaraciones de Sergei Karaganov, un influyente asesor en cuestiones de geoestrategia y política de los presidentes Boris Yeltsin y Vladimir Putin. En cierta manera, sería el equivalente en ruso de Zbigniew Brzezinski, como director del Consejo de Política Exterior y Defensa, institución fundada por Vitali Shyikov, un «maestro de espías» del GRU soviético, el servicio de inteligencia militar. Según él, Kissinger le llamaba «profesor Karaganov» y él correspondía con un «Henry». Con aspecto de dandi septuagenario mundano y, por lo tanto, de experto accesible, Karaganov asumió el papel de portavoz no oficial de la política exterior rusa, especialmente durante la crisis ucraniana. En abril de 2022 concedió varias entrevistas sobre la marcha de la guerra que tuvieron una lógica repercusión internacional. La tercera fuente de información la aporta el análisis contextual del conflicto, su trasfondo histórico reciente y el sentido común.

El mismo Putin enunció los objetivos de la invasión, que él definió como «operación militar especial», en el discurso que pronunció el día 24 de febrero, a la par que el inicio de las hostilidades[251]. Es interesante leer la transcripción del mismo, porque disipa algunas confusiones sobre el alcance de la intervención. Básicamente, establecía que el objetivo militar consistía en ofrecer protección a las poblaciones amenazadas del Donbas y Crimea y, a través de ello, salvaguardar a Rusia del expansionismo de «los principales países de la OTAN», los cuales «declaran abiertamente que reclaman otros territorios rusos». Putin achacaba a «las fuerzas que perpetraron un golpe de Estado en Ucrania en 2014» la renuncia a intentar la solución pacífica del conflicto del Donbas a lo largo de los últimos ocho años. Invocaba el Artículo 51 del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas: «Acción en caso de amenazas a la paz, quebrantamientos de la paz o casos de agresión». El mencionado artículo recoge que

> Ninguna disposición de esta Carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un Miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales[252].

El discurso estaba dirigido en parte a la comunidad internacional, pero también a los rusos y ucranianos. Había reproches claros a las potencias occidentales por rechazar la contribución soviética a la derrota del nazismo y a la construcción de una nueva Europa en la cual esa ideología, generadora de la Segunda Guerra Mundial, tenía que haber sido erradicada. Entonces Putin tiraba de una serie de argumentos que eran fruto de su educación soviética y que poseían todavía mucho tirón entre el común de la población[253]. A sus ojos, Rusia no podía ser una potencia respetada internacionalmente si no garantizaba que jamás volvería a resurgir el nazismo en Europa, de la misma forma que para muchos americanos los Estados Unidos dejarían de ser una potencia honorable si permitieran un nuevo exterminio de los judíos, y de ahí su compromiso irrompible con Israel. Era la herencia de la Segunda Guerra Mundial, pero también de los malentendidos que dieron origen a la Guerra Fría, con toda su carga de dobles raseros. Desde que los Aliados apoyaron el resurgimiento de la República Federal de Alemania, Moscú les echó en cara que su intención real era reactivar el nazismo y utilizar un IV Reich contra la Unión Sociética. Ahora Putin reprochaba a las potencias de la OTAN que intentaran hacer eso mismo con Ucrania. Ese planteamiento fue gasolina patriótica e ideológica para la máquina de guerra rusa. En tal sentido, el 24 de febrero de 2022 Putin no relanzó la Guerra Fría, sino la Gran Guerra Patriótica, como si se hubiera regresado a 1945. Como si hubiera descubierto que Churchill tenía lista la Operación Unthinkable para lanzarse contra la Unión Soviética sobre las ruinas humeantes de la Alemania nazi[254].

Más allá del discurso, podemos encontrar un dato muy evidente pero que parece no ha llamado la atención a ningún analista. La fecha de inicio de la «operación militar especial» contra Ucrania

había sido cuidadosamente escogida y poseía una alta carga simbólica. El plan original, según sabemos por los documentos capturados a los marines rusos, era lanzar el ataque el 20 de febrero, aniversario exacto del triunfo del Euromaidan gracias a las fuerzas de choque de la ultraderecha ucraniana. Pero a pesar de los contratiempos, Putin conjugó la simetría y el equilibrio de simbologías y logística militares en el abanico de fechas fatídicas situadas entre el asalto al poder de las fuerzas ultras del Euromaidan, entre el 20 y 21 de febrero —fecha en la cual Moscú reconoció diplomáticamente a las Repúblicas Populares de Lugansk y Donetsk—, y el 25 de febrero, aprobación de la Ley contra la cooficialidad del ruso en la Duma de Kiev que dio origen a la insurrección anti-Maidan. El Día D será, como se sabe, el 24.

Ya en abril, cuando la guerra da un giro con el final de la primera fase, las entrevistas que concede Karaganov ayudan a definir y centrar el cuadro del conflicto y sus objetivos. Putin había negado que se buscara una partición de Ucrania, pero Karaganov corrige ese extremo:

> Creo que una parte de Ucrania tendrá una orientación rusa, otra parte tendrá una orientación polaca, también una parte eventualmente tendrá una orientación rumana o húngara. Tal vez, espero, quede algo como núcleo de Ucrania. Pero he estado argumentando durante muchos años que tomar toda Ucrania o la reunificación [de Rusia] con Ucrania es un escenario imprudente, ya que Ucrania es demasiado costosa de controlar, es una carga enorme. Es un «Estado tapón» útil, pero también fue una carga durante la Unión Soviética, cuando estaba fuertemente subvencionada por Moscú[255].

En definitiva, el objetivo de la operación es el despiece de Ucrania, a partir de la configuración progresiva de la Confederación de Nueva Rusia o *Novorrósiya*. Inicialmente, esa denominación era utilizada, en tiempos del Imperio zarista, para designar a los territorios de la costa septentrional del mar Negro que en el siglo XVIII habían sido tomados a los tártaros y otomanos por las tropas rusas. Posteriormente, los círculos neoeurasianistas, especialmente en los meses de la insurrección anti-Euromaidan, recuperaron esa

denominación para reivindicar la creación de un Estado panruso a partir de la insurgencia surgida en el Donbas, y que se extendería por las riberas del mar de Azov, desde Odesa y la frontera con Moldavia hasta Járkov, y que incluiría los óblast de Zaporiyia e incluso el de Dnipropetrovsk. En definitiva, todo el este y sur rusófono de Ucrania. Una dinámica en la que Rusia tenía experiencia histórica propia al ser la impulsora del reparto de Polonia entre 1772 y 1795.

Pero Putin no menciona ese objetivo en febrero, porque la ocultación forma parte de la «niebla de guerra», la reserva que desorientará a los ucranianos y a la OTAN. Así, los falsos asedios de Kiev y Járkov buscaban destinar a lo mejor de las unidades de combate enemigas y la mayor parte de las reservas a sendas batallas de desgaste a fin de progresar con la menor oposición posible en el frente sur, que es el que de verdad interesaba ampliar. La supuesta ofensiva sobre Kiev parece impresionante a primera vista, pero no lo es tanto sobre el terreno. Las tropas rusas que convergen sobre la capital desde Bielorrusia progresan lentamente y no terminan de cercar la ciudad por el sur. Tardan bastante en hacerse con algunas localidades del extrarradio, como Bucha, Hostómel e Irpín, que solo caen en sus manos hacia mediados de marzo. Los desembarcos aerotransportados en los aeródromos Antónov (al norte de Hostómel) y Vasylkiv encuentran fuerte resistencia, debido en parte a que Estados Unidos suministra información de inteligencia avanzada al alto mando ucraniano, fruto de sus capacidades SIGINT de intercepción de las comunicaciones rusas y de sus satélites espía.

En conjunto, hay algo que no encaja en la batalla de Kiev. Primero, el aparente despiste de los rusos, en el que se regodean los medios occidentales y que a veces se trata incluso con una ingenuidad infantil. Durante años, los rusos han sido los temibles maestros de la ciberguerra, de la guerra híbrida, de la *maskirovka;* y ahora resultan ser unos patanes, que siguen enfrascados en estrategias de la Segunda Guerra Mundial y van al combate con

armamento obsoleto. Ucrania parece ser para ellos tan desconcertante, por desconocida, como Afganistán. Y sin embargo, la realidad es que conocen la antigua provincia —desde el siglo XVII — como la palma de su mano. Ucrania era fundamental para la Unión Soviética, y Moscú lo sabe todo sobre infraestructuras, administración, economía, defensa. Es como si desde Washington se olvidaran de una Texas que ha devenido independiente hace solo treinta años. Más aún, los rusos han librado dos guerras mundiales en suelo ucraniano; saben lo que es luchar en cada montículo, en cada pueblo. Además, también poseen satélites espía, capacidades SIGINT y un despliegue más que extenso y profundo de informadores HUMINT[256]. Cierto es que los estadounidenses han reorganizado el SBU —aunque les ha costado—, pero no pueden ignorar lo que significa tomar al asalto una ciudad como Kiev, una urbe de casi tres millones de habitantes. Cualquier militar profesional conoce la sangría que supone el combate urbano, el imperativo de asumir fuertes pérdidas y de utilizar para ello unidades especializadas.

Los informativos han hablado extensamente de las unidades de saboteadores rusos, de los *Spetsnaz* dispuestos a infiltrarse en Kiev. La televisión y las redes sociales han mostrado fotografías de supuestos grupos rusos de operaciones especiales con sus furgonetas y vehículos camuflados como civiles, preparados para actuar. Lo cual no forma parte del proceder habitual de los militares rusos, que no suelen hacer concesiones propagandísticas de ese tipo.

El resultado de los rumores inducidos es un fuerte nerviosismo entre la población de la capital. El temor a los saboteadores y la iniciativa gubernamental de distribuir armas a los civiles, muchas veces sin estar encuadrados ni siquiera en unidades paramilitares, dieron lugar a detenciones arbitrarias protagonizadas por patrullas ciudadanas, descontroladas, que castigan a supuestos saqueadores atándolos a postes en la vía pública —en pleno invierno— y azotándolos en ocasiones o pintándoles la cara con un antiséptico

de color verde intenso *(zelyonka)* difícil de borrar[257]. Se producen también incidentes de pánico ocasionados por la desinformación relacionada con movimientos de las mismas tropas ucranianas que son tomadas por rusas.

Por entonces se menciona también que los rusos proyectaban tomar la capital y forzar un cambio de régimen, un plan que a primera vista carecía de fundamento, puesto que Yanukovich no parecía tener ninguna intención de prestarse a ese juego: no hizo ninguna declaración al respecto desde Rusia. Quizá el rumor vino abonado por la rocambolesca detención de Víktor Medvedchuk, oligarca y jefe del partido Plataforma de Oposición – Por la Vida, que ya había sufrido arresto domiciliario en mayo de 2021. De abiertas tendencias prorrusas —los medios de comunicación occidentales airearon que era amigo personal de Putin—, Medvedchuk se mostraba, ciertamente, como un activista del anti-Euromaidan desde el mismo centro de Ucrania, lo cual era una temeridad. Además, su partido había demostrado ser un adversario de Zelenski a tener en cuenta, al quedar como segundo partido más votado en las elecciones de 2019, tras Servidor del Pueblo. El punto central de su programa giraba en torno a la idea de buscar la neutralidad de Ucrania en la esfera político-militar, apartando al país de alianzas y bloques.

El arresto de Medvedchuk, diez meses antes del comienzo de la guerra, irritó claramente a Putin, que lo denunció como una provocación al presentarlo como parte de una purga de aquellos políticos dispuestos a buscar una salida negociada al aumento de la tensión en la zona. Al fin y al cabo, casi dos millones de ucranianos habían votado por su partido. Posteriormente, el político fue acusado de traición y de cargos diversos. Después, a los dos días de iniciada la guerra, logró escapar, pero fue detenido de nuevo en abril.

Así que, en torno a la batalla militar por Kiev se produjo una batalla política, en virtud de la cual Volodímir Zelenski salió claramente victorioso al negarse a evacuar la capital y forjar su

imagen de líder capaz de galvanizar la resistencia nacional ucraniana. Había regresado el Zelenski *influencer* que posteaba vídeos en las redes sociales y se mostraba teatralmente rodeado de «sus hombres», en plena noche, vestidos todos de verde oliva, ante el edificio de la Presidencia, prometiendo resistir hasta el final en Kiev.

Y ese fue, posiblemente, un error neto de los rusos: el asedio instrumental de Kiev alumbró a un «Churchill en camiseta», como pasó a ser conocido Zelenski, medio en broma medio en serio, por su afición a comparecer invariablemente vistiendo una camiseta caqui. Pero el ataque a Kiev no se produjo; en ningún momento unidades rusas intentaron entrar en la capital. ¿Lo sabía el presidente, como en su momento Yeltsin supo que podía detener el golpe en Moscú, en 1991, compareciendo ante la Casa Blanca? Lo que sí es cierto es que el 25 de marzo, un mes justo después de comenzada la invasión, el alto mando ruso anunció que, tras haber cumplido sus planes iniciales, pasaba a centrarse en el objetivo principal de la «operación militar especial»: obtener el control del Donbas.

Por supuesto, los medios occidentales proclamaron que los planes de Putin habían fracasado, que los rusos no habían logrado tomar Kiev y que, como en la fábula del zorro y las uvas, este renunciaba a ellas porque estaban verdes. Pero lo cierto es que fue como un truco de magia. Tras retirarse las tropas rusas del frente norte, de Chernóbil, de los alrededores de Kiev, del frente del noreste, de Sumy, de Chernígov, quedó patente que durante ese mes, sin apenas llamar la atención, los invasores habían ido tomando parte de los óblast de Zaporiyia y Jerson, lo cual creaba un puente de conexión suficientemente ancho y consistente entre el Donbas insurgente y Crimea, que representaba *grosso modo* el 20% del territorio total de Ucrania. Ello cerraba prácticamente la salida al mar de Ucrania. Quedaban en manos del gobierno de Kiev los puertos de Odesa y Mykolaiv, pero al alcance de los misiles rusos y minadas sus aguas para impedir desembarcos y raids. La ciudad

portuaria de Mariúpol resistiría el asedio hasta el 16 de mayo. Como remate, y no menor, de la ofensiva rusa en el frente sur, a comienzos de marzo tomaron la central nuclear de Zaporiyia, con seis reactores, lo que hacía de ella la mayor de Europa y generadora de la mitad de la energía eléctrica nuclear de Ucrania.

Por lo tanto, al mes de haberse iniciado la invasión, los rusos estaban ya en condiciones de ir a la mesa de negociaciones para conseguir un par de objetivos: el reconocimiento, por parte de Kiev, de que había perdido definitivamente el Donbas y Crimea, con el control de la costa del mar de Azov por parte rusa como baza negociadora, y el pacto de una política de neutralidad exterior para Ucrania que la alejara definitivamente de la OTAN. Precisamente por entonces, estaban en marcha unas rondas negociadoras entre delegaciones rusas y ucranianas auspiciadas por el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan. La primera había tenido lugar en Antalya, el 10 de marzo, y se saldó sin haberse alcanzado ningún resultado. Pero para la que se debería celebrar en Estambul el 28 de ese mismo mes, Zelenski había ofrecido tratar de la neutralidad ucraniana a cambio de la retirada de las tropas rusas. La esperanza de alguna forma de acuerdo diplomático duró bien poco. Como argumentaría Karaganov, semanas más tarde,

> La negociación debe producirse. Pero los estadounidenses no están interesados. Al igual que los británicos, quieren luchar «hasta el último ucraniano». Los europeos ahora están histéricos, pero son relativamente impotentes. Los estadounidenses quieren que los europeos luchen entre sí[258].

Esta constatación se podía seguir, semana a semana, por ejemplo, en los editoriales de una revista con la capacidad de influencia de *The Economist*. En la del 19 al 25 de marzo, dedicó su portada a un muy inquietante «Orden mundial alternativo» superponiendo los retratos de Xi Jimping y Putin. Este era un asunto que preocupaba enormemente en los Estados Unidos: la posibilidad de que China hiciera frente común con Rusia en la guerra. Por lo tanto, había ahí una llamada de atención: el conflicto ucraniano no era un asunto

local, sino que podía traer consecuencias. «La guerra en Ucrania determinará cómo ve China el mundo. Y lo amenazante que se vuelve», resumía este otro subtítulo. Tras haber cargado sobre las espaldas de los ucranianos, y su voluntad de seguir luchando, la responsabilidad de evitar la consolidación de «un eje de la autocracia» capaz de establecer una alternativa al orden liberal occidental, el número de la siguiente semana (26 de marzo-15 de abril) llamaba a los lectores a entender el «Juego de poder. La nueva era de energía y seguridad» en el interior de sus páginas. «La energía y las materias primas se encuentran en el corazón oscuro del régimen de Vladimir Putin y la amenaza que representa para el mundo», se podía leer. Los billonarios beneficios de las exportaciones de gas y petróleo habían pagado las armas con las cuales los rusos mataban a los ucranianos. Y, de paso, «afianzó a una élite buscadora de rentas que ha creado un archipiélago en alta mar de yates, clubes nocturnos y empresas fachada del Caribe, reprimió la política representativa y complació las fantasías megalómanas de Putin»[259]. Por lo tanto, la guerra de Ucrania era el primer paso para edificar una nueva era de energía y seguridad a escala global.

A la semana siguiente (2 a 8 de abril), *The Economist* abría con una portada en la cual figuraba el rostro cansado e hirsuto de Zelenski junto al titular: «Por qué Ucrania debe ganar». El 2 de abril, un periodista de un medio alternativo estadounidense comentaba: «Este es realmente el belicismo más loco y rabioso que he visto en *The Economist* en días»[260]. Ciertamente, llamaba la atención por su virulencia. Recogía una entrevista al presidente Zelenski en su búnker *(sic)* y las conclusiones se explicaban en el editorial. «Una victoria decisiva podría transformar la seguridad de Europa», resumía el triunfalista contenido de la pieza[261]. En conjunto, presentaba a un Zelenski que había asumido la tarea sobrehumana de derrotar a Putin. Como si fuera un personaje de cómic o de una serie televisiva, el joven e inofensivo actor se había convertido en presidente y de ahí había transmutado en superhéroe encargado de

derrotar al supervillano y malvado Putin. Este planteamiento entró con enorme facilidad en las mentes de millones de personas porque lo habían conocido durante años en la ficción narrativa y ahora se sustentaba en un desafiante eslogan de márketing político tan sencillo como eficaz: «¿Por qué los ucranianos deben rendirse?».

La campaña por la continuidad de la guerra se basaba en dos afirmaciones de autoridad procedentes del StratCom o maquinaria propagandística angloamericana: que la invasión rusa había fracasado en sus objetivos porque su obsoleta máquina de guerra había sufrido pérdidas inasumibles y que esa situación se podía revertir mediante el envío masivo de armas occidentales a los ucranianos. Como contribución argumental de última hora, la retirada de las fuerzas rusas de los alrededores de Kiev y del noreste de Ucrania —a partir del 1.º de abril— que la propaganda de guerra ucraniana pronto fabuló como fruto de la incapacidad rusa y, en parte, de la presión de sus fuerzas al ataque.

De esa forma, rápidamente se dejó de lado la «finlandización» de Ucrania en pro de su «zombificación», puesto que, más allá de los juegos malabares con las cifras de armamento propio o ajeno perdidos en los combates, apenas se mencionaba la destrucción que estaba encajando Ucrania en su conjunto. La devastación de las infraestructuras del país marchaba a un ritmo espeluznante, sin que los ucranianos pudieran hacer gran cosa por impedirlo. Hacia finales de junio, el mismo gobierno ucraniano asumía que entre el 20 y el 30% de ellas habían sido destruidas por los combates —en ciudades como Mariúpol, Járkov, Chernígov, Severodonetsk y Lisichansk— o los bombardeos[262]. Eso quería decir carreteras, puentes, aeropuertos, ferrocarriles. El bloqueo de los puertos, minados o en manos de los rusos, había hecho caer las exportaciones en un 30-40%. Los rusos se dedicaron a destruir refinerías con entusiasmo. A principios de abril, en menos de 24 horas reventaron dos: la de Kremenchuk, en el centro de Ucrania, que era el mayor complejo de hidrocarburos del país, y la de Odesa. Y continuaron, hasta dejar al país sin capacidad de refinado de

crudo. En consecuencia, pronto se produjo un masivo desabastecimiento por toda Ucrania, con colas kilométricas en las gasolineras y el carburante a precios prohibitivos. A finales de abril, las autoridades de Kiev pedían a los conductores que restringieran sus desplazamientos, a efecto de que los vehículos militares tuvieran combustible para operar[263].

En el capítulo de la energía, la toma de la central nuclear de Zaporiyia por tropas rusas, ya el 4 de marzo —según fuentes rusas, ya el 28 de febrero—, supuso dejar sin energía a una quinta parte de Ucrania, y sin electricidad a la mitad. En un rasgo de cinismo inaudito, el viceprimer ministro de Rusia, Marat Jusnulin, afirmó en mayo que Rusia estaría dispuesta a vender a Ucrania energía nuclear de la planta de Zaporiyia siempre que pagaran por ella[264]. Por si faltara algo, Ucrania compartía red eléctrica con Rusia y Bielorrusia, lo que suponía que los rusos controlaban el voltaje y la frecuencia de la red.

Al país devastado y semiparalizado económicamente, se añadía ese desgarrón en el tejido social que supusieron los refugiados. Al margen de los terribles dramas humanos que vivieron las personas que abandonaron su país como pudieron, su sola emigración dejó a Ucrania sin miles de profesionales de todo tipo, destruyó familias, desertizó núcleos urbanos, descoyuntó la economía. La generación de refugiados es una forma más de actividad bélica, y en ese sentido, ya el 15 de marzo habían salido de Ucrania tres millones de personas, que se convirtieron en cinco el 21 de abril, seis millones al mes siguiente y ocho millones el 21 de junio[265].

En la primavera de 2022, Ucrania era un país roto, lanzado a enfrentarse al Estado más grande del mundo, que además era una potencia militar de consideración, por mucho que la propaganda occidental no perdiera ocasión de ridiculizarla. Pero ¿por qué Estados Unidos insistió tanto en la continuidad de una guerra tan a la desesperada?

---

[238] «Así ha sido el primer día de ofensiva rusa en Ucrania», *El País,* 24 de febrero de 2022 [consultable en red].

[239] «Bayraktar» – Oficial song (English). YouTube, 2 de marzo de 2022.

[240] «¿Por qué a Moscú la aterra la entrada de Finlandia en la OTAN?, Canal VisualPolitik (YouTube), 26 de mayo de 2022.

[241] «Sergei Karaganov, ex consejero de Putin: "Venceremos a Ucrania y se harán prorrusos, como pasó en la RDA"», entrevista por Xavier Colás, en *El Mundo,* 15 de abril de 2022 [consultable en red].

[242] «¿Por qué falla tanto el armamento ruso?», Canal VisualPolitik (YouTube), 15 de abril de 2022.

[243] «Apretar el botón nuclear podría volverse contra Putin, en forma de golpe de Estado o incluso de su propia muerte, advierte un experto», por Matthew Loh, *Business Insider,* 23 de mayo de 2022 [consultable en red].

[244] «Ahora sabemos que Putin está aislado y comete errores pero no es está demente», *The Washington Post,* publicado en español en *La Nación,* 10 de mayo de 2022 [consultable en red].

[245] «Los servicios secretos rusos podrían estar preparando un golpe de estado contra Putin», en *ondacero.es,* 26 de marzo de 2022 [consultable en red].

[246] «El apoyo a Putin y a su campaña en Ucrania se acerca al 75% en Rusia», por Gonzalo Aragonés, *La Vanguardia,* 30 de marzo de 2022 [consultable en red].

[247] «Biden pierde cada vez más apoyos: su aprobación popular cae a los niveles de Trump», por Javier Collado, en *El Economista.es,* 30 de abril de 2022 [consultable en red].

[248] Apócope de Strategic Communication. Véase Santos Rodríguez (2013) para un estudio explicativo.

[249] «Ucrania captura y publica documentos rusos secretos con sus planes para la invasión», *Defensa y Aviación,* 2 de marzo de 2022 [consultable en red].

[250] «Putin no ataca Kiev porque es la Covadonga de los rusos», entrevista a Pedro Pitarch, por Francisco Carrión, en *El Independiente,* 11 de marzo de 2022 [consultable en red].

[251] Véase, por ejemplo, la transcripción de la Agencia EFE que fue publicada en diversos medios: «Discurso íntegro del anuncio de Putin de la operación militar en Ucrania», en *SWI – swissinfo.ch,* 24 de febrero de 2022 [consultable en red].

[252] Naciones Unidas. Carta de las Naciones Unidas, Capítulo VII [consultable en red].

[253] Pozner (2018): minutos 1:27 y ss. para esa cuestión.

[254] Hines (2016).

[255] «Sergei Karaganov, ex consejero de Putin: "Venceremos a Ucrania y se harán prorrusos, como pasó en la RDA"», entrevista con Xavier Colás, *El Mundo,* 15 de abril de 2022 [consultable en red].

[256] Poch de Feliu (2022). Véase a partir del minuto 44 y ss.

[257] «Personas atadas a postes en Ucrania: episodios ciertos pero rodeados de desinformación», por Paula Peña, Blanca Bayo y Myriam Redondo, en *VerificaRTVE,* 4 de abril de 2022 [consultable en red]. Véase, asimismo, sobre esta noticia: Serrano (2022): pp. 137-138.

[258] «Sergei Karaganov, ex consejero de Putin», entrevista cit., con Xavier Colás.

[259] «Power Play. The world's energy industry is about to be transformed. But energy insecurity ish ere to stay», en *The Economist,* vol. 442, n.º 9289, 26 de marzo-1 de abril de 2022, p. 7.

[260] @AlanRMacLeod, 2 de abril.

[261] «Why Ukraine must win», en *The Economist,* vol. 443, n.º 9290, 2-8 de abril de 2022, p. 7. La entrevista: «Confidence from the bunker. Ukraine's president tells *The Economist* why Vladimir Putin must be defeated», pp. 17-19.

[262] «Guerre en Ukraine: "Près de 30% des routes, ponts, ports, chemins de fer, aéroports ont été détruits"», entrevista con el ministro de Infraestructuras Oleksandr Kubrakov», en *Le Monde,* 21 de junio de 2022 [consultable en red].

[263] «Kyiv urges residents to stop driving, so military can have the fuel», por Andrew Jeong, *The Washington Post,* 30 de abril de 2022 [consultable en red].

[264] «Rusia propone vender energía a Ucrania desde la central nuclear de Zaporiyia», *EuropaPress,* 19 de mayo de 2022 [consultable en red].

[265] «La crisis de refugiados tras la invasión de Rusia a Ucrania, en gráficos», datos actualizados regulamente, *epdata* [consultable en https://www.epdata.es/datos/crisis-refugiados-invasion-rusia-ucrania-datos-graficos/647].

CAPÍTULO 13

CINTA AMERICANA

SEGUNDA FASE DE LA GUERRA DE UCRANIA, ABRIL-JULIO DE 2022

> Uno es dueño de lo que calla y esclavo de lo que dice.
>
> Sigmund Freud

En las entrevistas que concedió Sergei Karaganov durante el mes de abril, insistía en un extremo que sabía era como meter el dedo en la llaga de las potencias de la OTAN.

> Les digo a los países bálticos: si no estuvieran en la OTAN estarían absolutamente a salvo, en lugar de no poder conciliar el sueño por las noches, que es lo que les pasa ahora. El Artículo 5 de la OTAN es un farol. Si los marcianos atacan un país de la OTAN, nadie los defenderá. Bajo ninguna circunstancia Estados Unidos peleará contra Rusia en Europa[266].

En otra entrevista, que Karaganov dio a Bruno Maçães para *The New Statesman*[267], amplió más la respuesta:

> Hay una probabilidad creciente de un choque directo. Y no sabemos cuál sería el resultado de esto. Tal vez los polacos lucharían; siempre están dispuestos. Sé, como historiador, que el Artículo 5 del tratado de la OTAN no tiene valor. Según el Artículo 5, que permite que un Estado solicite el apoyo de otros miembros de la alianza, nadie está obligado a luchar en nombre de los demás, pero nadie puede estar absolutamente seguro de que no habrá tal escalada. También sé por la historia de la estrategia nuclear estadounidense que es poco probable que Estados Unidos defienda a Europa con armas nucleares
>
> [...]
>
> Puede ser que el Artículo 5 funcione y los países se unan en defensa de otro. ¿Pero contra una potencia nuclear como Rusia… me pregunto? Pongámoslo de esta manera: si Estados Unidos interviene contra un país nuclear, entonces el presidente estadounidense que toma esa decisión está

> loco, porque no sería 1914 o 1939; esto es algo mas grande. Entonces, no creo que Estados Unidos pueda intervenir, pero ya estamos en una situación mucho más peligrosa que hace varias semanas. Y el Artículo 5 no supone obligaciones automáticas.

El Artículo 5 del Tratado de la Alianza Atlántica establece que «las Partes acuerdan que un ataque armado contra una o más de ellas, que tenga lugar en Europa o en América del Norte, será considerado como un ataque dirigido contra todas ellas». El desdén de Karaganov hacia el Artículo 5 expresaba cuál era otro de los objetivos fundamentales de la invasión rusa: retar a la OTAN para que interviniera a fin de sacarle a Ucrania las castañas del fuego. Si no lo hacía, quedaría en evidencia que la OTAN era un bluf, una organización militar que movía miles de millones de dólares de presupuesto pero que nunca había funcionado para lo que había sido creada: la defensa de Europa. Por el contrario, la Alianza había actuado ofensivamente en contra de Yugoslavia, Afganistán y Libia.

Si Rusia invadía Ucrania y no se producía una intervención defensiva directa de parte de la OTAN, quedaría patente que no valía la pena dejarse la piel por pertenecer a la Alianza Atlántica. El argumento de que Ucrania todavía no era miembro de pleno derecho de la organización perdía mucha fuerza cuando se recordaba que esta había intervenido contra Yugoslavia sin que se hubiera producido ninguna agresión contra ningún país miembro. En cuanto a la presencia de fuerzas OTAN en Afganistán, se debía a que los Estados Unidos habían invocado el Artículo 5 tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. En más de setenta años, nadie más lo había hecho.

Karaganov —y, desde luego, Putin— sabía que los Estados Unidos tenían muy mal perder y que nunca habían asumido una derrota o un mal paso en una guerra en la que hubieran intervenido ellos directamente, con sus propias tropas: Hiroshima y Nagasaki, Corea, Vietnam, Líbano en 1984 Somalia en 1993 eran buena muestra de ello. Por lo tanto, cabía esperar que no se fueran a personar con sus soldados o su aviación de combate en Ucrania.

Ello habría supuesto dos riesgos que no pensaban asumir: pérdidas cuantiosas en hombres o material militar y escalada hacia la Tercera Guerra Mundial, con un posible conflicto nuclear.

Ello sería políticamente inaceptable en los mismos Estados Unidos, y más teniendo en cuenta que por entonces el país estaba dividido entre los furiosos partidarios de Trump y los resentidos votantes de Biden, con un índice de respaldo al presidente a la baja. Pero, además, Washington tenía un adversario más temible que Rusia, y este era China. Entrar en una guerra directa contra la primera potencia implicaba, a su vez, dos riesgos: que China y Rusia unieran fuerzas en una confrontación común contra los Estados Unidos, lo que significaría que los americanos habrían perdido el escaso control de la situación que tenían. Y que, en el mejor de los casos, quemarían contra los rusos en Ucrania opciones, estrategias y armas de última generación que conservaban para caso de una confrontación directa contra los chinos.

Washington, que era quien llevaba la batuta en la respuesta occidental a la invasión rusa, optó por plantear una *proxy war,* esto es, una guerra subsidiaria en la que, como decía Karaganov, los americanos estarían dispuestos a combatir «hasta el último ucraniano». En consecuencia, suministraron gran cantidad de armas modernas, aunque no necesariamente de última generación; pero los ucranianos no siempre tenían el necesario entrenamiento para usarlas con total provecho. Y además, estaba muy presente el riesgo de que cayeran en manos del enemigo. Precisamente por esa misma razón, los rusos no pusieron en liza su armamento más moderno en el primer mes de la invasión.

Dicho de otra forma, los rusos habían acertado de pleno: no, la OTAN no iba a defender en primera línea y con «botas» sobre el terreno al casi aliado ucraniano por el que había sacado tanto pecho. La Alianza se iba a limitar a una guerra defensiva y por poderes, lo que explica el nerviosismo que reinaba en Bruselas poco antes de que se produjera la invasión rusa. Militarmente, la OTAN

no podía hacer otra cosa. Para terminar de marcar claramente el terreno, Putin compareció a los cuatro días de comenzada la invasión para anunciar que ponía en estado de alerta a las fuerzas de disuasión rusas, esto es, las fuerzas nucleares estratégicas. Eso eran palabras mayores, y, en consecuencia, otros cuatro días más tarde la OTAN anunció que renunciaba a aplicar una zona de exclusión aérea sobre Ucrania, como pedía el presidente Zelenski. Las reglas del juego habían quedado marcadas. Cuando a comienzos de junio los estadounidenses ofrecieron a los ucranianos sistemas de cohetes móviles de largo alcance, los HIMARS (High Mobility Artillery Rocket Systems), fue a cambio de que los usuarios se comprometieran a no atacar objetivos en territorio nacional ruso para evitar la temida escalada.

Esa situación incomodaba extraordinariamente a los estadounidenses porque estaban gestionando con una mano a la espalda una guerra que ellos mismos presentaban como trascendental para el mundo. Ello explica las extraordinarias rigidez y agresividad con las que se impuso la política de comunicación entre sus aliados. La StratCom se reconvirtió pronto en burda propaganda de guerra con recursos tan primitivos y vetustos que en ocasiones llegaban a provocar reacciones pasionales propias de los primeros momentos de la Gran Guerra de 1914. Los medios de comunicación, incluso los más afamados, se convirtieron en *parrot press* que reproducían las informaciones más inverosímiles o extremas, sin filtro ni verificación. Para difundir esos contenidos se recurría muchas veces a un lenguaje jingoísta y decimonónico. Estas prácticas podían resultar en ocasiones un tanto hilarantes y tampoco eran tan nuevas, pues partían del estilo histérico que tanto había abundado durante la Guerra Fría, y en conflictos posteriores, contra otros malvados como Sadam Husein, Milošević, Gadafi, Báshar al-Asad o, por supuesto, Osama bin Laden. La individualización del enemigo en su líder permitía desencadenar intensos odios personales, como describió con gran fuerza literaria George Orwell en su novela *1984*. Por otra parte, las reacciones y

códigos de la prensa comercial de masas en la guerra de 2022 reproducían mecanismos ya ensayados durante la guerra del Donbas en su periodo intenso, entre 2014 y 2015[268].

Lo que resultó mucho más preocupante en 2022 fue, como explica el periodista Pascual Lozano en un libro escrito y publicado en los primeros meses del conflicto[269], la irrupción de la censura, abierta y abusiva, y acompañada de un neomacartismo que poco tenía que envidiar al original, personalizado en el senador Joe MacCarthy en los Estados Unidos de comienzos de la Guerra Fría. El impacto de esas políticas recayó, sobre todo, en las redes sociales, donde se aplicó una censura mayor que la ejercida por cualquier gobierno, haciendo realidad las peores previsiones de Evgeny Morozov allá por 2011, cuando en su libro *El desengaño de internet* prevenía de que la red de redes no era por sí misma un instrumento de democratización, sino que también podía fomentar la represión y el conformismo[270]. En 2022, a poco de comenzada la ofensiva rusa, Twitter, Facebook o YouTube bloquearon por su cuenta el acceso a medios rusos, dificultaron adrede la búsqueda de contenido o determinados perfiles de usuarios y, lo que resultaba más orwelliano todavía, borraron contenidos históricos o determinadas noticias antiguas poco favorables al bando ucraniano. Así, Google

> hizo desaparecer de su buscador cualquier contenido de *Russia Today* y de *Sputnik*. Al parecer, todo ello fue por un requerimiento de la Comisión Europea a Google el 4 de marzo, para que eliminase de su buscador las informaciones y portales de estos dos medios. Pero no existe ninguna norma ni ninguna ley que amparen y otorguen valor jurídico ni vinculante a un requerimiento de la Comisión Europea,

explicaba el periodista Pascual Serrano[271]. En efecto, en nombre de la lucha contra el autoritarismo, en internet y otros ámbitos se censuró y prohibió sin cambiar leyes ni disposiciones, sin la intervención de jueces, sin votos en parlamentos u órganos de

dirección y, desde luego, sin consultar con la ciudadanía o el usuario.

Aparte de ello, en las redes se produjeron señalamientos arbitrarios por parte de usuarios que se creyeron con la obligación de «colaborar», incitaciones al odio y la violencia contra el adversario que se consideraba «legítimo», linchamientos o identificaciones abusivas de «negacionistas» dirigidas contra disidentes sin ninguna orientación política determinada o que opinaban por ejercicio de su profesión informativa, como si disentir o pedir explicaciones sobre la información oficial suministrada por las autoridades o los grandes medios fuera equiparable a negar que la Tierra fuera redonda o a no aceptar la teoría de la evolución o la validez de las vacunas contra el COVID[272].

Precisamente, este tipo de reacciones parecían estar relacionadas con la pandemia. Se había pasado por un estado general de nerviosismo y agotamiento tras dos años de lucha contra el coronavirus, con confinamientos domiciliarios y medidas preventivas a veces arbitrarias, basadas en evidencias científicas no siempre comprobadas, o decisiones sanitarias quizá no bien explicadas. Se impuso un sistema necesariamente arbitrario de control masivo de la población, con el cual esta llegó a colaborar, a veces incluso con entusiasmo un tanto irrazonable —recordemos el fenómeno de los «balconazis»—, y al final quedó un poso de disposición a la obediencia colectiva, con tendencia a seguir acatando a las autoridades sin cuestionarlas demasiado, asumiendo incluso opciones populistas un tanto erráticas sin mucha relación con las recomendaciones de los expertos sanitarios. Por ejemplo, las polémicas decisiones que en algún momento de la pandemia tomaron mandatarios como Donald Trump, Boris Johnson o Jair Bolsonaro y que, por entonces, no supusieron desgastes políticos apreciables. O las estrategias nacionales ante la pandemia, que variaban considerablemente entre los diferentes países, echando mano, para justificarlas, de supuestas mentalidades culturales.

La población sentía que había pasado por una prueba muy dura, con pérdidas masivas de población, varios millones de muertos cercanos: padres, abuelos, hermanos, parejas. Y aunque hubo personas que sufrieron mucho, las pérdidas fueron enjugadas finalmente con el alivio de haber sobrevivido a la larga y tortuosa prueba. La pandemia colocó a la gente en un estado mental que le hizo perder el miedo a nuevas catástrofes sanitarias o medioambientales, o incluso a conflictos político-militares serios, como sería el de Ucrania. ¿Guerra nuclear, incluso? En general se había perdido el temor social a lo peor, a la Destrucción Mutua Asegurada de los años setenta y ochenta del siglo pasado. Al fin y al cabo, Hiroshima y Nagasaki quedaban muy lejos en la historia. Por su parte, los gobiernos también calculaban más a la ligera las posibles consecuencias de una escalada militar. Digamos que la última fase de una hipotética Tercera Guerra Mundial tal como fue planteada por Hackett en su libro no se veía como probable, pero tampoco generaba un indignado rechazo, cuando se consideraba. ¿Birmingham por Minsk? Llegado el caso, quién sabe. Así que a la estrategia del equilibrio del terror, que hizo posible una Guerra Fría sin pasar al actual estado de «guerras calientes», se le perdió el respeto. Lo proclamaba *The Economist* desde su portada, edición del 4 al 10 de junio: «Una nueva era. Por qué la guerra en Ucrania hace más probable un conflicto nuclear». La culpa era, una vez más, de Vladimir Putin. El subtítulo en el editorial rezaba: «Con sus amenazas para usar la bomba, el presidente ruso anuló el orden nuclear»[273]. Ciertamente, los gurúes del espectáculo también habían contribuido a ello. En los Estados Unidos, el actor Sean Penn, que encontró buena acogida a sus propuestas estrafalarias, llegó a sugerir con la suficiente claridad que su país era demasiado circunspecto a la hora de usar armas nucleares contra Rusia[274].

A nivel popular se apreciaba una clara desinhibición hacia ese riesgo, y de hecho en las redes sociales se podían encontrar divagaciones jocosas sobre una guerra nuclear o hasta propuestas serias basadas en el supuesto desastre tecnológico que,

aseguraban especialistas sin identificar, era el armamento del enemigo: «Los expertos de la OTAN aseguran que la mitad de los misiles balísticos rusos están tan obsoletos, que explotarían dentro del territorio ruso en caso de una guerra nuclear. Es una potencia con pies de barro», escribía en Twitter un tal @UcranianoArtem el 4 de febrero, cuando ni siquiera había comenzado la guerra.

Llegados a este punto, la cuestión era: ¿cómo se había llegado a esa situación? La sobrerreacción de las potencias de la OTAN, con los Estados Unidos al frente, parecía denotar que el ataque ruso de febrero les había pillado por sorpresa. O que, al menos, no se había articulado una respuesta militar demasiado eficaz. Poner el énfasis en una estrategia comunicativa tan basada en el triunfalismo y el control reflejaba problemas de fondo en el campo de batalla que se intentaban tapar con puñetazos en el pecho; incluyendo la bravuconada de aceptar el envite a una escalada nuclear, siempre dejando claro, eso sí, que la culpa era del otro.

La clave estaba en el juego del engaño y en la desproporción con la que se asumió. A lo largo de la primavera de 2022 se fue constatando que la invasión rusa se había puesto en marcha camuflada tras una verdadera estrategia de *maskirovka,* que los angloamericanos denominan *deception,* esto es, el engaño militar. El planteamiento ruso en este caso consistió en reforzar por pasiva el pensamiento enemigo para actuar más tarde de una manera diferente a lo que esperaba y anticipaba, golpeándolo por sorpresa y dejándolo desconcertado y desmoralizado. Dicho de otra manera, los rusos fomentaron el sesgo cognitivo de confirmación de sus adversarios en Ucrania. Primero, desplegando un número significativo de tropas en la frontera de Ucrania —en torno a los cien mil hombres con armas pesadas— ya desde abril de 2021. La situación mejoró en junio con la retirada parcial de esas tropas, pero pasado el verano volvieron a detectarse concentraciones a partir de octubre y, sobre todo, noviembre.

El origen de estos amenazadores movimientos de tropas parecía estar relacionado con el relanzamiento de la tensión entre Rusia y

los Estados Unidos a raíz de la salida de Trump de la Casa Blanca, a finales de enero, y la decisión de Biden de borrar las trazas de la política de acercamiento a Moscú por parte del presidente saliente. Ese primer gesto ruso retroalimentó las presiones del ejecutivo ucraniano. También en abril, el siempre polémico diplomático ucraniano Andrej Melnyk, enviado especial a Alemania, declaró que si su país no era admitido en la Alianza Atlántica, buscaría equiparse con armas nucleares. «O somos parte de una alianza como la OTAN y también contribuimos a hacer esta Europa más fuerte... O solo tenemos una opción, que es armarnos», dijo Melnyk a la radio *Deutschlandfunk* el jueves 15 de abril[275].

Estas declaraciones, por el hecho de haberse dado en Alemania por esas fechas, podrían haber estado relacionadas con la inminente finalización, en junio, de la primera línea del gasoducto Nord Stream 2. Ese proyecto suscitaba la animadversión de Ucrania, Polonia, los Países Bálticos y los Estados Unidos, porque suponía un incremento significativo del volumen de gas ruso a Alemania, y un abaratamiento del mismo, dado que no circulaba a través de ningún intermediario terrestre de entre los países del Este, y por ello no se gravaba con tarifas de tránsito.

En junio pareció que se relajaba la tensión quizá como consecuencia de que en mayo la administración Biden retiraba las sanciones a la empresa constructora del Nord Stream. Pero para entonces Kiev desplegaba ya una política abiertamente nacionalista y dura. El 19 de mayo Zelenski firmó un decreto que prohibía la utilización del ruso en todas las esferas de la vida pública, imponiéndose como única lengua oficial el ucraniano. Muy pocos días antes se había aplicado el arresto domiciliario al oligarca y líder de la oposición Víktor Medvedchuk. Y en noviembre, a la par que crecía la tensión con Rusia, salía a la luz el nombre de Zelenski en los Papeles de Pandora y caían las estimaciones de apoyo social al presidente (que en enero de 2022 solo eran de un 23%). Como por reacción, acusó al oligarca Rinat Ajmetov de estar implicado en un golpe de Estado contra el gobierno, organizado desde Rusia[276]. Ese

mismo mes dio un giro favorable hacia el ultranacionalismo al nombrar a Dimitró Yarosh como consejero especial del jefe del Ejército ucraniano (2 de noviembre); Yarosh había sido líder de *Pravy Sektor* y uno de los protagonistas en el Euromaidan, como punta de lanza de los ultranacionalistas que rechazaron todo compromiso con Yanukovich y fueron decisivos en la toma violenta del poder en febrero de 2014. Zelenski estaba lanzado: en diciembre pidió una acción preventiva contra Rusia y en febrero ascendió de nuevo al ultra Yarosh a comandante del Ejército de Voluntarios.

Pero si bien Zelenski contribuyó a que se tensara la cuerda en aquellos momentos tan graves, parece evidente que Putin ya tenía decidido que iba a lanzar su «operación militar especial» desde hacía tiempo. La logística y los preparativos de una operación de tal magnitud no se improvisan de una semana para otra, y menos si se escoge para el inicio del ataque una fecha simbólica de tanto fuste como el aniversario de la victoria del Euromaidan. O sea, que la *maskirovka* rusa ya comenzó con la guerra de nervios a que fueron sometidos europeos y estadounidenses —los ucranianos no parecían estar tan nerviosos[277]— al menos desde otoño de 2021. El 15 de febrero se anunció desde el Ministerio de Defensa ruso que se retiraban algunas tropas de las fronteras con Ucrania, lo cual se quiso ver desde Occidente, por parte de los más optimistas, como una señal de desescalada. Nadie quería creer que los rusos se lanzarían a la invasión, y cuando al final tuvo lugar, todos estaban desconcertados y con los nervios rotos.

Precisamente por ello tuvo tanto éxito la continuación de la *maskirovka* haciendo creer a los expertos occidentales que se intentaba tomar Kiev o Járkov, las grandes ciudades ucranianas, cuando se estaba utilizando la presión allí para concentrar fuerzas que los ucranianos tuvieron que sacar de los frentes este y sur, donde los rusos avanzaron sin tanto problema. Tras la amarga experiencia de la invasión rusa, el 24 de febrero había una muy fundada tendencia en Europa y los Estados Unidos a creer que la operación le había salido mal a Putin y que la amenazante potencia

rusa no era sino un gigante con los pies de barro. Por eso el anuncio oficial ruso de su retirada, el 29 de marzo, fue recibido con escepticismo y, cuando se llevó a cabo, se explicó como una muestra más de la incapacidad rusa para ganar la guerra. El invasor estaba exhausto, la segunda parte de la matriz Hackett parecía a un paso de cumplirse: los rusos se derrumbaban en su propia incapacidad. La recuperación del territorio se presentó como una victoria de ofensiva de las fuerzas ucranianas y la *maskirovka* continuó por su propia inercia, a pesar de que los rusos empezaban a desvelar cuál había sido su plan.

La siguiente fase de la guerra, anunciada por Moscú, se centró en el Donbas y comenzó más o menos en torno al 1.º de abril. El objetivo era triple: de un lado, recuperar al completo el territorio de los antiguos óblast de Lugansk y Donetsk, reconvertidos desde 2014 en repúblicas populares. Los medios de comunicación occidentales y buena parte de los analistas se quedaron en este objetivo, la conquista territorial; pero el esfuerzo ruso iba más allá.

En segundo lugar, muy importante, se trataba ahora de destruir el máximo número posible de unidades de combate ucranianas, incluido su armamento. Destrucción completa de la maquinaria militar ucraniana, como había explicado también Karaganov, hacerla picadillo. De forma que quedara aún más en evidencia la incapacidad de la OTAN para defender a su aliado y los ucranianos optaran por la neutralidad. Para ello los rusos recurrieron a las tácticas que ya habían utilizado durante su intervención en el Donbas, en 2014 y 2015: los BTG o GTIA, grupos de combate autónomos de entidad batallón configurados en base a diversos tipos de armas para cada misión concreta. Los BTG rusos integraban una gran potencia de fuego artillero automotriz. Con ella podía batir al enemigo en profundidad gracias a los modernos sistemas de puntería y control de tiro, que incluían un amplio uso de drones, tal como habían hecho un par de años antes los azeríes en la guerra del Alto Karabaj. Los estadounidenses, muy pagados de su querencia por buscar la victoria desde el aire —como habían

hecho en Kosovo, Irak y Libia—, no terminaban de entender que en aquella guerra los rusos prescindieran tanto de la aviación y sacaron la conclusión errónea de que los restos de la aviación ucraniana o sus defensas antiaéreas habían desempeñado un papel destacado en ello. También habían sido testigos de cómo los rusos habían utilizado su aviación táctica en Siria y pensaban que, sencillamente, en Ucrania no podían desplegarla. En realidad, como los azeríes, no la necesitaban asiduamente y preferían mantener en la reserva un arma tan costosa cuando la artillería de largo alcance, los lanzacohetes múltiples (LRM) o los misiles balísticos de corto alcance (SRBM) podían hacer su trabajo. A ello añadían ahora armas de nueva generación, como el BMP-T *Ramka,* que en la prensa occidental fue bautizado como *Terminator:* un vehículo de combate pensado para el combate urbano. Las «guerras calientes» en el Este, desde Georgia en 2008 hasta Ucrania en 2022, pasando por Alto Karabaj en 2020, estaban cambiando —y a veces recuperando— unos cuantos conceptos tácticos.

El tercer objetivo en esa segunda fase de la guerra de Ucrania era continuar con la destrucción de las infraestructuras ucranianas, de forma sistemática e implacable: las fábricas, lo que quedaba de la industria militar —por ejemplo, en Járkov y Dnipro—, las comunicaciones, subestaciones eléctricas, puentes, los edificios administrativos. Incluso la maquinaria agrícola, capturada y llevada a Rusia, o las reservas minerales, entre ellas el litio, de la mayor importancia en la industria del automóvil eléctrico[278]. Kiev incluso acusó a Rusia de exportar por su cuenta, desde Crimea, el trigo ucraniano recolectado en sus zonas de control[279]. Y por cierto que Ucrania, tercer exportador mundial de trigo y país productor de la mitad del comercio mundial de semillas de girasol y aceite, vio su producción seriamente comprometida por la guerra, y, por si fuera poco, sus cuantiosas exportaciones, bloqueadas por la imposibilidad de embarcar el trigo en los puertos. A comienzos de junio se calculaba que las exportaciones ucranianas de trigo se habían reducido en un 40%, con riesgo de generar una crisis alimentaria

entre sus clientes habituales, muchos de ellos países pobres del Magreb[280]. A mediados de ese mismo mes se calculaba que desde el inicio de la invasión, el mercado mundial había dejado de recibir 7 millones de toneladas de trigo, 14 millones de toneladas de maíz y 3 millones de toneladas de aceite de girasol, mientras de 25 a 30 millones de toneladas continuaban almacenados en Ucrania, sin salida[281].

En el campo de batalla del Donbas, las operaciones militares arrancaron al ralentí porque los rusos perdieron todavía un mes y medio en doblegar la resistencia de las tropas ucranianas de élite —básicamente, Infantería de Marina y combatientes del Regimiento Azov— parapetadas en los túneles de la acería Azovstal en Mariúpol. Como habían hecho sus enemigos, en esta ocasión los ucranianos crearon aquí un polo de resistencia que fijó sobre el terreno a unidades experimentadas rusas que no se podían utilizar más al norte, donde se llevaba a cabo el esfuerzo principal de la ofensiva. Pero Azovstal cayó el 17 de mayo y a partir de ese momento los ucranianos empezaron a notar la presión de la «picadora de carne» rusa, a pesar de la riada de armas europeas y americanas que recibieron, así como de voluntarios internacionales, mejor o peor entrenados.

En consecuencia, las unidades ucranianas empezaron a encajar fuertes pérdidas. El 28 de mayo, un reportero australiano mostraba en Twitter un intercambio de mensajes con un combatiente ucraniano en el área de Lyman: de los 60 componentes de la unidad, solo quedaban cuatro[282]. A primeros de junio, el mismo presidente Zelenski admitió que cada día se perdían entre diez y sesenta soldados en el frente del Donbas[283], mientras desde allí llegaban testimonios alarmantes: hacia finales de ese mismo mes, el capitán al mando de una compañía del 503 Batallón de Infantería de Marina explicaba que el 80% de sus hombres —todos ellos soldados profesionales— eran bajas, entre muertos y heridos[284]. Todos derrochaban valor, pero la potencia de fuego que exhibían los rusos era imbatible.

Tanto era así que los europeos empezaron a considerar la reducción del flujo de armas pesadas en dirección a Ucrania. En los almacenes de los países del Este, antiguos miembros del Pacto de Varsovia, ya no quedaba material pesado de origen soviético. Los países que poseían armas de diseño propio creían que no tenía utilidad cederlas a los ucranianos, dado que no estaban entrenados para manejarlas adecuadamente y podían caer con facilidad en manos rusas, donde serían estudiadas y copiadas. Eso fue lo que sucedió, por ejemplo, con los obuses franceses CAESAR, algunos de los cuales fueron capturados y enviados a las factorías rusas Uralvagonzavod para su estudio[285]. En cuanto al armamento más veterano, ponerlo en condiciones de combatir podía llevar meses, como habría sido el caso de algunos viejos carros de combate Leopard-2, de origen alemán, que el gobierno español especuló con enviar a Ucrania[286]. De otra parte, los rusos habían logrado destruir envíos de ese material militar internacional incluso antes de que llegara al frente mediante el uso de misiles de crucero[287].

El 4 de julio, las tropas rusas y de las Repúblicas Populares del Donbas tomaron la localidad de Lisichansk, cerraron la bolsa de resistencia ucraniana en Severodonestk y completaron la captura del óblast de Lugansk. Con ello terminaba un episodio de la segunda fase de la invasión y las tropas rusas se encararon hacia las localidades de Sloviansk y Kramatorsk, ya en el Donetsk.

En plena tormenta política por la dimisión forzada de Boris Johnson, y mientras Joe Biden mostraba su enésimo deterioro cognitivo ante las cámaras, *The Economist* dedicaba su portada del 2 de julio a «Cómo ganar una guerra larga», dando por sentado que «Ucrania y quienes la respaldan tienen los hombres, dinero y material para superar a Mr. Putin» y su vanidad *(sic),* pasando de puntillas sobre el hecho de que esos «patrocinadores» intentaban afrontar la crisis económica que se les venía encima. Porque, mientras la situación en el frente iba a peor, la guerra de las sanciones tampoco parecía estar teniendo efecto en el esfuerzo de guerra ruso.

Este era un capítulo que en los primeros momentos pareció ligado directamente a la guerra de Ucrania pero que pronto cobró vida propia, tanto por la forma en que afectó a los países sancionadores como por sus efectos en la economía global. De hecho, como ya se explicó, incluso antes de la guerra, los Estados Unidos y el mismo gobierno ucraniano agitaban ante Moscú la amenaza de sanciones. Una muy específica era la de detener la puesta en marcha del gasoducto Nord Stream 2. A comienzos de febrero, cuando faltaban tres semanas para el comienzo de la guerra, el presidente Biden se comprometió muy en firme a cerrar esa vía si Rusia atacaba a Ucrania. «Les prometo que somos capaces de hacerlo», concluyó de manera tajante[288]. Esa afirmación incluía la confiada interiorización de que Alemania, el mayor cliente del gas ruso en Europa, y que había puesto grandes esperanzas en el proyecto Nord Stream 2, con capacidad de suministro para 26 millones de hogares europeos, iba a plegarse sin más a los planes de Washington. Y, por supuesto, Berlín lo hizo. Tras iniciarse la invasión rusa, el canciller alemán Olaf Scholz suspendió la aprobación del gasoducto, que se había terminado de tender en septiembre de 2021.

La primera ronda de sanciones contra Rusia en febrero de 2022 fue dura, aunque esa potencia ya llevaba encajándolas desde la anexión de Crimea y la guerra del Donbas en 2014, y cada vez estaba mejor preparada para afrontarlas. La medida estrella de todo el paquete consistió en impedir que el Banco Central de Rusia pudiera recurrir a sus reservas de divisas en el extranjero. Fue una decisión conjunta de las grandes jurisdicciones mundiales, de la UE, Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá, Japón, Australia y Suiza. Supuso la inmovilización de 640.000 millones de dólares que, se consideraba, eran el escudo ruso contra las sanciones económicas. El ministro de Finanzas de Francia, Bruno Le Maire, exclamó ufano: «Vamos a provocar el colapso de la economía rusa»[289].

En los primeros momentos pareció que, en efecto, iba a ser así. El índice bursátil ruso se desplomó en un 33,28% ya el primer día de

la invasión. Las bolsas de valores de Moscú y San Petersburgo suspendieron sus actividades y la cotización del rublo se desplomó. Los cajeros automáticos se vaciaron y la población hizo largas colas para retirar efectivo. Parecía que el fondo soberano ruso estaba en riesgo de desaparición mientras la hiperinflación estaba al acecho.

A la primera ronda de sanciones siguieron una segunda (25 de febrero) y una tercera (2 de marzo), en la cual se restringió el acceso al sistema SWIFT a siete bancos rusos. Esas siglas, acrónimo de Society for World Interbank Financial Telecommunication, esto es, Sociedad para las Comunicaciones Financieras Interbancarias Internacionales, aludía a un grupo cooperativo, fundado en Bruselas en 1973, que había establecido un lenguaje en común para las transacciones financieras, un sistema de proceso de datos compartidos y una red de telecomunicaciones mundial[290]. Este se consideraba un golpe particularmente duro, así como la prohibición de invertir en proyectos del Fondo Ruso de Inversión directa. A ello siguieron una cuarta (15 de marzo), una quinta (8 de abril) y una sexta rondas (31 de mayo), coincidiendo con los 100 días desde el comienzo de la invasión. En este proceso se entrelazaban los torpedos contra el entramando de intercambios comerciales entre Rusia y los países occidentales y las vías de inversión en Rusia con sanciones supuestamente aleccionadoras, de cara a la galería, que no solo se extendieron al mismo Vladimir Putin sino también a un total de 1.158 políticos, oligarcas, militares, propagandistas y familiares de todos ellos, incluyendo la novia del presidente; o la hija, hijo y mujer de su secretario de prensa.

Con el tiempo, las políticas de sanciones, ya lideradas por los Estados Unidos en otros conflictos de la Posguerra Fría, se habían terminado por convertir en un negocio en sí mismo, que alimentaba a un ejército de asesores, cabilderos, financieros o abogados dispuestos a sacar tajada, para sí o sus clientes, dentro o fuera del país. En el caso de las sanciones contra Rusia, terminaron imponiendo su entusiasmo a los países del Este más cercanos a las posiciones de los Estados Unidos, es decir, los de la Nueva Europa,

y en este caso, más en especial, los afines a una posible integración en *Intermarium*. Las potencias del núcleo de la Unión Europea, y más especialmente Alemania, demostraron un fervor mucho más matizado, sobre todo conforme se iba constatando que el impacto de las sanciones en la economía rusa era menor del esperado. Si la idea era desencadenar su colapso y provocar una revolución o un golpe de Estado en Moscú, conforme pasaban los días se iba viendo que nada de eso sucedía, que la ofensiva rusa continuaba y que Putin seguía al frente de todo ello.

Ya en abril, ese mes bisagra entre la primera y segunda fases de la guerra, empezaron a escucharse voces que denunciaban lo que todavía muy pocos se negaban a admitir: que el rey estaba desnudo. La cotización del rublo había rebotado y desde un artículo tan sincero como mordaz del *Financial Times* se explicaba el porqué: «Las importaciones [rusas] han quedado aplastadas, las tasas de interés se han duplicado, se han implementado estrictos controles de capital y las ventas de petróleo y gas de Rusia significan que continúa acumulando ganancias extranjeras. Esos ingresos son absolutamente monstruosos»[291].

Comenzaba a ponerse de manifiesto que las sanciones financieras y comerciales no iban a detener a los rusos. Es más, a partir del sexto paquete de sanciones, fuentes europeas no especificadas alegaban ya que: «Es difícil especular sobre futuros paquetes porque desde el principio hemos visto que cuanto más daño causan más difícil es llegar a un acuerdo»[292]. Dicho de otra forma, ya cerca del verano el sentido último de las sanciones se había pervertido: ya no se veían como un instrumento para colapsar la economía rusa y detener la agresión, sino como un estorbo para llegar a algún acuerdo con los rusos.

¿Cómo se había llegado a esta situación? En primer lugar, porque, en efecto, las sanciones financieras no terminaban de funcionar contra Rusia. No es que no hicieran daño, por supuesto. Pero no el suficiente como para detener la ofensiva rusa. Y a cambio, estaban perjudicando la economía y las finanzas

occidentales. Era un efecto búmeran o «tiro en el pie» que ya se había temido desde un principio. Un ejemplo: en previsión de lo que finalmente terminó sucediendo, la intervención de los 640.000 millones de dólares en reservas que tenía depositados en bancos occidentales, Rusia había estado incrementando sus reservas en oro y divisas extranjeras ya desde 2014, cuando sufrió las primeras sanciones serias. En esa estrategia financiera alternativa al dólar US, los yuhanes chinos fueron los protagonistas. Así, en enero de 2022, China ya era el mayor tenedor de reservas en moneda extranjera del Banco Central ruso[293]. No fue la única maniobra de cobertura. Las tarjetas de crédito China UnionPay (CUP) sustituyeron en los bancos rusos a las Visa, MasterCard o American Express, que a partir del 24 de febrero habían dejado de operar en territorio ruso, como parte de las sanciones. A partir de entonces, 600.000 terminales de pago y 100.000 cajeros automáticos rusos aceptan las UnionPay[294].

Por supuesto, ese tipo de sanciones tuvieron sus efectos en Occidente. Primero, directamente financieras: las compañías y bancos de todo tipo que suspendieron sus operaciones en el enorme mercado ruso tuvieron pérdidas, que nadie les compensó. Los rusos dejaron de pagar créditos e importaciones que, total, ya nadie les iba a servir: más pérdidas para las arcas occidentales. En mayo, los bancos europeos sumaban cerca de 10.000 millones de dólares de pérdidas debido al efecto búmeran de las sanciones. No es que fuera una cantidad tan elevada en ese ámbito, pero algunas empresas quedaron al borde de la bancarrota al no poder asumir el daño. Y aunque los Estados Unidos se llevaron las manos a la cabeza, los rusos se hicieron con los activos de empresas occidentales que habían abandonado su mercado, dejando en algunos casos a trabajadores locales en paro. ¿Qué iban a hacer? Al fin y al cabo, esos mismos occidentales habían intentado hundirles su economía, convirtiendo en papel mojado acuerdos, contratos y compromisos que, en principio, estaban amparados por el derecho internacional.

Eso fue en contra de la imagen y el prestigio de las finanzas occidentales. Los negocios se basan, sobre todo, en la confianza mutua; y la seguridad jurídica que respaldaba los acuerdos entre Rusia y sus socios comerciales europeos y estadounidenses saltó por los aires de la noche a la mañana. «Tras el uso sancionador que han dado Estados Unidos y la UE a las reservas en divisas que los países puedan tener en dólares o euros, y en bancos de esos países, muchos Gobiernos pensarán que no es seguro tener sus reservas en esas monedas, y mucho menos en los países occidentales», razonaba Pascual Serrano a los dos meses de haber comenzado la guerra[295]. Sobre todo, si esos mismos países occidentales amenazaban con sancionar a su vez a terceros que comerciaran con Rusia.

En realidad, los Estados Unidos estaban experimentando las dificultades que había tenido Napoleón Bonaparte para aplicar el bloqueo continental contra Gran Bretaña en 1806, prohibiendo el comercio de cualquier país europeo con las Islas. No tardó mucho el Gran Corso en percatarse de que la economía francesa también se resentía de tal estrategia, apenas cuatro años más tarde. Y los problemas que suponía obligar a los neutrales a cumplirlo derivaron en otros líos estratégicos, como la invasión de Portugal, meterse de cabeza en el hervidero español y atacar a Rusia. Y a partir de ahí, la historia de las sanciones comerciales y financieras como arma de guerra ha tendido a demostrar que los resultados suelen ser más ineficaces que otra cosa. Sobre todo los bloqueos más aparatosos y prolongados. La economía de la pequeña y aislada Cuba lleva más de sesenta años sobreviviendo a un embargo muy duro; qué decir de Irán, tan o más excluido que Rusia y cuyo régimen de los ayatolás sigue en pie, desafiante. Más bien, han sido los países occidentales los que se han resentido de las sanciones cuando se les han aplicado: recordemos el embargo petrolífero árabe de 1973, que provocó un choque energético que contribuyó a llevarse por delante al keynesianismo.

En definitiva, el macroestudio del economista estadounidense Gary Clyde Hufbauer demuestra que, históricamente, sobre más de 200 sanciones decretadas por las potencias occidentales, únicamente un 34% obtuvieron resultados favorables, y eso solo parcialmente. La tasa de éxito dependió mucho del resultado perseguido.

> Intentos que solo buscaban obtener objetivos modestos y limitados, como la liberación de un preso político, tuvieron éxito la mitad de las veces. El propósito de conseguir cambios de régimen —por ejemplo, desestabilizando a un líder en particular o presionando a un autócrata a democratizar—, menoscabar el potencial militar de un adversario extranjero, o forzar sus políticas de manera importante, culminaron bien en alrededor del 30 por ciento de los casos. Los esfuerzos para interrumpir aventuras militares relativamente menores tuvieron éxito en solo una quinta parte de los casos en que ese era el objetivo[296].

Más allá de las sanciones comerciales y financieras impuestas a Rusia a partir del 24 de febrero, el intento de bloqueo energético a esa potencia merece capítulo aparte. Esa operación hacía ya tiempo que se perseguía: formaba parte de los objetivos geopolíticos de los Estados Unidos en Europa desde hacía años; y las amenazas del presidente Biden contra el gasoducto Nord Stream 2 anteriores al desencadenamiento de la invasión rusa no eran sino la punta, muy pequeña, del iceberg. Ya en 1960, la presidencia de John F. Kennedy trató de obstaculizar el primer oleoducto soviético hacia Europa Occidental, el bautizado como *Druzhba,* mediante un embargo sobre la venta de tuberías de gran diámetro a la Unión Soviética. A pesar de ello, solo se retrasó en cuatro años el flujo de petróleo, que llegó a ser de millón y medio de barriles de petróleo/día tras un recorrido de 9.000 kilómetros. En los años ochenta, la presidencia de Reagan volvió a intentar el cercenamiento de esa fuente actuando contra el nuevo oleoducto, el *Bratstvo*. En aquella ocasión, Washington prohibió las ventas de alta tecnología de hidrocarburos a la Unión Soviética. Pero, por entonces, los gobiernos de la RFA, Gran Bretaña, Francia e Italia declararon ilegales las sanciones estadounidenses en sus territorios

y el nuevo oleoducto fue terminado en 1984. Desde entonces, e incluso durante parte de la guerra del 2022, Ucrania ha seguido cobrando unos 2.000 millones de dólares anuales en concepto del gas ruso hacia Europa. Al final, solo las tropas rusas de ocupación interrumpieron parcialmente ese tránsito[297]. La sal tragicómica de esta historia es que, ya en 1987, Antony Blinken, el secretario de Estado de la presidencia Biden, el «verdugo» del Nord Stream 2, publicó un libro alertando de los peligros y problemas de las políticas sancionadoras estadounidenses contra el flujo de hidrocarburos rusos hacia Europa. La obra llevaba como título: *Aliado contra aliado: América, Europa y el oleoducto siberiano*[298]. Allí se concluía que el embargo estadounidense de entonces resultó ser más una sanción contra los mismos Estados Unidos y los aliados occidentales que contra la Unión Soviética[299].

A la altura de 2022, la idea central de la estrategia sancionadora era muy sencilla: dañar la economía del agresor y su esfuerzo de guerra mediante la cancelación del suministro de hidrocarburos procedentes de Rusia. El problema era que, a fecha del comienzo de la guerra, ascendía al 37% del gas que consumía la Unión Europea, el 25% del petróleo y el 20% del carbón. Liquidar ese abastecimiento suponía tres problemas para una parte del Viejo Continente: buscar nuevos proveedores, negociar nuevos precios convenientes, teniendo en cuenta que los suministros rusos, por la proximidad geográfica y la existencia de toda una red de oleoductos se obtenían al mejor precio posible, y hacer frente al caso particular de Alemania, obligada a renunciar a las multimillonarias inversiones ya realizadas en el tendido del Nord Stream 2 y replantearse los contratos firmados por veinticinco años. Además, habría que gestionar los problemas sociales derivados del choque energético, que iba a impactar en los bolsillos de la población europea. Y, por último, anticiparse a los rusos, que podían cortar el suministro por su cuenta, adelantándose a la ejecución de las tres fases anteriores y desbaratando toda la jugada con unas consecuencias difíciles de prever.

Todo ello constituía una operación muy delicada que debería gestionarse con mucha mano izquierda, habida cuenta de las diversas sensibilidades y necesidades energéticas de los diferentes socios de la UE. De hecho, tan solo un mes después de que se aplicaran las primeras sanciones, patronal y sindicatos alemanes firmaron una declaración conjunta contra el embargo al gas ruso por temor a una desindustrialización del país[300]. Efectivamente, Alemania no se podía permitir una desconexión a corto plazo de los suministros rusos, puesto que ello llevaría al colapso de su economía, arrastrando de paso al resto de los socios de la Unión Europea. Por supuesto, los rusos estaban perfectamente al corriente de esa situación.

Así que conjuntar, coordinar y conjugar toda esa operación para que saliera bien era una rarea titánica, máxime teniendo en cuenta las premuras de la guerra, la posibilidad de que sucediera cualquier cosa imprevisible y que se lograra mantener apaciguada a la propia población. De ahí las dosis elevadas de propaganda de guerra, de tono a veces amarillista, en medios de comunicación y redes sociales, con el consiguiente férreo control de la disidencia. Desde el minuto uno había que convencer a la población de que su sacrificio iba a rendir sus frutos y que todo estaba previsto. Lógicamente, el tiempo iba en contra de la eficacia de este esfuerzo de equilibrios múltiples, máxime si el choque crítico sobre las economías europeas se expandía a otras regiones y continentes ajenos al pulso ucraniano o que incluso pudieran verlo bajo una perspectiva diferente a la de los europeos y los estadounidenses. A este respecto, resultaba significativo que los medios de comunicación occidentales ya no recurrieran tan a menudo a la retórica de la «comunidad internacional», como en los tiempos de las guerras yugoslavas de finales del siglo XX. Si las cosas iban lo suficientemente mal, la protesta social podría desbordarse en las urnas con el voto hacia la ultraderecha, algo que se vio venir ya en las presidenciales francesas en abril de 2022, en que la candidata

Marine Le Pen obtuvo un 41,46% de los votos frente al 58,54% del vencedor, Emmanuel Macron.

Y las cosas no empezaron muy bien. Los rusos encontraron pronto compradores sustitutivos para su gas, llegado el caso. De hecho, a principios de febrero, y en previsión de la guerra que los rusos iban a desencadenar, la empresa Gazprom firmó con la china CNPC un contrato a treinta años para suministrar gas a esa potencia del Extremo Oriente a través de un nuevo gasoducto; no era una oferta tan masiva como la pactada con Alemania para el Nord Stream 2[301]. Pero es que además, como efecto de las sanciones, el precio de los hidrocarburos rusos subió apreciablemente, por lo que las ventas a la UE resultaron más que provechosas para Moscú[302]. Ese impacto generó una inflación, que en mayo se disparó hasta el 7,4%, algo a lo que los alemanes no estaban acostumbrados[303]. No habían visto nada así en cuarenta años, y además las inflaciones les traían a la memoria histórica la catástrofe de 1923, con el consiguiente precio político de la aparición del nazismo.

Todo ello contrastaba con el triunfalismo vacío que se estilaba durante la primera fase de la ofensiva rusa. Así, hacia finales de marzo, mientras se daba pábulo a la propaganda ucraniana según la cual al Ejército ruso solo le quedaba combustible y comida para tres días, las autoridades alemanas comunicaban a las empresas que se fueran preparando para el racionamiento por la escasez de gas y diésel[304]. También se asumía que el país entraría en recesión en 2023.

Por esas fechas, 23 a 25 de marzo, un mes después del arranque de la invasión rusa, el presidente Biden viajó a Europa para coordinar planes con los aliados europeos, en sendas cumbres de la OTAN, la UE y el G7, antes de darse un baño de masas en Varsovia, Nueva Europa. Y coincidiendo con ello, se firmó un importante acuerdo para la adquisición de gas licuado estadounidense por parte de la UE. El suministro era de 37.000 millones de metros cúbicos, que llegaría en barcos metaneros a lo

largo de 2022. Desde la salida de Trump de la Casa Blanca, Biden había entrado en el conflicto ucraniano como un toro en una cacharrería, e intentaba arreglar los desperfectos, a la vez que hacía un buen negocio con la venta masiva de gas de *fracking,* el producto estrella americano, por valor de 53,88 euros/mVh, frente a los 38,43 euros/mWh, precio de venta del gas ruso —un 40% más caro— que por ende no se tenía que procesar en plantas regasificadoras. En realidad, Biden había hecho el viaje a Europa para vender el gas[305]. Era la política de la cinta americana, componiendo y recomponiendo, encajando y pegando las piezas con el eficaz adhesivo, en base a planes tempestuosos, sobre todo antes de la próxima campaña electoral.

El 31 de marzo, Rusia exigió el pago del gas en rublos, dado que, según explicaba el mismo Putin, «suministramos nuestro gas a los europeos, ellos lo recibieron, nos pagaron en euros, los cuales, después, ellos mismos congelaron. En este sentido, hay muchas razones para creer que parte del gas suministrado a Europa lo suministramos, básicamente, gratis»[306]. Ante la resistencia a abonar el gas en la moneda rusa, Gazprom cortó el suministro a Bulgaria y Polonia el 27 de abril; el 20 de mayo fueron los finlandeses; el 30 le tocó a los neerlandeses y daneses, y el 17 de junio cayeron parcialmente los envíos a Italia, Austria y Alemania, desde donde ya no se pudo suministrar a Francia. La peor de las pesadillas estaba teniendo lugar: Rusia se había adelantado a los cortes de suministro que la UE amenazaba con aplicarle como represalia por la invasión de Ucrania. Los sancionadores, sancionados. Rusia castigaba a Europa y no al revés. El 2 de junio ya lo había proclamado *The Guardian:* «Rusia está ganando la guerra económica y Putin está lejos de retirar sus tropas»[307].

Encarando el verano, la situación era especialmente delicada. Ya no se podía enmascarar por más tiempo la ficción de que la OTAN no necesitaba intervenir directamente para pararle los pies a Rusia a base de armar a los ucranianos y aplicar sanciones a los rusos; esto es, excluyendo al adversario de su mundo financiero. Eso se había

terminado: Occidente no podía seguir hablando como si la guerra la gestionara la «comunidad internacional». En 2022 el mundo era realmente multipolar y de poco servía argumentar que iba hacia una suerte de «globalización compartimentada» en la que los occidentales podían hacer negocios en territorios seguros. Eso era, de hecho, el regreso a los mercados protegidos, subsidios, volatilidad y fragmentación[308]. El mundo era ya multipolar. Las interacciones laberínticas y las políticas de cinta americana no podían ocultar los límites del mundo occidental, que parecía estar viviendo a espaldas de Asia, África y América Latina. China, India o Pakistán le compraban, sin miedo, a Rusia, el gas que Europa había rechazado en una mala jugada geoestratégica. Ya durante el verano de ese mismo año de 2022, India había aumentado sus compras de petróleo ruso en un 538%, mientras que China lo hizo en un 78%. Como colofón, JP Morgan avisaba de que un recorte en la producción rusa de 5 millones de barriles de petróleo/día, podrían colocar el precio del barril en 380 dólares, lo que llevaría a una MAD energética y al colapso de la economía global[309]

«La UE teme estar perdiendo la batalla por el relato de la guerra en Ucrania», se proclamaba desde el editorial de *La Vanguardia* el 3 de junio. ¿Cómo explicarles a los países que estaban entrando en una crisis alimentaria la responsabilidad exacta de Europa y sus errores de cálculo? ¿Cómo compartirla con la que le tocaba a Putin? Eso no arreglaba los problemas de los países afectados por el hambre, solo la solución concreta a esos contratiempos les interesaba. Por otra parte, incluso en el mundo occidental estaba decayendo en picado el interés por la guerra en Ucrania. La solución a la nueva crisis económica no vendría de ganar o perder allí, sino de las medidas que deberían tomar los gobiernos para recomponer las cosas.

En el verano de 2022, tras Georgia y el Donbas, la OTAN estaba perdiendo su tercera *proxy Hot War* contra Rusia. ¿Qué había ido tan mal?

---

[266] «Sergei Karaganov, ex consejero de Putin», entrevista cit., con Xavier Colás.

[267] «“Russia cannot afford to lose, so we need a kind of a victory”: Sergey Karaganov on what Putin wants. A former adviser to the Kremlin explains how Russia views the war in Ukraine, fears over Nato and China, and the fate of liberalism», por Bruno Maçães, *The New Statesman,* 2 de abril de 2022 [consultable en red].

[268] Boyd-Barrett (2017).

[269] Lozano (2022).

[270] Morozov (2012).

[271] Serrano (2022): p. 109. Para la información que se comenta sobre la censura en redes sociales y eliminación de contenidos, véanse pp. 103-111.

[272] *Ibid.,* p. 7.

[273] «A new nuclear era», en *The Economist,* p. 9, vol. 443, n.º 9299, 4-10 de junio de 2022.

[274] «Actor Sean Penn abierto a usar armas nucleares contra Rusia», en *Periodismo Alternativo,* 10 de abril de 2022 [consultable en red].

[275] «Ucrania está considerando equiparse con armas nucleares para “garantizar” su defensa», por Oliver Towfigh Nia, en *AA —Anadolu Agency,* 15 de abril de 2021 [consultable en red].

[276] «El presidente de Ucrania asegura que se planea un golpe de estado respaldado Rusia en diciembre», por María R. Sahuquillo, en *El País,* 26 de noviembre de 2021 [consultable en red].

[277] «Keep calm and carry on», *The Economist,* 8-14 de enero de 2022, pp. 17-18.

[278] «La riqueza en litio de Ucrania: un incentivo para la invasión rusa», por Gina Tosas, *La Vanguardia,* 22 de febrero de 2022 [consultable en red].

[279] «Embajador ucraniano en Turquía dice que Rusia exporta trigo robado», en *DW — Deutsche Welle,* 3 de junio de 2022 [consultable en red].

[280] «Las exportaciones de trigo se reducen un 40% y disparan el proteccionismo», por Xavier Más de Xaxás, en *La Vanguardia,* 3 de junio de 2022 [consultable en red].

[281] «Polonia y Rumanía, los otros obstáculos para exportar grano desde Ucrania», por Cristina Gironés, en *Ara,* 19 de junio de 2022 [consultable en red].

[282] @NeilHauer, 1 de junio de 2022, 3:49 pm.

[283] «Zelenski admite que Ucrania pierde entre 60 y 100 soldados al día», *DW — Deutsche Welle,* 1 de junio de 2022 [consultable en red].

[284] «Ukraine war: 80% of troops killed or injured in elite military unit, says commander», en *Sky News,* 25 de junio de 2022 [consultable en YouTube].

[285] «“It's Not Afghanistan”: Ukrainian Pilots Push Back on U.S.-Provided Drones», por Jack Detsch, *Foreign Policy,* 21 de junio de 2022 [consultable en red].

[286] «Was wurde aus den spanischen Panzerlieferungen?», por Melanie Amman, *Spiegel,* 10 de junio de 22 [consultable en red].

[287] «Russian military says it destroyed Western arms consignment in Ukraine», *ArabNews,* vía Reuters, 21 de mayo de 2022 [consultable en red].

[288] «Rusia y Ucrania. Alemania suspende la aprobación de Nord Stream 2: ¿Qué papel juega el polémico gasoducto en la crisis?», *BBC News,* 22 de febrero de 2022 [consultable en red].

[289] «Todas las sanciones a Rusia de un vistazo. Así actúa la UE para estrangular la economía de Putin», por Borja Andrino, Kiko Llaneras, Montse Hidalgo, Daniele Grasso y Yolanda Clemente, en *El País,* 25 de marzo de 2022 [consultable en red].

[290] Véase, para esta definición, *Economipedia,* entrada: SWIFT [consultable en red].

[291] «Whisper it quietly... but Russia's financial system seems to be recovering from the initial sanction shock», por Robin Wigglesworth, *Financial Times,* 7 de abril de 2022 [consultable en red].

[292] «Sanciones contra Rusia | Seis rondas y más de un millar de políticos, militares, oligarcas y propagandistas sancionados», por Silvia Martínez, en *El Periódico,* 3 de junio de 2022 [consultable en red].

[293] Serrano (2022): p. 79.

[294] *Ibid.,* pp. 79-80.

[295] *Ibid*.

[296] Hufbauer *et al.* (2007): pp. 158-159.

[297] «El presidente del mayor grupo energético de Ucrania: "Putin manipula al alza los precios del gas desde 2021"», por Carlos Segovia, *El Mundo,* 19 de marzo de 2022, para la justificación de que la misma Ucrania siguiera permitiendo el paso del gas ruso hacia Europa incluso durante la guerra.

[298] Blinken (1987).

[299] Resumen de todo ello en un breve videorreportaje: Mirko Casale, «China culpa a Estados Unidos y la OTAN por el conflicto en Ucrania», canal *Ahí les Va* (Odysee), 2 de abril de 2022.

[300] Serrano (2022): p. 68.

[301] «Rusia y China firman un acuerdo de gas por 30 años con un nuevo gasoducto-fuente», *Euronews* vía Reuters, 4 de febrero de 2022 [consultable en red].

[302] «Alemania dispara el gasto de las compras de Rusia en un 60% por la inflación», por Rosalía Sánchez, *ABC,* 3 de junio de 2022 [consultable en red].

[303] «Inflación interanual en Alemania alcanza máximo en 40 años», en *DW — Deutsche Welle,* 11 de mayo de 2022.

[304] Serrano (2022): p. 65.

[305] «El negocio de Estados Unidos con la crisis energética: vende el precio del gas un 40% más caro a Europa», *Canal Negocios TV,* YouTube, 25 de marzo de 2022.

[306] «Putin: una parte del gas a Europa lo suministramos básicamente gratis», *RT en Español,* 31 de marzo de 2022.

[307] «Russia is winning the economic war. And Putin is no closer to withdrawing troops», por Larry Elliott, en *The Guardian,* 2 de junio de 2022.

[308] «Reinventing globalisation. Switching to a secutiry-first model of globalisation would make the world more expensive and dangerous», en *The Economist,* vol. 443, n.º 9301, 18-24 de junio de 2022.

[309] «JP Morgan ve petróleo a niveles estratosféricos de US$380 si el bloqueo a Rusia es exitoso», en «La república», 2 de julio de 2022 [consultable en red].

DE LA TRAMPA BALCÁNICA A LA TRAMPA 22

CONCLUSIONES EN PRIMERA PERSONA

La trampa 22 dice que tienen derecho a hacer cualquier cosa que no podamos evitar que hagan.

Joseph Heller, *Trampa 22*

Un argumento es falaz cuando la conclusión se usa para respaldar las premisas utilizadas para llegar a esa conclusión.

Steve Hallen, *Falacias lógicas,* 2017

Cuando triunfa la irracionalidad, lo hace en nombre de la razón.

Roger Scruton, *Las bondades del pesimismo: y el peligro de la falsa esperanza,* 2010

La palabra clave es «negroblanco». Como tantas otras palabras en nuevalengua, tiene dos sentidos contradictorios. Aplicado a un oponente, se refiere a la costumbre de llamar descaradamente blanco a lo negro, en contradicción con los hechos evidentes. Aplicado a un miembro del Partido, alude a su leal disposición a afirmar que lo negro es blanco cuando la disciplina del Partido así lo exige. Pero también significa la capacidad de creer que lo negro es blanco y, más aún, de saber que lo negro es blanco, y de olvidar que alguna vez uno creyó lo contrario. Lo cual exige una constante alteración del pasado, posible gracias a un sistema de pensamiento,

que engloba a todo lo demás, y que se conoce en nuevalengua como «doblepiensa».

George Orwell, *1984*

Viaje al calor, Kosovo, junio de 1996

Durante aquel año de 1996, en que por fin parecía haber quedado atrás en la Historia el rosario de guerras de la antigua Yugoslavia, precisamente por entonces empezaron a llegar noticias de que en Kosovo se estaban produciendo atentados, ataques de baja intensidad contra funcionarios serbios o supuestos colaboradores albaneses. Un día era un policía que caía bajo las balas. Otro, algún chivato desgraciado; o quizás un empleado serbio de la administración local. Más tarde, una bomba en la Universidad de Pristina. Nadie reivindicaba esas acciones; y tampoco se tenía noticia de detenciones. Rebuscando en la prensa internacional, aparecían referencias ocasionales a tipos enmascarados por aquí y por allá. Quizá policías, que merodeaban en todoterrenos; y también secuestros, nunca explicados o resueltos.

Ese mismo verano decidí pasar unos días en Belgrado y reunir material para escribir un reportaje al respecto. Los brotes de violencia en Kosovo podían ser una alerta temprana de que algo se estaba cocinando en los Balcanes occidentales. O puede que fueran ajustes de cuentas entre bandas que habían hecho dinero durante las guerras, vendiendo gasolina de contrabando o facilitando visados.

Pero en la capital serbia nadie sabía nada; y como era habitual en lo concerniente a lo que sucedía en Kosovo, a nadie parecía interesarle. Estado de alerta, bajo cero. Acudí a una cena con diplomáticos de varios países europeos y algunos periodistas internacionales: despreocupación. «¿Un nuevo conflicto y ahora en Kosovo? No, ya hemos tenido bastante, por favor.»

Dispuesto a no terminar gastando aquellos días en la amplia y encantadora colección de bares, restaurantes y chiringuitos del Belgrado empobrecido pero alegre, me embarqué en un temerario viaje a Kosovo. Bajando al calor. Fueron horas de autobús, escuchando la machacona colección de música folklórica local que cabía en una casete que el conductor reponía una y otra vez.

Al llegar a los límites de la que por entonces era todavía una provincia yugoslava, subieron al vehículo dos policías militares del Ejército Federal Yugoslavo, armados con fusiles de asalto y protegidos con cascos y chalecos antibala. Preguntaron al conductor si tenía algo que notificar con respecto al pasaje y este lo denegó. Sabía que al menos uno de los pasajeros, que era yo, no era ni serbio ni albanés. Pero no soltó prenda.

Un rato más tarde, mientras descendía del autobús, con mi equipaje, en la lóbrega oscuridad del depósito de autobuses de Pristina, apareció un apresurado utilitario Yugo, surgido de la nada. Lo conducía una periodista local con la que había contactado desde Belgrado gracias a los servicios de mi amigo Trivo Indjić, toda una autoridad entre esos personajes con carisma de influyentes que se encuentran por todo el sureste de Europa. Con la periodista venía el que sería mi *fixer,* un joven albanés alto, atento y serio que había trabajado para una emisora sueca y tenía experiencia de trato con periodistas occidentales. Se llamaba Besnik. Él fue quien abrió la portezuela del pequeño Yugo y casi me metió dentro, tras asegurarse de mi identidad, muy cortésmente, en buen inglés. Por lo visto me había pasado de parada y el conductor, decidido a no meterse en problemas por mi causa, me ignoró.

Pasé los días siguientes en la capital kosovar, contactando con unos y con otros, que en lo referente a los atentados tenían solo dos respuestas: «No sé nada» era una, y la otra: «Los mismos serbios son los falsos terroristas, que cometen esos crímenes para tener una excusa con la cual reprimir más y mejor a los albaneses». Esta versión argumental del autogolpe se extendía históricamente por los Balcanes con generosidad, con el siniestro añadido de que en

ocasiones, en efecto, esas cosas llegaban a suceder. La realidad imitaba a la ficción.

Uno de esos días me topé con un edificio cúbico, de sólida construcción decimonónica que debió de tener un pasado digno y severo, algo más bien poco habitual en ese decorado de bloques sin gracia que era Pristina. En su fachada pendía la bandera de las barras y estrellas. «Es una especie de consulado americano», me informó Besnik.

No tenía noticia de que en aquel corazón convulso de los Balcanes existiera tal cosa, o tuviera razón de ser.

En realidad, me especificó Besnik, se trataba de una delegación del USIA, la US Information Agency. Después supe que entre 1998 y 2008 operó como misión diplomática en Kosovo, hasta que se convirtió en república independiente. Pero aquel verano, el macizo edificio de la bandera estadounidense ya transpiraba intensa labor diplomática y algo más. A su frente oficiaba «el Embajador», como le llamaba con reverencia Besnik, tras erigirse como enchufe privilegiado con el diplomático US.

Intentó concertar una entrevista para mí, pero sin éxito. Mr. Ambassador no estaba nada dispuesto a abrir las puertas del fortín a un profesor español que trabajaba temporalmente como periodista. Quedamos en que le enviaría un fax con unas pocas preguntas.

Desde allí, Besnik me condujo a un destartalado bloque de vecinos que también podría haber sido construido como edificio de oficinas, totalmente desaprovechado. Subimos hasta uno de los pisos. «Vamos al Centro de Prensa de Kosovo». Eso debía entenderse como un local mantenido con dólares o euros, y, en efecto, eso era lo que parecía. La puerta sin placa daba a una sala amplia bien iluminada y espartana en su decoración. Sobre las mesas, más de una docena de terminales informáticos en descanso total esperaban a los periodistas extranjeros. Aquel día solo andábamos por allí una joven periodista turca, con aspecto más bien despistado, y yo mismo.

Redacté una batería de unas diez preguntas, por probar suerte torera. Mr. Ambassador, con eficiencia diplomática, no tardó mucho en responder. Pero esa misma presteza logró reducir considerablemente el contenido de las respuestas a bien poco. Y su utilidad aún resultaba más cuestionable. El americano impasible me había toreado sin mayor consideración; para terminar, enviaba un cordial saludo a su colega en Madrid. Deseaba dejar bien claro cuál era su estatus en Pristina y lo hacía con su implícito mensaje: «Ya sabes quién soy y lo que hago aquí; no vengas a molestar».

Y sí, era evidente que, de alguna forma, el desvencijado centro de prensa estaba bajo la protección del cúbico fortín USIA, y algunas cosas más.

Al día siguiente, fuimos a visitar al viejo profesor Rexhep Qosja, el padre intelectual de la «cuestión albanesa», que había formulado en un libro con ese mismo título. Me lo había sugerido Besnik, decepcionado ante las respuestas evanescentes del que era, formalmente, el presidente «tapado» de Kosovo, Ibrahim Rugova. A mi pregunta de por qué el afamado Dr. Rugova llevaba siempre un pañuelo estampado al cuello, mi *fixer* respondió con evasivas desdeñosas bajo el implacable sol de Kosovo. «Puede ser que padezca anemia crónica o algo por el estilo. Es más bien flojo. Vamos a hablar con Qosja. Fue mi profesor, y la verdad es que tengo muy buen recuerdo de sus clases.»

Me sorprendió ese desdén. Por entonces, la prensa occidental había hecho del menudo Rugova un «Gandhi albanés», como años más tarde Zelenski sería el «Churchill en camiseta». Se decía que el pañuelo al cuello, hiciera frío o calor, simbolizaba la horca serbia. A ver qué tenía que decir el profesor Qosja.

Vivía en las afueras de la ciudad, en una casa de aspecto solariego. Nos recibió en su despacho, con las paredes bien forradas de libros. Sobre la mesa, algunas tallas de madera, arte popular albanés. Y una banderita roja con el águila negra de Skandenberg.

En aquella ocasión no me interesaban las disquisiciones históricas sobre el pueblo albanés, sino averiguar si sabía qué estaba sucediendo en Kosovo, el porqué de los atentados. Entre el profesor Qosja y mi *fixer,* terminaron por dejármelo claro.

Desde que había comenzado el rosario de las guerras de Yugoslavia, en Kosovo se había conservado una paz precaria pero efectiva. De eso se habían encargado las fuerzas conservadoras de la región: políticos, intelectuales, jefes de clanes. La República de Kosovo en la sombra había erigido una supuesta administración paralela a la de los serbios que, al menos en teoría, controlaba su propia enseñanza, sanidad e incluso finanzas. Farmacias, ambulatorios, escuelas, incluso una universidad clandestina. En la prensa occidental los forofos de la causa antiserbia se hacían lenguas de la audacia y capacidad de los albaneses.

El día anterior, Besnik me había chafado la guitarra con tono de aburrimiento, como si lo hubiera explicado un sinfín de veces. «No te creas nada de eso. Son fachadas de cartón. Si no tienes el dinero para pagar la consulta y la receta médica, y todo ello en marcos alemanes, ninguna sanidad pública albanesa te va a sacar del apuro. Y los títulos de las licenciaturas no los reconoce ningún país.»

Entre el calor del verano albanés de 1996 se mascaba la desilusión y la indignación. Después de cuatro años de aguantar en silencio, los nacionalistas de Kosovo veían cómo se firmaba la paz en todas las guerras que habían acompañado la construcción de los nuevos estados exyugoslavos: Eslovenia, Croacia, Bosnia, incluso la olvidada Macedonia. Y ellos, los albaneses, a dos velas con su «república en la sombra», tan escasamente clandestina como el Centro de Prensa de Kosovo. Aunque ni el profesor ni Besnik mencionaron el asunto, la puntilla la habían dado los Acuerdos de Dayton. Aquel espectacular torneo diplomático organizado por los estadounidenses: los presidentes serbio, bosnio y croata, aislados en una remota base militar americana, en Dayton, Ohio, negociando contra reloj una salida a la guerra de Bosnia que terminó en un

acuerdo devastador para los albaneses de Kosovo. Las grandes testas coronadas firmaron un tratado por el que quedaban reconocidas internacionalmente las fronteras de Bosnia, Croacia y Serbia. Límites inviolables, intocables. Solo que en la frontera de Serbia quedaba incluido Kosovo. La región que se había mostrado más combativa por su autonomía e independencia antes de las guerras, que se había levantado contra el mismísimo Tito en 1968, ahora, después de todo, había sido abandonada por los occidentales, arrinconada en su esquina perdida de los Balcanes, con un menudo presidente clandestino que nadie sabía por qué llevaba descuidadamente un pañuelo estampado al cuello.

Los jóvenes estaban indignados, me dijo Besnik. Desilusionados ante sus padres y hermanos mayores que habían tragado todo aquel paripé para nada. Me lo explicó mientras dejábamos atrás la casa del profesor Qojsa, caminando por un descampado, bajo el sol.

«¿Entonces cree usted que podría estar gestándose una guerra? —le había preguntado al profesor Qosja—. Eso podría ser una matanza. En Kosovo no se pueden obtener armas fácilmente, la represión podría ser brutal, se especula con que podrían morir cincuenta mil personas en poco tiempo.»

Mi interlocutor, de hablar pausado y académico, que se detenía aún más para que Besnik pudiera hacer la traducción del albanés al inglés, no dudó en su respuesta. «¿Y qué son cincuenta mil personas en el destino histórico del pueblo albanés?», respondió tranquilamente. Era el 14 de junio de 1996 y lo guardé en mi grabadora.

Dejé Kosovo un par de días después, convencido de que allí se estaba gestando una guerra y que nadie estaba haciendo nada por impedirlo. Los atentados y secuestros eran, en efecto, los balbuceos de un grupo armado clandestino que pronto se manifestaría bajo las siglas UÇK. *Ushtria Çlirimtare e Kosovës:* el Ejército de Liberación de Kosovo. Las hostilidades estallaron en 1998, apenas un par de años después de mi visita.

Recordé durante mucho tiempo aquel sólido edificio de la USIA, firmemente atornillado en Pristina, rodeado del ambiente caldeado de los Balcanes siempre que se espera una guerra. Un buen trozo de cerebro americano incrustado en medio del calor y la furia, dedicado a aplicar parches calientes, es decir, a practicar la política de la cinta americana. Me pareció haber dejado atrás las páginas de *El americano impasible* de Graham Greene, calor sofocante incluido, con un Alden Pyle resucitado como Mr. Embajador desarrollando turbias políticas para una próxima guerra que iba a ser mal resuelta, como la de Vietnam.

En Washington sabían que, para sacar adelante los Acuerdos de Dayton, con la tinta aún fresca del año anterior, habían tenido que hacer trampa. Consiguieron que el presidente croata, Franjo Tudjman, y el serbio, Slobodan Milošević, firmaran los documentos reconociendo sus fronteras para evitar que siguieran interviniendo en Bosnia. Eso suponía incluir dentro de Serbia a Kosovo. Y sabían que esa pieza de la arquitectura de los acuerdos, ligada con cinta americana, no podría durar. Por eso, ya en 1996 andaban por Kosovo, con permiso de Belgrado, por supuesto, para ver cómo podían arreglar el desaguisado. Y se apañó de la peor manera posible, terminando en el bombardeo de la capital serbia, una ciudad europea. Durante setenta y ocho días. Fue la primera actuación militar de la OTAN en su historia, una organización defensiva que se había creado, justamente, medio siglo antes.

La política de la cinta americana, utilizada de manera profusa por Washington para fijar y encajar las mil y una piezas en el Nuevo Orden Internacional (NWO) proclamado por el presidente George Bush padre en 1991, era una herramienta ineludible. Ciertamente, que era titánico el desafío que suponía extender y consolidar el frente diplomático y hasta militar de ese nuevo orden liderado por los estadounidenses tras su victoria en la Guerra Fría. La diplomacia de Washington no era mala, por supuesto que no lo era. Pero no gestionó adecuadamente la relación con los rusos tras la desintegración de la Unión Soviética.

Se puede decir que las cosas se torcieron mucho con Clinton, un presidente, por cierto, que tiró generosamente de cinta americana para tapar rasgones y fijar tuberías. Era tan evidente esa inclinación que, un año antes de que saliera a la luz su *affaire* con la becaria Monica Lewinsky, se estrenó en 1997 el filme *La cortina de humo (Wag the Dog),* dirigido por Barry Levinson. La historia relataba cómo ante el descubrimiento de que el presidente de los Estados Unidos es sorprendido insinuándose a una menor en el Despacho Oval de la Casa Blanca, apenas dos semanas antes de las elecciones, la asistente presidencial contrata al rey de la cinta americana: un *spin doctor* de primera (interpretado por Robert de Niro) que se inventa una inexistente guerra de los Estados Unidos contra Albania para distraer la atención de los medios de comunicación.

Ese año de 1997 tuvo bastante importancia en los destinos de Europa del Este y Rusia porque Zbigniew Brzezinski publicó su magna obra, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. En ese libro, un Vladimir Putin que empezaba su carrera como hombre de confianza del presidente Yeltsin en calidad de subjefe del Estado Mayor Presidencial pudo leer las recomendaciones del gran gurú del expansionismo estadounidense tras la Guerra Fría para recurrir a Ucrania como «pivote estratégico» con el fin de anular una reactivación de Rusia como superpotencia.

Clinton humilló a Yeltsin, y al hacerlo degradó a los rusos en su conjunto. Putin fue testigo de ello en primera línea, y detrás y debajo de ella, porque en 1998 fue nombrado Secretario del Consejo de Seguridad de Rusia y Director del Servicio Federal de Seguridad (FSB). En base a lo cual, se enteró mucho y de primera mano del impacto de la guerra de Kosovo en el ánimo de los rusos. Para todos resultó más que evidente que el «amigo americano», el consejero en la transición rusa hacia el capitalismo a través de la terapia de choque, trataba a Rusia como un trapo. La razón era la siguiente: la OTAN no podía admitir una salida negociada al conflicto

kosovar. Si triunfaba la diplomacia, quedaría en entredicho la necesidad de la campaña aérea contra Serbia, que no tardó en ser cuestionada por aliados tales como Italia, Alemania, Francia y Holanda, debido a sus numerosos fallos sobre el terreno. La OTAN *tenía que ganar* de forma neta, la solución militar *tenía que triunfar* sobre la diplomática.

Esa situación resulta clave para entender lo ocurrido durante la guerra de Ucrania en 2022. Putin había desafiado abiertamente a la OTAN, cuestionado la necesidad de su utilidad y por tanto de su existencia. Y por ello, una vez más, *a priori* al menos, la OTAN necesitaba de una victoria militar, no de una salida diplomática. Volvía a repetirse la situación de 1999, solo que esta vez Moscú marcaba las pautas. El presidente ruso era muy consciente de ello, lo buscaba. El rencor y el revanchismo que generaron las guerras de la antigua Yugoslavia en general y la guerra de Kosovo en particular hicieron de Rusia una máquina vengativa. Para muchos rusos, la tragedia ucraniana era un asunto hasta cierto punto secundario ante el problema de la OTAN, la bicicleta que caería si no se mantenía de pie pedaleando, el bombero pirómano que causaba los incendios para extinguirlos. Tras la anexión de Crimea a Rusia en 2014, fue el resentimiento el que hizo que Putin comparara inmediatamente esa situación con la que había generado Kosovo. En ambos casos, un territorio no muy extenso con un marcado valor estratégico, que los rusos no se habían dejado arrebatar. Sebastopol seguiría siendo la histórica base de la Flota del Mar Negro y no la de la Sexta Flota americana; y menos, de las unidades de la Marina turca. No es casualidad que los grandes despliegues de tropas rusas ante la frontera ucraniana en 2021 arrancaran de las maniobras navales de la OTAN frente a las costas de Crimea *(Sea Breeze),* en junio y julio de ese año, que se iban a prolongar durante los meses siguientes, y de nuevo en enero de 2022[310].

No fue el único paralelismo aireado. La solución al conflicto de Bosnia, en 1995, consistió en federalizar esa república. Estados

Unidos y el mismo Estado ruso estaban basados en la idea federal. ¿Por qué no federalizar a Ucrania? Resultó realmente llamativo que las definiciones en términos étnicos desaparecieran del vocabulario de la crisis ucraniana. Nadie hablaba en la prensa occidental de una posible «etnia rusófona», de los «ucranorrusos» o de «galitzianos», «rutenos» o «volinios», como se había hecho con los «albanokosovares» o los «serbobosnios». Menos aún de minorías tan reales como tártaros, moldavos, húngaros, bielorrusos judíos y otros. Tampoco nadie parecía tener ni idea de que históricamente existían varias Ucranias: la Verde (Transcatay, Extremo Oriente), la Gris (suroeste de Siberia y norte de Kazajistán), la Amarilla (Volga) y hasta la Frambuesa (Kubán), correspondientes a territorios poblados por ucranianos en plena Rusia, producto de la emigración interior desde el siglo XVIII, en tiempos del Imperio zarista.

En cualquier caso, ni bajo la presidencia de Poroshenko ni la Zelenski se hizo nada por cumplir con ese articulado de los acuerdos de Minsk que suponía legislar un estatuto específico para Lugansk y Donetsk. El centralismo de Kiev sobre un enorme territorio rico en variantes culturales predominó sobre unos patrones de «solucionismo territorial» que parecían normativos y de obligado cumplimiento en Europa desde hacía unos veinte años y que Bruselas impulsa aún ahora como parte de su política regional.

Viaje al frío, Timişoara, enero de 1990

Llegar a Rumanía a los pocos días de lo que entonces se consideraba revolución de diciembre, en 1989, resultó una experiencia estremecedora. Bucarest parecía un documental en blanco y negro, rodado en 1945, con imágenes de un expresionismo a medio camino entre *Alemania año cero* y *El tercer hombre*. Las calles sin apenas luz, cubiertas de nieve pisoteada y fangosa, que hacía resbalar con facilidad. Una noche me perdí por las callejuelas aledañas a Piaţa Rosetti, donde se encontraban lo que había sido en tiempos el barrio armenio con el judío, y tras dar con mi cuerpo

en la calzada dos o tres veces, decidí preguntar en el único establecimiento todavía abierto, que resultó ser una sastrería. A través de la puerta acristalada se podía ver a las operarias cortando patrones y cosiéndolos. Mi presencia debió de atemorizarles, pues nadie atendió a mi repique en la cristalera, ni se acercó a ver qué necesitaba. Dejaron de trabajar y me miraron, paralizados. Por entonces corrían muchos rumores locos sobre francotiradores de las extintas fuerzas de la Securitate que seguían disparando y atentando por la ciudad. De hecho, de vez en cuando se escuchaba algún disparo en la lejanía. Mostré mi pasaporte a través del vidrio y por fin un hombre se acercó, reunió el valor para abrir unos centímetros la puerta y negó conocer la calle que al final resultó ser casi aledaña.

Camiones militares y soldados vestidos con anticuados capotes de fieltro, tocados todavía con los cascos de acero que lucía el Ejército rumano en la Segunda Guerra Mundial, pasaban por entre las islas y bosques de velas encendidas fijadas a la calzada o los alféizares de los ventanales por su misma cera derretida, allí donde habían caído mortalmente heridas las víctimas de la represión. Cuando clareaba, el aire gélido todavía hacía más lóbrega la ciudad, sobre todo al mostrar con precisión las fachadas picoteadas por los disparos de voluntariosos voluntarios que durante horas habían intentado abatir a francotiradores inexistentes. Los enterados decían que el Ejército de reclutas asustados, ayudado por miles de civiles provistos de armas generosamente distribuidas, había gastado toda la munición de tres meses en menos de una semana de combates contra fantasmas.

Nicolae Ceauşescu, el primero de una serie de tiranos de feria, monstruos de guiñol, que iban a ocupar las páginas de la prensa amarilla occidental en años sucesivos, había sido fusilado ignominiosamente días antes, poco menos que en directo. Pero el terror seguía flotando en el ambiente. Lo resumían a la perfección las fotografías de algunos ciudadanos torturados en Timişoara, la ciudad más occidental de Rumanía, cercana a la frontera húngara,

donde habían comenzado las protestas contra la dictadura, el 17 de diciembre. Siempre eran los mismos: un hombre con un cable en torno al cuello, una mujer gruesa, semidesnuda, y un bebé con el vientre y el tórax sajados. Crímenes de la Securitate, la política del régimen de Ceauşescu, el Tirano de los Cárpatos, como le llamaban algunos periodistas poniéndole un toque a lo Bram Stoker. ¿Pero por qué habían torturado al bebé? Eso no parecía tener mucho sentido. La respuesta habitual, bajando un poco la voz acompañada de un movimiento de cabeza reprobatorio, podía ser: «Son unos monstruos, disfrutan con su crueldad». Algunos más audaces podían añadir que el niño había sido torturado ante su misma madre.

Tras pasar unos días en Bucarest, decidí trasladarme a Timişoara, a ver qué podía sacar en claro. Atravesé Rumanía pasando noche en un tren lentísimo. Tras llegar, de buena mañana, me encontré con que no había alojamiento en toda la ciudad. Ni en los hoteles baratos ni en los caros ni, ya puestos, en los de lujo, que apenas existían. La Rumanía de Ceauşescu siempre había buscado atraer al turismo en la costa del mar Negro, en los Cárpatos o en Transilvania, era una actividad enfocada en plan soviético, todo muy organizado y con las plazas hoteleras muy contadas. Y Timişoara ni siquiera era un destino de esos circuitos.

Me veo a mí mismo sentado en los jardines de la Plaza Victoriei, contemplando pensativo y rendido la Catedral Metropolitana ortodoxa, en uno de los rincones más emblemáticos de la ciudad. Hace frío y algo de niebla, incluso. Sin haber desayunado todavía, ni un triste café. No sabía dónde iba pasar la noche y una rata salió de su madriguera, en el césped del parque, y se paseó tranquilamente por entre los bancos.

Hay pocos países donde se pueda salir de una situación así como no sea Rumanía. Tres horas más tarde estaba en casa de Mihail y Monika, unos amigos que acababa de conocer a la vuelta de la esquina, como quien dice. A él le había preguntado por una dirección en una calle del centro, le había hecho gracia que viniera

de Barcelona, encontró muy natural que no hubiera ni una plaza hotelera libre en la ciudad y, con la misma desenvoltura, me ofreció alojamiento en su piso, donde, ya se había instalado otra pareja de amigos, que habían llegado de visita. Lo mismo debieron de pensar todos los vecinos de mis benefactores, que pasaron por el apartamento para conocer al extraño visitante. Que, por cierto, ocupaba el único sofá cama, junto con los gatos, mientras el resto dormía en el suelo.

Aquellos días no me faltaron testimonios espontáneos de lo que había sucedido en la ciudad a partir del domingo 17 de diciembre. También salieron a relucir los ya célebres cadáveres torturados. Pero ahí nadie tenía información de primera mano y la historia, que se relataba en los mismos términos que en Bucarest, seguía sin encajar en una narración fluida, sonaba forzada, le faltaba lógica.

A mi regreso a la capital, volví a ver al doctor Gheorghe Brătescu, el padre de mi amiga Stela. Desde sus sesenta y nueve años, era un hombre afable, con esa ironía que aporta una cultura procedente de la vida vivida y los miles de libros leídos, que se apretaban angustiosamente los unos contra los otros en las estanterías de su cálido domicilio en lo que quedaba del viejo centro de la capital. Tomábamos café reposadamente, que es una de las cosas más balcánicas que se pueden hacer. Y hablábamos sobre viejas palabras de la lengua rumana, que ya nadie utilizaba, una conversación culta. Y entonces se me ocurrió preguntarle por los cadáveres de Timişoara. ¿Qué opinaba él? ¿Qué sentido tenía la criatura despanzurrada de las fotos? Sonrió, como cualquier rumano solucionando el más intrincado problema del mundo, como quien no quiere la cosa. Como cualquier persona que hubiera vivido bajo un régimen en el cual era mejor no dar a entender que la ironía te desvelaba la verdad intrínseca de la vida. Se dirigía a mi como *dumneata,* un tratamiento de cortesía específico de la lengua rumana, más educado que el tuteo pero menos formal que el usted. «Cualquier persona que haya estudiado Medicina sabe que la sutura que luce el bebé en su cuerpo es característica de un examen

forense. En algunas fotos más detalladas se aprecia que la piel de esa zona muestra un color amarillo intenso. Seguramente se trata de tintura de yodo, un desinfectante muy usual».

¿Un examen *post mortem?* ¿Entonces qué sentido tenía aplicar un desinfectante en una disección? «Bioseguridad biológica básica en la sala de autopsias. El forense puede contagiarse de muchas enfermedades manejando cadáveres», concluyó el doctor Brătescu con la gran sonrisa amable, apenas esbozada, que acompaña a la sabiduría en sus conclusiones inapelables.

Por lo tanto, no había bebé torturado, sino autopsia de bebé. Y si había una mentira, seguro que había otra más, como mínimo. Casi nunca se encuentran aisladas, como las perlas en los collares.

La verdad se supo poco tiempo después. Unos espabilados habían sacado varios cuerpos de la morgue de Timişoara y los habían ofrecido a las primeras cámaras que habían visto circulando por la ciudad. A partir de ahí, el *scoop*. Algunos medios de gran tirada publicaron las fotos a todo color y con todo detalle, en cuché, dando la historia por buena. Pero la verdad era que a la mujer le había sobrevenido la muerte por cirrosis, el hombre era un trabajador que se había caído por una chimenea de la cual le habían extraído, ya muerto, con ayuda de un cable atado a su cuello y el bebé, al que habían emparentado con la pobre mujer, no tenía ninguna relación materno-filial con ella. Era un caso más de muerte natural.

La prensa occidental en general y la francesa en particular se tomaron muy mal el escándalo. Se habló largo y tendido del *dérapage des médias,* de la *révolution médiatiquement ratée* o de las «fosas comunes» de Timişoara entre enormes comillas burlonas. También se hicieron buenos estudios técnicos sobre este tipo de fenómenos, relacionados con la velocidad a la que se difunden las noticias, el mito y el contramito[311]. Y, en conjunto, se asumió de forma un tanto abusiva que la mentira de Timişoara había contribuido a hundir el prestigio de la revolución rumana de 1989.

En este caso, el asunto iba más allá. Personalmente me indignaba y me maravillaba, a partes iguales, que tiempo después, pongamos un mes y más, incluso, rumanos cultos, que en teoría deberían estar bien informados de lo sucedido, siguieran dando por buena la versión original, la falsa. Y la utilizaban para denunciar los crímenes de la dictadura de Ceauşescu. El extranjero daba a entender, cortésmente, que quizá la historia estaba superada, que ya existía información fiable sobre la farsa; pero su interlocutor mantenía impertérrito la versión falaz.

Las personas se comportan de forma poco natural ante las cámaras y los extranjeros desconocidos. Son conscientes de que les verán muchas personas, quizás algunas importante. Y los vecinos, familiares y amigos. Igual les piden explicaciones. O se ven obligados *motu proprio* a dar la versión «oficial», la que, supuestamente, se espera de ellos. Recuerdo haber leído que, en cierta ocasión, se había armado una buena trifulca ante las cámaras de una televisión extranjera, en Afganistán, de resultas de la cual murieron varias personas.

Por supuesto, cuando a partir del 2 de abril se empezó a hablar de la masacre de Bucha, una de las localidades del extrarradio de Kiev (37.000 habitantes), me vino a la memoria lo sucedido en Timişoara veintitrés años antes. No porque la entidad de ambos sucesos fuera directamente equiparable. No había ni punto de comparación en cuanto a los hechos. Bucha había permanecido en poder de las fuerzas invasoras la mayor parte del tiempo entre el 27 de febrero y el 31 de marzo de 2022. Y en la localidad ucraniana se habían producido muertes reales, en un volumen apreciable, lo cual era lógico, porque había sido zona de guerra, y muy activa, durante un mes. Tropas de choque rusas habían tomado Bucha como eslabón de ataque en su marcha sobre la localidad próxima, Irpín, en un movimiento que apuntaba hacia el cerco de la capital. La resistencia de las fuerzas ucranianas en esos primeros momentos les había puesto las cosas difíciles, sobre todo la artillería, que había destruido una columna blindada rusa en Bucha, de lo cual

quedan númerosos testimonios gráficos. Vecinos de la localidad, actuando como fuerzas irregulares, habían contribuido a la destrucción de vehículos enemigos. Después, a primeros de marzo, se produjo un contraataque ucraniano que recuperó buena parte de la localidad. Pero los combates no se detuvieron en ningún momento y, a pesar de lo cual las autoridades ucranianas dispusieron una complicada evacuación de la población civil que ya tenía que haberse llevado a cabo con anterioridad. En esas circunstancias, se produjo un número apreciable de bajas civiles. La mayor parte de los más de cuatrocientos muertos contabilizados hasta la fecha lo habían sido por munición artillera antipersonal supuestamente disparada, únicamente, por los rusos[312].

Instalados en ese caos, los soldados invasores estaban nerviosos y no se anduvieron con medias tintas con la población civil que aún permanecía en la localidad. Recuperada por los rusos a partir del 12 de marzo, estos ordenaron que todo el mundo permaneciera en sus casas o en refugios improvisados, con prohibición expresa de salir, a pesar de las durísimas condiciones de vida impuestas, sin agua corriente, ni luz ni acceso a alimentos o medicinas. Los muertos producto de los bombardeos empezaron a ser enterrados en una gran fosa a partir del 13 de marzo, con permiso de los rusos, que les encomendaron al enterrador local y a un forense organizar esa misión. Es de suponer que, entre los combates, parte de los cadáveres retirados de las calles fueran provisionalmente depositados en sótanos.

A partir del 16 de marzo de produjo un nuevo contraataque ucraniano, y en torno a los días 30 y 31 los rusos empezaron a retirarse definitivamente, aunque al parecer hostigados por fuerzas ucranianas, lo que produjo ulteriores bombardeos por la zona. El 2 de abril, la agencia France Press publicó las trágicas fotos de personas aparentemente ejecutadas e incluso alineadas a lo largo de la calle Yablonka, lo cual generó una tormenta mediática a partir de la cual comenzó a hablarse internacionalmente de la masacre de Bucha.

Hasta aquí, los datos básicos no sujetos a polémica. Que se produjeron abusos y crímenes, eso es prácticamente seguro. Las fuerzas que invaden un país, cualquier país, cometen excesos o los permiten, transformándose en soldadesca. Incluso fuerzas de Naciones Unidas se propasaron en algunas misiones de paz, como es sabido. En Haití entre 2004 y 2017, y en casi todas las intervenciones de los cascos azules en África, por ejemplo[313]. La tensión del combate, el suministro de drogas estimulantes a los soldados, el descontrol de unos pocos o la permisividad de los oficiales hacen de la tropa una verdadera plaga en las zonas de ocupación, en cualquier guerra del presente o del pasado. Precisamente, la extensa utilización de empresas privadas militares en conflictos bélicos por parte de las autoridades estadounidenses, como ocurrió tras la invasión y ocupación de Irak, por ejemplo, ha tratado, en parte, de evitar o desviar consecuencias penales por los desmanes de las propias tropas en países ocupados. Todo ello ha generado investigaciones y resoluciones del Consejo de Derechos Humanos de la ONU ya desde 2005, contestadas, por cierto, desde los Estados Unidos y la Unión Europea[314].

Por otra parte, la munición artillera antipersonal tipo *canister* utilizada por los rusos en Bucha figura en todos los arsenales del mundo. La de los rusos fue la 3sh1 de 122 milímetros, pero su equivalente americano, sin ir más lejos, es la M1028 Canister para calibre de 120 milímetros. Sus efectos sobre el cuerpo humano son, literalmente, desgarradores. Pero no son nada nuevo; son los viejos botes de metralla disparados por la artillería, como los que ya utilizó Napoleón Bonaparte para despejar las calles de París de insurrectos durante el 13 Vendimiario de 1795. Es una manera de ocasionarle bajas a bulto a la infantería del adversario.

Lo que sí conectaba a Bucha con Timişoara y otros casos similares en todo ese tiempo era el tratamiento informativo de lo sucedido. Y, de alguna forma, el *feedback* entre la correspondiente StratCom y los medios de comunicación, a fin de conseguir la decantación política en el posicionamiento de la población. En el

caso de Bucha, ese proceso fue marcadamente forzado y duro. Como explicaba el periodista Pascual Serrano:

> Quienes planteábamos dudas éramos señalados como «conspiracionistas» o «negacionistas». Es como si dudar de la versión de un periódico o de un telediario equivaliese a negar el Holocausto. Para el poder dominante, la versión de Estados Unidos, de la OTAN y de los Gobiernos europeos tiene valor de infalibilidad científica; por ello, quienes dudamos estamos al nivel de los terraplanistas, que desconfían de la ciencia. Al hilo de esto, no faltaron programas de televisión donde repasaban los nombres de personas con cierto protagonismo público que dudaban de la información oficial, y los acusaban de buscar protagonismo, notoriedad o negocio[315].

Parecía muy evidente que existía un interés directo del gobierno ucraniano por desquiciar el marco ya suficientemente trágico de lo acaecido en Bucha. El ministro de Asuntos Exteriores, Dmitro Kuleba, dijo que era la peor matanza en Europa desde la Segunda Guerra Mundial[316], una afirmación claramente exagerada tras los excesos de la guerra civil griega (1946-1949), la intervención soviética en Hungría (1956), los más de mil muertos en la revuelta rumana de 1989 —aparte de los *fakes* de Timişoara— en tan solo una semana o las diversas carnicerías de civiles en Vukovar, Krajina, Srebrenica o Kosovo durante las guerras en la antigua Yugoslavia (1991-2001); todo ello sin contar con los muertos en las diversas campañas terroristas padecidas por el Viejo Continente, o el atentado del 11 de marzo de 2004 en Madrid, con 194 muertos en un solo día. Las declaraciones del ministro Kuleba —y otras similares que se hicieron en aquellos días— venían enmarcadas en el hecho de que el gobierno ucraniano no solicitó desde un primer momento la presencia inmediata de verificadores de la Cruz Roja o la OSCE. Solo a partir de mediados de mes empezaron a llegar equipos de forenses internacionales y sus informes se publicaron con cuentagotas en la prensa porque incidían en que el protagonismo asesino en las muertes de Bucha correspondía a la munición artillera tipo *canister* —a base de *fléchettes,* en vez de bolas—, dando por sentado que su uso correspondía únicamente al

bando ruso: recordemos que la localidad había estado sujeta a varios ataques y contraataques y que las fuerzas rusas y ucranianas utilizaban por entonces el mismo armamento.

Siendo normal en todo conflicto bélico que la propaganda de guerra decante en un sentido político y a beneficio propio los excesos o errores del adversario, no lo es menos que existe un determinado tipo de guerras en las cuales esa práctica adquiere unos perfiles específicos que se podrían denominar «masacres de inducción» o *trigger massacres:*

> Dícese de aquella matanza, ejecución sumaria o masacre, real, escenificada o inventada, destinada a provocar alguna forma de intervención internacional en un conflicto militar o «revolución blanca». La *trigger massacre* puede haber sido planificada desde un principio por el bando interesado en atraer la intervención, bajo la forma de provocación, a fin y efecto de atribuírsela al bando contrario. Otra posibilidad consiste en que el bando interesado en explotar la *trigger massacre* aproveche la matanza, cometida por las propias fuerzas o las del enemigo, para utilizarla propagandísticamente. Una tercera variante consiste en inventar o simular la masacre, total o parcialmente, dando lugar así a una *fake trigger massacre*.
>
> Pero la intención última de las *trigger massacres* consiste en justificar y provocar alguna forma de acción internacional, ya sea diplomática o militar. En eso se diferencian las *trigger massacres* de la propaganda de guerra, sin más[317].

Lo sucedido en Bucha entraría de lleno en esta definición, incluso a escala de detalles complementarios, por cuanto la gran mayoría de las dieciséis masacres de inducción listadas desde 1989 hasta 2013 —al menos las que condujeron de hecho a una intervención—, a las que debe añadirse la de Bucha, acontecen bien sea poco antes de o durante la primavera, o bien hacia finales de verano o comienzos de otoño. Lo cual podría estar relacionado con el mayor o menor tiempo necesario para los preparativos militares, a fin y efecto de llevar a cabo las intervenciones en primavera u otoño. El otro rasgo digno de ser considerado es que las *trigger massacres* que han provocado las intervenciones militares occidentales en los Balcanes y Oriente Medio tuvieron lugar bajo presidencias demócratas en los

Estados Unidos. La única excepción fueron las supuestas masacres de bebés en las incubadoras kuwaitíes, en plena era Bush padre, *fake trigger massacre* que empujó a la intervención en Kuwait[318]. En el caso de la de Bucha, que salta a la prensa el 2 de abril, tiene lugar en el preciso momento del cambio de la primera a la segunda fase de la ofensiva rusa, cuando desde el bando ucraniano se creyó que el impulso ruso se desmoronaba y su derrota estaba al alcance de la mano. La cuarta ronda de negociaciones entre las delegaciones rusa y ucraniana, esta vez en Estambul, acababa de terminar sin resultados, la OTAN prometía armas sin cuento a los ucranianos para ganar la guerra y a comienzos de abril los angloamericanos proclamaban, en el colmo del triunfalismo, que Ucrania *tenía* que ganar. Recordemos: Zelenski teatralmente retratado en la portada de *The Economist,* macilento y con barba de varios días, y aquel lapidario *Why Ukraine must win*.

En ese contexto, Bucha fue un toque a rebato. La masacre que no permitía dudar en la lucha sin tregua contra las hordas asiáticas. No dejó de ponerse de relieve que el teniente coronel Azatbek Omurbekov, conocido como el «carnicero de Bucha» por su supuesto protagonismo en los hechos, comandante de la 64.ª Brigada de Fusileros Motorizados rusa, unidad procedente de Siberia oriental, era él mismo de origen buriato y natural de Karakalpakistán, en Uzbekistán[319]. También se puso de relieve que habían participado fuerzas *kadirovtsi,* es decir, voluntarios chechenos enviados por Ramzan Kadírov, el líder de la República de Chechenia, por entonces firme aliada de los rusos[320].

Todo ello sitúa a la guerra de Ucrania como una más de las contiendas de lo que en siglo XIX se dio en llamar la Cuestión Oriental. Esto es, una serie de conflictos convencionales entre potencias, pero también de insurgencia, que se sucedían cíclicamente en el menguante territorio del Imperio Otomano en descomposición. Eso dio lugar a un patrón secuencial similar al de Hackett, pero referido a casi cualquier crisis de Oriente.

Las guerras de la Cuestión Oriental giraron en torno al enfrentamiento entre el Imperio Ruso en expansión y el Imperio Otomano en decadencia. Y aunque estas empezaron ya en el siglo XVI y respondían a la ambición rusa de terminar convirtiéndose en el nuevo imperio cristiano de Oriente, lo que nos interesa aquí es la implicación europea occidental en ese esquema y el relato que aportó y se difundió. El cual, pocos años más tarde, sirvió para basar la expansión imperialista a partir de ocasionales matanzas de europeos o asesinatos de misioneros.

El libro de Mark Mazower *La revolución griega. 1821 y la creación de la Europa moderna*[321] es un excelente estudio del tipo de crisis internacional que, históricamente, condujo a la actual Ucrania 2022. Lo que no es sino una exposición de los mecanismos críticos de la Cuestión Oriental en el siglo XIX, que al pervertirse dieron lugar a la denominada *trampa balcánica*[322]. El esquema se desarrolla a partir de unas fases que se repiten una y otra vez. En una primera, el Bárbaro Oriental, el Ogro, el Gigante dormido —el Imperio Ruso, el Otomano—, se despierta y comienza a hacer de las suyas. En tales circunstancias, surgen los valientes que se enfrentan audazmente a la barbarie: griegos, búlgaros, serbios. Es el mito de David frente a Goliat repetido una y otra vez en todas sus variantes. Curiosamente, durante la guerra ruso-turca de 1877-1878, las tropas otomanas que logran detener al rodillo ruso en la fortaleza de Pleven durante medio año concitaron la admiración de la prensa británica, que era básicamente antirrusa en virtud del Gran Juego con el que se disputaban ambos imperios el Asia Central.

La prensa occidental jugaba por entonces un papel tan importante como en la actualidad. Ante cada crisis, generaba una corriente entusiasta de simpatizantes. El caso más emblemático fue el de los filohelenos, durante la guerra de independencia griega, entre 1821 y 1827, que contó con la capacidad de movilización propagandística de artistas e intelectuales de la talla de Byron, Goethe, Victor Hugo o Delacroix. Una característica peculiar de este fenómeno era —y sigue siéndolo— que tales simpatías unían a

reaccionarios y liberales. Los unos proponían luchar contra el bárbaro por su religión impía; los otros, porque encarnaba al tirano opresor. En cualquier caso, lo que les unía era que ambas facciones exaltaban, cada uno a su manera, la supuesta superioridad moral occidental. A partir de ahí, como se diría hoy en día, se generaba el relato.

En todos los casos, por parte de las cancillerías occidentales hay un tiempo inicial de actividad diplomática o, incluso, de inhibición ante el nuevo conflicto de Oriente. Pero al final, en un momento u otro, acontece la masacre de inducción. En la crisis matriz, el alzamiento griego de 1821, es la matanza de Quíos, la isla griega del mar Egeo donde en marzo de 1822 fueron masacrados 22.000 de sus habitantes por las tropas otomanas, tragedia inmortalizada en el cuadro de Eugène Delacroix (1824) que actuó como un verdadero panfleto gráfico a favor de la causa de los insurrectos. Otro ejemplo célebre fue el de la masacre de Batak (Bulgaria) acaecida durante la denominada Insurrección de Abril de los búlgaros, en 1876. En esa localidad y en sus alrededores, fuerzas irregulares otomanas contratadas para la ocasión —los denominados *başıbozuks*— asesinaron a unos cinco mil hombres, mujeres y niños, en medio de todo tipo de brutalidades. El periodista estadounidense Januarius MacGahan, que escribía para el *New York Herald* y el *Daily News,* dio un fuerte impulso a la causa búlgara con sus reportajes sobre la masacre, en los que describía al detalle el hedor de la podredumbre que emanaba de los miles de cadáveres descompuestos y desmembrados, incluyendo los fetos arrancados de los vientres de sus madres embarazadas.

En tiempos más actuales, es bien conocida la masacre de Srebrenica en Bosnia (1995) que impulsó la derrota final de los serbios en Bosnia y los llevó a la mesa de negociaciones en Dayton, a partir del momento en que la embajadora de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, Madeleine Albright, denunció matanzas cometidas por los serbios en dicha localidad en base a las fotografías de supuestas fosas comunes tomadas por aviones espía

norteamericanos. La ocasión (10 de agosto) fue oportuna, porque por entonces el Consejo de Seguridad de la ONU lanzaba la primera condena contra los abusos croatas en la Krajina durante su reciente Operación Tormenta *(Oluja),* entre el 4 y el 7 de agosto. Los sucesos de Srebrenica habían tenido lugar entre el 13 y 22 de julio.

El escenario de las Crisis de Oriente iba más allá de los Balcanes; incluía Oriente Medio y hasta toda MENA, el Cáucaso y Ucrania[323]. Uno de los casos más flagrantes de manipulación propagandística para provocar el escenario de una *trigger massacre,* que resultó fallida, fue la supuesta matanza de Hula (Siria). En una espectacular fotografía publicada por BBC, pocas horas después de ese incidente, podían verse hileras de cuerpos amortajados. Muy pronto la reivindicó su autor, el fotógrafo Marco di Lauro, denunciando que su trabajo se estaba utilizando contra el régimen de Siria. La fotografía real había sido tomada en la localidad de Al-Musayyib, al sur de Bagdad, Irak, el 27 de marzo de 2003. Los cadáveres, presumiblemente, eran víctimas de las fuerzas americanas. Lógicamente, la situación dio un vuelco, la «noticia» dejó de interesar y desapareció de los medios[324].

Fase final y cierre. Tras la masacre de inducción, con el consiguiente revuelo mediático, se precipita alguna forma de intervención occidental, que se produce de forma directa o por apoderado. Algunos ejemplos: la batalla naval de Navarino en Grecia, 1827; el desembarco franco-británico en Crimea, 1853; guerra ruso-turca de 1877; la guerra punitiva del Imperio Austrohúngaro contra Serbia, que condujo a la Primera Guerra Mundial; la intervención de la OTAN en Bosnia, en 1994, y los bombardeos de Serbia, también a cargo de la OTAN, en la primavera de 1999, relacionados con la denominada masacre de Račak, en enero del año anterior. Pero hubo otros casos más recientes y ya olvidados, como el de las supuestas «violaciones de la Viagra» cometidas en abril de 2011 por fuerzas leales a Muhamar el Gadafi en Libia, atiborradas de pastillas azules suministradas por el mando, una denuncia que nunca pudo ser probada[325].

Cena en Estambul, julio de 2005

Hacia finales de mayo de 2022 me telefonea Andrea Rizzi, de *El País,* para recabar algunas opiniones sobre el régimen turco de Erdoğan y la situación actual en Turquía. En los medios oficialistas están preocupados con las reticencias de Ankara a admitir a Finlandia y Suecia en la OTAN. Necesitan un retrato del régimen en clave de autocracia que no funciona, porque su tendencia a vetar a las democracias liberales genera una especie de Kryptonita fatal para el torpe Turco malvado.

Y tras colgar el teléfono, caigo por una sima de memoria y me veo de nuevo en Estambul, diecisiete años atrás, vistiéndome apresuradamente con el mejor traje que poseo, un terno gris plomo, para cenar con el señor Selahattin, el tío de mi amiga Sinem. Estoy ante el espejo, dándole los últimos toques al nudo de mi corbata preferida, más joven, con la ilusión de mediados de la cuarentena, esa edad en la que piensas que ya no puedes llegar mucho más lejos sin deteriorarte. «Ve a verlo, si vas a Estambul, no te decepcionará», me había aconsejado ella con una de esas sonrisas suyas algo maternales, pero a la vez enigmáticas.

Siempre confío mucho en las recomendaciones de Sinem, básicamente kurda pero algo turca por parte de padre y un poco georgiana por parte de madre. No en vano ha sido mi profesora particular de turco durante un tiempo. Es, además, una relevante historiadora otomanista. Por tanto las clases de idioma derivaban muchas veces en excursiones por el venerable jardín de la cultura turca, por cuyos recovecos me paseaba, con detenimiento y paciencia, un poco como a un niño asombrado.

Así que, unos días después de llegar a Estambul, telefoneo a su tío.

Al otro lado de la línea me responde una voz masculina, un hombre mayor, pero de dicción rápida. Habla un inglés muy bueno, que resultó ser de Cambridge. «¡Bienvenido! Mi sobrina me avisó de su visita. Y si usted es amigo suyo, debe de ser alguien importante.

¿Cuánto tiempo se va a quedar en la ciudad? ¿Le envío mañana mi coche con el chófer y nos encontramos? ¿Sí? ¡Perfecto!»

Ya es el día siguiente y así, tras anudarme mi corbata preferida, veo que me espera ante el hotel el automóvil del señor Selahattin a la hora convenida, con una puntualidad anglosajona. Los turcos antiguos cultivaban una calculada impuntualidad basada en precisas consideraciones de cordialidad oriental. No había que demostrar una mayor puntualidad que el visitante, para no ponerlo en una situación incómoda. Mejor situarse inicialmente por debajo de él y llegar un poco tarde a propósito. No mucho, sin abusar. Tan solo unos pocos minutos como deferencia. Y, por supuesto, nada de llegar antes que el otro, eso es cosa de personas ansiosas e inseguras. Pero eran otros tiempos u otros hombres. El tío de Sinem parece más cortado por otros patrones modernos.

El chófer sabe algo de inglés, se maneja. Y nos hundimos en el tráfico estambulita una tarde fresca de julio de 2005, mientras Europa se achicharra de calor.

No sé dónde me lleva el conductor, apenas me da unos vagos detalles. A la residencia del señor Selahattin, parece sugerir. Tampoco me importa mucho; disfruto de aquel baño en el Estambul cotidiano desde el cómodo asiento de cuero de un automóvil de alta gama, y con chófer.

Estoy allí becado por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Me dedico a evaluar factores favorables al ingreso de Turquía en la Unión Europea. Son los años del gobierno Zapatero y este ha apostado por ese país, que ha hecho frente común con España durante la crisis de Irak, cuando el gobierno retiró las tropas del país árabe tras los atentados del 11 de marzo del año anterior. Según mi amiga Sinem, su tío Selahattin me puede ser de ayuda. No me explica más.

Damos vueltas y más vueltas, sorteamos atascos hasta quedar varados en medio del inmenso puente intercontinental sobre el Bósforo, entre autobuses llenos de colegiales uniformados, turismos conducidos por aburridos oficinistas de regreso a casa y

conductoras turcas tocadas con el hiyab, que dota a sus cabezas de curiosas formas braquicéfalas estampadas en seda.

Por fin, dos horas más tarde, el automóvil se detiene ante un coqueto yalı, un pequeño palacete otomano de madera, de los que todavía quedan a lo largo del Bósforo. El chófer me señala la puerta. Debo llamar al timbre.

Abre un mayordomo de novela, con su terno impecable. Me conduce directamente al balcón de la vivienda, que no es un balcón cualquiera, sino un rincón de ilustración de cuento oriental. La balaustrada de madera de una edad indeterminada se abre al Bósforo en toda su majestad. Estamos en Üsküdar, la parte asiática de Estambul, de donde partían en la antigüedad las caravanas hacia Armenia y Persia. Allí enfrente está el Topkapı, la Torre de Gálata un poco más próxima, la Torre de la Doncella, y el paisaje surcado por el siseo de la navegación, la brisa y el graznido de las gaviotas. No recuerdo que ningún barco hiciera sonar su sirena, pero mi imaginación y mi memoria me lo dictan así.

Desde su estatura, el mayordomo me ofrece tomar algo, lo que desee. Solo se me ocurre pedir un buen vino, algo en armonía con tanta majestuosidad. El sirviente no tarda en aparecer con una bandeja de plata y una copa de excelente Oporto.

Me deja en soledad para que me deleite con la caída de la tarde sobre el inmenso Bósforo. Y aunque el tiempo no puede detenerse astronómicamente, sí lo hace como experiencia mística. En una esquina de la fachada de aromática madera gastada por el sol, una vitrina incrustada muestra viejos juguetes que quizá han pertenecido a los hijos de algún antiguo propietario de aquella belleza arquitectónica.

Supongo que el señor Selahattin se personará en algún momento, pero pasa el tiempo y vuelve a comparecer el mayordomo, que me ofrece una visita al *yalı.* El interior es elegante en su sencillez, pero en las paredes lucen *basmalas* de refinada caligrafía y supongo que muy antiguas. Las cortinas y estores doran la luz en bandas horizontales y verticales y arrancan guiños

cómplices a la cubertería de plata, que seguramente tendría mil y una historias que contar.

El mayordomo se comporta con gran parsimonia. Pasamos un buen rato visitando todos los rincones del palacete, en el cual es casi seguro que no reside nadie. Luego me devuelve al balcón, no sin ofrecerme alguna otra bebida, o lo que desee tomar. Imagino que el señor Selahattin estará al llegar, puede que algún negocio lo haya retrasado. Pero me da lo mismo esperar, el paisaje es embriagador, empapa todos los sentidos. Es el cielo y el mar en el que uno quisiera zambullirse en el momento de morir. Paso quizás una hora notando tenuamente cómo el sol cae y el aire se tiñe de azul lavanda y luego de violeta.

Entonces vuelve de nuevo el sirviente y me anuncia que cenaré en media hora. Me explica el menú para que pueda escoger. Pero ¿y el señor Selahattin? «No ha podido llegar a tiempo, le ruega que le disculpe. Pero le ofrece una cena en el *yalı.»*

Y así fue cómo aquella noche de verano en Estambul me sentí como una especie de James Stewart, cenando en soledad con mi traje gris plomo, en la cabecera de una larga e inmensa mesa de un misterioso palacete otomano que, sin duda, habría inspirado a Hitchcock. Y sin lograr resolver el misterio. ¿Qué hacía allí, en medio de aquel lujo secreto? ¿Quién era realmente el señor Selahattin, que disponía de aquella fortuna?

Poco más tarde, de regreso al hotel, el chófer recibió una llamada en su móvil. Respondió brevemente y me lo pasó. Era el señor Selahattin. «¿Qué le ha parecido mi *yalı?* ¿Le gustó?» Por supuesto, no tenía casi ni palabras para describirlo. Fijamos otro encuentro, para el día siguiente. Esta vez iría directamente a su oficina.

Y allí compareció otra vez el chófer, de nuevo a primera hora de la tarde, y lo saludé como a un viejo aunque distante conocido. Esta vez el recorrido fue más corto, y nos detuvimos cerca de las antiguas murallas de la ciudad. El señor Selahattin era el representante para toda Turquía de una conocida cadena minorista

internacional de juguetes, ropa y productos para bebés. No conseguí encajar bien el logo de la fachada con la elegancia esencial del recóndito *yalı,* no me cuadraba. Después supe, cuando se desvelaron los misterios hasta donde se pudieron desvelar, que solo temporalmente se había puesto al frente de la empresa de su hijo.

El negocio estaba gestionado por empleados de confianza, con la vieja secretaria al frente y archivadores de cartón. Apenas había algún primigenio ordenador amarillento. En medio de aquel curtido ambiente se abrió de pronto una puerta por la que compareció el señor Selahattin como un torbellino. Era un hombre de más de setenta años, bajo, enérgico, que conservaba un aire juvenil de hacía treinta, en forma de las puntas del cuello de la camisa invadiendo las solapas de la americana. Me saludó con una cordialidad arrolladora y me arrastró hacia el despacho, enorme, de techos altos, desproporcionado, lleno de archivadores de cartón.

Nada más sentarnos, la secretaria le pasó una llamada urgente. Durante unos minutos mantuvo una conversación en su inglés fluido y vivaracho. Cuando terminó, regresó de nuevo al sofá. «Qué capullo, es un empresario americano que está moviendo cielo y tierra para que le den la embajada. Ya sabe, allí se compran estas cosas». Estuvimos charlando un rato, no demasiado largo, durante el cual el hombre se mostró cordial pero medido y discreto. Al terminar, su amabilidad estalló de nuevo como un castillo pirotécnico. ¿Era cómodo mi hotel? ¿Limpio? ¿No prefería quedarme en el *yalı* durante el resto de los días de mi estancia en Estambul? Puso al mayordomo y hasta al chófer a mi disposición.

Cuando regresé a Barcelona, me precipité a quedar con mi amiga Sinem, ¿Quién era su tío, *realmente*? «Bueno, su nombre es Selahattin, es decir, Saladino, ya sabes», comentó con una de sus sonrisas tímidas y algo enigmáticas. El gran caudillo reactivador del Islam en el siglo XII, sultán de Egipto y Siria, fundador de la dinastía ayubí y vencedor de los cruzados, a quienes arrebató Jerusalén y expulsó de Tierra Santa. Saladino era kurdo, como el tío de Sinem.

Y con el tiempo, Selahattin Beyazıt se había convertido en una poderosa leyenda discreta. Muchos turcos recordaban que había sido presidente del Galatasaray en los años setenta: nueve copas, dos años campeón de Liga. Pero su currículum empresarial mareaba. Era, en esencia, uno de los mayores industriales de Turquía. Metalúrgicas, sector automotriz, inmobiliarias. Había sido armador y presidente de la junta directiva de Türk Pirelli. También existió un Beyazıt Group of Companies.

El resto de su trayectoria se relataba en un tono de voz más bajo. Había sido íntimo de Muharrem Nuri Birgi, el gran diplomático de Ankara, embajador en Londres, el «turco que hacía reír a la reina», de quien se hizo amigo personal. El primer delegado turco en Bilderberg, ya en 1958. Representante permanente de Turquía ante la OTAN. Y al morir, le cedió importantes alternativas y toda su fortuna a su amigo Selahattin.

Así fue cómo el tío de Sinem llegó a ser representante de Turquía en Bilderberg entre 1972 y 1992, donde se volvió tan poderoso que los sucesivos gobiernos británicos consultaban con él qué diplomáticos serían los más adecuados para presentar credenciales como embajadores en Ankara. Fue él quien preparó y designó a los asistentes del Club a la reunión de 1975 en Çeşme, cerca de Esmirna. Allí acudieron Joseph Luns, el recién nombrado Secretario General de la OTAN, Zbigniew Brzezisnki y Donald Rumsfeld; pero, sobre todo, compareció Margaret Thatcher, amiga de Beyazıt, de quien se suele decir en Turquía que le allanó el camino hacia el poder en aquel año en el cual la que sería «Dama de Hierro» se hizo con la dirección del Partido Conservador británico.

Pero, sobre todo, Nuri Birgi y él habían sido hombres de Adnan Menderes, el primer ministro liberal, líder del primer partido de oposición al kemalismo laico; musulmanes moderados, sí, pero musulmanes. Aquella joven generación que metió de lleno a Turquía en los años cincuenta del siglo XX, algo así como un primitivo equivalente de la democracia cristiana «a la turca». Menderes fue ahorcado por los militares que dieron el golpe de Estado de 1960.

Un final cruel e injusto. Pero personas influyentes de ese entorno, como Nuri Birgi y el kurdo Selahattin Beyazıt, continuaron representando a Turquía en Bilderberg y manteniendo relaciones privilegiadas en la OTAN.

De esos años surgió una élite turca muy imbricada en el mundo del poder anglosajón, que no exactamente europeo. Personalidades formadas en las mejores universidades inglesas y estadounidenses, con influencia en Londres y Nueva York. Ese tipo de relación preferente, notablemente desconocida en el resto de Europa, la que auspició que Erdoğan vetara como si tal cosa, el ingreso de Suecia y Finlandia en la OTAN, a mediados de mayo de 2022, y que se terminara convirtiendo en estadista de referencia en la cumbre de la OTAN en Madrid, en julio. Toda una jugada en la línea de generar-resolver el problema, lo que le permitía mantener su protagonismo como árbitro en la guerra de Ucrania[326], tras haber sido la mano que había manejado a su conveniencia la guerra del Alto Karabaj en 2020.

De mi encuentro con el señor Selahattin Beyazıt —fallecido, por cierto, en enero de 2022, muy poco antes de que estallara la guerra de Ucrania— aprendí dos cosas importantes. Primero, que las relaciones de los diversos socios con la OTAN varían según los países. Con el tiempo, la Alianza ha devenido algo más que una mera coalición militar. Es un entramado político que ha generado su propia subcultura. Lo segundo que corroboré, más que aprender, fue que Turquía es un país muy rico y complejo, con niveles profundos de entendimiento y disensión, y con unas capacidades de liderazgo internacional normalmente superiores a las que suelen concederle los desdeñosos europeos. Angloamericanos, israelíes y rusos llevan años entendiéndose mejor con Ankara que Bruselas, Berlín o París, capitales que, presas de sus complejos históricos, todavía siguen considerando a Turquía poco menos que como el «Hombre Enfermo» del siglo XIX.

Pero lo paradójico es que, al hacerlo así, continúan insistiendo en los viejos clichés que antaño sirvieron. Claro, si consideramos que la

guerra de Ucrania de 2022 es una manifestación más de las Crisis de Oriente, podría pensarse que todavía poseen utilidad. El impacto que tuvo la masacre de Bucha así parece demostrarlo. ¿Pero queda algo hoy en día de la vieja trampa balcánica?

El mecanismo de la trampa balcánica seguía los siguientes pasos. Primero: a un patente desinterés inicial por la crisis detonada en cualquier punto de los Balcanes le sucedía la presión de los medios de comunicación. En segundo lugar: ante la tensión por el «hagamos algo» y la amenaza del desprestigio político que comportaba la inactividad, la o las grandes potencias escenificaban una actitud intervencionista, para la que no siempre estaban preparadas. Tercero: invariablemente, la opinión pública internacional y los actores balcánicos suponían que los grandes disponían de un plan para terminar con la crisis. Casi nunca era así, pero ninguna potencia lo habría admitido, al menos de entrada: su prestigio quedaría dañado. Último acto: caen en la trampa de la implicación y terminan saliendo como buenamente pueden[327]. El patético colofón es que los balcánicos tampoco solían obtener lo que buscaban con sus maniobras comprometedoras. Los grandes poderes terminaban mirando por su conveniencia o se preocupaban más por fastidiar a los rivales de su talla que por los intereses de los pequeños intrigantes.

A simple vista, podemos reconocer algunos trazos de ello en la crisis de Ucrania. Pero en realidad sabemos que este país quedaba ya muy lejos de los Balcanes en 2022. ¿Por qué?

En primer lugar, porque los aliados occidentales de la Ucrania invadida estaban utilizando unos argumentos que ya no eran aquellos que pusieron en juego hace veintitantos años. En realidad, eran los opuestos.

Como un matrimonio discutidor que termina por intercambiarse los argumentos, la defensa del independentismo y la federalización que hicieron los occidentales en los Balcanes —y en la Unión Soviética en descomposición— se había convertido en apoyo cerrado al mantenimiento del centralismo de Kiev y la imposición de

una cultura monoétnica sobre todo el territorio ucraniano. De hecho, el recurso a la etnicidad, tan usual en los conflictos de la antigua Yugoslavia y que era tributario del discurso identitario de la posmodernidad neoliberal, remitió mucho en la crisis ucraniana. Mientras tanto, los rusos habían insistido en la federalización de Ucrania como solución a la mayor parte de los problemas, tanto internos como de relación con los vecinos. Puede que ninguna de las dos aproximaciones a la cuestión ucraniana sea en sí misma la panacea, pero Putin había dejado claro que utilizaba una machacona estrategia «de espejo de la bruja» con las potencias occidentales, poniendo ante sus ojos la réplica rusa a los principales abordajes occidentales de la Cuestión Oriental en los años de la Posguerra Fría, como ya se ha dicho: Ucrania por Bosnia, Crimea por Kosovo, Siria por Libia; y hasta lanzó acusaciones de supuestos laboratorios de la OTAN en Ucrania para la guerra químico-bacteriológica, como uno de los pretextos para la invasión del país, en referencia a las inexistentes armas de destrucción masiva que el presidente Bush quiso ver en Irak antes de la invasión de 2003[328]. Por si faltara algo, la política de integración europea para los países del Este, del antiguo COMECON, trastocada en crisis energética e inflación conforme las sanciones contra la economía rusa en 2022 «rebotaban» hacia la Unión Europea.

Por lo tanto, nos volvemos a encontrar que, como sucedió durante las dos guerras mundiales, el frente balcánico era, a la hora de la verdad, secundario. Las guerras de 1912 y 1913 no supusieron que durante la Primera Guerra Mundial el centro de las operaciones estuviera en los Balcanes. Al contrario, tras la invasión de Serbia, a finales de 1915, ese frente se estancó y su importancia quedó relegada. Y las guerras de secesión yugoslavas, en los años noventa del siglo XX, no han hecho que la situación en los Balcanes tenga peso en la guerra de Ucrania, salvedad hecha del puente aéreo organizado desde China para proveer a Serbia de sistemas antiaéreos avanzados FK-3[329], en clara alusión, por parte de Pekín, al bombardeo de su embajada en Belgrado por aviones

estadounidenses en mayo de 1999. Aquellos retos en los que «Europa se jugaba mucho» en los Balcanes, que justificaban una y otra vez el «derecho de injerencia», han quedado olvidados; porque el desafío estaba, ya por entonces, a finales del siglo XX, en Rusia y la Europa Central y Oriental[330].

De hecho, por entonces, la diplomacia estadounidense ya dejó fuera de juego los mecanismos de la trampa balcánica en Dayton, en una virtuosa demostración de política de cinta americana que duró veintidós días de negociaciones contra reloj, cuidadosamente programada, en el aislamiento total de una base aérea del Medio Oeste de los Estados Unidos. Soluciones directas, empíricas, corto por aquí y pego por allá. Lo tomas o lo dejas. Washington había acertado en la idea de que salir de la trampa balcánica era más una cuestión de actitudes que de documentos concretos o de soluciones diplomáticas perfectas y por ello inexistentes.

Lo malo fue que esa política circunstancial de la cinta americana se fue transformando en una costumbre, en una constante, una sistemática *Trampa 22;* es decir, la solución en falso a cualquier problema abordándolo desde la burocratización más absurda. Llevada a su vertiente diplomática, esa *Trampa 22* era el doble rasero sistemático que habían venido aplicando los vencedores de la Guerra Fría durante más de veinte años, a base de justificaciones legalistas espurias, doble moral, falacias circulares y de todo tipo y mucho respaldo de la fuerza. La *Trampa 22* fue un Yanukovich y una Ucrania sin salida ante la disyuntiva de firmar el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea o hacerlo con Rusia para la integración en la Unión Aduanera Euroasiática: una elección sin salida porque, fuera cual fuera, siempre rasgaría al país en dos. La *Trampa 22* fueron los Acuerdos de Minsk destinados a no ser cumplidos y a prolongar la guerra civil en Ucrania hasta enlazarla con la intervención rusa. Pero la *Trampa 22* también fueron unas sanciones contra Rusia que convirtieron a la Unión Europea en rehén del conflicto entre Moscú y Washington, al mismo nivel que Ucrania. Algo que, en realidad, buscaban ambas potencias: meter

en el redil, cada uno en el suyo, al exitoso y por lo tanto problemático para ellos proceso de integración europeo.

¿Cómo queda entonces la tipificación de la guerra que se gestó en Ucrania? Mucho se ha insistido en el renacimiento de la Guerra Fría, un argumento que en realidad tiene ya unos cuantos años. Arrancó en torno a 2003 de la mano de Joseph Stroupe, editor del *Global Events Magazine online* y analista estadounidense especializado en lo que se dio en llamar la nueva geopolítica de la energía. Por entonces los estadounidenses empezaban a tener serios problemas en Irak y veían con creciente recelo la posibilidad de que catalizara un frente ruso-europeo: recordemos que la iniciativa estadounidense de invadir Irak en base a unas armas de destrucción masiva, que todo el mundo sabía eran inexistentes, había generado un notable rechazo entre los países de la Vieja Europa. Así que la insistencia en la «nueva amenaza rusa» devenía más y más rentable mediática y políticamente en Washington. En Moscú, Putin, como en una llave de judo, reconvirtió esa desconfianza en combustible para inflamar su política de recuperación nacionalista del orgullo ruso y mostrar a los suyos lo poco fiable que era Occidente. Que, en realidad, ni siquiera tenía amigos entre sus propias filas y utilizaba las crisis para ponerlos firmes, de tanto en tanto[331].

Pollo a la Kiev, julio de 2014

Encontré a Sergey y Alla con facilidad en medio de la Plaza de Catalunya en un soleado día del verano de 2013. Estaba de bote en bote, llena de turistas de medio mundo, embutidos en sus ropas de verano de colores chillones, pero fue sencillo dar con aquella pareja de eslavos de piel cruda, envergaduras poco usuales y vestidos ambos de azul y amarillo. Unas semanas antes, el correspondiente coordinador del Departamento me había pasado la oferta de dirección de tesis. Ambos provenían de una universidad privada varsoviana no muy conocida, pero llegaban con buenas

recomendaciones de la Universidad sueca de Lund, que eso sí era todo un blasón. En medio de Barcelona y de su agobiante calor húmedo de julio, nos sentamos en las viejas sillas de madera del venerable Café Zúrich y empezamos a darles vueltas a sus proyectos académicos.

Un año más tarde, coincidiendo con las mismas fechas, yo aterrizaba en Kiev. Alla y Sergey estaban por entonces instalados en el Departamento, trabajando en sus tesis doctorales, y valía la pena sacar todo el provecho posible de aquella colaboración. Mi grupo de investigación estaba lanzando su propia revista, y el primer número estaría dedicado a una serie de problemáticas relacionadas con Ucrania, los Países Bálticos y Polonia. La revuelta del Euromaidan estaba reciente, y aunque era un asunto demasiado próximo como para publicar algo sobre él, algunos aspectos de las circunstancias políticas que lo habían rodeado sí que eran abordables en nuestra orgullosa cabecera, *Tiempo devorado*. Un asunto que me interesaba especialmente era el corredor Viking, una vía de comunicaciones que parecía estar llamada a conectar el Báltico y el mar Negro. Aunque yo no iba a firmar el artículo que analizaba esa cuestión, y dado que faltaba mucha documentación al respecto, proyecté unas medio vacaciones en base a un circuito que desde el puerto de Klaipeda, el teórico arranque del corredor Viking, me llevara a Kiev. La idea de llegar hasta Odesa, en el extremo meridional del corredor, no resultaba aconsejable, por falta de tiempo y de contactos en la ciudad portuaria; pero también porque en mayo, hacía poco más de dos meses, había tenido lugar allí la masacre en la Sede de los Sindicatos, y en una guerra civil, como la que estaba comenzando en Ucrania, no resulta aconsejable arriesgarse a ofrecer la antipática imagen de «turista de la guerra». Así que, después de trazar el recorrido Riga-Klaipeda-Vilna, di el salto por vía aérea a Kiev, para ahorrarme los problemas de visados que suponía continuar por ferrocarril vía Bielorrusia.

Alla y Sergey trabajaban para un importante *think tank* ucraniano, el International Centre for Policy Studies, o ICPS, con sede en Kiev.

Así que, por su intermediación, concerté una cita en esa institución para ver qué sinergias podríamos crear entre mi Departamento y ellos. Abusando de la paciencia de ambos, les sugerí la posibilidad de contactar con algún amigo suyo en la ciudad para hacerme con una idea rápida de cómo moverme por Kiev, cómo manejarme con los transportes públicos, cajeros, calles y puntos de referencia y, sobre todo, sortear los posibles problemas de orden público que pudiera tener una capital que, habiendo salido de una revuelta tan dura como el Euromaidan, afrontaba el comienzo de una guerra civil.

Todo fue como la seda. En el aeropuerto me recibieron Jelena y su hermano, que me acercaron a la capital en su automóvil. Dimos un primer paseo por el centro, aprendí las primeras nociones sobre cómo moverme por allí, los precios correctos de las cosas y los inconvenientes de utilizar determinados cajeros. A continuación fuimos a cenar el inevitable pero delicioso pollo a la Kiev.

Era verano, y como en muchas ciudades por esas mismas fechas, había algo eléctrico y pringoso a la vez en el ambiente, como un precipitado de los helados, la transpiración, las fritangas y la tensión estival de la gente que llenaba las calles. Kiev era una ciudad algo extraña, construida en las riberas inclinadas del Dniéper, que la partía y la hundía en dos. Mostraba un paisaje único, con cuestas y diversos niveles superpuestos, como también lo eran los estilos arquitectónicos y la envergadura de los edificios. Era como si la ciudad representara en sí misma un gran agregado donde hubieran chocado el norte báltico, el sur levantino, el oeste europeo y el este ruso.

Pero en aquellos días, lo que más llamaba la atención era el Maidan, la plaza de todas las protestas ucranianas. En un extremo del enorme espacio a dos niveles, los servicios de limpieza habían acumulado los restos de la basura revolucionaria de febrero. Bajo el sol de julio, la gloria del invierno lucía seca y descolorida. Pero todavía seguía instalada una buena parte de la parafernalia de aquella batalla en una plaza que había sido el Euromaidan. La gran

torre cónica con símbolos y banderas, los tenderetes de *souvenirs* que acompañan a las modernas revoluciones y, sobre todo, la aldea de ordenadas tiendas de campaña militares y chiringos varios, que le daban al conjunto un aspecto de campamento romano. Por supuesto, deambulaba más gente por las aceras aledañas que por el *cardus* y *decumanus* del Maidan posrevolucionario. Como en otras plazas levantiscas que había visitado, empezando por Tahrir, en El Cairo, siempre hay activistas que, tras la victoria, se empeñan en continuar instalados en la plaza gloriosa. Aquello ha sido la aventura de su vida y no ven cómo regresar a la existencia cotidiana. Los moradores del Maidan no deseaban salir de sus recuerdos emocionados, pisar la calle, mezclarse con la gente, todavía cinco meses después de que el pulso hubiera concluido. Muchos, sobre todo los miembros de las autodefensas, se habían enrolado en los batallones de voluntarios y andaban guerreando allá por el Donbas. Vi a algunos en uniforme de camuflaje merodear por entre las tiendas, quizá de permiso. O vigilando a los políticos del nuevo poder.

Había reservado habitación en un aparthotel cercano al Maidan, en una estrecha calle dedicada al poeta Tarás Shevchenko. El establecimiento era correcto, moderno y limpio, pero desde mi ventana se veía, ondeando en la fachada de enfrente, la bandera amarilla con la runa *Wolfsangel* en lo que parecía una sede del Partido Social-Nacional de Ucrania. Se habían tomado la molestia de reordenar las denominaciones, pero poco más; porque se trataba de un partido nacionalsocialista, es decir, un partido nazi. O uno más de ellos, en aquel país. Porque por entonces el PSNU estaba integrado en la coalición *Svoboda.* Eso sí, el líder de ambos era el mismo: Oleh Tiahnibok.

Tras pasar la primera noche en la ciudad, por la mañana me dirigí a la sede de la institución que debía visitar al día siguiente. También estaba cerca, en una calle de edificios administrativos y ministeriales. Pero, para mi sorpresa, en la dirección señalada solo se encontraba una primitiva puerta blindada con código de acceso.

Tuve suerte, al poco entró un individuo charlando animadamente por el móvil y la dejó abierta el tiempo suficiente como para colarme. Sin embargo, la intriga continuaba. En el piso señalado, ninguna puerta lucia el rótulo del ICPS o de las siglas equivalentes en ucraniano, МЦПД. En realidad, ninguna puerta de ningún piso anunciaba nada, como pude comprobar tras subir y bajar por las escaleras de aquel edificio, que parecía un viejo *Brownstone* neoyorkino en estado de abandono.

Volví a mi apartamento, y corroboré las señas. Eran las correctas. A primera hora de la tarde regresé a la misteriosa dirección. Desde el edificio adosado se podía acceder a un patio interior tradicional, de esos que abundan en los inmuebles de toda Europa Central y Oriental. Quizás existía una puerta posterior para acceder al centro de estudios. Nada. En su lugar, cuatro hombres charlando y tomando vino caliente en vasos de plástico. ¿Dónde lo habrían comprado?

Uno de ellos hablaba un poco de inglés, el más joven. Le expliqué lo que buscaba y le enseñé la tarjeta de visita que me habían dado Sergey y Alla. Y enseguida me percaté de que había cometido un error. Estaban de vigilancia, y no hay nada peor que darle entretenimiento a unos tíos que pasan sus horas muertas ante un acceso, en un control de carreteras o parados frente a una puerta. Se consultaron animadamente los unos con los otros, en ucraniano, compitieron en corroborar datos en sus móviles y finalmente el rubio y más joven, el que hablaba inglés, me lo mostró: ¿Buscaba a *este* hombre? Si, ahí estaba, en la pantalla de su móvil: Vasyl Filipchuk, el director del ICPS. Diplomático, exministro de Asuntos Exteriores.

Entonces se volvieron amables, que es algo todavía más inquietante en un grupo de vigilantes aburridos. Dos de ellos, el rubio y otro que solo hablaba ucraniano, me indicaron que les acompañara. Salimos por un acceso lateral y fuimos a parar a la estrecha calle de mi apartamento. Por un momento temí que fueran voluntarios del Partido Social-Nacional y me llevaran a su sede.

Sobrepasamos la fachada de la bandera nazi y seguimos calle arriba. A esas alturas comenzaron a ponerse obsequiosos, el nivel más alarmante de todos los que puede alcanzar un vigilante. Me empezaron a interrogar sobre la marcha, con un punto de complicidad siniestra. «¿Así que es usted español? ¿Nos podría hablar en su lengua? ¿No será usted del Intelligence Service, eh?» Seguimos calle arriba y llegamos ante un edificio cúbico, de cemento. Allí, ante una garita abandonada, el rubio nos dejó esperando, al compañero y a mí, y penetró en aquella especie de nevera arquitectónica. Mientras hacíamos tiempo, me entretuve en charlar con el otro vigilante en una mezcla de serbocroata chapurreado con algunas palabras de ruso. Un vistazo a mi móvil me hizo sospechar dónde estábamos: se había quedado sin cobertura, por culpa de un potente inhibidor de frecuencias. «En definitiva, ustedes dos qué son, ¿a qué se dedican?», le pregunté un tanto irritado, más que atemorizado. Respondió que eran del servicio de seguridad. Y el edificio ante el que estábamos era la central del SBU ucraniano, su fachada posterior, para ser más precisos.

En ese momento volvió el rubio, entre una de las columnas de administrativos que salían del SBU. Era el final de la jornada. «Nada, no hubo suerte, ya ha salido el oficial al que buscaba». Por Dios bendito, ¿era necesario ir hasta la misma sede del SBU para dar con la dirección del ICPS o el paradero de Filipchuk, a las seis de la tarde? Les expliqué pacientemente que ya tenía una cita concertada con él, para el día siguiente, que no era nada tan urgente, que habían sido muy amables, pero que ya se habían molestado demasiado; y que adiós. Metidos de lleno en su actitud más zalamera, me propusieron ir a tomar unas copas o incluso dar un paso más allá, como indicó el rubio, haciendo un gesto obsceno.

Los dejé casi con palabra en la boca y regresé echando humo a mi apartamento. Pero lo peor estaba aún por llegar. Había dejado la tele encendida y a poco de entrar en la habitación saltó un adelanto informativo. En la pantalla, los restos de un avión de pasajeros. Era

el MH17. No se trataba de un accidente, acababan de derribarlo hacía una hora. Era el 17 de julio de 2014, y yo estaba en Ucrania.

Era muy probable que el incidente alterara todo mi viaje. Necesitaba más información, de qué iba aquello, quién lo había hecho y por qué, cancelaciones de vuelos. Pero antes tenía que encontrarme con Jelena y su hermano, con quienes me había citado el día anterior. Quizás ellos tenían más información.

No la tenían. Dimos un largo paseo, callejeando hacia el embarcadero del Dniéper, hasta llegar a esa pequeña joya tímida que es la iglesia de San Nicolás Taumaturgo, apenas una torre convertida en templo, construida sobre una plataforma, en el mismo río. Era un día de verano, risueño, un eterno domingo estivo, a pesar de que era jueves. La gente paseaba por las calles de Kiev liviana, ajena a que gente como ellos mismos había caído desde los cielos, sobre los campos y casas del Donbas, hacía un par de horas, familias completas con los miembros descoyuntados, todavía con su ropa multicolor y chillona de turistas, maletas nuevas y unas vacaciones exóticas por estrenar.

Todos teníamos ya la guerra instalada en la cabeza, solo disimulábamos. Utilizamos el funicular que conecta el río con el centro histórico religioso y administrativo, salvando la cuesta por la ladera escarpada. De nuevo en la Kiev de las cúpulas doradas, pero también del Ministerio de Asuntos Exteriores. Poco antes de llegar a la estrecha calle Tarás Shevchenko, Jelena me recomendó que aguardara un rato antes de subir al apartamento. Me señaló un pub estilo irlandés. «Espera ahí una media hora, y luego vuelves.» Era un buen consejo de gente avezada, del Este. Le había relatado mi paseo con los vigilantes. Todo el submundo de la seguridad y la vigilancia ucranianas debía de estar en ebullición.

Y allí pasé media hora larga, algo más, por si acaso, bebiendo cerveza y viendo ajados vídeos de bandas de *heavy metal* escandinavas.

Tras regresar al apartamento, desde la *tablet,* contacté con mis discípulos en Barcelona, explicándoles el caso. Me prometieron

enviar mi número de teléfono a la secretaria de Filipchuk. Y en efecto, pocos minutos más tarde, ella misma telefoneó. Adelantamos una hora el encuentro y sugirió esperarme en la acera, ante la puerta blindada misteriosa. Todo había quedado arreglado y conforme, pero pasé una mala noche, con los nervios a flor de piel. A eso de las cuatro de la madrugada me despertó del duermevela una fuerte explosión, hacia la cercana Maidan. Pero no escuché sirenas de policía o bomberos.

A las ocho y cuarto, ya estaba ante el centro de estudios. En la calle me esperaba una mujer en traje de oficina color rosa. Pocos minutos más tarde me recibía el señor Filipchuk con el plantel de dirección al completo, un grupo de jóvenes prometedores. Estaban desarrollando una campaña de prestigiación de la causa ucraniana entre intelectuales de diversos países europeos. ¿Podría ayudarles en eso? La exposición duró varios minutos, pero básicamente se reducía a esa propuesta central. Aquella gente era amable y eficiente, pero la propuesta era demasiado política, no dejaba mucho espacio para un intercambio académico con mi entorno. Preferí ser sincero en esto. Como profesional y funcionario, mi trabajo se centraba en dirigir las tesis doctorales de mis alumnos. Pero podía sugerirles instituciones independientes, en el rango del ICPS, que estarían dispuestas a ayudarles. *A priori,* suponía que ellos ya deberían conocerlas, puesto que el Centro había sido fundado en 1994 a iniciativa del Open Society Institute, esto es, George Soros. Todo ello conectado con la constelación NED (National Endowment for Democracy). Y eso era público y notorio, lo podía consultar cualquiera en Wikipedia. O sea que vuelta a casa.

Nada más salir de la reunión, me dirigí a mi apartamento y cancelé las noches que había contratado. Por lo visto, todos los huéspedes estaban haciendo lo mismo. El derribo del MH17 había supuesto la anulación de la mayor parte de vuelos internacionales a Ucrania, incluyendo el mío, como pude comprobar por Twitter. Lo más prudente era adelantar la salida. «¿Seremos algún día un país normal?», comentó la recepcionista con tristeza. Tras ella, las

grandes cortinas de terciopelo parecían haber perdido su fastuosidad. Aquella pregunta era toda una síntesis trágica del dilema ucraniano en los últimos veintitrés años. Por mi cabeza pasaron, como en una descarga brutal de dopamina, como las experiencias de revisión de vida que asaltan a los moribundos, los ímprobos esfuerzos de los ucranianos para aflojar la tensión de la gigantesca tenaza de las quijadas este y oeste. Pero en aquel verano de 2014, ya se podía escuchar el crujido de la nuez ucraniana resquebrajándose.

Salí hacia la estación y compré un billete de tren a Varsovia que hube de pagar en grivnas, tras hacer cola ante el único cajero que funcionaba y rezar por que no se hubiera quedado sin efectivo. Y así regresé, durante unas horas, a los viajes de mi juventud por el Este socialista, mochila al hombro, en ocasiones a merced de las antojadizas disposiciones de las ventanillas. Volví a subir a un tren de aquellos años, robusto e intensamente pintado de verde, sobre altos y férreos *bogies*.

A partir de ahí, el paisaje, enorme e inalterable, como lo que parecía el destino histórico de Ucrania, ocupó aquella tarde que no terminaba. En las amplias playas de maniobras se podían ver convoyes completos de vagones cisterna para el transporte de combustible, con matrícula de la vecina Bielorrusia. Al parecer, seguía llegando gasolina desde Rusia, a pesar del estado de guerra en el Donbas.

Seguro que los hidrocarburos se desplazaban a mayor velocidad que aquel tren. Llegamos a la frontera bien avanzada la noche y, una vez allí, el convoy permaneció varias horas mientras se cambiaban los ejes de las ruedas o los *bogies* completos. Mientras tanto se sucedió la procesión de los funcionarios de aduanas. Primero los ucranianos, tirando a desaliñados. Y, por fin, un par de oficiales polacos, con su característica gorra chascás de corona cuadrada y los pantalones perfectamente planchados con la raya bien marcada.

Por la mañana, aunque no demasiado temprano, el tren llegó a Varsovia. Sin nada que hacer hasta subir al avión, fatigado, caminé hasta el centro de la ciudad y me senté en un banco público que reproducía melancólica música de Chopin, como las primeras gotas de lluvia que anticipaban la tormenta.

Aspava *en Ankara, agosto de 2104*

El abarrotado restaurante irradiaba jolgorio primaveral, lleno de comensales turcos que devoraban comida turca. Todo era abundancia, ruido y cálida diversión. Nosotros encajábamos bien en aquella velada en la que la luz del día aún inundaba las calles de Ankara. Como el nuestro, otros restaurantes se sucedían y hasta parecían superponerse en aquella corta avenida. Era un *Aspava,* como llaman los turcos a un determinado restaurante de kebab, repleto de gente y de golosinas que a veces continúa abierto hasta la madrugada. Al parecer el nombre era cosa del periodista y escritor de novela negra Ümit Deniz, allá por los años cincuenta y sesenta. El detective Murat Davman lo utilizaba en sus relatos. Entraba en un restaurante, saludaba con un displicente *Aspava!* y tomaba su bebida favorita. Esa palabra, casi mágica, era la abreviatura de *Allah sıhhat para afiyet versin amin,* esto es: «Que Dios te dé salud, dinero y buen provecho, amén».

La capital era un buen destino para muchos turcos; los extranjeros siempre la contemplábamos con más prevención, incapaces de asimilar que aquellos barrios de bloques que trepaban por las colinas tenían algo que ver con el Oriente exótico y embrujador. Pero aquella tarde casi noche de junio, mientras dábamos cuenta de unas buenas raciones de kebab de calidad, además de las rituales *tzatziki* y patatas fritas con salsa, que habíamos decidido acompañar con raki, ambos nos habíamos reconciliado con Ankara y pillábamos la magia de la ciudad. *Aspava!*

A mitad de la comida, Bernardo se arrellanó en su silla y lanzó: «Tengo que comentarte algo delicado».

«¿Delicado?» Mantenía una amistad profesional con Bernardo, por entonces becario posdoc, y acabábamos de finalizar el congreso que nos había llevado a la capital turca. La solemnidad con que se había expresado mi joven colega resultaba inquietante. Bebí un sorbo de raki para encajar mejor la inesperada confidencia. El barullo que nos rodeaba también ayudaba a tomárselo con todo el desenfado posible.

Me contó que corría un tipo, allá por la Complu, en Madrid, que pagaba por informes. Un ruso. Pagaba muy bien. «¿Informes? ¿Qué *jodido* rango de informes era ese?» Miré a mi colega fijamente: un hombre joven, entusiasta, un becario camino de la docencia universitaria, que no tenía relación ni experiencia con ninguna institución sensible del Estado. «Lo que quieras ofrecerle. Te paga por informes sobre lo que tú desees explicar».

Con toda seguridad, dejé de comer kebab y tomé otro trago de raki mientras él seguía detallando de qué iba aquello. «Sí, tal como te lo cuento. Cualquier disertación dentro del ámbito de la geoestrategia internacional, defensa y seguridad, esas cosas. Es para una publicación de esa gente, en inglés, que quieren que tenga mucho impacto internacional», continuó explicando.

El quid de la cuestión es que el ruso pagaba una cantidad indecente de dinero. Más de mil euros. Y de dos mil. Y de tres mil. No una cantidad irreverente, sino una cantidad escandalosa. Al menos para un posdoc en Madrid.

¿Y cuál era la cuestión, por dónde andaba la pregunta, por qué me contaba aquello? *Ça va de soi:* a Bernardo le había picado el bichito del dinero fácil. ¿Y qué si se embolsaba un pequeño capital a cambio de una de aquellas cosas?

Me llamaban la atención las cantidades ofrecidas. Que los rusos, como los estadounidenses, los ingleses, los israelíes y *tutti quanti,* intentaban reclutar colaboradores en España era bien sabido. Pero el dinero raramente entraba en juego, al menos en un primer momento.

Septiembre de 2009. Salto atrás en el tiempo. Tras regresar de un viaje desde la Edad Media romántica, recorriendo el Kurdistán turco de norte a sur, la olvidada capital de la vieja Armenia, en poderosas ruinas, los templos cristianos escondidos en las calles basálticas de Diyarbakir, recibo la llamada de un conocido, un científico de un país de la zona que me cita para tomar un café y presentarme a alguien de interés, dijo. Se trataba de un individuo algo tosco, de nacionalidad rusa, que se expresaba en un inglés no muy fluido y que afirmaba estar aprendiendo español para venir a vivir a Barcelona. Entre los pesados cortinajes del Ateneu, habló de un difuso proyecto cultural al que me podría apuntar. Y de momento, ¿qué tal una exposición pública con mis fotografías del reciente viaje?

No me extrañaba que las hubiera encontrado y revisado. Yo mismo las había colgado en mi blog de entonces y en la plataforma Flickr. Pero me intrigaba ese entusiasmo que no se sustentaba en nada concreto. La conversación no tenía asidero, el ruso quería ir deprisa pero no veía hacia dónde; y entonces decidí forzar la situación y empecé a hablar de dinero. Y en efecto, el panorama se aclaró. El hombre plegó velas, quedamos en vernos otro día, pero sabía que acababa de abortar un intento de reclutamiento al reventar el protocolo de una forma un tanto grosera. Porque, por entonces, cinco años antes, al menos, los rusos no entraban con el dinero por delante, como habían hecho con Bernardo en 2014. Y menos con esos puñados de billetes.

No lo dudé mucho. Al asunto había que darle la importancia que tenía. En España, el común de la población no suele tomarse en serio los asuntos de espionaje. A los profesionales de ese mundo suele facilitarles mucho en su trabajo tal actitud. Moverse entre una población que confunde el espionaje con la picaresca y los tebeos es como cortar mantequilla con un cuchillo. Pero a Bernardo la broma le podía salir cara.

Parecía claro que el dinero que le podría pasar bajo mesa el diplomático ruso no estaba destinado a pagar el valor de los

alambicados artículos que le publicarían a Bernardo en la revista de marras. De lo que se trataba era de tenerlo pillado. En cuanto entra en escena el dinero, un relajado intercambio de impresiones con un diplomático extranjero se transforma en espionaje y, por tanto, en posible delito contra la seguridad del Estado. De esa forma, el *pringao* se convierte en una fuente de información que suministra datos que a veces le pasan inadvertidos incluso a él. Lleva al agente a otros contactos de interés, es el cabo del hilo del cual tirar para montar una red de informadores o *influencers*. De esa forma, los tres o cuatro mil euros terminan siendo muy rentables para el pagador. Y con un poco de mala suerte, pueden llevar a la ruina al informante.

La situación era tanto más delicada para Bernardo por cuanto los rusos parecían estar trabajando a toda máquina y contra reloj. En aquel verano de 2014, Crimea y el Donbas no quedaban tan lejos de Madrid, capital de un país de la OTAN.

Mientras tomábamos el té con halva de sémola, para concluir la cena, le dimos algunas vueltas y Bernardo se reafirmó enseguida en los peligros de la oferta. Lo supo desde el principio, solo quería tener la certeza de que no estaba dejando escapar el chollo de su vida. En España, ya se sabe, no nos terminamos de tomar en serio esas cosas.

De regreso al hotel, intento hacer valer los restos de mis conocimientos de turco con el taxista, pero Bernardo se entiende mejor con él en el lenguaje internacional del fútbol.

Al día siguiente, regreso a España. Antes de aterrizar en Estambul para hacer transbordo, me deleito desde las alturas en el espectáculo majestuoso de las aeronaves maniobrando allá abajo, y brillando al sol, a varios niveles, como en un gigantesco carrusel que desemboca en un aeropuerto en los límites entre Asia y Europa. Me siento optimista y pienso que, a pesar de lo que estaba sucediendo en Ucrania, lugar de donde había salido deprisa y corriendo hacía un mes, el mundo se estaba reordenando en torno a nuevos y poderosos centros que poseían su propia dinámica, su particular

funcionamiento, y al final se impondría una armonía compleja y fructífera. No, el planeta no parecía estar destinado a verse dividido en dos grandes bloques estúpidos, ya no.

Unos meses más tarde, pocos, el diplomático ruso fue expulsado de España. Antes de eso, Bernardo se encontró con él dos veces más, sin que mediara dinero de por medio. El ruso le explicó cómo veía la situación en Ucrania; el otro le escuchó con cortesía; intercambio de opiniones y despedida. Hay que quedar bien con todo el mundo y guardar las formas, por lo que pueda suceder.

Seguro que, pocos días más tarde, otro ruso, recién llegado, diplomático o no, se entrevistaría con algún joven académico, o quizás un periodista recién contratado, para ofrecerle un buen fajo de billetes por un artículo sobre lo que quisiera explicarle al mundo. Con toda seguridad, pocas semanas más allá, algún contacto lo habría vendido, siendo a su vez expulsado por las autoridades españolas; y al cabo de poco tiempo, un nuevo diplomático, el que fuera, habría ocupado su lugar.

Comida rápida, «Aspava!»

Los historiadores solemos tener la misma dificultad para predecir el futuro que la mayor parte de las personas. Parafraseando a Nicholas Taleb, utilizar la historia para anticiparse al futuro, viene a ser como intentar conducir mirando por el retrovisor. Pero, en cambio, sí que poseemos más memoria histórica y un conocimiento especialmente amplio del pasado; por lo cual, disponemos de reflejos para entender el aquí o ahora, o el cómo hemos llegado hasta el presente. En aquel verano de 2014, se podía apreciar el esfuerzo que estaban desarrollando rusos y americanos en torno a Ucrania, en forma de operaciones de inteligencia e influencia. Lo que ya resultaba más difícil de predecir era cómo iba a evolucionar la situación. Era difícil de imaginar que, en un mundo multipolar como el de entonces, la tensión en torno a Ucrania polarizara al planeta. Eso quería decir no solo Europa, los Estados Unidos y Rusia, sino también América Latina, África, Asia y Oceanía, repletos de países con sus propios y a veces sofisticados intereses

geopolíticos y económicos. En el siglo XXI, Estados Unidos y Rusia ya no ofrecían dos grandes modelos sociopolíticos de alcance mundial. Esa oferta había fracasado. Por parte soviética, en 1991, y por parte americana, a partir de 2008. Y ya no había más ideologías capaces de cambiar el mundo, a no ser que se considerase el islamismo radical.

El sonsonete de la Nueva Guerra Fría se venía escuchando desde hacía años, con un tono de amenaza revanchista desde el lado ruso y de alarma desafiante por parte estadounidense. En Moscú proclamar el regreso de la Guerra Fría era todo un triunfo. Les convenía argumentarlo a los rusos, porque de esa forma sus adversarios volvían a considerar Unión Soviética a una Rusia amputada de las repúblicas que se fueron en 1991. Y se creaba la ficción de que el mundo estaba dividido entre dos superpotencias: la bipolaridad, esencia de la Guerra Fría. Rusia se había venido enfrentando a la OTAN desde 2008, precisamente para crear esa ilusión. Putin venía insistiendo en que el tiempo de las acrobacias diplomáticas estilo trampa balcánica e incluso *Trampa 22* había concluido. Lo dejó bien claro al ordenar poner en alerta máxima a las fuerzas nucleares de disuasión tras lanzar la invasión de Ucrania, en febrero 2022.

La ilusión de la Guerra Fría también le convenía a la OTAN, porque de esa manera se evitaba tener que explicar por qué no osaba intervenir directamente en Ucrania mientras sí lo había hecho en Serbia, Afganistán o Libia. Se había regresado a la Guerra Fría, el riesgo de escalada militar era muy elevado y de nuevo era tiempo de las operaciones secretas, la guerra híbrida, la desestabilización del adversario. No faltó quien enseguida comparó la contienda ruso-ucraniana con la intervención soviética en Afganistán. Supuestamente, como entonces, los americanos iban a hundir a Rusia, como ya lo habían hecho con la Unión Soviética en 1989, a base de una combinación letal de guerra encubierta —un suministro de armas a Ucrania que iba a empequeñecer a la Operación Ciclón,

de ayuda a los muyahidines— y guerra económica y financiera, las celebradas sanciones.

En los medios de comunicación y redes sociales, donde el universo se explica en un puñado de caracteres, también se festejaba la reducción de un mundo complejo, multipolar y cada vez más frustrante para los occidentales a una bipolaridad encogida, falsa e irreal, pero más manejable en el día a día. El Nuevo Orden Mundial proclamado triunfalmente por George Bush padre en 1991, se había erosionado mucho como consecuencia de la Gran Recesión de 2008, y la imagen de los Estados Unidos como potencia unipolar estaba ya lejos de corresponder a las expectativas triunfalistas que le habían atribuido pensadores como Fukuyama o Brzezinski, a finales del siglo XX.

Aun así, en diciembre de 2021, mientras se veía venir la guerra por Ucrania, la portada de *The Economist* se hacía la siguiente pregunta: «¿Por qué lucharía América?». El subtítulo daba una pista: «Si los Estados Unidos se echan atrás, el mundo devendrá más peligroso». Los anglosajones querían seguir viéndose y mostrándose como los vencederes de la Guerra Fría. Concedían que «sería un error asumir que la vieja y comprometida América va a volver. Después de todo, Trump podría ser reelegido en 2024»[332]. Desde luego: según una encuesta de 1 de julio de 2022, el 71% de los estadounidenses no deseaban que Biden se presentara ni siquiera a la reelección[333]. Pero si el orden liberal debía ser preservado, otras potencias aportarían su granito de arena, preparándose para un mundo en el que tendrían menos ayuda, aun cuando los Estados Unidos se reservarían la capacidad de comprometerse.

Pero en realidad, todo este discurso apenas estaba sustentado sobre una base ideológica consistente. Y eso era válido tanto para rusos como para americanos. Aquellos, empezando por Putin, deseaban el regreso de una Unión Soviética que no fuera la Unión Soviética; nada de sóviets ni de marxismo-leninismo, sino una Rusia liderada por él y toda su generación de *siloviks,* oligarcas,

funcionarios y militares, legitimados por el discurso de la transición post-Yeltsin que era el putinismo: Dugin y su reconfiguración del mundo en base a la Cuarta Teoría y el neoeurasianismo; una nueva Santa Alianza aleccionadora para Europa; Stalin del brazo de Nicolás II; cosacos enarbolando la bandera roja con la Santa Faz de Cristo; mercenarios del Grupo Wagner conquistando África; bombarderos rusos machacando al yihadismo en Siria. Rusia y China, aliados. Y los Estados Unidos, reducidos a ser potencia de segunda, o de tercera. Recomenzar y reescribir la historia desde el momento en que el capitalismo y el imperialismo empezaron a humillar y arrinconar a Rusia.

Los estadounidenses no ofrecían una alternativa mucho más apetecible, al menos desde que en 2017 Trump llegara a la Casa Blanca. Un país dividido entre aislacionistas —una parte de los cuales eran, de hecho, ultranacionalistas— y nostálgicos del unilateralismo apenas podía ofrecer una alternativa común que no fuera el atrincheramiento tras la Gran Frontera. Para los Estados Unidos, estaba claro cuál era: la frontera de 3.169 kilómetros, apoyada en el muro y el Río Grande, junto con México convertido en un enorme *buffer state* ante la presión migratoria desde América Central y Latinoamérica. Por su parte, Europa contaba con la frontera natural del Mediterráneo en su flanco sur, que se prolongaba en Turquía como *buffer state* consolidado y Ucrania como Estado-tapón en construcción. Polonia y los Países Bálticos cerraban el muro por el noreste. Era una estrategia de atrincheramiento, en el fondo de la cual, paradójicamente, coincidían dos ancianos estadistas como Trump y Biden.

Para Washington, la integración de Ucrania no poseía exactamente el mismo sentido que para Bruselas, más partidaria de utilizar el *softpower*. La concepción estadounidense de la Gran Frontera era algo más instrumental, al estilo de aquellas repúblicas poscoloniales aliadas durante la Guerra Fría, atiborradas de armas suministradas por Washington y gobernadas por regímenes autoritarios que a veces se apoyaban sobre escuadrones de la

muerte, mercenarios o peligrosas policías secretas, desde el Irán del Shah al Vietnam de Ngô Đình Diệm o Văn Minh, pasando por las dictaduras militares en Brasil, Argentina y Chile.

Desde luego, Polonia se había convertido en el brazo fuerte de la Nueva Europa, aliada de Washington a despecho de sus tendencias iliberales bajo gobiernos del PiS *(Prawo i Sprawiedliwość,* Partido Ley y Justicia) en los últimos años. La posibilidad de respaldar una alternativa a la Unión Europea bajo la fórmula 3SI o «tres mares», renovadora de *Intermarium,* tampoco parecía una realidad tan utópica a la altura de 2021 o 2022.

En Ucrania, bajo el homenajeado presidente Zelenski, hacia finales de marzo, al amparo del estado de excepción, se habían ilegalizado varios partidos políticos: Plataforma de Oposición – Por la Vida (rusófilo), Bloque de Oposición (rusófilo), Partido Socialista de Ucrania (izquierda), Partido Socialista Progresista (indefinido), *Derzhava* (rusófilo), Unión de Izquierdas (izquierda), *Nashi* (rusófilo), Oposición de izquerdas (rojipardo), Bloque de Volodímir Saldo (regionalista) y Partido de Sharí (del bloguero Anatoli Sharí, libertarianista). Dada la crecida cantidad de partidos políticos legalizados en Ucrania —cerca de trescientos cincuenta—, la prohibición de los arriba citados era más aleccionadora que significativa. Aunque la eliminación de todos los partidos de izquierda resultaba inquietante. Sobre todo, si a ello se unían declaraciones como las del ministro de Defensa, Oleksii Réznikov, quien a mediados de marzo hizo un llamamiento ante el Parlamento Europeo, que parecía más bien propio de otros tiempos, como 1946 o 1947, destinado a la ciudadanía de aquellos países de la UE que tenían gobiernos «medio comunistas o pro-Putin», para que salieran a las calles, hicieran manifestaciones y les preguntaran «qué habían hecho por Ucrania», refiriéndose en concreto a España, Italia y Grecia[334]. Días más tarde, el presidente Zelenski intervino en el Congreso de los Diputados español, el 5 de abril.

Pero el problema político de fondo era la entidad que había adquirido el ultranacionalismo en Ucrania, y que no se derivaba de

su escasa representación parlamentaria, puesto que en este tipo de partidos radicales la toma del poder no tiene por qué ser necesariamente por esa vía, sino a través de golpes de Estado, copando poder o controlando la defensa y la seguridad interior, a partir de instituciones armadas. En tal sentido, no cabe duda de que la representación de sectores ultras, explícitamente neonazis o neofascistas, en las fuerzas armadas ucranianas era notable. El conflicto, que arrancaba de 2014, como ya se explicó más arriba, era llamativo por varias razones.

En primer lugar porque, al margen de su entidad como unidades de combate, estaban integrados orgánicamente en las fuerzas armadas ucranianas; ya habían existido precedentes más o menos similares en los Ejércitos croata y serbio durante las guerras de secesión en la antigua Yugoslavia. Pero por entonces, al menos por parte croata, la adscripción de este tipo de unidades a las fuerzas armadas o de seguridad se había llevado con cierta discreción. No era el caso de Ucrania, donde los medios de comunicación internacionales habían pregonado con asiduidad las peripecias de unidades como el célebre Regimiento Azov, el Batallón Donbass, el Regimiento Dnipro-1, el Batallón Karpatska Sich o los batallones del Cuerpo de Voluntarios Ucraniano, integrado por milicianos de *Pravy Sektor* (Sector de Derechas) que exhibían los colores rojo y negro de su partido en los uniformes. Esto llevó, por activa y por pasiva, a una verdadera exaltación del neonazismo y neofascismo en armas, como sucedió durante la defensa de la acería Azovstal en Mariúpol, donde las fuerzas del Regimiento Azov recibieron un tributo de apenas contenida admiración por parte de medios de comunicación de países democráticos occidentales, a despecho de que también habían intervenido en la acción de guerra unidades regulares de Infantería de Marina, Guardia Fronteriza, Policía Nacional y Defensa Territorial. Algunas de estas unidades de combate políticamente orientadas —y en especial, de nuevo, el Regimiento Azov— habían sido favorecidas en la asignación de equipo y armas de especial calidad.

Si las guerras de la antigua Yugoslavia ayudaron a normalizar en Europa la presencia de unidades neofascistas armadas, por primera vez desde 1945, la guerra del Donbas en 2014-2015 y la invasión rusa de Ucrania contribuyeron a enaltecerlas[335]. El hecho de que el presidente Zelenski fuera de origen judío se utilizó en innumerables ocasiones como «prueba» de que la insistencia en un fenómeno político neonazi en Ucrania era una exageración generada por las declaraciones de Putin al lanzar la invasión del país para «desnazificarlo». Pero ese planteamiento resultaba falaz, para salir del paso, puesto que tal tipo de cuestiones, como la connivencia de las milicias ultras en 2014 con los oligarcas mecenas, fueran de religión judía, como Kolomoinski, o musulmana, como Ajmetov, no tenían mayor significado para los neonazis que se beneficiaron de su dinero para armarse. De hecho, como se ha explicado más arriba, ya la guerra del Donbas había propiciado un cisma entre el neofascismo y el neonazismo internacionales, que no veían con buenos a ojos a esos camaradas ucranianos al servicio de la OTAN e Israel. Y no faltaban voces que alertaban de que muchos de los combatientes voluntarios internacionales, asimismo neonazis o neofascistas, que integraban las filas de las unidades ucranianas podrían convertirse en verdaderas bombas de relojería una vez regresaran a sus respectivos países[336].

Lo cual no quita que en la ultraderecha europea actual exista una clara admiración por Israel, modelo, a su modo de ver, en la lucha contra el islamismo radical o el fenómeno inmigratorio. O que *Tablet,* una moderna revista cultural israelí en red, que se anunciaba como «A new read on Jewish life», viera con buenos ojos la entrevista concedida por el subcomandante del Azov, Svyatoslav Palamar, al diario *Haaretz,* en la que se ponía de relieve la conexión ucraniano-israelí. Desde ese medio le comentaron que en Israel «la planta de Azovstal ya se está comparando con Masada, donde los combatientes judíos que se rebelaron contra el Imperio Romano se atrincheraron y al final todos fueron asesinados»[337].

La instrumentalización de los partidos de la ultraderecha por parte de potencias como Estados Unidos e Israel es una práctica que hunde sus raíces en la Guerra Fría histórica. Por poner un ejemplo, cabe recordar la simbiosis entre las Fuerzas de Defensa de Israel y la milicia Falange Libanesa de Bashir Gemayel, que desembocó en las matanzas cometidas por miembros de estas unidades en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila, en septiembre de 1982. Con esto no se quiere afirmar, en modo alguno, que el régimen ucraniano, en febrero de 2022, fuera de tendencia neonazi o estuviera en manos de los paramilitares de esa tendencia; o que el presidente Zelenski simpatizara con ellos, aunque ciertamente les otorgó permisividad[338]. Pero sí que, en interés de la propaganda de guerra antirrusa, se le restó relevancia a un fenómeno que era grave y trascendía las fronteras de Ucrania.

Desde luego, no cabe dudar de que la Rusia de Putin se había convertido en un laboratorio promotor de la ultraderecha internacional con la subvención activa de partidos neofascistas, ultras, conservadores y ultramontanos[339]. Pero eso no excusaba que en Ucrania se dejara prosperar al neonazismo o que se jugara con la falacia del *tu quoque* y se acusara a Rusia de ser «más fascista» que Ucrania. Porque el hecho es que, a mayor gravedad, en el mismo bando occidental en su conjunto estaba poliferando el posfascismo, un fenómeno sociopolítico definido por el politólogo transilvano Gáspar M. Tamás desde, por cierto, las páginas de Open Society.

En suma, el posfascismo consistía en la disolución de las ideas esenciales del fascismo y el nazismo en la práctica cotidiana de las democracias liberales occidentales. «Sin recurrir nunca a un golpe de estado, estas prácticas amenazan a nuestras comunidades. Encuentran fácilmente su nicho en el nuevo capitalismo global, sin alterar las formas políticas dominantes de la democracia electoral y el gobierno representativo», explicaba Tamás adelantándose veinte años a su época[340]. El posfascismo no asustaba, ni siquiera incomodaba; en todo caso, lo hacía si el sujeto no se acoplaba a las

exégesis del pensamiento único y políticamente correcto. El posfacismo iba ganando terreno en las cámaras parlamentarias, en los medios de comunicación, en los gobiernos y partidos, en base a promover ideas que rompían de alguna forma con los derechos universales de la ciudadanía. Desde el momento en que la comunidad cívica de un país es cortada en dos, definiendo dos campos con distintos grados de acceso a los derechos civiles, ahí aparece el fascismo o el nazismo. Y para ello no era necesario ningún golpe de Estado, ni grupos paramilitares patrullando por las calles. Sencillamente, atentar contra la libertad de información o reconducir la libertad de expresión en nombre de la StratCom contra la guerra de Putin podía ser un inquietante comienzo.

En definitiva, el problema de fondo en la guerra de Ucrania de 2022, la cuestión realmente seria, era que aquella contienda no tenía el perfil de la extinta Guerra Fría, porque los contendientes que la libraban no poseían la disciplina de las superpotencias de entonces, le habían perdido el respeto a la disuasión nuclear —una de las bases del equilibrio del terror en la Guerra Fría— y, sobre todo, carecían de la sustentación equilibradora que suponía defender ideologías políticas consistentes. Aquello fue una guerra de neofascistas contra neonazis; nacionalistas contra nacionalistas, como en 1914, en la que intervinieron también potencias en cuyas sociedades el posfascismo ganaba terreno, como una peste silente. No es de extrañar que, por puro esnobismo o por creer que así defendían mejor su posición social o profesional, personajes con cierta influencia considerasen que se podía escalar el conflicto ucraniano hasta la guerra nuclear, con toda la tranqulidad del mundo. Las ideologías habían desaparecido hacía tiempo, todo se basaba en posicionarse ante las opciones que ofrecían los medios o las redes sociales, no en elaborar o analizar las posibilidades existentes. Con cierta rapidez, las sociedades se vieron gritando lemas orwellianos, librando guerras orwellianas, que se entrelazaban sin claro principio ni final, sin objetivos, más allá de las consignas o del «doblepiensa» orwelliano:

> Para entender la naturaleza de la guerra presente —pues, a pesar de los reagrupamientos que se producen cada pocos años, se trata siempre de la misma— debemos reparar en primer lugar en que es imposible que sea decisiva. Ninguno de los tres superestados podría ser conquistado definitivamente, ni siquiera mediante una alianza de los otros dos. Están demasiado igualados, y sus defensas naturales son demasiado formidables. Eurasia está protegida por sus vastos espacios abiertos, Oceanía por la extensión del Atlántico y el Pacífico, Esteasia por la fecundidad y la laboriosidad de sus habitantes. En segundo lugar, ya no hay, en un sentido material, nada por lo que combatir. Con el establecimiento de las economías autárquicas, en las que la producción y el consumo se engranan el uno en el otro, la lucha por hacerse con los mercados que causó las guerras anteriores ha llegado a su fin, y la competencia por las materias primas ha dejado de ser una cuestión de vida o muerte. Los tres superestados son lo bastante extensos para obtener todos los materiales necesarios en el interior de sus propias fronteras (George Orwell, *1984).*

---

[310] «Rusia y la OTAN. Fricciones en la región del Mar Negro», por Keno Verseck, en *DW — Deutsche Welle,* 29 de junio de 2021.

[311] Coman (1993).

[312] «Dozens of Bucha civilians were killed by metal darts from Russian artillery», por Lorenzo Tondo, *The Guardian,* 24 de abril de 2022, [consultable en red].

[313] «UN Peacekeepers' Sexual Exploitation And Abuse In Haiti», por Mary Mijares, *OWP,* 15 de septiembre de 2021 [consultable en red].

[314] «¿Qué hay detrás de la negativa de la UE y los Estados Unidos a la resolución sobre mercenarios?», por Yoselyn Manzano, RIDH/RIDHE, 3 de noviembre de 2017 [consultable en red].

[315] Serrano (2022): p. 21.

[316] «La matanza de Bucha muestra la barbarie de la guerra de Putin», por Luis de Vega, *El País,* 3 de abril de 2022 [consultable en red].

[317] [Veiga y González Villa] (2013).

[318] *Ibid.* En el post se puede consultar una lista con las dieciséis *trigger massacres* y *fake trigger massacres* entre 1989 y 2013.

319 El mejor compendio informativo sobre Omurbekov y su unidad se puede encontrar en Wikipedia, entrada «Azatbek Asanbekovich Omurbekov».

320 Oficialmente, el 141.º Regimiento Especial Motorizado.

321 Mazower (2021).

322 Veiga (2002): p. 642.

323 Serwer (2019) incluye explícitamente a Ucrania.

324 [Veiga y González-Villa] (2013).

325 «Estados Unidos acusa a Gadafi de suministrar Viagra a sus fuerzas para que comentan violaciones», en *El Confidencial,* 29 de abril de 2011.

326 «Las tres victorias de Erdogan», por Lluís Miquel Hurtado, *El Mundo,* 30 de junio de 2022; «Turkey scores with NATO brinkmanship, flexing geopolitical veto», por Ken Moriyasu y Sinan Tavsan, *Nikkei,* 1 de julio de 2022 [consultables en red].

327 Veiga (2002): p. 642.

328 «¿Armas biológicas en Ucrania? Las acusaciones de Rusia contra Kiev en medio del conflicto», en canal YouTube de *France 24,* 15 de marzo de 2022 [consultable en red].

329 «Serbia recibe envío secreto de misiles chinos», *AP Noticias,* 20 de abril de 2022 [consultable en red].

330 A pesar de lo cual, todavía es contemplada ocasionalmente como parte de la vieja Cuestión Oriental. Véase: Serwer (2019).

331 Lopatonok y Stone (2016): minuto 1h:19.

332 «What would America fight for?», en *The Economist,* vol. 441, n.º 9275, 11-17 de diciembre de 2021.

333 «71 percent don’t want Biden to run for reelection: poll», por Caroline Vakil, en *The Hill,* 7 de enero de 22 [consultable en red].

334 Fragmento de la alocución reproducido en Twitter por @JRBauza, 17 de marzo de 2022.

[335] Roussinos (2022).

[336] «Foreign fighters in Ukraine coud be time bomb for their home countries», por Seth Harp, *The Intercept,* 30 de junio de 2022.

[337] «The Defenders of Mariupol», por Vladislav Davidzon, en *Tablet,* 18 de mayo de 2022 [consultable en red].

[338] «Cómo el presidente judío de Ucrania hizo las paces con los neonazis en el frente contra Rusia», por Alexander Rubinstein y Max Blumethal, en *The Gray Zone,* 6 de marzo de 2022 [consultable en red].

[339] Veiga *et al.* (2019), capítulo 4, pp. 107-145, también pp. 208-213.

[340] Tamás (2001).

BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Abramović, Roman (2022), *Ucrania. Rusia. Historia,* 8Cats Books.

Afineevsky, Evgeny (dir.) (2015), «Winter On Fire: Ukraine's Fight for Freedm», 102 minutos.

Amar, Tarik Cyril (2015), *The Paradox of Ukrainian Lviv. A Borderland City between Stalinists, Nazis, and Nationalists,* Cornell University Press.

Andrew, Christopher (1996), *For he President's Eyes Only,* HarperPerennial.

Arquilla, John, y Ronfeldt, David (eds.) (1997), *In Athena's Camp. Preparing for conflict in the information age,* RAND, Santa Mónica, CA.

Barro, Argemino (2020), *Una Historia de Rus. Crónica de la guerra en el Este de Ucrania,* La Huerta Grande Editorial, Madrid.

Baysha, Olga (2019), *Miscommunicating Social Change. Lessons from Russia and Ukraine,* Lexington Books.

— (2022), *Democracy, Populism and Neoliberalism in Ukraine. On the Fringes of the Virtual and the Real,* Routledge, Londres y Nueva York.

Blas, Javier, y Farchy, Jack (2022), *El mundo está en venta. La cara oculta del negocio de las materias primas,* Península.

Blinken, Antony (1987), *Ally Versus Ally: America, Europe, and the Siberian Pipeline Crisis,* Greenwood Press.

Bonnel, Anne Laure (2016), *Donbass,* production Alexandre Bonnardieu / Les Films de Sacha.

Boyd-Barrett, Oliver (2017), *Western Mainstream Media and the Ukraine Crisis. A study in conflict propaganda,* Routledge, Londres y Nueva York.

Brzezinski, Zbigniew (1998), *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos,* Paidós.

— (2012), *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power,* Basic Books, Nueva York.

Chaudet, Didier; Parmentier, Florent, y Pélopidas, Benoît (2009), *When Empire Meets Nationalism. Power Politics in the US and Russia,* Routledge, Londres y Nueva York.

Chernenko, Demid (2018), «Capital Structure and Oligarch Ownership», MPRA Paper No. 83641, posted 06 Jan 2018 - Munich Personal RePEc Archive.

Chrevonnaya, Svetlana (1994), *Conflicts in the Caucasus. Georgia, Abkhazia and the Russian Shadow,* Gothic Image Publications, Frome y Londres.

Chodakiewicz, Marek Jan (2012), *Intermarium. The Land between the Black and Baltic Seas,* Transaction Publishers, New Brunswick y Londres.

Cohen, Stephen F. (2019), *War With Russia? From Putin & Ukraine to Trump & Russiagate,* Hot Books, Skyhorse Publishing, Nueva York.

Coman, Mihai (1993), «Naissance d'un contre-mythe. Les mythologies du discours médiatique. La Roumanie, décembre 1989, dans la presse écrite française», *Réseaux,* año 1993, 59, pp. 107-118 [consutable en red].

Congressional Research Service (2022), *U.S. Security Assistance to Ukraine.*

Cornell, Svante E., y Starr, Frederick (eds.) (2009), *The Guns of August 2008. Russia's War in Georgia,* M. E. Sharpe.

Cuadernos de Geopolítica (2022), *Para comprender Ucrania, Le Monde Diplomátique en español,* Valencia.

D'Anieri, Paul (2019), *Ucrania y Rusia,* University of Cambridge Press, Kindle Ed.

Datta, Neil (2021), *The Tip of the Iceberg: Religious Extremist Funders against Human Rights for Sexuality and Reproductive Health in Europe, 2009-2018,* EPF (European Parlamentary Forum), 2021 [consultable en red].

De Ploeg, Chris Kaspar (2017), *Ukraine in the Crossfire,* Clarity Press.

Dugin, Aleksandr (2015), *Last War of the World-Island. The Geopolitics of Contemporary Russia,* Arktos, Londres.

Duval, Jerôme (2014), «El FMI prosigue su camino en Ucrania», *Rebelión,* 19 de mayo de 2014 [consultable en red].

Dyczok, Marta (2013), *Ukraine: Movement without change, change without movement,* Routledge.

Edward, Steve (2022), *Genesis of Russia-Ukraine War,* Excelpencil Publish.

Fedorov, Vitaly «Afrikaner» (2015), *The Freedom Fighter,* Black Hundred, Moscú.

Ferguson, Niall (2022), *Desastre. Historia y política de las catástrofes,* Debate, Barcelona.

Freedman, Lawrence (2019), *Ukraine and the Art of Strategy,* Oxford University Press.

Galeotti, Mark (2016), *Hybrid War or Gibridnaya Voina? Getting Russia's non-linear military challenge right,* Mayak Intelligence.

— (2019), *Armies of the Russia's War in Ukraine,* Osprey Publishin Ltd.

Galloway, Scott (2021), *Post Corona. De la crisis a la oportunidad,* Plataforma Editorial.

Gel'man, Vladimir (2015), *Authoritarian Russia. Analyzing Post-Soviet Regime Changes,* University of Pittsburgh Press.

Gessen, Misha (2018), *El futuro es historia. Rusia y el regreso del totalitarismo,* Turner, Madrid.

Giuliano, Elise (2018), «Who supported separatism in Donbas? Ethnicity and popular opinion at the start of the Ukraine crisis», *Post-Soviet Affairs,* 15 de marzo de 2018.

González, Pablo (2016), «La guerra del Donbass en datos: fuerzas, tácticas y armamento», en Ruiz Ramas (2016), pp. 169-188.

González-Villa, Carlos (2011), *Las revoluciones de colores. «Poder blando» e interdependencia en la Posguerra Fría,* Eurasian Hub, Colección Samarcanda, n.º 3, Barcelona.

Gorchinskaya, Katya (2020), «A brief history of corruption in Ukraine: The Yushchenko era. The Orange Revolution fades to black», *Eurasianet,* 28 de mayo de 2020 [consultable en red].

Goya, Michel (2021), *La Guerre du Haut Karabakh (2020). Enseignements opérationnels,* Kindle Ed.
— (2022), *Confrontation en Ukraine (2014-2015). Une analyse militaire,* Kindle Ed.
Hackett, Sir John (1982), *The Third World War; The Untold Story,* Sudgwick & Jackson Ltd., Kindle ed.
Harris, Thomas D. (2022), *The Russia & Ukraine War,* Thomas Dylan Harris Ed., Kindle Ed.
Haynes, Dominic (2022), *A Brief History of Ukraine,* Kindle Ed.
Hettena, Seth (2018), *Trump/Russia. A Definitive History,* Melville House, Brooklin y Londres.
Hines, Sam (2016), *Operation Unthinkable. Its significance in the development of the Cold War,* GRIN Verlag.
Hoffman, David E. (2003), *Los oligarcas. Poder y dinero en la nueva Rusia,* Mondadori, Barcelona.
Howard, Colby, y Pukhov, Ruslan (eds.) (2014), *Brothers Armed. Military Aspects of the Crisis in Ukraine,* Minneapolis, East View Press, Kindle Ed.
Hufbauer, Gary Clyde; Schott, Jeffrey J.; Elliott, Kimberly Ann, y Oegg, Barbara (2007), *Economic Sanctions Reconsidered* (3.ª ed.), Peterson Institute for Internacional Economics, Washington DC.
Hurska, Alla (2015), «Two images of radicalism in Ukraine. From Scandinavia to the Caucasus», en *Tiempo devorado,* monográfico: «Entre el Mar Báltico y el Mar Negro», n.º 1, diciembre de 2014, pp. 39-62 [consultable en red].
Hutin, Ignacio (2022), *Ucrania/Donbass,* Apostroph, Barcelona.
Ishchenko, Volodymyr (2016), «Far right participation in the Ukrainian Maidan protests: an attempt of systematic estimation», *European Politics and Society,* 17, 4, marzo de 2016.
Kahl, Colin, y Wright, Thomas (2021), *Aftershocks. Pandemic Politics and the End of Old International Order,* St. Martin's Press, Nueva York.
Kandelaki, Giorgi (2006), «Georgia's Rose Revolution. A Participant's Perspective», USIP (United States Institute for Peace), Special Report 167, julio de 2006.
Katsambekis, Giorgos, y Stavrakakis, Yannis (2020), «Populism and the pandemic: introduction and preliminary findings», *Populism & the Pandemic Report, Populismus Intervention,* n.º 7, Tesalónica, junio de 2020.
Kepel, Gilles (2020), *Salir del caos. Las crisis en el Mediterráneo y Oriente Medio,* Alianza Editorial, Madrid.
Kurishenko, Maria (2022), *Ukraine's Tear. A History of Ukraine, Russia, Soviet Union,* 8Cats Book.
Laruelle, Marlène (2012), *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire,* Woodrom Wilson Center Press y The Johns Hopkins University Press.
Lázaro Bosch, Ana (2015), *Ucrania, entre Rusia y Occidente. Crónica de un conflicto,* Editorial UOC, Barcelona.
Leatherbarrow, Andrew (2017), *Chernóbil 01:23:40,* Duomo Eds., Barcelona.
Lepesant, Gilles (coord.) (2005), *L'Ukraine dans la nouvelle Europe,* CNRS Eds.

Likhachev, Vyacheslav (2016), «The Far Right in the Conflict between Russia and the Ukraine», Iffri / NEI Center, Russie.Nei.Visions 95, julio de 2016.
Loginova, Elena (2021), «Pandora Papers Reveal Offshore Holdings of Ukrainian President and his Inner Circle», *OCCRP,* 3 de octubre de 2021 [consultable online].
Loizeau, Manon (2005), «Les États Unis à la conquête de l'Est», 56 min., CAPA; Canal +; Planète; Télé-Québec.
Lopatonok, Igor, y Stone, Oliver (2016), «Ucrania en llamas», 102 minutos.
MacMillan, Margaret (2020), *War. How Conflict Shaped Us,* Profile Books.
Magocsi, Paul Robert (2010), *A History of Ukraine. The Land and Its Peoples,* 2.ª ed., University of Toronto Press.
Marples, David R. (ed.) (2022), *The War in Ukraine's Donbas. Origins, Context and the Future,* Central European University Press, Budapest, Viena y Nueva York.
Martin, Pablo (2015), «Ferrocarril Viking ¿corredor o interfaz?», *Tiempo devorado,* monográfico: «Entre el Mar Báltico y el Mar Negro», n.º 1, diciembre de 2014, pp. 17-28 [consultable en red].
Mayers, Andrew (2018), *Analysis of the Russo-Georgian war of 2008,* Defensionem.
Mazower, Marc (2021), *The Greek Revolution: 1821 and the Making of Modern Europe,* Penguin Books.
Menon, Rajan, y Rumer, Eugene (2015), *Conflict in Ukraine,* A Boston Review Book, The MIT Press.
Mezrich, Ben (2015), *Once Upon a Time in Russia. The Rise of the Oligarchs and the Greatest Wealth in History,* William Heinemann, Londres.
Motzkin, Léo (1927/2010), *Les Pogroms en Ukraine sous les gouvernements ukrainiens, 1917-1920,* Ressouvenances [reedición de la obra original de 1927].
Nasr, Vali (2013), *The Dispensable Nation. American Foreign Policy in Retreat,* Doubleday.
Necșuțu, Mădălin (2021), «De la Intermarium la Inițiativa celor Trei Mări: cum pot limita foștii sateliți ai URSS influența Rusiei în Europa», *Veridica,* 27 de septiembre de 2021 [consultable en red].
Papa, Willy; Fresco, Nicolás, y Genre, Arthur (dirs.) (2022), «La *story* de Zelenski», RTVE Play – Somos Documentales.
Pijl, Kees van der (2018), *Flight MH17, Ukraine and the New Cold War,* Manchester University Press.
Platonova, Daria (2022), *The Donbas Conflict in Ukraine. Elites, Protest and Partition,* Routledge, Londres y Nueva York.
Plokhy, Serhi (2015), *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética,* Turner, Madrid.
— (2021), *The Frontline. Essais on Ukaine's Past and Present,* Harvard University Press.
Poch de Feliu, Rafael (2018), *Entender la Rusia de Putin. De la humillación al restablecimiento,* Akal.

— (2022), «Mundo multipolar y guerra en Ucrania», conferencia, YouTube, canal de La Casa Encendida, Madrid, 21 de marzo de 2022. Consultable en https://www.youtube.com/watch?v=69KmRlhulKA.

Pothier, Fabrice, y Vershbow, Alexander (2017), *NATO and Trump. The Case for a New Transatlantic Bargain,* A New Deal for NATO, Atlantic Council.

Pozner, Vladimir (2018), «How the United States Created Vladimir Putin», Canal YaleUniversity (YouTube), 2 de octubre de 2018.

Puglisi, Rosaria (2015), «Heroes or Villains? Volunteer Battalions in Post-Maidan Ukraine», IAI (Istituto Affari Internazionali), *IAI Working Papers,* 15/08, marzo de 2015.

Reid, Anna (2015), *Borderland. A Journey Through the History of Ukraine,* Weidenfedl & Nicolson.

Rix, Edouard (2011), «Jean Thiriart, the Machiavelli of United Europe», *Open Revolt!* (blog), 6 de septiembre de 2011 [https://openrevolt.info/2011/09/06/jean-thiriart-the-machiavelli-of-united-europe/].

Rose, Richard; Mishler, William, y Munro, Neil (2006), *Russia Transformed. Developing Popular Support for a New Regime,* Cambridge University Press.

Roussinos, Aris (2022), «La verdad sobre la extrema derecha ucraniana», *Nueva Sociedad,* marzo de 2022 [consultable en red].

Ruffner, Kevin C. (1998), «Cold War Allies: The Origin's of CIA Relationship with Ukrainian Nationalists», Secret – NOFORN-ORCON, Declassified and realeased by CIA; Sources Methods Exemption 3B2B; Nazi War Crimes Disclosure Act Date 2004-2006 [consultable en red].

Ruiz Ramas, Rubén (coord.) (2016), *Ucrania. De la Revolución del Maidan a la Guerra del Donbass,* Ed. Comunicación Social.

Russell, Rupert (2022), *Price Wars. How Chaotic Markets are Creating a Chaotic World,* Weidenfeld & Nicolson.

Sachs, Jeffrey (2012), «What I did in Russia», extractos en PDF del blog JDS, consultable en https://www.jeffsachs.org/.

Sakwa, Richard (2016), *Frontline Ukraine. Crisis in the Borderlands,* IB Tauris.

Santos Rodríguez, Felipe (2013), «La comunicación estratégica (StratCom) en los conflictos modernos: el caso de Afganistán», *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos,* n.º 2, 2013 [consultable en red].

Sarotte, M. E. (2021), *Not One Inch. America, Russia and the Making of Post Cold-War Stalemate,* Yale University Press.

Serrano, Pascual (2022), *Prohibido dudar. Las diez semanas en que Ucrania cambió el mundo,* Akal, Madrid.

Serwer, Daniel (2019), *From War to Peace in the Balkans, the Middle East and Ukraine,* Palgrave / Macmillan.

Shoulguin, Alexander (2019), *The Problems of Ukraine,* Wentworth Press, Kindle Ed.

Smyrgała, Dominik (2015), «*Intermarium*. From the battle of Varna to the War in Ukraine», *Tiempo devorado,* monográfico: «Entre el Mar Báltico y el Mar Negro», n.º 1, diciembre de 2014, pp. 29-38 [consultable en red].

Stack, Graham (2015), «Money laundering in Ukraine», *Journal of Money Laundering Control,* vol. 18, Iss. 3, pp. 382-394.
Starzyk, Adam, y Tomaszewska, Natalia (2017), «Conception of Intermarium in Polish Foreign Policy in XXI Century», *Torun International Studies,* n.º 1 (10), 2017, pp. 15-28 [consultable en red].
Stepanov, Alexandre (2014), *Ukraine: The Cold War that Never Ended,* Kindle Ed.
Stone, Oliver (2019), «Revealing Ukraine», 89 minutos.
Tamás, Gáspar M. (2001), «What is Post-fascism?», *OpenDemocracy,* 13 de septiembre de 2001.
— (2013), «Once more on Post-fascism», Canal Skripta TV (YouTube), 24 de marzo de 2013.
— (2015), «This is Post-fascism», entrevista por Erik de la Reguera, *Arbetet,* 26 de septiembre de 2015.
Toal, Gerard (2017), *Near Abroad. Putin, the West and the Contest over Ukraine and the Caucasus,* Oxford University Press.
Ubieto, José Ramón (2021), *El mundo post-COVID. Entre la presencia y lo virtual,* Ned ediciones.
Unger, Craig (2018), *House of Trump, House of Putin,* Dutton.
U.S. Department of State, *U.S. Security Cooperation with Ukraine,* Fact Sheet. Bureau of Political-Military Affairs, 15 de junio de 2022.
VV.AA. (2014), *Crisis in Ukraine,* Foreign Affairs Anthology Series.
Vaïsse, Justin (2018), *Brzezinski, America’s Grand Strategist,* Harvard University Press.
Veiga, Francisco (2002), *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo* (2.ª ed.), Grijalbo, Barcelona.
— (2004), *Slobo. Una biografía no autorizada,* Debate, Barcelona.
— (2008), «Una rosa con demasiadas espinas», *El País,* 14 de agosto de 2008.
[Veiga, Francisco, y González-Villa, Carlos] (2013), *Trigger massacre,* Eurasian Hub [blog], post del 26 de agosto de 2013 [consultable en red].
Veiga, Francisco; González-Villa, Carlos; Forti, Steven; Sasso, Alfredo; Prokopljević, Jelena, y Moles, Ramón (2019), *Patriotas indignados,* Alianza Editorial, Madrid.
Veira-Ramos, Alberto; Lyuviba, Tetiana, y Golovakha, Evgenii (eds.) (2020), *Ukraine in Transformation. From Soviet Republic to European Society,* Palgrave / Macmillan.
VisualPolitik (2021), «¿Por qué Ucrania es el país más pobre de Europa?», Canal VisualPolitik, YouTube, 18 de mayo de 2021.
Walding, Claire (2020), «Una fraternal enemistad. Trump y Putin», *Deutsche Welle (DW),* 2 capítulos (42:24 y 42:23 minutos) [visionable en red].
Ward, G. Tom (2016), *The Chocolate King. Ukraine’s Billionare President Petro Poroshenko,* Churchill Press.
Wilson, Andrew (2014), *Ukraine Crisis,* Yale University Press.
— (2016), «Survival of the Richest: How Oligarchs blow Reform in Ukraine», *European Council on Foreign Relations,* ECFR/160, abril de 2016.
Woodward, Bob (2018), *Miedo. Trump en la Casa Blanca,* Roca Editorial.

Woodward, Bob, y Costa, Robert (2021), *Peligro,* Roca Editorial.
Yekelchyk, Serhy (2015), *The Conflict in Ukraine. What everyone needs to know,* Oxford University Press.
Yergin, Daniel (2020), *The New Map. Energy, Climate and the Clash of Nations,* Penguin.
York, Steve (dir.) (2007), «Orange Revolution», 92 minutos.
Zhuchkovsky, Alexander (s.a.), *85 Days in Slaviansk,* Kindle Ed.
Zürcher, Christoph (2007), *The Post-Soviet Wars. Rebellion, Ethnic Conflict, and Nationhood in the Caucasus,* The New York University Press.

Edición en formato digital: 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1362-999-5